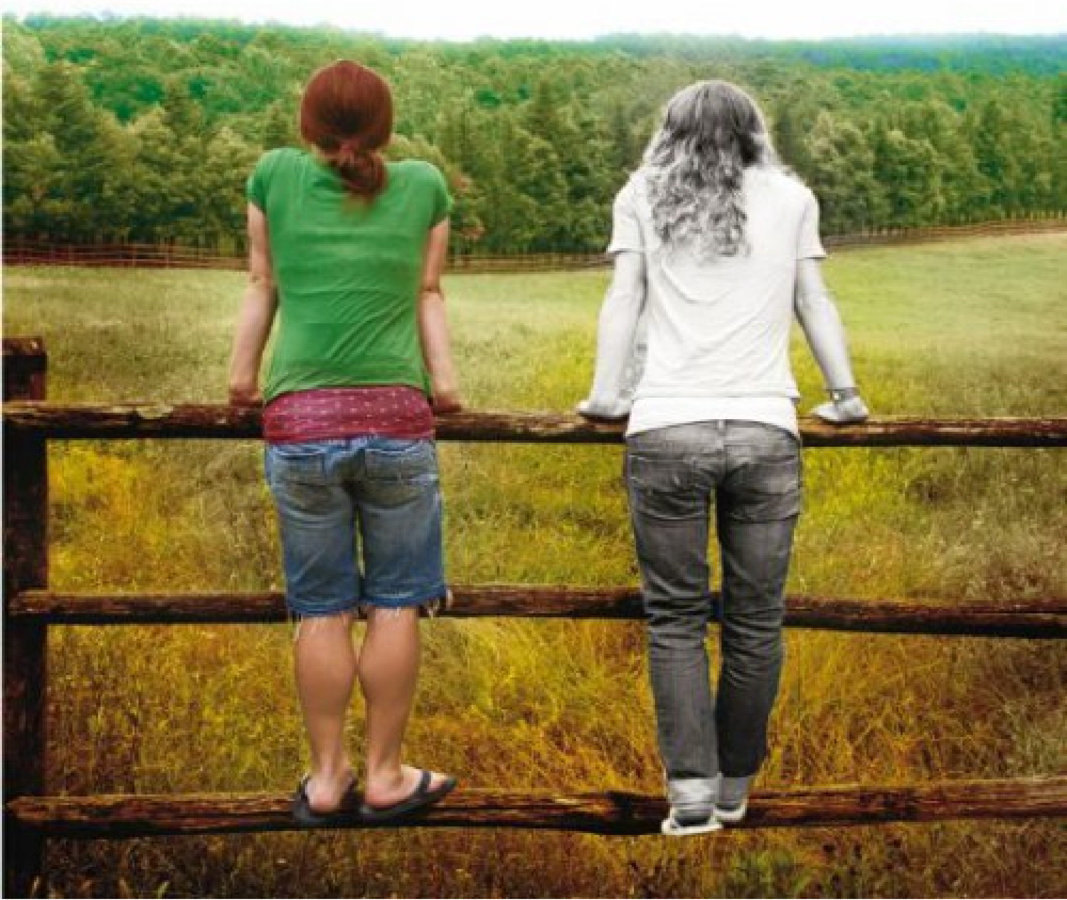
Seix Barral Biblioteca Formentor

Simone van der Vlugt

El encuentro



Simone van der Vlugt

El encuentro

A mis padres,
que me dieron una infancia
tan feliz y despreocupada

PRÓLOGO

El último tramo lo recorre sola en su bicicleta. Dice adiós a su amiga levantando el brazo y se concentra en el camino que tiene por delante. Canturrea por lo bajo, tiene la espalda recta y la mirada despreocupada.

Acaba de salir de clase, es lunes, la tarde puede empezar.

Ha atado su cazadora vaquera en el portaequipajes, encima de la cartera de tela negra. Siente el calor del sol en los antebrazos.

Hace un día precioso; es el inicio de un verano prometedor. El cielo azul la cubre como una alta y radiante cúpula.

Al llegar al semáforo, frena y desmonta. Es un cruce en las afueras de la ciudad, alejado del centro, con mucho menos tráfico de motos, automóviles y escolares en bicicleta.

Está completamente sola. No pasan coches ni autobuses. Mira a izquierda y derecha, impaciente por la falta de sentido de la espera.

Por detrás se le acerca una camioneta que se detiene sin que el motor deje de runrunear.

Verde.

La joven se monta en su bicicleta y sigue recto. La camioneta la adelanta y la envuelve en una densa nube de humo de motor diesel. Ella tose, deja de pedalear y agita la mano para apartar el humo.

La camioneta acelera y se aleja en dirección a la zona llamada Dunas Oscuras. La joven piensa en la cita. De repente la idea se le hace cuesta arriba. Quizá hubiera sido mejor elegir un lugar menos solitario.

1

Estoy en el acceso a la playa, con las manos en los bolsillos de mi cazadora de ante y la mirada perdida en el mar. Es el seis de mayo y hace demasiado frío para la fecha. La playa está desierta, a excepción de algún raquero. El mar parece de plomo y, poco a poco, se apodera amenazante y espumoso de la playa.

No muy lejos de donde me encuentro veo a una joven sentada en un banco. Encogida en su cazadora guateada, también mira el mar. Lleva unos zapatos robustos, a prueba de lluvia y viento. A los pies tiene una pesada cartera de colegio. Ha dejado su bicicleta apoyada en la alambrada; con el candado puesto, aunque ella esté al lado.

La miro. Sabía que la encontraría aquí.

Ella mira el mar con ojos que no ven. Ni siquiera el viento, que tira de su ropa con insistencia, la altera. Se enreda con su cabello, castaño claro, haciéndolo revolotear alrededor de su cabeza, pero no logra acaparar su atención.

A pesar de su impasibilidad ante el frío viento, emana una vulnerabilidad que me conmueve.

La conozco, pero dudo si dirigirle la palabra. Ella no me conoce a mí, pero es de suma importancia que hablemos. Que me escuche. Llegar hasta ella.

Me acerco despacio al banco con la mirada puesta en el mar, como para disfrutar del panorama que ofrecen las encrespadas olas.

La joven me mira con indiferencia. Por unos instantes parece que quiera irse, pero entonces se resigna y acepta que yo invada el círculo de soledad que la rodea.

Sentadas en el banco una al lado de otra, con las manos en los bolsillos, miramos cómo el cielo y el mar se confunden.

Tengo que decir algo. Si me descuido se irá antes de que hayamos podido hablar. Pero ¿qué decir cuando cada vocablo es de importancia vital? Primero tengo que encontrar las palabras adecuadas.

Justo cuando cojo aire y me giro hacia ella, me mira. Tenemos el mismo color de ojos. Y la misma expresión, probablemente.

Tiene unos quince años. La edad que tenía Isabel cuando la asesinaron.

Hace años, yo iba aquí al colegio. Recorría cada día diez kilómetros de ida y diez de vuelta en bicicleta, a veces con el viento de espalda, generalmente en contra. El ventarrón llegaba del mar, bramando, y no encontraba obstáculo alguno en la planicie del pólder hasta que se topaba conmigo y mi bicicleta.

La lucha diaria contra el viento marino me dotó de un respetable volumen pulmonar y una condición física envidiable, y era una manera ideal de liberarme de mis frustraciones a fuerza de pedaleo. Los diez kilómetros que separaban el colegio de mi casa, esa tierra de nadie dominada por los prados y el viento salobre, se extendían como una zona de transición entre los dos mundos en que transcurría mi vida.

Miro el mar; el ritmo de las olas me trae una corriente de recuerdos. No debería haber regresado.

¿Qué me ha traído hasta aquí?

El pequeño artículo que publicaron en el periódico hace dos semanas. Me estaba tomando un café, de pie, junto a la mesa de la cocina, al tiempo que hojeaba el periódico. Eran las ocho, ya me había vestido y había desayunado, sólo tenía tiempo para leer los titulares.

Pasé la página y mis ojos fueron a parar a un pequeño artículo en una de las columnas laterales, ENCUENTRO DE EX ALUMNOS DE INSTITUTOS DE ENSEÑANZA SECUNDARIA EN DEN HELDER.

Leí deprisa la convocatoria para el encuentro. Se trataba de mi instituto. Se había fusionado con otros colegios en Den Helder y ahora iban a celebrar un encuentro de ex alumnos. Tengo veintitrés años, la época del colegio ya quedó muy atrás, gracias a Dios.

Ni pensarlo. No iré.

La joven se ha marchado. La he dejado escapar mientras estaba sumida en mis pensamientos. No importa. La encontraré de nuevo.

El viento me arremolina el cabello en la cara y, de vez en cuando, me corta la respiración. Como antes. Pedaleabas con el viento de cara mientras las lágrimas te corrían por las mejillas. Yo siempre me hacía una cola de caballo porque, si no, mi largo cabello se enredaba de tal manera que después era imposible peinarlo. Cuando me lo lavaba por la noche bajo la ducha olía a mar.

Los olores no cambian. Te asaltan, desempolvan viejos recuerdos y te dejan fisgonear en los oscuros rincones de la memoria.

¿Por qué he vuelto? ¿Qué quería conseguir? ¿Pensaba que sería un viaje purificador? ¿Liberador?

No lo es. Es una confrontación dolorosa y desconcertante, y una gran equivocación.

Lo único que quizá me traiga es más claridad. Pero no sé si estoy preparada para ello.

Camino lentamente hacia el coche. La arena se arremolina delante de mí y el viento me empuja por la espalda, me insta a apresurarme. No soy bienvenida aquí. Éste ya no es mi sitio.

Sin embargo, aún no tengo intención de regresar a Amsterdam. Ni siquiera cuando empieza a llover con fuerza acelero el paso. Mi coche está solo en un enorme aparcamiento que, en condiciones normales, estaría lleno. Pero este verano nos ha fallado. Pienso en las filas de coches que brillan bajo el sol en los días de calor. Era agradable vivir cerca del mar. En bicicleta podías adelantar tranquilamente a los acalorados automovilistas atascados en el embotellamiento. Dejabas la bici apoyada contra la alambrada, cogías la toalla playera del portaequipajes y buscabas un lugar para tenderte al sol. Los irritantes hoyos repletos de latas vacías de cerveza alemana formaban parte del conjunto. Hoy día, en Zandvoort, la playa más popular entre la gente de Amsterdam, si no llegas antes de las nueve, ni siquiera encuentras un hueco.

Abro la portezuela del coche y, agradecida, me meto.

Pongo la calefacción, enciendo la radio y busco una emisora alegre. Dejo el cucurucho con chuches en el asiento de al lado, pongo el coche en marcha y ¡adiós! Ya en la calle, paso junto a las Dunas Oscuras y me dirijo al centro de la ciudad.

Cuando llueve, Den Helder presenta un aspecto desolador. Amsterdam también, pero Amsterdam está viva. Den Helder se parece más a una ciudad en la que acaba de sonar la alarma aérea.

A mí me gustan las ciudades con alma, con un casco antiguo. Lo único antiguo que tiene Den Helder son sus habitantes. Los jóvenes se van a Alkmaar o a Amsterdam en cuanto terminan la enseñanza media. Lo que queda son marineros y turistas que van a coger el transbordador a Texel.

Esta mañana casi he acabado también yo allí. Desde que mis padres emigraron a España hace cinco años, no había regresado a Den Helder, y yo conozco la ciudad como ciclista, no como automovilista. Me he pasado la salida de la autopista, y al llegar al dique no me ha quedado más remedio que girar a la derecha e incorporarme a la enorme fila de coches que esperaban para coger el transbordador. He dado marcha atrás, pero el coche de una familia que iba de vacaciones a la isla me impedía maniobrar. Sólo al llegar al primer lugar de la fila he podido dar la vuelta y escapar a unas vacaciones no planeadas entre ovejas.

Conduzco por la calle Middenweg hacia mi instituto. Al pasar por delante, veo que el patio, situado entre el edificio y la calle, está prácticamente desierto. Sólo un grupito de jóvenes hace frente a la llovizna mientras inhala con avidez la nicotina que los ayudará a sobrellevar el resto del día.

Continúo mi camino. Doy la vuelta al instituto y hago en coche el trayecto que hacía cada día en bicicleta para volver a casa. Paso al lado del cuartel Deibelkamp y me dirijo hacia la calle Lange Vliet. Ahora no me importa tener el viento en contra. Sigo lentamente y miro el carril de bicicletas por el que pasé tantas veces. Isabel vivía en el mismo pueblo que yo. Aquel día no regresamos juntas a casa, pero ella tuvo que pasar por aquí.

Recuerdo que la vi alejarse del colegio en su bicicleta. Yo me demoré un rato expresamente antes de partir. Si hubiera salido detrás de ella, quizá no le hubiera pasado nada.

Piso el acelerador y recorro la Lange Vliet a la máxima velocidad autorizada. Al llegar a Julianadorp tomo la primera calle a la izquierda, en dirección a la autopista. Una vez junto al canal cambio a quinta y subo el volumen de la radio.

Fuera de aquí. A Amsterdam.

Canto a voz en grito con los cuarenta principales y cojo una chuche tras otra del cucurucho que tengo al lado. Sólo tras pasar Alkmaar regreso al presente. Pienso en mi trabajo. El lunes empiezo de nuevo. Hoy es jueves; me quedan tres días. No tengo muchas ganas de volver, pero creo que me vendrá bien. Me paso demasiadas horas sola en casa, con esas imágenes inesperadas e incomprensibles que se me presentan como en sueños. Ya es hora de reincorporarme al mundo laboral. Además, empezaré poco a poco, unas horas al día. Por las tardes me quedará tiempo para distraerme. Así me lo ha prescrito el médico.

Trabajo en las oficinas centrales de un gran banco con sucursales en el extranjero. No es exactamente el trabajo que ambiciono. Me saqué el diploma de profesora de enseñanza media en las asignaturas de holandés y francés, pero al terminar los estudios no encontré un colegio que me gustara. Debo reconocer que desistí bastante pronto. Mi primer encuentro con una clase llena de adolescentes rebeldes, durante las prácticas, fue muy decepcionante.

Por eso, en el último año de carrera, hice un curso de secretariado, me inicié en el mundo de la informática y empecé a enviar solicitudes de trabajo. Y así acabé en El Banco, en el noveno piso de un edificio situado encima del cinturón de ronda.

Me quedé impresionada la primera vez que entré en el edificio. La imponente entrada daba a un precioso parque y, al introducirme por la puerta giratoria en ese mundo de espacio y mármol, sentí que me encogía hasta convertirme en algo insignificante, casi invisible.

Pero no era para tanto. Las corbatas y los trajes chaqueta que me rodeaban envolvían a gente de lo más normal. Renové mi guardarropa recordando los consejos de mi madre: unos pocos elementos básicos caros pero de calidad dan más resultado que tener montones de gangas. Desterré los vaqueros al rincón más lejano del armario, y las chaquetas entalladas, las faldas por encima de la rodilla y las medias oscuras pasaron a formar parte de mi vestuario habitual. Así entraba todos los días en el imponente vestíbulo, disfrazada de mujer de mundo.

Mi trabajo no era lo que se dice muy especial. Sonaba bien: secretaria en las oficinas centrales de El Banco, se exigen buenas cualidades comunicativas y amplio dominio de idiomas.

Pero para decir frases estándar como *Hold the line* y poner papel en la impresora no hubiera necesitado solicitar una beca de estudios. Probablemente, allí donde exigían «flexibilidad», en el anuncio, se referían a eso.

El trabajo no era muy interesante, pero el ambiente en la oficina era de lo más agradable.

Era independiente y tenía un empleo. Mi nueva vida había comenzado.

Un año más tarde me derrumbé.

2

No hay tarta para celebrar mi regreso. Ni han colgado guirnaldas en la oficina. Tampoco lo esperaba. Bueno, quizá un poco sí. Me detengo en el umbral a recobrar el aliento después de subir todas esas escaleras y, al entrar, las expectativas desaparecen con mi entrecortada respiración.

Hubiera sido mejor subir en ascensor, naturalmente, pero hago tan poco deporte... Mi médico dice que me iría bien coger las escaleras más a menudo. Claro, él no sabe que trabajo en el noveno piso.

Mis colegas tardan en percatarse de mi presencia, pero a mí me basta un vistazo para ver todos los cambios: mi escritorio confiscado, la manera confiada y amigable con que mi suplente habla con mis colegas, las numerosas caras nuevas. Es como si viniera a una entrevista de trabajo para solicitar mi propio puesto.

Entonces mis compañeros me detectan y se acercan a saludarme. Mis ojos se deslizan rápidos por sus caras, buscan a una persona que no encuentran.

—¡Hola, Sabine! ¿Qué tal?

—¿Ya estás recuperada?

—¡Uf! Ya puedes prepararte. Esto es una casa de locos.

—¿Cómo te encuentras? Tienes buen aspecto.

Ninguno de ellos me ha venido a ver a casa en todo el tiempo que he estado enferma, a excepción de Jeanine.

Renée se me acerca con una taza de café en la mano.

—Hola, Sabine —me saluda sonriente—. ¿Todo bien?

Yo asiento con los ojos puestos en mi escritorio.

Ella sigue mi mirada.

—Déjame que te presente a Margot, tu suplente —dice—. Ella se ha encargado todos estos meses de tus tareas. Se quedará hasta que tú trabajes otra vez a tiempo completo.

Sonrío a Margot y ella me devuelve la sonrisa pero no se levanta a estrecharme la mano.

—Ya nos conocemos —se excusa.

Renée nos mira sorprendida.

—En el cóctel de Navidad —la ayuda Margot.

Renée asiente. Aún lo recuerda.

Hago ademán de dirigirme a mi escritorio, pero Renée me detiene.

—Al fondo hay un escritorio libre, Sabine. Margot trabaja aquí desde hace tanto tiempo que no tiene sentido que cambie ahora de sitio.

Imagino que no sería un buen inicio montar una escena el primer día de trabajo sobre algo tan insignificante como un escritorio. Camino en silencio hasta el fondo del departamento y me instalo en mi nuevo puesto, desagradablemente apartada de los demás. Mis ojos se quedan fijos en el escritorio que siempre tuvieron en frente.

—¿Dónde está Jeanine? —pregunto justo cuando la impresora se pone en marcha.

—¿Quieres un café? —me ofrece Renée en tono enérgico.

—Sí, por favor.

—Con leche, ¿verdad? —recuerda.

Yo asiento y ella desaparece.

Bah... es sólo un escritorio. Respira hondo.

Algo ha cambiado. No consigo averiguar qué es, pero está claro que el ambiente es otro. El interés por mi regreso se evapora deprisa. Yo esperaba poder charlar un rato con todo el mundo, especialmente con Jeanine, pero a mi alrededor no hay más que vacío.

Todos han regresado a sus ocupaciones y yo estoy sentada en mi rincón. Cojo una pila de correspondencia de la bandeja y pregunto a nadie en particular:

—¿Dónde está Jeanine? ¿Tiene vacaciones?

—Jeanine se despidió el mes pasado —dice Renée sin apartar los

ojos de su pantalla—. Zinzy la sustituye. La conocerás esta misma semana, se ha tomado unos días libres.

—¿Se ha ido Jeanine? —pregunto, asombrada—. No lo sabía.

—Hay mucho más que tú no sabes. Las cosas han cambiado —contesta Renée con la mirada todavía en el ordenador.

—¿Por ejemplo? —indago.

Se gira hacia mí.

—En enero, Wouter me nombró responsable de secretaría.

Nos miramos fijamente unos momentos.

—Vaya. No sabía que existiera esa función.

—Era necesaria. —Renée se gira hacia la pantalla.

Me vienen tantas cosas a la cabeza que no sé qué responder. Así que me quedo callada, me siento, coloco la pila de correspondencia delante de mis narices y, de repente, la mañana se extiende interminable delante de mí. Reprimo con fuerza la necesidad de llamar a Jeanine. ¿Por qué no me ha contado que se había ido?

Miro distraída por la ventana hasta que noto que Renée me observa. Sólo cuando me inclino sobre la correspondencia, ella aparta la mirada.

Bienvenida al trabajo, Sabine.

Jeanine y yo empezamos a trabajar en El Banco al mismo tiempo, cuando acababan de crear un nuevo fondo de inversión que aún tenían que montar desde la base. Jeanine y yo lo pasábamos muy bien juntas. Cotilleábamos sobre los colegas de los departamentos de Ventas y Contabilidad, a los que ofrecíamos apoyo; organizamos juntas un archivo mejor estructurado y, cuando una de las dos salía media hora a hacer algún recado, la otra cogía sus llamadas. En resumen, estaba contenta con mi empleo.

Pero al cabo de un tiempo, Jeanine y yo ya no dábamos abasto. Los empleados de ventas contratados para el fondo de inversión aumentaban continuamente, y nosotras no podíamos con todo el trabajo. Necesitábamos más personal, y lo necesitábamos deprisa.

Jeanine y yo nos encargamos de las entrevistas de trabajo y así fue como llegó Renée. El trabajo lo hacía bien, pero el ambiente cambió de inmediato. Renée había sido secretaria de dirección. Renée sabía cómo llevar una sección administrativa. Renée opinaba que la nuestra no servía para nada, y lo mismo opinaba de Jeanine y de mí. No aprobaba que alargáramos la pausa del mediodía, o

saliéramos a hacer deprisa algún recado. Naturalmente, en sí tenía razón; pero le explicó a Wouter sus objeciones en una conversación a solas y a puerta cerrada que no nos sentó nada bien. Por desgracia, Wouter estaba encantado con Renée. La consideraba una valiosa adquisición para el fondo.

—Y pensar que la contratamos nosotras... —decía Jeanine.

Wouter decidió que Renée se encargara de las entrevistas de trabajo para contratar a una cuarta secretaria. Tenía buen ojo para ello, dijo.

—Lo contrario que nosotras —admití yo.

—Así parece —contestó Jeanine.

Renée hizo poner anuncios en los diarios de más tirada y llamó por teléfono a las agencias de trabajo temporal. Estas actividades le tomaban tanto tiempo que todas sus tareas nos caían a Jeanine y a mí. Se pasaba tardes enteras entrevistando a chicas más o menos aptas, pero no contrataron a nadie.

—¡Es tan difícil encontrar gente adecuada! —Se quejaba moviendo la cabeza de un lado para otro cada vez que salía de la sala de reuniones—. Si te descuidas, te cargas con alguien que piensa que este trabajo se reduce a teclear y enviar faxes. Imposible crear un equipo sólido con gente así...

De modo que Jeanine y yo seguimos trabajando como locas para un fondo que no dejaba de crecer.

Hacíamos horas extra todos los días, y a menudo no teníamos pausa al mediodía. Yo estaba agotada. Dormía mal. Me sentía atosigada, me quedaba tumbada en la cama con taquicardia y la mirada fija en el techo, y en cuanto cerraba los ojos se apoderaba de mí un vértigo que me hacía dar vueltas y vueltas cada vez más deprisa. Resistí como pude unos meses, pero el año pasado me derrumbé. Es la mejor descripción. Una sensación de apatía total se cernió sobre mí, me envolvió y disipó de un zarpazo todos los colores.

Cogí la baja en mayo y no pasé por la oficina hasta el cóctel de Navidad. Me tomé una copa de vino y charlé con mis compañeros. O por lo menos, lo intenté. La gente parecía no verme, y hablaba sobre asuntos que yo no conocía. Había muchos empleados nuevos. Jeanine estaba en casa, con gripe.

Miré a mi alrededor mientras me tomaba el vino a sorbos. Aún

no se había planteado el ascenso de Renée, pero recuerdo que ella llevaba la voz cantante constantemente. Los empleados contratados durante mi ausencia, entre los que se encontraba Margot, me ignoraron por completo.

«Serán tímidos», pensé.

Yo les sonreía amablemente. Ellos desviaban la mirada.

Intenté entablar conversación con Luuk y Roy, dos compañeros del departamento de Contabilidad con los que siempre me había llevado bien. Respondieron a mis interesadas preguntas, pero no se esforzaron lo más mínimo por seguir conversando. Como si lo hubieran acordado de antemano, empezaron a hablar de fútbol y sobre un pesado cliente que exigía acceso a los libros de contabilidad. Yo les escuché, tomé otro sorbo de vino y me puse a mirar a mi alrededor.

Wouter, que estaba a mi lado, me dio la espalda.

Me fui pronto a casa.

No me apetecía demasiado regresar al trabajo, pero es lo que hay. Además, al principio sólo trabajaré por las mañanas. Todo irá bien.

Acerco la pila de correspondencia y empiezo a abrir sobres y a quitar gomas. A la media hora estoy harta. ¿Qué hora es? ¡No son ni las nueve! ¿Cómo sobreviviré a esta mañana?

Miro a mi alrededor. Unos metros más allá veo a Margot. Su escritorio está frente al de Renée, de forma que pueden charlar sin que yo oiga lo que dicen.

Los colegas del departamento de Ventas entran y salen con documentos para mecanografiar, correspondencia que hay que enviar por correo certificado y más cosas de este tipo. Renée lo arregla todo dando órdenes como el capitán de un navío. Las tareas más aburridas me las encarga a mí. Y hay muchas de ésas. Montar cajas para el archivo, preparar termos de café y llevarlos a la sala de reuniones, ir a recibir a los visitantes en el vestíbulo... Y aún queda media mañana.

A las doce y media recojo mis cosas; en toda la mañana no he intercambiado una palabra agradable con nadie, y estoy agotada.

Camino hacia el aparcamiento, me meto en el coche y me voy conduciendo lentamente.

3

Llego a casa muerta de cansancio. Estoy demacrada y tengo las axilas sudadas. Mi pequeño piso es un desbarajuste. Después de la moderna funcionalidad de la oficina, mis variopintos muebles, adquiridos aquí y allá, llaman aún más la atención.

Nunca conseguí realmente convertir este piso en un hogar, ponerle mi sello. De adolescente soñaba con el momento en que me independizaría. Sabía exactamente cómo iba a decorar mi casa. La veía en mi mente.

Nadie me dijo que el sueldo se me iría en la hipoteca y el supermercado. Que lo que te queda del salario no da para seguir la tendencia interiorista del momento. Lo intenté encalando las paredes, dando una capa de pintura a los desconchados marcos de las ventanas y poniendo una alfombra en tonos naturales sobre el sobrio entarimado.

Pero siempre que entro en la cocina me entran ganas de quitar a mazazos las baldosas de color marrón y calabaza, años setenta, que cubren las paredes. Podría comprar azulejos nuevos, pero con ello sólo rompería el armonioso equilibrio actual con los armarios de cocina marrones y el linóleo color café con leche. Así que lo dejo todo como está.

El desgaste mental absorbe todas mis energías, me empuja al sofá y me deja tendida allí como un limón exprimido.

Dejo el bolso encima la mesa y, yendo a la cocina, echo una mirada al contestador automático y veo una lucecita que me hace guiños. Me detengo sorprendida. ¿Un mensaje?

Aprieto con curiosidad el botón. Una señal me indica con su

monótono pitido que quienquiera que fuera creyó que no valía la pena dejar un mensaje. Oprimo irritada el botón que borra el anuncio del mensaje. Si hay algo que odio es la gente que cuelga después de la señal. Te pasas el resto del día pensando quién puede haber llamado.

Mi madre no ha sido. Siempre que llama deja la cinta llena. Se pasa la mayor parte del año con mi padre en su casa en España. Los veo muy poco.

Probablemente ha sido Robin, mi hermano. No llama casi nunca, pero cuando lo hace es porque realmente siente necesidad de hablar conmigo. Los contestadores automáticos lo frustran. Casi nunca deja un mensaje.

Voy a la cocina, pongo la tabla de cortar en la encimera, saco una cajita de fresas de la nevera, cojo dos rebanadas de pan integral y preparo mi almuerzo habitual. No hay nada más delicioso que un sándwich de fresas frescas. Me tienen enganchada. Yo creo que hasta me han ayudado a superar la depresión. Fresas en el yogur, fresas con nata, fresas en las tostadas. Todos los años, cuando las fresas del supermercado empiezan a perder sabor, me cunde el pánico. ¡Socorro. Se termina la temporada de las fresas! Es la hora de la deshabituación. Quizá las fresas contengan sustancias excitantes, como el chocolate. Otra cosa a la que estoy enganchada. En invierno como enormes cantidades de rebanadas de pan con una gruesa capa de pasta de chocolate y engordo un montón de kilos.

Mientras parto las fresas y las coloco sobre el pan, mis pensamientos se centran en la llamada telefónica. ¿Quién puede haber sido? Quizá no fuera Robin, sino Jeanine. Pero ¿por qué iba a llamarme? Hace mucho tiempo que no tenemos contacto.

Me meto una enorme fresa en la boca y miro por la ventana de la cocina sumida en mis pensamientos. Jeanine y yo nos entendimos a las mil maravillas desde el principio, pero, por una razón u otra, nuestros lazos no llegaban más allá de la oficina. Como si dar el paso de colegas a amigas fuera demasiado. Quedó claro cuando me puse enferma. Al principio vino a verme un par de veces, pero una persona apática tendida en el sofá con la mirada extraviada no es una compañía muy agradable. Hizo un par de intentos, pero nadie hubiera conseguido animarme. Después, el contacto se enfrió. Sin embargo, tenía ganas de volver a verla. No la culpo por no

esforzarse más, yo era un caso perdido.

Nuestra amistad simplemente no tuvo oportunidad de desarrollarse, y yo creía que ahora podíamos retomarla donde la habíamos dejado. Mantener contactos que puedan terminar en amistades íntimas y duraderas no es mi punto fuerte. No soy tímida, ni me cuesta moverme entre la gente y hablar de nimiedades, pero no llego nunca a esas confidencias que desembocan en unos lazos más íntimos. Lo que hago es hablar mucho y decir muy poco. Algo que, de hecho, tampoco tengo un interés especial en cambiar, porque ¿para qué necesita nadie saberlo todo sobre una? La consecuencia de mi cerrada actitud es que la gente tampoco se siente llamada a confiarme sus secretos. Durante la carrera ya era así. Mis compañeros me apreciaban, por lo menos, siempre me trataron con cordialidad y con afecto, pero eso no quita para que yo me sintiera como una extraña durante cuatro años.

El primer año de carrera vivía con mis padres. Creo que sólo en dos ocasiones busqué en serio una habitación en Amsterdam. Ofrecían una en la calle Rhijnvis Feithstraat. Fui a verla esperanzada. Era una calle larga y estrecha. Llamé al timbre y alguien abrió la puerta des de arriba. En lo alto de la escalera apareció un hombre gordo en ropa interior.

—¿Sí? —gritó hacia abajo.

Miré su rostro sin afeitar y su enorme barriga.

—Nada —contesté—. Déjelo.

La siguiente habitación que fui a ver estaba en una buhardilla del barrio De Pijp, en la calle Govert Flinckstraat, para ser precisa. Era un triste cuchitril debajo del tejado, con las paredes enmohecidas, vistas a unos patios desaliñados llenos de ropa tendida, una cocina comunal sucísima y un váter en el que no se podía tirar de la cadena.

Miré a mi alrededor intentando imaginarme que era mi casa. De hecho era muy atrayente no tener que pasarme cada día dos horas en el tren. Me imaginaba a mí misma paseando tranquilamente en bicicleta por la zona de los canales, donde estaba la escuela de profesorado, disfrutando del reflejo de las imponentes fachadas en el agua y con la desenvoltura de un habitante de la ciudad que considera todas esas animadas calles y plazas como su salón. Me gustaba verme así, pero en lo más profundo de mi corazón, yo sólo

era una provinciana que no se atrevía a dar el gran salto al mundo real.

Bien mirado no había nada en contra de quedarme a vivir con mis padres. Allí no tenía que preocuparme por la colada o la plancha, y la cena me esperaba cada noche en la mesa: carne y verduras, en vez de la comida basura con que mis compañeros minaban su salud. Además, me encontraba bien en casa. Dejé de buscar habitación hasta que mis padres hicieron planes para emigrar. El día que me contaron sus propósitos —yo tenía diecinueve años—, creí que me volvía loca. Mis padres, mi apoyo, mi ancla en esta vida ¡me daban la espalda! ¿Cómo se les ocurría pensar que yo ya era adulta, que podía valerme por mí misma y que ya no necesitaba su ayuda? ¿Quién les había sugerido esos disparates? ¡Yo no podría vivir sin ellos, nunca! ¿Con quién pasaría los fines de semana, con quién charlaría? Sentada en el sofá, me tapé la cara con las manos y rompí a llorar.

Ahora me avergüenzo un poco de ponerles las cosas tan difíciles. Robin me contó más tarde que habían considerado seriamente la idea de desistir de sus planes, y que él les convenció de que no debían dejarme ejercer tanta influencia en sus vidas.

—Cualquier día se echa novio y no la volvéis a ver por casa —les dijo—. Aún sois jóvenes, debéis realizar vuestros sueños. Dentro de diez años, cuando Sabine tenga una vida propia, quizá ya no os sintáis con fuerza para tomar la decisión.

Me ofrecieron apoyo financiero para comprar un piso en Amsterdam y se fueron. Volvían muy a menudo a Holanda, para verme. Pero sólo al principio.

Fue una etapa de soledad, tanto los años de la carrera como después. No he mantenido el contacto con ninguno de mis compañeros de estudios; nos dispersamos por el país, pero yo tampoco hubiera tenido fuerzas para quedar con nadie después del trabajo. Cinco días a la semana, mi mundo consistía en la oficina, los pasillos enmoquetados de azul marino y los lavabos con bombillas de bajo consumo que te daban siempre aspecto de extraterrestre con los ojos hundidos. Mi tiempo libre se desarrollaba en la cafetería del banco o junto a la máquina de *snacks* del décimo piso, adonde Jeanine y yo huíamos cada tarde, sobre las cuatro, para hacer un descanso.

Mi jornada de trabajo terminaba a las cinco, pero cada quince días tenía una guardia telefónica hasta las seis. Esos días empezaba una hora más tarde. Al volver a casa a las seis y media no tenía energía ni para hacerme la cena, no hablemos ya de tener vida social.

Lo único viable era dejarme caer en el sofá delante de la televisión con un plato de comida preparada del supermercado. Cuando iba al lavabo miraba el reloj y tenía que recordarme a mí misma que estaba en casa, que podía leer tranquilamente los chistes del calendario, que allí no había una Renée mirando el reloj significativamente para controlar cuándo regresaba a mi escritorio. Mi amistad con Jeanine empezaba a extenderse a los fines de semana cuando caí enferma. Ahora me he recuperado y ella ya no está. ¿Por qué se iría?

Jeanine abre la puerta con la cabeza envuelta en papel de aluminio.

—¡Sabino! —exclama sorprendida.

Nos miramos un tanto incómodas. Justo cuando voy a disculparme por mi inesperada aparición, abre la puerta de par en par.

—Pensaba que era Mark. ¡Entra!

Nos saludamos con unos besos.

—Te favorece —digo mirando el papel de aluminio.

—Ya lo sé. Estoy tiñéndome el pelo, por eso llevo esta bata vieja. Aún se ven las manchas de la otra vez. ¡Qué susto me he pegado al oír el timbre!

—Entonces, ¿por qué abres?

—¡Qué ocurrencia! Yo siempre quiero saber quién viene a verme. Por suerte sólo eres tú.

Decido considerar sus palabras como un cumplido.

—¿Quién es Mark? —le pregunto mientras pasamos por el angosto pasillo hacia el salón.

—Mark es un tío bueno con el que salgo desde hace unas semanas. Me conoce sin maquillaje, ha visto mis braguitas usadas en la cesta de la colada y sabe que hago ruido al comer; pero prefiero que todavía no sepa que me tiño el pelo.

Jeanine se ríe burlonamente y se deja caer en el sofá. La bata se le abre un poco y deja al descubierto una camiseta rosa descolorida

y desgastada.

Comprendo que esta noche Mark no sería muy bienvenido. Quizá yo tampoco lo sea.

Me acomodo en un silloncito de mimbre con una almohadilla blanca que resulta más cómodo de lo que parece.

Nos miramos y sonreímos inseguras.

—¿Te apetece un café? —pregunta Jeanine—. ¿O pasamos directamente a algo más fuerte? —pregunta mirando el reloj—. Las ocho y media. ¿Por qué no? ¿Una copa de vino?

—Primero el café —contesto—; pero pon al lado las copas de vino —agrego alzando la voz para que me oiga desde la cocina.

La oigo reírse y miro satisfecha a mi alrededor. Ha sido una buena decisión venir a ver a Jeanine. En vez de pasarme una larga noche aburrida en mi piso, charlaré con otra persona mientras nos tomamos unas copas de vino. Exactamente como me lo imaginaba cuando me independicé.

—¿Ya has vuelto a la oficina?

Jeanine regresa con dos jarritas de café. Las deja en la mesa, saca dos copas de la vitrina y las coloca al lado.

—He empezado hoy.

—¿Y qué tal?

Cojo el café y miro en la taza.

—¿Tienes leche? —pregunto.

—¡Es verdad! Tú siempre tomas el café con mucha leche —dice Jeanine—. No sé qué le encuentras. No tiene nada que ver con el café.

—Las tazas de bilis que tú te tomas tampoco pueden ser buenas para la salud —replico.

Jeanine hace una mueca, se levanta y vuelve con la leche.

—¿Desea algo más la señora? Te preguntaba cómo ha sido el primer día en la oficina.

—Ha sido… —busco la expresión adecuada— un coñazo. ¡Qué ganas tenía de que fueran las doce y media!

—Horrible, ¿no?

—Pues sí.

Nos tomamos el café en silencio.

—Por eso me fui yo —dice Jeanine por fin—. El ambiente ha cambiado mucho. Renée sufre de un grave delirio de grandeza y

sólo contrata a gente a la que puede manipular. Yo se lo dije a Wouter, no creas, cuando me despedí. Pero ya sabes cómo es. Está felicísimo con esa dictadora. ¿Cómo se ha portado contigo?

—Casi no hemos hablado. Para ser más precisa: la verdad es que no he hablado realmente con nadie. A la mayoría de la gente no la conocía, y la mitad ni siquiera se ha molestado en presentarse. Me he entretenido abriendo correspondencia y montando cajas.

—Tienes que irte de allí lo antes posible.

—¿Adónde? ¿Qué voy a hacer? No tengo dinero ahorrado, no puedo permitirme el lujo de presentar la dimisión. ¿Y si no encuentro otro empleo?

—Por supuesto que encontrarás otra cosa. Podrías inscribirte otra vez en la agencia de trabajo temporal.

—Sí, claro, para que me envíen de aquí para allá a ordenar archivos e introducir datos en listas todo el día. No, gracias. Esa fase ya pasó. Aguantaré una temporada. El primer día siempre es el peor. Buscaré otro trabajo tranquilamente. Y tú, ¿qué haces ahora?

—Trabajo en un pequeño bufete de abogados —me explica—. Estoy muy a gusto. El trabajo se parece mucho, pero el ambiente...

Siento una punzada de celos y me tomo el café sombría.

—Miraré si te puedo conseguir algo —promete Jeanine espontáneamente—. Siempre es mejor si conoces a alguien y yo tengo muchos contactos allí.

La miro agradecida.

—Si no te importa...

—Claro que no. ¡Ah!, Sabine, ¿trabaja Olaf todavía en el banco?

—¿Olaf? ¿Qué Olaf?

—Es verdad, tú no lo conoces. Estaba en informática; un tío buenísimo. A los ordenadores no les pasaba nada, pero la oficina se quedó colgada —se ríe burlona.

—Aún no nos conocemos —contesto.

—Pues tienes que pasarte por el departamento de Informática —me aconseja—. Desconectas tu ordenador y vas a buscar a Olaf.

—No digas tonterías —protesto.

—Renée está loca por él —se ríe—. Fíjate en ella cuando entre él en la oficina. Te mueres de risa.

Se levanta de un salto e imita a una coqueta Renée. Efectivamente, es cómico.

—Afortunadamente, él no está interesado en ella lo más mínimo —dice Jeanine satisfecha—. ¿Te has terminado el café? Entonces pasemos al vino. Sírvelo tú mientras me quito el papel de aluminio y me aclaro el pelo. Si no lo hago, mañana pareceré una zanahoria.

Mientras Jeanine se entretiene en el cuarto de baño, yo lleno las copas de vino. Hace tiempo que no me sentía tan bien. Es bueno tomar iniciativas. Debería hacerlo mucho más a menudo. No quedarme a la expectativa, sino abordar a la gente. Quizá le apetezca a Renée ir conmigo al cine.

Me río burlonamente y tomo un sorbo de vino.

Jeanine regresa con el cabello húmedo y pelirrojo oscuro. Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta blanca y tiene un aspecto alegre y vivaz. Ésta es la Jeanine que yo conozco, excepto por el color del pelo.

—Bonito color —digo con admiración—. Arriesgado, después del castaño. ¡Qué atrevida!

—Ahora parece muy oscuro porque todavía está húmedo. Cuando se seque ha de tener un brillo cobrizo. ¡A ver cómo queda! Mi propio color es tan soso...

Miro un tanto celosa la voluminosa y ondulada cabellera de Jeanine. Con una mata así no necesitas brillos cobrizos; yo daría cualquier cosa por ese color suyo tan soso. Me canso de moldear mi cabello cada día, y ni aun así me queda como yo quisiera. A veces he pensado en cortármelo. No a lo chico, sino una media melena. Me lo tiño de algún color y la metamorfosis es completa. Pero aún no me he decidido.

Las horas pasan. Bebemos, reímos y cotilleamos sobre Renée. Jeanine me explica los más mínimos detalles acerca de los nuevos colegas. La conclusión es que no están mal. El problema es que nadie se da cuenta de lo muy manipuladora que es Renée.

—Explicaba a todo el mundo cosas horribles sobre ti —me advierte Jeanine—. No esperes que se te acerquen, porque no lo harán. Ve tú a ellos y demuéstrales que eres lo contrario de lo que dice Renée.

—¿Tanto me desacreditó? —pregunto dudosa—. ¿De verdad es tan bruja?

—Sí —dice Jeanine con dureza—. Para ella, sólo estás enferma si te tienen en cuidados intensivos o llevas todo el cuerpo enyesado.

Una vez dijo que una persona está lo enferma que quiere estar y que ella siempre va a trabajar, no importa lo mal que se encuentre. Eso es verdad. Vació una caja de pañuelos de papel en media hora y al día siguiente la mitad del departamento se sorbía los mocos y tosía. En su opinión, la depresión es algo que hay que superar. Una cuestión de fuerza de voluntad, algo que, según ella, tú no tienes. Y así te pintó ante los nuevos colegas. Yo estaba delante, así que ya estás advertida.

Me quito los zapatos de una patada y me acurruco en el sofá con los fríos pies debajo de los muslos.

—¿Tú sí me crees, verdad? —pregunto, preocupada.

—Naturalmente. —Jeanine llena mi copa y va a la cocina. Mientras se entretiene buscando algo en uno de los armarios, sigue hablando un poco más fuerte, para que yo la oiga—. Conozco a tanta gente quemada... Mi tío, mi padre, y en mi trabajo hay mucha gente con lo mismo. Porque era desgaste mental, ¿no? —Regresa con un bol lleno de patatas fritas y me mira con expresión interrogativa.

Yo asiento, pues imagino que, en líneas generales, el desgaste mental, la depresión y el derrumbe total vienen a ser lo mismo.

Jeanine llena también su copa y se acurruca en el sofá como yo.

—Yo entiendo lo que quiere decir Renée. Lo del desgaste mental está adquiriendo dimensiones epidémicas. Todo el mundo lo padece en mayor o menor grado; es imposible determinar si una persona está en condiciones de volver al trabajo o si opta por quedarse un tiempo cómodamente en casa. No cabe duda, seguro que hay gente que se aprovecha, y Renée opina que tiene la capacidad para hacer el diagnóstico por sí misma. Probablemente, estudió medicina en otra vida. Una vez que yo tenía gripe y cogí la baja me envió al inspector al instante. Normalmente vienen a controlar al día siguiente, o a los dos días, pero no: una hora después de llamar para decir que no iba a trabajar, ya estaba aquí. Por petición expresa de mi jefe, dijo el tipo. Adivina adivinanza, ¿quién había azuzado a Wouter?

Tomo un sorbo de vino y la miro sin comprender.

—¿Por qué no confiaba en ti? Todo el mundo puede coger la gripe, ¿no?

—Probablemente porque el día anterior me había quejado de

que me quedaban pocas vacaciones. Pero mi preocupación radicaba precisamente en el hecho de que no me encontraba bien. Hubiera querido coger un día libre, pero no me lo podía permitir. Por la noche tenía fiebre y me dolía la garganta, y al día siguiente cogí la baja. Y ella no se lo creyó. Wouter me llamó por teléfono, incluso. Supuestamente para preguntar cómo me encontraba, pero yo no me atrevía ni a salir a comprar una bolsa de naranjas al súper de la esquina por miedo a que me enviaran al inspector justo cuando no estaba en casa.

—¡Qué capullos! —digo de corazón mientras cojo unas patatas fritas.

No sé cómo, pero un trozo bastante grande de patata se introduce en mi esófago y se queda allí atascado. Me da un ataque de tos que me hace llorar, pero la patata se mantiene dolorosamente en su sitio.

—Toma un sorbo de vino —me aconseja Jeanine ofreciéndome la copa. Yo la rechazo, estoy tosiendo de tal forma que me dan ganas de vomitar—. ¡Toma un sorbo! —insiste Jeanine, preocupada.

Yo sacudo la mano para darle a entender que no puedo, pero ella mantiene la copa delante de mi cara y se empeña en que tome un sorbo.

—Así te bajará —dice.

Quizá no sería mala idea que me diera unos golpecitos en la espalda, y para hacérselo entender me golpeo yo misma la espalda. Demasiado abajo, porque no llego a la altura los omóplatos.

Jeanine se levanta y me golpea con fuerza en la columna vertebral. Demasiado fuerte y demasiado abajo.

Levanto la mano para indicarle que pare, pero ella cree que la insto a continuar y me pega más fuerte.

—¿Quieres que te haga la maniobra de Heimlich?

¡Levántate! —grita Jeanine justo en el momento que la patata frita se desprende y yo consigo respirar de nuevo. Me apoyo en el respaldo del sofá mientras se me va yendo la tos, me seco las lágrimas y tomo un sorbo de vino.

—¿Se te ha pasado? —pregunta Jeanine, preocupada—. Ya te decía yo que tomaras un traguito.

Dejo la copa en el brazo del sofá.

—Idiota —le contesto—. Casi me lesionas la columna con esos

porrazos que me has dado en la espalda.

—¿Porrazos en la espalda? ¡Te he salvado la vida! —exclama Jeanine, indignada.

—¿Mirando primero cómo me moría de asfixia para después decirme que tomara un sorbo de vino y aporrearme la espalda? ¡Tienes que dar golpecitos entre los omóplatos! Por Dios, no quiero ni pensar lo que hubiera pasado si me hubieras aplicado la maniobra de Heimlich! —le contesto también a gritos.

Jeanine me mira sin saber qué decir, yo la miro a ella y las dos nos echamos a reír.

—¿Dónde te he golpeado, entonces? —pregunta entre risas—. ¿Aquí? ¿Y dónde tenía que darte? Pues tan lejos no estaba. —Y las dos nos morimos de risa otra vez.

Jeanine se seca las lágrimas.

—Quizá tendría que hacer un cursillo de primeros auxilios. En mi trabajo necesitan voluntarios.

La señalo con una botella de vino vacía que recojo del suelo.

—No me parece mala idea. En absoluto.

El hielo se ha roto definitivamente. El ambiente es como en los viejos tiempos. Bebemos, charlamos, reímos, cotilleamos y seguimos bebiendo. En un momento determinado me levanto para ir al baño, pero el techo empieza a moverse alegremente de un lado a otro y me dejo caer de nuevo al sofá entre gemidos.

—¿Tú crees que hemos bebido demasiado? —ceceo.

—No —dice Jeanine—. Sólo veo dos Sabines. Normalmente veo cuatro.

Se ríe y yo me río con ella.

—Tendrás que quedarte a dormir —dice con voz pastosa—. No permitiré que salgas así a la calle. Por cierto, ¿qué hora es? Dios mío, ¡ya son las dos!

—¡No puede ser! —Me levanto de un salto, despejada—. ¡Mañana tengo que trabajar!

—Pídete la baja —me aconseja Jeanine—. Renée lo entenderá.

Mientras nos reímos a carcajadas subimos a la buhardilla a buscar un edredón, lo metemos uniendo nuestras fuerzas en una funda y hacemos una especie de cama sobre el sofá.

—Buenas noches —dice Jeanine, somnolienta.

—Buenas noches —mascullo en respuesta. Me meto debajo del

edredón, pongo la cabeza en la almohada del sofá y me hundo en una suavidad apabullante.

4

Se habla de mí. No abiertamente, sino a mis espaldas. Lo noto en los silencios que se crean cuando entro en el departamento con el libro de correspondencia, en las rápidas miradas y las expresiones de susto al percatarse de mi presencia. La situación me produce inseguridad y hace que la mañana parezca aún más larga de lo que es.

Cojo un formulario de pedido y encargo tijeras, perforadores y clips. Con un ojo vigilo el reloj. ¿Acaso se ha parado?

Una profunda voz de hombre rompe el silencio.

—Buenos días. ¿Era aquí donde había un problema?

Giro mi silla y veo un cuerpo de un metro noventa coronado con una abundante mata de cabello rubio. Una amplia sonrisa en un apuesto rostro.

—¡Hombre, Sabine! —Recorre la oficina a zancadas y de repente se sienta al borde de mi escritorio—. Ayer ya me pareció reconocerte, pero ahora estoy seguro. No sabes quién soy, ¿verdad? Lo veo en la cara que pones.

Hago un enorme esfuerzo por recordar de qué conozco a este hombre, pero no lo consigo.

—Pues… sí… ¿no fue…?

Soy muy consciente de la presencia de mis colegas, que me miran asombradas y con envidia. Probablemente, ahora sospechan que llevo una doble vida: por el día la secretaria cándida y por la noche quién sabe qué.

—Olaf —dice él—. Olaf van Oirschot. El amigo de Robin. ¿Te acuerdas?

De repente, la densa niebla que envuelve mi cerebro se disipa. Respiro hondo, aliviada. ¡Claro! El grandote de Olaf, uno de los amigos de mi hermano. Cuando íbamos al instituto, Robin salía con un grupito de idiotas que preferían los chistes malos a las buenas notas.

—Ya te acuerdas —constata Olaf, satisfecho.

Yo asiento y apoyo la espalda en el respaldo de la silla para mirarlo bien.

—¿No eras tú el que se hizo pasar por ciego en un bar?

Olaf se ríe, incómodo.

—¿Así que conoces esa historia? Bueno, qué quieres que te diga. Éramos unos inconscientes. Además, pagamos todos los daños.

Mis colegas nos rodean cada vez más de cerca. Renée necesita de repente y con gran urgencia un documento de la repleta carpeta de trabajo, de la que, normalmente, ni siquiera se percata. Se dirige a Olaf como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese momento.

—¡Ah, Olaf. Tengo un problema con mi ordenador —dice sonriente—. Cuando quiero guardar un archivo me aparece un aviso raro. ¿Te importa echarle un vistazo? —Mientras habla se lleva a Olaf a su escritorio—. Mira, ¿ves a lo que me refiero?

Olaf se gira hacia mí.

—Hasta luego, Sabine.

Yo asiento e intento concentrarme de nuevo en mis formularios de pedido. No lo consigo. La inesperada confrontación con un periodo que yo había dejado atrás hace mucho tiempo me confunde. Además, no puedo creer que aquel larguirucho adolescente se haya convertido en un tío tan buenísimo.

A las doce y media salgo por fin de la oficina y me encuentro con Olaf en el ascensor.

—¡Hombre!, ¿vas también a almorzar? —pregunta.

—No, me voy a casa.

—¡Mejor aún!

—Trabajo a media jornada —me siento obligada a explicar.

—Es lo que hago yo, aunque me pase el día entero en la oficina —responde Olaf con una risita.

Se apoya en el espejo con los brazos cruzados y me observa descaradamente de arriba abajo. Parece que con cada segundo que

pasa, el ascensor disminuya de tamaño.

Yo me apoyo contra la pared con la misma desenvoltura, con los brazos también cruzados, pero mi asustadiza mirada cambia constantemente de dirección. Me río de la gracia de Olaf, pero no me ha convencido. Deja de comportarte como una adolescente, Sabine, me reprendo a mí misma. Es Olaf. Tú lo conoces.

Pero no es lo que siento ahora que me mira de esa manera. Intento desesperadamente parecer natural cuando digo:

—Hace poco que trabajas aquí, ¿verdad? Quiero decir, no nos habíamos tropezado nunca.

—Hace ya unos meses.

Me mira desvergonzado de las piernas al pecho. El aprecio que se dibuja en su mirada me confunde.

—Yo he estado mucho tiempo enferma. Desgaste mental —le explico. Una depresión suena demasiado a camisa de fuerza.

Olaf chasquea la lengua, compasivo.

—Lo siento. ¿Has estado mucho tiempo sin trabajar?

—Bastante.

—Y ahora empiezas poco a poco.

Asiento. Se hace un silencio durante el cual nos miramos de forma un tanto borreguil, o mejor dicho, durante el cual *yo* lo miro de forma un tanto borreguil y él me sonríe completamente relajado. ¿Por qué lo encuentro tan guapo? Su rostro es demasiado anguloso e irregular para decir que es guapo, sus ojos demasiado claros para contrastar con sus rubias pestañas y cejas. Su cabello es grueso pero está enredado, del tipo de pelo que nunca se queda donde tiene que estar. Pero con su esbelta figura y fornidos hombros es, en conjunto, guapísimo. Ha cambiado, eso sí. También a él parece haberle sorprendido mi aspecto, aunque yo siempre pensé que casi no había cambiado desde que iba al instituto. Llevo el pelo como siempre, castaño claro, liso y hasta los hombros; casi no uso maquillaje, salvo un poco de lápiz de ojos y rímel, y mi estilo tampoco ha cambiado mucho. Sigo la moda, pero no soy innovadora. Siempre me cuesta acostumbrarme a las nuevas tendencias, valorarlas y, a continuación, adoptarlas. Por lo general, para entonces ya se han pasado de moda. Siempre fue así, y así sigue siendo. Pero Olaf me mira como si fuera la chica más impresionante que ha visto nunca, lo cual es una tontería, naturalmente. Probablemente se está

burlando de mí.

—Qué casualidad encontrarnos aquí —dice con una generosa sonrisa—. Por otra parte, parece que todo el mundo se ha venido a vivir a Amsterdam. No sabes la cantidad de conocidos con los que me he topado. Más pronto o más tarde acabas encontrándote a todo el mundo. Oye, ¿quieres irte ya a casa o te apetece que comamos juntos?

Lo miro asustada. ¿Comer juntos? ¿Con sus ojos constantemente fijos en mí mientras yo me llevo el tenedor a la boca con mano temblorosa?

—No, me tengo que ir. En otra ocasión, quizá —murmullo.

El ascensor se detiene y las puertas se abren. En frente veo que Renée y algunos colegas más salen de otro ascensor.

—No seas sosa —dice Olaf—. Tienes que comer, ¿no? Pues comamos juntos.

Renée nos mira incrédula, primero a mí y después a Olaf.

—Vale. Así charlamos un rato —digo deprisa.

Entramos en la cafetería como si fuéramos amigos de toda la vida. Renée camina detrás de nosotros, rodeada de sus damas de honor.

Olaf y yo cogemos una bandeja y examinamos el contenido de las vitrinas.

—Yo opto por un sándwich de croqueta —dice Olaf—. ¿Y tú?

—¿Por qué no?

En un año me he engordado cinco kilos a base de Prozac y chocolate de consuelo. Por una croqueta...

Nos sentamos y Renée y su séquito se instalan en una mesa cercana, ella de forma que pueda vigilarme.

Intento adoptar una postura lo más distendida posible y sonrío a Olaf.

—¿Has leído lo del encuentro de ex alumnos? —pregunta mientras entierra su croqueta bajo una capa de mostaza.

Yo asiento y corto mi sándwich en trocitos. Por nada del mundo lo cogeré con la mano. Al primer bocado el relleno se te escapa de esa manera tan elegante por las comisuras de la boca.

—¿Vas a ir? —pregunta Olaf.

Pienso en el patio del instituto durante los recreos, los grupitos repartidos por todas partes, la pared en la que yo me apoyaba todo

el tiempo, sola.

—No —digo con decisión y tomo un bocado.

Olaf se ríe.

—A mí tampoco me apetece —dice mientras chafa la croqueta sobre la rebanada de pan—. Si hubiera querido seguir en contacto con alguien, lo hubiera hecho. Por otra parte, nosotros tampoco nos habíamos visto en años, pero estoy encantado de volver a verte después de todo este tiempo.

Para decir la verdad, todavía no me siento nada a gusto en su compañía. Cada vez que me mira me acuerdo de mi lacio cabello, mi rostro cansado y pálido, y las manchas de sudor en mi camiseta. En casa me hubiera dado una buena ducha y me hubiera preparado un sándwich. En vez de eso estoy en la cafetería del banco, delante de un hombre atractivo, pero con un aspecto no muy ideal.

En ese momento, Olaf se lanza sobre su sándwich de croqueta como un ave de rapiña sobre su presa. A continuación, se lo zampa con una avidez visible y audible. No me gustan los hombres que me hacen partícipe de la forma en que mastican la comida. Ni una cara atractiva lo compensa, pero en este caso me produce alivio y me hace recuperar la confianza en mí misma. Las manchas de sudor son un problema, pero los trocitos de croqueta que se te caen de la boca son aún peores.

Sin embargo, lo más notable es que a Olaf parece no preocuparle en absoluto. Ni siquiera se disculpa, sino que recoge los trocitos de croqueta con el tenedor y se los vuelve a meter en la boca. Aún no se los ha tragado cuando sigue hablando.

—Mirándolo bien creo que no estará nada mal volver a ver a toda aquella gente. Si cambias de opinión, dímelo. Puedes venir conmigo en el coche. Por cierto, ¿cómo está Robin?

—Bien. Vive en Inglaterra —contesto, agradecida por dejar el tema del instituto.

—Vaya. —Olaf me mira interesado—. ¿Y qué hace allí?

—También trabaja en Informática —respondo.

—¿Para qué empresa? —se interesa Olaf.

—Ropa. Van Gils, marcas buenas.

—¿Y se quedará allí? ¿O es una cosa temporal?

—Yo espero que sea por una temporada —contesto—. Si emigra él también... Mis padres viven en España desde hace años. Robin y

yo vivíamos y trabajábamos los dos en Amsterdam, pero la empresa donde trabaja lo designó para impulsar una nueva sucursal. En cuanto esté en marcha, volverá. Espero.

—Recuerdo que siempre os llevasteis muy bien —Olaf da un mordisco tan enorme a su sándwich que yo aparto la mirada por precaución. Sólo lo vuelvo a mirar cuando estoy convencida de que ya se lo ha tragado. Se limpia los labios y toma un sorbo de café para aclararse la garganta. Mira el reloj y se levanta.

—Tengo que volver. Ha estado muy bien. Tenemos que repetirlo. —Me sonríe con tal cordialidad que yo le devuelvo una espontánea sonrisa.

—Buena idea —digo sinceramente, a pesar de la croqueta.

Llevamos las bandejas con los platos y los cubiertos al carro, y caminamos fraternalmente hacia los ascensores.

—Abajo, ¿verdad? —pregunta Olaf—. Te acompaño.

No necesita hacerlo, evidentemente. Puede coger otro ascensor. Siento un cosquilleo en el estómago. Al llegar abajo se abren las puertas y Olaf sale conmigo.

Lo miro un poco incómoda. Sé lo que se avecina. La fase del sondeo. El intento de cita, andarse con rodeos, averiguar si al otro también le apetece. Y yo debo sonreír y flirtear un poco para que él se decida a dar ese paso, y eso no se me da nada bien…

—Bueno, nos vemos mañana —me despido risueña.

Me ajusto la bandolera del bolso sobre el hombro, levanto la mano en señal de despedida y me adentro en el vestíbulo con paso decidido. No vuelvo la cabeza, pero estoy segura de que Olaf me mira alejarme boquiabierto.

5

¡Aire fresco! Salgo a la calle y la alegre luz del sol de mayo me acompaña mientras me acerco a mi bicicleta. Tengo coche, un Ford Ka, pero sólo lo cojo cuando llueve. En Amsterdam llegas antes a todas partes en bici, sobre todo por la mañana. Me alegro de no haber venido en coche. Necesito una sobredosis de aire fresco. La cabeza me va a estallar.

Atravieso despacio el parque de Rembrandt, donde el frescor primaveral cubre los árboles de verde. La gente pasea sus perros, unos adolescentes fuman y comen patatas fritas sentados en un banco, y los patos graznan en el estanque. Pedaleo tan despacio que los corredores de *footing* me adelantan casi sin esfuerzo.

¡Qué día tan precioso! Me siento como un reo al que acaban de soltar y que saborea con precaución su libertad. Un perro corre un tramo a mi lado mientras ladra, pero no me da miedo; me gustan los perros. No me importaría tener uno. Es imposible no dejarse cautivar por su carácter fiel y sencillo. Les das comida, un techo, una caricia y un poco de atención, y se convierten en amigos de por vida. Te quieren aunque les pegues o los insultes; responden con gratitud servil a cada palabra cariñosa.

Dicen que la gente elige el perro al que se parece, algo que a mí me suena muy probable. Si existiera la reencarnación y yo regresara a este mundo en forma de perro, creo que sería un *golden retriever.* Mi hermano se parece más a los *pitbull.* A Robin no le gustan los perros sumisos que se dejan hacer. Se identifica más con los caracteres fuertes.

Mi hermano y yo no nos parecemos ni por dentro ni por fuera.

Él me saca dos cabezas, tiene brazos de albañil, pero sin tatuajes, y lleva el pelo cortísimo. Añádasele un carácter extrovertido y dominante, y el resultado es una persona de cuidado. Por lo menos, para los demás. Para mí es el tipo de hermano que todas las niñas desean, y yo lo echo de menos aún más que a mis padres.

Recuerdo lo que pasó un soleado día de abril cuando yo tenía catorce años. Volvía a casa en bicicleta por el camino que bordea los campos de narcisos. Las flores, de un amarillo vivo, se movían al viento, como saludándome. Me imaginé lo contenta que se pondría mi madre si la sorprendía con un ramillete de alegres narcisos. Sin pensarlo dos veces, apoyé la bici en el terraplén, observé unos instantes la casa que había junto al campo y salté la estrecha cuneta que separaba el carril de bicicletas del campo de flores.

En realidad, una acción así no era normal en mí. Estaba aterrada, temía ver acercarse de repente a un granjero encolerizado; pero al notar que no pasaba nada me adentré un poco más en el campo. Cuando, a pesar de todo, vi acercarse al propietario con la cara desencajada de furia, ya era demasiado tarde: se aproximaba por la parte de delante, cortándome la salida. Me quedé de pie entre los narcisos, paralizada por el miedo. El hombre se me acercó y yo aún logré mascullar que le pagaría, pero él me agarró del brazo, me arrastró hasta la acequia y me empujó allí de una patada. Como lo cuento. Estuve días sin poder sentarme por las magulladuras que tenía en el trasero. Salí de la acequia llorando y seguí mi camino, fue un trayecto muy frío, con toda la ropa mojada. Mi madre y Robin estaban sentados en el jardín y me brindaron su apoyo. Tardaron en desentrañar de mi confuso relato lo que había pasado realmente.

—Hija mía, ya se sabe que a los granjeros no les gusta que la gente se meta en sus campos —dijo mi madre, práctica como siempre—. Si el hombre deja que todo el mundo coja un ramillete de narcisos...

Una observación típica de mi madre. Tenía razón, naturalmente, pero los narcisos eran justamente para ella y yo esperaba algo más de compasión. Mi madre siempre ha sido muy racional. ¿Un profesor enfadado? Seguro que yo le había contestado mal o, si no, habría hecho algo que no debía. ¿Un transeúnte indignado que me empujaba de la bici en el centro comercial contusionándome la

muñeca? Ya sabes que en el centro comercial está prohibido ir en bicicleta. Yo sabía exactamente cuál era mi participación en el drama, pero eso no quitaba nada del susto que me había llevado, y unas palabras de consuelo me habrían hecho bien. Ahora sé que eso sólo me hubiera convertido en una enorme blandengue, y que mi madre intentaba desesperadamente fortalecerme y hacer que fuera capaz de defenderme, pero en esos momentos yo me sentí abandonada.

¡Nada que ver con la reacción de Robin! Él escuchó mi historia y mis lloriqueos con creciente indignación, y tras las razonables palabras de mi madre, la miró irritado y dijo:

—Tendrás razón, pero aun así el capullo ese no tenía por qué lanzarla de una patada a la acequia. ¡De una patada! Hay que ser bruto. Vaya héroe, con una niña de catorce años. Mírala, casi no se puede ni sentar. Por Dios, ¡y todo por un ramito de narcisos! ¿Se ha vuelto loco? ¿Dónde vive el tipo ese, Sabine?

Yo le expliqué dónde estaba, y Robin se levantó y se puso la cazadora de piel.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mi madre desconfiada.

—Voy a dejarle bien claro al imbécil ese que ha sido la última vez que le pone la mano encima —respondió Robin.

—Ni hablar, tú te quedas aquí —dijo mi madre con voz decidida.

Sabía imponerse, pero Robin había cumplido ya dieciséis años, era alto y fuerte para su edad, bastante obstinado y muy irascible. Oímos el petardeo de su motocicleta al alejarse. Por la noche, durante la cena, me enteré de lo que había pasado. Al entrar en el terreno del granjero, había visto a un hombre vestido con un mono azul con una carretilla y se le había acercado preguntándole si era el bruto que había empujado a su hermana en la acequia por la tarde. El granjero lo confirmó y empezó a hablar en su defensa, pero antes de terminar la primera frase Robin lo abatió de un golpe y lo arrojó a la acequia.

El granjero no lo denunció, algo que mi madre temió durante mucho tiempo. A partir de entonces, yo adoré a mi hermano aún más que antes.

Giro a la derecha, dejo el parque y sigo mi camino pedaleando junto a los raíles del tranvía. El barrio en que vivo no es muy

elegante, pero sí muy agradable. Hay una panadería turca magnífica en la esquina, y una tienda de comestibles con unas enormes cajas de plátanos junto a la puerta. Estas tiendas les dan al barrio un toque exótico, mucho más colorido que los inmaculados visillos blancos y las porcelanas que los otros habitantes ponen en los alféizares de las ventanas. O quizá sea exactamente esta combinación lo que hace tan especiales a los barrios de Amsterdam. Vivo aquí muy a gusto, no volveré nunca a Den Helder.

Llego a mi casa bien oxigenada, saco las llaves del bolsillo de mi cazadora de ante y abro la puerta. La bicicleta la dejo en la portería, detrás de la puerta. Afortunadamente, a la señora Bovenkerk, que vive en el segundo, no le importa. Le pongo el candado, por si acaso, y miro el buzón. ¡Tengo correspondencia! Nada menos que dos sobres. Los saco deprisa y los miro. Facturas.

Subo la escalera, meto la llave en la cerradura y entro en mi piso. El silencio me da la bienvenida. El piloto del contestador automático no parpadea.

Me preparo una rebanada de pan con fresas y me la como de pie en la cocina. El sol se refleja en las casas de enfrente, que piden a gritos una capa de pintura. Detrás de la desbordante espesura de los árboles, alguien toma el sol desnudo; cuando la brisa mueve un poco las ramas, lo entreveo.

Tengo toda la tarde por delante, segura entre las cuatro paredes de mi guarida. ¿O debería salir a tomar el aire? A pasear por el parque. Podría limpiar los cristales, con esta luminaria parece que estén ligeramente tintados. Pero entonces tendría que vaciar primero el alféizar, seleccionar los montones de papeles que hay allí y quitar el polvo de las lamparitas y los demás chismes. Después, cargar con un cubo de agua caliente con limpiacristales, quitar el polvo y la suciedad, y luego intentar secarlo todo sin hacer rayas. Pero eso no es lo peor. Después tendría que limpiar el exterior, y eso es muy complicado, con una bayeta sujeta a un palo, porque si no, no llego, para, al fin, no conseguir el resultado deseado. Una vez llamé a un limpiacristales. Vino cuatro veces, pero no sé por qué razón, no regresó nunca más.

Suspiro profundamente, cansada sólo de pensarlo. En vez de todo eso, selecciono los papeles del alféizar entre los que encuentro algunas facturas que pago inmediatamente por medio de Internet.

Quito el polvo de los gatitos blancos de madera, tiro las plantas muertas, friego las macetas y las dejo sobre la encimera. Podría ir a comprar plantas nuevas. Pero ¿para qué? Siempre se me mueren porque olvido regarlas. Unas plantas de plástico serían la solución. Hoy día hay plantas artificiales preciosas que casi no se distinguen de las naturales. Quizá sería buena idea.

Miro por la ventana; el sol se refleja acusador en los sucios cristales. De repente siento que un increíble cansancio se apodera de mí. Me siento en el sofá, hojeo una revista, me quedo un rato mirando, en la medida de lo posible, por la ventana, y enciendo el televisor. No hacen nada especial hasta que empieza *As The World Turns.* Es mi culebrón favorito. Con mis amigos de la tele puedo contar. Me ayudan a sobrellevar el día a día con unos problemas que hacen que se desvanezcan los míos. Yo reacciono en voz alta ante sus estúpidas acciones, y sé exactamente qué era lo que tenían que haber hecho. Es una idea tranquilizadora saber que has resuelto tu vida mejor que otros. Por lo menos, yo no estoy embarazada involuntariamente, ni tengo una enfermedad mortal. La verdad es que no tengo de qué quejarme. Por lo menos, si se considera una ventaja no tener a quién te pueda dejar embarazada o a quién te haga compañía si sufres de una enfermedad mortal.

De repente me acuerdo de Bart. ¿De dónde sale ahora? No me he acordado de él en años. Quizá sea porque hoy me he encontrado con Olaf. Sí, eso aclararía esa sensación de inquietud que me ha invadido cuando estaba con él. Me recuerda demasiado al pasado, no tenía nada que ver con él, sino con los recuerdos que despertaba en mí.

Les pongo freno con decisión y me concentro en *As The World Turns,* pero es Bart quien me mira con cara seria desde la pantalla, y es Isabel quien interpreta el papel de Rose. Cambio de canal irritada, pero no hay remedio. Los recuerdos no me dejan. Y ahora es peor: por delante de mí pasan unas imágenes cuya existencia había olvidado por completo. Apago la televisión, me pongo la cazadora vaquera, cojo el bolso de bandolera rojo, bajo la escalera, abro el candado de la bicicleta y huyo a la calle. Plantas de plástico. ¿Dónde las venderán? Probablemente en todas partes, pero yo quiero que sean bonitas y para eso tengo que ir al Bijenkorf. Es un buen tramo hasta el centro, pero el esfuerzo me sienta bien.

Amsterdam rebosa energía, está viva. Los tranvías corren tintineantes por las calles, las terrazas están llenas y casi todos los balcones tienen las puertas abiertas. En la plaza del Dam, los primeros turistas sonríen obligatoriamente para la foto, con los brazos extendidos y llenos de palomas, y la mirada apremiante.

Desmonto y dejo la bicicleta junto a la puerta de los grandes almacenes. Una vez dentro, me fundo con la masa. ¿Por qué será que con el buen tiempo las tiendas se llenan de gente? ¿Qué hace todo el mundo ahí metido, en un día tan magnífico? Probablemente han decidido todos repentinamente cambiar de sofá, sillas, alfombras, zapatos, jerséis y pantalones, porque todas las secciones están abarrotadas. Subo en las escaleras mecánicas y en seguida veo lo que busco: unas ramitas de paniculada que parecen naturales. Almortas rosas y blancas en unas macetas de cerámica preciosas. Y ramilletes de espliego natural que emanan un magnífico aroma mediterráneo. Cojo una cesta y la lleno con una codicia nunca vista. Mi casa tiene un aspecto aburrido y triste. Necesito estas cosas para volver a sentirme bien. ¡Fuera todos los chismes! Mañana voy a limpiar los cristales, recoger armarios y tirar todos los trastos innecesarios.

Me dirijo satisfecha a la caja y vacío la cesta encima del mostrador. La cajera registra mi tesoro con una uñas increíblemente largas y dice indiferente: «Cincuenta y cinco euros con diez.» —¿Qué? —pregunto asustada.

—Cincuenta y cinco euros con diez —repite.

—¿Tanto? —Miro las cuatro cosas de nada que tengo delante.

—Pse —dice.

Cincuenta y cinco euros con diez por unas pocas ramitas artificiales y unas macetas. ¡Ridículo! De repente recuerdo que en la esquina de la Bilderdijkstraat he visto un quiosco de flores.

—Déjalo —digo metiendo la paniculada y el espliego de nuevo en la cesta—. Lo volveré a poner donde estaba.

—Muy bien —contesta.

Apenada pero también furiosa por esos altísimos precios, pongo las ramas y las macetas en su sitio, y me dirijo malhumorada hacia las escaleras mecánicas. Todo ese tramo en bicicleta para nada. Tengo que comprar algo aquí, no puedo volver a casa sólo con unas flores del quiosco. ¡Ropa! Al subir a las escaleras mecánicas ya se

me iban los ojos detrás del departamento de ropa.

Bajo unos pisos y curioseo entre las falditas y blusas blancas, azul cielo y color lima. Una vendedora se me acerca sonriente. Tiene el cabello negro y corto, los ojos azules oscuros y por un horripilante momento creo que Isabel ha resucitado y se acerca a mí flotando como un fantasma.

Doy media vuelta y huyo en dirección a las escaleras mecánicas. Abajo, abajo, fuera de aquí. Afuera, deprisa. Monto en mi bicicleta y me alejo. Dejo atrás la masa de gente que va de tiendas, pasea o se come un helado. A casa. De regreso a mi refugio. Pedaleo lo más deprisa que puedo y llego a casa empapada en sudor. Dejo la bicicleta en el pasillo con el candado puesto, subo la escalera y entro en mi guarida. Detrás de mí, la puerta se cierra con un tranquilizador clic.

No tengo mensajes en el contestador.

No tengo flores.

Sólo recuerdos.

6

Isabel Hartman desapareció un veraniego día de mayo, hace nueve años. Iba en bicicleta del colegio a casa, adonde nunca llegó. Desde el primer día de colegio fuimos amigas inseparables y un día, cuando teníamos quince años, Isabel desapareció de mi vida. De hecho la había perdido mucho antes, para ser exactos cuando empezamos la secundaria y nuestras vidas tomaron diferentes rumbos. Pero eso no le impidió seguir dominando mi existencia. De hecho, aún lo hace. Podría decirse que Isabel está cada vez más presente en mis pensamientos. Desde el inicio de la primaria era mi mejor amiga, y durante todos esos años fuimos uña y carne. Nos pasábamos tardes enteras en su habitación. Isabel tenía un rinconcito en el que nos atrincherábamos con Coca-Cola y patatas fritas. Escuchábamos música y hablábamos de todo lo que nos preocupaba. Amiguitas, amoríos, su primer sujetador, quién tenía ya la regla en clase y quién no...

Recuerdo perfectamente mi incredulidad y tristeza cuando nos alejamos durante el primer curso de secundaria.

Había hecho un verano fantástico, no había pasado un día sin que nos viéramos, y también en septiembre hizo calor y sol. Teníamos doce años e íbamos al instituto juntas, pero al llegar al patio entrábamos en dos mundos completamente diferentes. Un mundo en el que yo me evaporaba y ella florecía. Sólo llegar, se producía un evidente cambio en su actitud. Se sentaba más tiesa y ya no le daba la risa floja, sino que miraba a su alrededor con una arrogancia casi majestuosa. Hasta los chicos de las clases superiores la miraban.

Isabel cambió. Empezó a vestirse de otra forma y mientras mis hormonas aún no habían despertado del sueño infantil y yo llevaba un corrector de dientes, ella ya gastaba la copa B de sujetador. Se cortó el largo y negro cabello a lo chico, llevaba una cazadora de piel y unos vaqueros llenos de agujeros, se puso *piercings* en la nariz y el ombligo y, con ese aspecto, parecía intocable.

Un día se alejó de mí en cuanto llegamos al patio, dejó la bicicleta lejos de donde yo me encontraba y se acercó a las compañeras de clase con una confianza en sí misma que fue premiada con atención y respeto.

Yo no me atreví a seguirla. Me quedé mirando a Isabel y las otras chicas de mi clase. Eran todas delgadas y altas y se vestían realzando esa figura, con jerséis entallados que dejaban el vientre a la vista. El cabello largo, teñido de rubio o de pelirrojo, revoloteaba en torno a sus cabezas. O se lo recogían descuidadamente dejando que unas delicadas greñas enmarcaran sus bronceados rostros. Todas fumaban, miraban a su alrededor con confianza en sí mismas y se comunicaban en un idioma que yo no hablaba.

Entendí que había perdido un tren que todas ellas habían cogido a tiempo. Y que ya era demasiado tarde para remediarlo.

Isabel sufría de epilepsia, pero al principio casi nadie lo sabía. Las medicinas reprimían los ataques agudos, pero podía suceder que le diera una ausencia, o un ataque leve. Por lo general, yo me daba cuenta tan pronto como ella de que se avecinaba uno. Si le daba tiempo, me hacía una señal, pero la mayoría de las veces yo lo notaba porque se quedaba con la mirada perdida, o por los espasmos de sus manos.

Al principio del primer curso íbamos y volvíamos cada día juntas al instituto. A veces teníamos que detenernos porque le daba una ausencia. En esas ocasiones, yo apoyaba deprisa las bicicletas en el terraplén y nos sentábamos en la hierba. De ser necesario, bajo una lluvia torrencial, envueltas en nuestros impermeables. Cuando el ataque era fuerte, Isabel se quedaba agotada y yo la empujaba hasta su casa.

Esto siguió así un buen tiempo, pero todos los días, en cuanto llegábamos al patio del colegio, la amistad se desvanecía repentinamente.

El día que desapareció llevábamos ya dos años prácticamente sin

tener contacto. Por eso yo pedaleaba un buen trecho detrás de ella. Isabel iba con Mirjam Visser, con la que entonces tenía mucha amistad, y a mí no me apetecía unirme a ellas. Tampoco lo habrían apreciado. Yo iba en la misma dirección que ellas y aminoré la velocidad para no adelantarlas. Isabel y Mirjam pedaleaban muy despacio, con la mano de una sobre el brazo de la otra en señal explícita de alianza fraternal. Aún veo sus rectas espaldas y oigo sus alegres y despreocupadas voces. Hacía muy buen día, el verano se anunciaba.

Llegaron al punto donde Mirjam tenía que girar a la derecha y donde Isabel y yo seguíamos recto. Mirjam giró a la derecha, efectivamente, pero Isabel hizo lo mismo. Yo las seguí, no sé por qué; no era mi ruta habitual. Probablemente tenía intención de volver a casa por el camino de las dunas, algo que mis padres me habían prohibido por ser una zona muy solitaria. A veces lo hacía a pesar de esa prohibición.

Seguimos pedaleando, yo detrás de ellas, hasta la calle Jan Verfailleweg, que conduce a las dunas. Mirjam vivía en una de las bocacalles; giró, dijo adiós a Isabel con la mano, y ésta siguió sola. Eso me sorprendió, pensaba que Isabel iría a casa de Mirjam.

Seguí a Isabel a distancia y la vi desmontar delante de un cruce. Dejé de pedalear con la esperanza de que el semáforo cambiara a verde deprisa. Sería muy desagradable encontrarnos de repente una al lado de otra y buscar un tema de conversación. Afortunadamente, una camioneta se paró detrás de Isabel justo antes de que yo llegara, evitando que ella me viera. El semáforo se puso verde y la camioneta arrancó y salió recto entre una nube de gases. Isabel se montó de nuevo y siguió también su camino. Si yo seguía recto, iría detrás de ella, pero no me apetecía. Así que giré a la derecha y fui hacia las dunas dando un pequeño rodeo.

Esa fue la última vez que vi a Isabel. Mis recuerdos de esa temporada son confusos. Lo extraño es que recuerdo nítidamente algunos detalles nimios, mientras que las cosas importantes han desaparecido de mi memoria. Por ejemplo, no recuerdo nada más de ese día, sólo que iba detrás de Isabel y Mirjam y no podía dejar de fijarme en la complicidad de su actitud, la mano de la una sobre el brazo de la otra. Ni siquiera recuerdo el momento en que me enteré de que Isabel había desaparecido. Sólo sé lo que mi madre

me contó. Antes, cuando nosotras aún éramos amigas, nuestros padres mantenían el contacto, pero eso también terminó junto a nuestra amistad. Al parecer, esa noche la madre de Isabel llamó preocupada porque su hija no había regresado a casa. Mi madre subió a mi cuarto, donde yo hacía los deberes, y me preguntó si sabía dónde estaba Isabel. Yo le dije que no. Eso no la sorprendió, hacía ya mucho tiempo que Isabel no venía por casa.

De la conmoción que causó la desaparición de Isabel recuerdo muy poco. Casi todo lo que sé es de oídas. Los padres de Isabel avisaron inmediatamente a la policía. ¿Una chica de quince años que no vuelve a casa una noche? Bah. Se habrá quedado con algún noviete, dijo el agente de guardia. El padre de Isabel la buscó toda la noche en el pueblo y en los alrededores mientras su madre llamaba a todos los conocidos de su hija.

A los dos días aún no había regresado y la policía se puso en acción. Los detectives interrogaron a sus amigos; como yo ya no era uno de ellos, a mí no me preguntaron nada. Tampoco les hubiera podido decir gran cosa, excepto que no fue Mirjam Visser sino yo la última persona que había visto a Isabel. Pero ¿qué importaba? A fin de cuentas, yo me había metido por otra calle y ni siquiera sabía con seguridad si ella había ido a casa por el camino de las dunas.

Con la ayuda de una brigada especial, helicópteros, perros rastreadores y un escáner de rayos infrarrojos se peinó concienzudamente toda la zona. La madre de Isabel y los vecinos del barrio pegaron pósteres en las paradas del autobús, en edificios públicos y en las ventanas de las casas.

No encontraron ni rastro de Isabel.

En el instituto era el tema del día, evidentemente. Todo el mundo hablaba de lo mismo, pero también sobre esto recuerdo muy pocas cosas. Robin me ha hablado a veces de los grupitos que se formaban en el patio del colegio y que discutían las teorías más inverosímiles, o sobre el desconsuelo de la pequeña pandilla de la que formaba parte Isabel, pero también sobre el temor que despertó su desaparición. Había sido secuestrada, violada, asesinada, o quizá las tres cosas. Y si le había sucedido a ella, le podía pasar a cualquiera. Nadie creía en la posibilidad de que Isabel se podía haber ido de casa. Al fin y al cabo, no tenía razones para hacerlo: era la chica más popular del instituto, tenía montones de amigos y

amigas y sus padres le daban mucha libertad.

Los profesores con los que había tenido dificultades en los últimos meses se convirtieron en sospechosos. Los chicos a los que había dejado recibían miradas desconfiadas. Buscaron en el fondo del Noordhollands Kanaal y un avión rastreó la playa minuciosamente. Agentes de policía en moto recorrieron todos los caminos y senderos en la zona de las dunas, desde Huisduinen hasta Callantsoog.

Los padres de Isabel hicieron llamamientos en programas de televisión como *Busca y captura* y *El show de las cinco.* Después de cada emisión, se recibían montones de llamadas de gente de todo el país que decía tener información o que quería ayudar a organizar una enorme acción de búsqueda, pues la policía se negaba a pedir la movilización del ejército. Se llevó a cabo la acción de búsqueda, se movilizó, a pesar de todo, a un batallón del ejército, y muchos videntes ofrecieron su ayuda, pero no encontraron a Isabel.

Yo debí refugiarme en mi mundo, para recordar tan pocas cosas de esos días. Al cabo del tiempo, las aguas volvieron a su cauce. La preocupación por la próxima evaluación o por aprobar el curso o no, el nuevo año escolar que se avecinaba, y otras ocupaciones de todo tipo, se empezaron a imponer. La vida continuaba. O mejor dicho: debería continuar, pero yo todavía me pregunto qué le pasó a Isabel.

Hace poco su caso volvió a salir a la luz en el programa de televisión *Desaparecidos.* Yo estaba zapeando y me di un susto de muerte al ver aparecer en la pantalla el sonriente rostro de Isabel con su corto y oscuro cabello. Miré el programa sobre su desaparición como hechizada. Habían reconstruido todos los escenarios imaginables y durante toda la emisión, Isabel me miró sonriente desde el recuadrito superior derecho de la pantalla.

—Tiene que haber alguien que sepa más sobre la desaparición de Isabel Hartman —dijo muy serio el presentador—. Si quiere cooperar ahora facilitando esa información, puede llamar a la redacción del programa. El número aparece ahora en pantalla. Cualquier cosa que sepa, no dude más, coja el teléfono y póngase en contacto. Hay una recompensa de veinticinco mil euros para la información que lleve a la solución de este caso. Desde lo más profundo de mi memoria intento desenterrar algo que ni siquiera sé

si está allí. Las imágenes de la reconstrucción han puesto en marcha algo dentro de mí que me produce dolor de cabeza. No sé qué es, pero de repente sé con seguridad que Isabel ya no vive.

7

Más tarde me instalo delante del ordenador con una botella de vino a mano, entro en el chat y me desahogo con amigos que no conozco personalmente, y que, probablemente, no veré nunca. Se ha convertido en una costumbre, una rutina que empieza a cobrar carácter de adición.

Me asusto al oír el timbre. Una rápida mirada al reloj me dice que son las nueve. Me levanto un poco lenta, por la bebida, y aprieto el botón que abre la puerta de la calle.

—¡Soy yo! —grita Jeanine.

Sube y mira a su alrededor.

—¿Qué estabas haciendo?

—Chatear. Voy a salir, espera.

Me acerco al ordenador y cierro el programa.

Jeanine va a la cocina y se queda allí de pie asombrada.

—¿Cuánto tiempo te ha llevado? —pregunta señalando la encimera repleta de botellas vacías.

—¡Uf! No lo sé exactamente —respondo con vaguedad.

—Yo diría que no mucho —me observa con una mirada crítica —. ¿Qué te pasa?

—Nada. Simplemente me gusta tomarme una copa de vino de vez en cuando.

—Tonterías. Si bebes tanto, no es que simplemente te guste tomarte una copa de vino «de vez en cuando». Lo necesitas. Y quien necesita la bebida, necesita ayuda.

Me siento incómoda ante la aguda intuición de Jeanine. Me da la impresión de que me he convertido en una alcohólica de esas que

esconden la bebida debajo de la cama.

—Quizá sería mejor que intentaras averiguar por qué te sientes tan miserable, en vez de convencerte a ti misma de que «simplemente te gusta tomarte una copa de vino de vez en cuando» —dice.

La preocupación que veo en su mirada disipa instantáneamente mi irritación. Hace mucho tiempo que nadie me había mirado de esa forma. Con excepción de mi psicóloga, pero ella lo hacía por dinero. Nos sentamos a la mesa de la cocina y yo me quedo mirando el tablero.

—No se trata sólo de Renée, ¿verdad? Todavía tiene que ver con la depresión —dice Jeanine.

Yo asiento.

—Pero ¿no estabas viendo a un psicólogo? ¿No te ha ayudado?

—No mucho. Llegado un momento me dijo que ya no sabía cómo ayudarme. La cosa iba mejor, pero tenía la impresión de que no la dejaba llegar hasta el núcleo del problema. Lo dijo así, literalmente.

—¿Y tú conoces el núcleo del problema?

Toqueteo distraída la fruta del frutero, una preciosa fuente de cerámica que compré una vez en España, y por la que pagué demasiado. Me río y se lo cuento.

—Sabine… —me reprocha Jeanine.

Yo sigo con la mirada fija en el frutero e intento tomar una decisión. Entonces levanto la mirada y pregunto despacio:

—¿Alguna vez tienes la sensación de que hay algo en tu memoria que no consigues recordar?

—A veces —contesta Jeanine—. Cuando he olvidado un nombre. Lo tengo en la punta de la lengua y en el momento en que quiero pronunciarlo, se me escapa.

—Exacto. —Cojo un plátano y señalo con él a Jeanine—. Algo así.

—Pero ¿de qué se trata? ¿O acaso tampoco lo recuerdas?

Rompo el rabito del plátano y lo pelo despacio. Allí está de nuevo, ese flash. Ese recuerdo que aparece repentinamente. Me quedo en silencio, miro fijamente la reproducción que cuelga de la pared y entonces desaparece. Me como el plátano frustrada.

Jeanine no se ha dado cuenta de nada.

—He olvidado tantas cosas del pasado... —dice.

—Te he hablado alguna vez de Isabel, ¿verdad? —pregunto.

—Sí.

—Tengo la sensación de que sé lo que le pasó —explico.

Jeanine me clava la mirada.

—Pero tú dijiste que nunca la encontraron. Entonces, ¿cómo puedes saber lo que le pasó?

—Eso es exactamente lo que intento recordar —le respondo cansada.

Esa noche duermo otra vez mal. Me despierto con la cabeza llena de sueños confusos. Sueños sobre el pasado, sobre el instituto; pero cuando me espabilo ya no sé con exactitud de qué trataban. Lo único que permanece ahí es el sonriente rostro de Bart cerca del mío, y su profunda voz en mis oídos.

Bart, mi primer gran amor, el primer y único chico con el que me he acostado. Desde la secundaria no lo he vuelto a ver, pero he pensado en él en numerosas ocasiones. Sin embargo, no recuerdo haber soñado nunca con él. ¿Por qué me persigue el pasado de repente con tal insistencia?

Al día siguiente, en la oficina, la cabeza está a punto de estallarme de dolor. Me tomo una aspirina y me sorprendo a mí misma pensando en Olaf con anhelo. Estaría bien descubrir algún pequeño fallo en el ordenador, pero mi PC se pone en marcha poco a poco.

—Tengo una propuesta.

Renée entra en la oficina. Se quita el chaquetón y coloca ostensiblemente una gran hucha con forma de cerdito rosa encima de su escritorio.

—Lo he hablado con Wouter y él está de acuerdo conmigo: derrochamos demasiado papel debido a los errores de mecanografía. Suelen ser faltas que se hubieran detectado de haber leído detenidamente el texto en la pantalla. Le pasa a todo el mundo, pero últimamente, la papelera está mucho más llena que de costumbre.

Evita tan forzadamente mirar en mi dirección que yo comprendo de inmediato quién es la culpable de esta situación de crisis.

—Pero tengo una idea: metamos en la hucha diez céntimos por cada hoja de papel malgastado. Y con lo que ahorremos

financiaremos la copa del viernes por la tarde. ¿Qué os parece? —dice mirando a su alrededor esperanzada.

Yo la observo sorprendida.

—¡Pse! —dice Zinzy.

Nos hemos conocido esta mañana, y me parece una persona agradable. Es pequeña, tiene el cabello oscuro, parece frágil, pero de una u otra forma, está a la altura de Renée.

—Creo que es una buena idea —arriesga Margot, que es la que menos cartas mecanografía—. Es verdad, tiramos mucho papel.

—Pensadlo todas —dice Renée en tono enérgico—. Yo también opino que es una buena idea.

Yo no lo creo, pero no me apetece arriesgar el pellejo. Al fin y al cabo, Zinzy tampoco dice nada.

Para eludir la mirada de Renée, giro mi silla hacia la pantalla, donde aparece un correo de Olaf. Lo abro y lo leo: *Buenos días, Sabine. Según parece, tu ordenador funciona a la perfección. ¡Qué pena!*

Me sonrío. Le respondo inmediatamente: *La verdad es que está un poco más lento que de costumbre.*

Su contestación no tarda en llegar: *Luego paso por ahí. ¡ASAP!*

¿Asap? No lo entiendo.

Me devano los sesos acerca de la palabra, encojo los hombros y me voy a por un café. En el pasillo me encuentro con Olaf.

—¡Qué rapidez! —le digo entre risas.

—Ya te lo he dicho: ASAP —contesta él.

—¿Qué?

—¿No conoces la expresión? *As soon as possible,* lo antes posible.

—No, no conocía la «ASAPresión».

Olaf se carcajea.

—Así que le pasa algo a tu ordenador —empieza a decir en el momento en que yo digo: «Qué casualidad que...» Interrumpo la frase pero, con un gesto, él me insta a continuar.

—¿Sí, qué querías decir? —pregunta—. ¿Qué es lo que te parece tan casual?

—Pues eso, que me mandaras el correo en el momento en que yo estaba pensando que el ordenador se ponía en marcha tan despacio —contesto mientras sigo caminando hacia la máquina del café. Olaf va a mi lado y se apoya en la máquina.

—Para eso soy experto en informática. Intuyo esas cosas —

farolea.

—¿Quieres café? —pregunto.

—Sí, por favor. Sólo, sin azúcar.

Coloco un vasito de plástico debajo del chorro y aprieto el botón adecuado. Ninguno de los dos parece que tenga intención de volver a su puesto de trabajo.

—¿Hiciste algo especial ayer por la tarde? —pregunta Olaf mientras saca su vaso del aparato y pone uno nuevo para mí.

Yo aprieto el botón del café con leche.

—Quería limpiar las ventanas —le explico—, pero cambié de idea justo a tiempo. Después fui al Bijenkorf a comprar plantas de plástico y cuando ya estaba en la caja las fui a colocar en su sitio otra vez. Llegué a casa a tiempo para ver *The Bold and the Beautiful.*

A Olaf le da tanta risa que salpica sus zapatos de café, y Renée, que justo pasa al lado, se gira a mirarnos.

Por unos instantes me observa fijamente. Yo doy un paso a un lado para que Olaf me tape su agria mirada.

—¿Y qué vas a hacer hoy? —pregunta él aún entre risas.

—Voy a ir a Den Helder. —Cojo el candente vaso con cuidado y soplo en el café.

Olaf me mira con interés.

—¿A Den Helder? ¿Qué vas a hacer allí?

Yo me encojo de hombros y sonrío, pero no le respondo.

—¿Tus padres aún viven allí? —pregunta.

—No, se fueron a vivir a España hace cinco años.

—¡Es verdad, me lo contaste ayer! Hicieron un buen cambio.

—Depende de cómo lo mires. Robin en Londres, mis padres en España... —Bebo un sorbo de café, un tanto sombría.

—¡Pobre! ¿Así que te has quedado sola?

Olaf me pasa espontáneamente el brazo por los hombros y de paso lo deja ahí. La sensación de incomodidad regresa ipso facto. Su brazo parece de plomo. Sería ridículo zafarme de él, pero ése es mi primer impulso. La forma en que me acaricia el brazo, con fuerza y ofreciendo consuelo al mismo tiempo, sugiere unos lazos amistosos que no existen. Todavía no. También puede ser el primer intento de algo totalmente impensable. ¿Es posible que Olaf esté realmente interesado en mí?

—Tengo que volver —digo ofreciéndole una sonrisa como

disculpa.

—¿No decías que tu ordenador iba tan lento? —dice él.

—No más lento que yo, así que todo irá bien —le respondo. Sonrío de nuevo y regreso deprisa a la oficina.

El resto de la mañana no consigo apartar a Olaf de mis pensamientos. Cada vez que entra alguien, levanto la mirada deprisa; y creo oír su voz constantemente. Cada diez minutos controlo el correo electrónico. Pero no. Eso ha sido todo por hoy. Con esta reflexión, mi inseguridad expulsa en un instante ese alegre y esperanzado cosquilleo que sentía en mi estómago.

Hace mucho que no me sentía así. La primera vez que me enamoré fue de Bart, y ocurrió en una fiesta del colegio. Recuerdo que su interés por mí me sorprendió igual que ahora con Olaf. Ninguna de mis relaciones posteriores cuajó, pero eso siempre fue culpa mía, ya que para hacer intentos se necesita valentía y para tener valentía hay que tener confianza en uno mismo, algo que yo nunca he poseído.

Renée entra en la oficina y yo me pongo a trabajar deprisa. Ella me dedica una fría mirada, se sienta a su escritorio y desde ese momento levanta la vista cada minuto para controlar si hago algo. A las doce y media recojo mis cosas y salgo de la oficina con una profunda sensación de alivio y sin saludar a nadie.

Me paso la tarde tumbada en el sofá zapeando por todos los canales de televisión, hasta que se hace la hora de *As The World Turns.* El sol entra alegre por los ventanales, dejando al descubierto el polvo que cubre todos los objetos del comedor.

Tenía intención de limpiar la casa, pero no tengo la energía necesaria. Hasta prepararme un té se me hace cuesta arriba, aunque me apetecería mucho.

Con desgana, acerco con el pie uno de los libros que hay encima de la mesita de salón. Una mujer con aspecto combativo y los brazos en jarras ilustra la portada. *La mujer asertiva,* dice en unas enormes y amenazantes letras rojas.

Lo saqué hace poco de la biblioteca. Está lleno de consejos útiles y conceptos psicológicos que ofrecen una solución para cada problema. Sólo tienes que aprenderte de memoria la lista de frases asertivas, y reproducirlas en el momento oportuno.

Eso no es mi problema. / Me voy. ¡Adiós! / ¿A mí qué me

importa? / Déjame en paz. / No lo consiento. / Hazlo tú. / Ni hablar. / No me da la gana. / Estoy en contra.

Pienso cuál sería una buena frase asertiva para decirle a Renée y concluyo que son todas muy adecuadas. Me las aprendo de memoria y entonces oigo la sintonía de *As The World Turns*.

8

—¿Lo habéis pensado? —pregunta Renée al día siguiente, cuando ya hemos llegado todas.

Yo no respondo y sigo tecleando tranquila.

—¿El qué? —indaga Zinzy.

—Lo de mi propuesta de pagar una multa por el papel que malgastemos —contesta Renée.

—Yo estoy a favor —dice Margot—. Es una idea magnífica, Renée.

Los ojos de Renée vagan hacia la dirección en que estamos Zinzy y yo.

—¿Sabine? —pregunta.

Yo visualizo la lista de frases asertivas. Dicen que los mensajes en primera persona dan muy buen resultado. Suenan fuertes e imponen respeto.

—Yo estoy en contra —digo con firmeza.

Por unos segundos, nadie dice nada.

—Vista la cantidad de faltas que haces en tus cartas, no me sorprende tu reacción, Sabine —replica Renée.

—Estoy en contra —repito—. Me parece una idea ridícula.

Margot y Zinzy no dicen nada.

—¿Zinzy? —la insta Renée—. ¿Tú piensas lo mismo?

—¡Uf! No lo sé… Si tú crees que es necesario… —titubea Zinzy.

—Tiene que ser una decisión unánime —insiste Renée.

Estoy convencida de que esa frase es de Wouter. Con un movimiento brusco giro mi silla y me encaro a Renée mirándola fijamente.

—Oye, Renée —empiezo—, yo vengo aquí a ganar dinero, no a financiar la copa semanal. Además, no creo que nadie haga errores de mecanografía expresamente, así que me parece más que suficiente acordar que revisaremos mejor nuestros textos antes de imprimirlos.

Todas me miran con la boca abierta. La verdad es que estas cosas se me dan bien.

—El problema es que unos hacen más errores que otros —dice Renée fríamente.

—Si se incluye en el acuerdo colectivo, lo aplicaremos. Si no, no —le contesto en un tono de voz igual de gélido, y le doy la espalda.

Renée me ignora el resto de la mañana, y Margot y Zinzy me evitan. El tenso ambiente en la oficina es tan palpable que todo el mundo que entra baja la voz espontáneamente. Mi carpeta de trabajo está llena de documentos provistos de hojitas amarillas repletas de anotaciones. Si las cartas necesitan alguna aclaración, la gente se dirige a Zinzy o a Margot.

—¿Sabes cuál es tu problema? —titubea Zinzy. Hacemos tiempo junto a la máquina de *snacks,* donde antes me entretenía con Jeanine—. No da la impresión de que tengas ganas de trabajar. Te sientas a tu escritorio malcarada. Eso asusta a la gente. Todo el mundo piensa que eres una huraña y que preferirías estar en casa con la baja.

—¿De dónde sacarán esas ideas? —respondo.

Zinzy me parece una persona agradable. Es delgada y bajita; tiene el cabello lacio y negro, y los ojos grandes y de color castaño. Como me gustaría ser a mí. Tiene algo dubitativo en su forma de hacer que la hace parecer insegura. Pero no lo es en absoluto. Lo prueba frecuentemente contradiciendo a Renée. Con mucha cautela, como disculpándose, pero lo hace.

Y la última prueba de su independencia de pensamiento es esta arriesgada empresa: comerse conmigo un Mars junto a la máquina de *snacks.*

Sus palabras me aclaran muchas cosas. Así es como me ven. Pues tienen razón. Es verdad que voy con desgana al trabajo, pero eso no fue siempre así.

—¿Tú piensas que soy huraña? —pregunto.

—Ahora no. Pero en cuanto se acerca Renée te pones tensa. ¿Por

qué le tienes tanta aversión?

Arrugo el envoltorio del Mars y lo tiro en la papelera.

—Algún día lo averiguarás —contesto.

A las doce y media voy hacia los ascensores. Es la hora del almuerzo y las puertas tardan en abrirse. Podría coger las escaleras, pero me mareo sólo de pensar en todos esos tramos. Los ascensores están ahí para servir a las personas, así que sería de locos no utilizarlos.

Oigo una campanita y me acerco a las puertas sobre las que se ha encendido un piloto rojo. A los pocos segundos llega el ascensor y se abre. Una pared de cuerpos me detiene.

—Oh. Está lleno —digo.

—¡Qué va, Sabine! Cabes fácilmente. ¡Chicos, barriga dentro! —resuena la voz de Olaf al fondo.

Sus colegas acatan obedientes su orden y se apretujan aún más. Entro, las puertas se cierran y yo me siento como una sardina enlatada.

El restaurante está en el segundo piso. Al abrirse allí las puertas prácticamente soy lanzada afuera. Olaf me sigue, yo espero a que salga todo el mundo y, entonces, vuelvo a meterme en el ascensor.

—En adelante creo que cogeré las escaleras —digo entre risas mientras mantengo la puerta abierta con el pie.

—Sí, a las doce y media la gente suelta lo que tenga entre manos y se abalanza al ascensor —dice Olaf.

Miro hacia el restaurante y veo una larga fila de gente con bandejas vacías que se acerca paso a paso al bufé.

—Huele a *poffertjes* —digo mientras inhalo con placer un aroma dulce y algo grasiento.

—¿Te gustan esos minúsculos buñuelos planos?

—Me encantan. Sobre todo con un poco de mantequilla y una buena capa de azúcar glas… ¡mmm!

Una crítica mirada recorre mi cuerpo.

—Pues nadie lo diría.

—Porque nunca los como. Me lo he prohibido a mí misma.

Olaf mueve la cabeza en señal de desaprobación.

—Si hay una cosa que detesto es el hecho de que las mujeres siempre se están prohibiendo de todo —dice.

—¿Y eso?

—¡Porque la mayoría de las veces no tiene sentido! Tuve una novia que siempre estaba a régimen. No sabía hablar de otra cosa. Montignac, curas líquidas, *Slimfast,* y un largo etcétera. Me convirtió en un experto. Perdía gramos y recobraba kilos. Una vez me había esforzado yo por preparar una comida especial, y resultó que ella seguía una dieta de zanahorias. Estaba hasta el gorro.

Suelto una risita, a pesar de la súbita punzada que he sentido al oír a Olaf hablar de una novia antigua.

—¿Tú no estás a régimen, verdad? —pregunta desconfiado.

—¿Y a ti qué te importa? Yo no soy tu novia.

—Es verdad —responde mirándome con una enigmática sonrisa —. ¿Qué comida te gusta, además de los *poffertjes?*

—La cocina griega —respondo—. Me chifla.

Olaf asiente pensativo.

—Entonces, vayamos algún día a un restaurante griego. ¿Te apetece?

—Muy bien —respondo agradablemente sorprendida.

Olaf mueve el brazo en señal de despidida.

—¡Hasta luego, Sabine!

—Hasta luego —digo sonriente.

9

Nada más llegar a casa suena el interfono; fuerte y penetrante. Miro por la ventana y veo a Olaf. El corazón me empieza a dar saltos como si estuviera suelto dentro de mi pecho. En el pasillo, aprieto el botón y oigo que la puerta de la calle se abre. Las enérgicas pisadas de Olaf suben las escaleras y poco después entra con una enorme caja de comida griega en los brazos.

—Pensaba que tendrías hambre —dice alegre—. Te gusta la cocina griega, ¿no?

Lo miro con la boca abierta.

—Me estaba haciendo un sándwich.

—¡Un sándwich! —dice despectivo mientras entra en mi piso.

Coloca encima de la mesa los recipientes con arroz, ensalada, *giros* y *souvlaki,* y al instante, un olor grasiento se incrusta en las paredes de mi casa. En la cocina, el sándwich se quema. Voy deprisa y desenchufo la sandwichera de un tirón.

—¡Estás loco! ¡Comida griega a estas horas! —digo entre risas.

—La hora de comer para los griegos —responde Olaf—. Siéntate, que se enfría.

Comemos juntos, uno frente al otro, con los envases de plástico en medio.

—Sabía que te gustaban las acciones espontáneas —dice Olaf con la boca llena—. ¿Qué te parece? ¿A que está bueno?

—Riquísimo. ¿De qué restaurante es? —cojo otro pedazo de pan y me pongo un poco más de *tzaziki* en el borde del plato.

—De Irodion, a la vuelta de la esquina. ¿Más vino?

Olaf mantiene en alto la botella de vino blanco y yo asiento.

Llena las copas y se sirve más *giros.* Yo aparto mi plato y lo contemplo admirada de su apetito.

—¡Es increíble lo que comes!

—Siempre he sido un glotón —corrobora Olaf—. Mi madre me malcrió completamente. Siempre cocinaba mis platos favoritos y encima me dejaba repetir las veces que quisiera. Le encantaba cocinar.

—¿Le encantaba? ¿Ya no vive? —pregunto mientras voy recogiendo los recipientes vacíos y los meto en la caja de cartón.

—Sí, pero ya no cocina tan frecuentemente. Soy hijo único, y desde que mi padre murió, hace cinco años, ya no le apetece hacer tanto esfuerzo para ella sola. Cocina una vez a la semana, congela la comida en porciones y se las come en el curso de la semana. Cada día lo mismo. Cuando la voy a ver se mete en la cocina especialmente para mí, prepara una buena cantidad de comida y lo que sobra lo congela también. —Olaf rebaña su plato, roe una brocheta y la tira a la caja de cartón. Suelta un sonoro eructo y se golpea la henchida barriga—. ¡Qué bueno estaba todo!

—¿Siempre sueltas eructos así? —pregunto sin poder reprimirme.

—Sí —contesta—. En muchas culturas es señal de buena educación. Siguen sirviéndote comida hasta que sueltas un eructo, porque temen que aún tengas hambre.

—¿En qué culturas? —me intereso.

—¡Qué sé yo! Creo que es en algunos países asiáticos. —Olaf se levanta, recoge la mesa deprisa y con habilidad, lo lleva todo a la cocina y entonces tira de mí hasta sacarme de la silla. Me besa mientras me abraza con fuerza. Me pasa unos granitos de arroz y pedacitos de *souvlaki* y yo me los trago. La verdad es que besarse es una actividad muy asquerosa, pienso con su lengua sobre la mía. Tienes que querer mucho a una persona para tolerar todo esto.

Olaf se aparta un poco.

—Tengo que volver al banco, estoy alargando demasiado el almuerzo. ¿Tienes algo que hacer esta noche? —dice suavemente.

—Sí, quiero ver los viejos episodios de *As The World Turns,* y aún no he acabado de leer *La mujer asertiva* —contesto.

Olaf se ríe.

—¿Cenamos juntos?

—Vale —me oigo decir—. Muy bien. Pero no muy temprano. Estoy llenísima.

—Dame tu número de teléfono, así te puedo llamar si pasa algo.

Olaf saca su móvil del bolsillo y guarda el número que yo le dicto. Por si acaso, yo también anoto el suyo.

—De acuerdo, te paso a recoger a las ocho. Hasta esta tarde.

Olaf me besa de nuevo y se va. Me acerco a la ventana para ver si se vuelve a mirar. Nos decimos adiós con la mano y yo me doy la vuelta con una sonrisa en los labios.

Tengo una cita. ¡Por fin! Y me queda toda la tarde por delante para arreglarme el pelo y decidir qué ponerme. Voy directa al dormitorio y reviso el armario. En un rincón lejano y oscuro hay colgado un vestido que podría pasar por un traje de noche. Demasiado largo, demasiado calabaza y demasiado pequeño.

Me lo pruebo, contra toda lógica. El color naranja está pasadísimo de moda, aunque en sí, el vivo tono me queda bien. O mejor dicho: me quedaría bien si me pasara por las caderas. ¿Cómo es posible que yo cupiera nunca aquí? ¿Qué talla es, la 36? Miro la etiqueta y veo que es la talla 40. ¡La talla 40 y no me entra; si yo tenía la 38 cuando acabé los estudios! ¿Qué me ha pasado para necesitar la 42?

Me pellizco el costado y veo con horror un alegre y redondo michelín.

Este golpe es más duro que el descubrimiento del robo de mi escritorio en el banco. Mucho más duro. Me veo como en una película que se rebobina a gran velocidad: estoy tendida en el sofá rodeada de cucuruchos de chuches, chocolate de consuelo, patatas fritas y pistachos. Me encantan los pistachos. Los saco de sus pequeños caparazones con la velocidad de la luz.

Libero mi cuerpo del vestido en el que me había embutido, me lo quito de la vista de una patada y me pongo delante del espejo del armario con los brazos en jarras.

—De acuerdo —digo en voz alta a esos michelines que casi me impiden ver mi braguita—. ¡Ya basta! ¡Se acabaron las grasas! ¡Se acabaron las excusas!

Pienso con dolor en la cena de esta noche.

—Las ensaladas están riquísimas —le digo severa a mi reflejo—. Una ensalada sana y carne magra. Muy poco de todo. Cualquier

restaurante tiene en cuenta a la gente que está a dieta.

Pero con eso no se soluciona mi problema. Me pruebo todo lo que tengo en el armario y lo tiro encima de la cama con aversión. Demasiado viejo, demasiado soso, pasado de moda, demasiado pequeño. Demasiado estrecho. Estrechísimo.

Por fin, cojo el teléfono y llamo desesperada al móvil de Jeanine. Está en el trabajo, pero en cuanto le explico que tengo una cita con Olaf van Oirschot es toda oídos.

Suelta un gritito y vitorea:

—¡No me digas! ¿El tío bueno de informática? Por Dios, Sabine, ¿cómo lo has conseguido?

—Con las tetas por delante —contesto chula, y al instante me da un ataque de risa floja incontenible.

—Siempre funciona —se burla Jeanine antes de ponerse seria—. ¿Qué te vas a poner?

—Ése es el problema. No tengo nada. Sé que es lo que dicen todas las mujeres, ¡pero es verdad! Ayúdame, por favor.

—¡Naturalmente! Después del trabajo me paso por tu casa. Cenamos juntas, tú haces la cena, y después vamos de compras. Esta tarde las tiendas están abiertas hasta las nueve, es una suerte.

—La cita es esta noche.

Por unos instantes la línea se queda en silencio.

—Ya —dice Jeanine—. Pues entonces me tomo la tarde libre.

Miro pasmada el teléfono que sostengo en la mano.

—Sólo necesito algunos consejos telefónicos —le digo.

—Imposible. Necesito ver tu guardarropa. Seguro que tienes algo adecuado. Y si no, iremos de tiendas, mejor aún —suena tan decidida y exultante que no protesto. Está claro que, para Jeanine, ir toda la tarde de tiendas no es ningún sacrificio.

—Eres un tesoro —respondo.

—Lo sé. Voy a intentar coger la tarde libre. Si surge algún problema, te llamo.

Media hora más tarde llama al timbre de la puerta.

—A ver. Enséñame tu armario —resuena su voz desde la caja de la escalera.

—Si te refieres al contenido, está expuesto encima de la cama — digo abriendo la puerta de par en par.

Jeanine pasa a mi lado y va directa al dormitorio. Sólo de ver el

desorden se queda petrificada en la puerta.

—¡Dios mío!

Contempla el montón de camisetas deslucidas, jerséis llenos de bolitas, vaqueros desgastados y trajes chaqueta impecables pero aburridísimos. Se acerca a la cama y mantiene en alto con cara de espanto un *legging* amorfo que me compré en el punto álgido de mi depresión porque me pareció muy confortable; una acción que, en ese momento, era todo un logro.

Pero cuando abre el armario y ve la pila de braguitas deformes, es cuando la situación resulta verdaderamente embarazosa. Dos sujetadores blancos —en su día lo eran—, flanquean mis braguitas fraternalmente. Allí donde la tela está desgastada, sobresalen las peligrosas puntas de los aros.

—¿Qué es esto? —pregunta Jeanine, conmocionada.

Yo le explico que son mis sujetadores y braguitas.

Jeanine arruga la nariz sin disimular su desprecio.

—Eso —dice acentuando la palabra— son bragas, no braguitas. Tenías razón: necesitas ayuda urgente. Tira esa porquería, vamos a comprarlo todo nuevo.

—¿Todo? ¿Sabes lo que me va a costar? ¡Estamos a finales de mes! —protesto.

—Pues entonces no te queda más remedio que estar unos días en números rojos. No puedes seguir así —dice señalando con una mirada despectiva primero el armario y después el batiburrillo que hay encima de la cama—. ¿Qué tienes para ponerte por la noche?

Me viene a la cabeza la camiseta larga con el logotipo del banco, pero no me atrevo a mencionarla.

—Lo normal, un pijama —contesto.

—¿Un pijama?

—Pues claro, como todo el mundo —me defiendo—. ¿O acaso duermes tú en negligé cuando hiela?

—No hiela, es verano y, además, por la noche estás en la cama, no a la intemperie. Claro que tengo un pijama normal de franela, pero también tengo un negligé. Forma parte del vestuario básico de la mujer. Venga, ya he visto suficiente. Vamos al centro.

Fuera brilla el sol. Veo a otras jóvenes de mi edad con vistosas faldas festoneadas y tops de tirantes, y, de repente, me entran unas ganas enormes de renovar todo mi guardarropa. Necesito tener una

faldita de ésas. Y un top de tirantes.

Con un cosquilleo de excitación, me siento al lado de Jeanine y dejo que la línea 13 me lleve al centro. Tengo una cita con un hombre y una amiga me acompaña a comprar ropa nueva; otra vez estoy en el meollo. ¡Dios mío, qué lento va el tranvía! ¿Tiene que detenerse necesariamente en todas las paradas? ¡Quiero ir de tiendas!

Por fin nos bajamos y nos integramos en la masa de la calle comercial por excelencia, la Kalverstraat.

Hace tanto tiempo que no venía por aquí. ¿Cuándo perdí el interés por mi aspecto físico? ¿Cómo sucedió? Una se siente mucho mejor si sabe que tiene buen aspecto. Y de una cosa estoy segura: esos sosísimos trajes chaqueta no me favorecen en absoluto. ¿Quién me ha inculcado que en unas oficinas no puedes llevar ropa alegre, que hay que llevar siempre una falda negra y una camisa blanca?

—Primero la ropa interior —decide Jeanine tirando de mí—. Te urge.

Entramos en una tienda de lencería, cosa que yo nunca hago, porque desde que tengo uso de razón he comprado ropa interior barata, y deambulamos entre colgadores repletos de raso en dulzones colores pastel, y braguitas y sujetadores negros y rojos de lo más provocativos.

Jeanine coge una percha de la que, en mi opinión, no cuelgan más que unos jirones de un encaje muy transparente que resultan ser un minúsculo conjunto de braguita y sujetador.

—¡Aquí está! —dice encantada—. ¡Esto es lo que tienes que comprarte! ¡Y esto también!

De un solo movimiento coge del colgador un negligé de color rosa translúcido. Yo la miro indecisa.

—¿No es un poco hortera? —pregunto.

—Se dice «sexy» —me corrige Jeanine amablemente—. Pruébatelo. Estas cosas hay que verlas puestas.

Me empuja al probador y mientras yo me desnudo y me pongo el negligé con cuidado, ella echa más conjuntos por encima de las cortinas. Unos minutos más tarde se mete también en el probador.

—¿Qué tal? ¿Cómo te queda? —pregunta con interés.

Me miro al espejo y veo una putilla color pastel.

—No sé, Jeanine. No me veo —digo incómoda.

—Tonterías. Una no se viste conforme a lo que es, sino a lo que quiere ser. Te queda perfecto, Sabine. Tienes que cogerlo, en serio. ¡Ni se te ocurra dejarlo aquí! Tómate un calmante y saca la tarjeta —me urge.

Ante tal fuerza de convicción no hay quien se resista. Me lo quito todo de nuevo, me visto, elijo dos conjuntos más, menos provocativos pero de muy buena calidad, y me acerco a la caja. Al teclear mi código personal evito a toda costa ver el importe. Presiono deprisa el botón «aceptar» y guardo la tarjeta.

—Muy bien —dice Jeanine—. ¿Ahora qué toca?

Entramos en montones de tiendas y encontramos todo lo que necesito. No una sino toda una serie de tops y faldas, en diferentes colores. Las bolsas de plástico me cortan las manos mientras vamos en busca de zapatos a juego. Y una pinza para el pelo, para hacerme un recogido moderno. ¡Ojalá estuviera un poco más morena! Me he pasado un mes entero encerrada en mi piso. ¿A quién se le ocurre? A partir de ahora saldré todas las tardes a tomar el sol.

La perfumería es una fuente de tentaciones. Sucumbo ante aromas de oferta, me compro maquillaje nuevo, pinzas del pelo en varios colores y un tubo de crema autobronceadora. Otra bolsa de plástico.

¡Zapatos! ¿Dónde estaba la tienda de Manfield? ¿Y la de Invito?

A las seis menos algo nos sentamos agotadas en el tranvía.

—Me voy directamente a casa. No puedo más —dice Jeanine al llegar a mi puerta—. ¡Cómo me alegro de no tener una cita esta noche!

—Yo también estoy muerta —gimoteo.

—Date una buena ducha y hazte un masaje de pies —me aconseja Jeanine—. Y llámame mañana. Quiero saberlo todo.

Nos despedimos y yo subo a mi piso arrastrando mis doloridos pies. Abro la puerta con dificultad, por las bolsas. La cierro de una patada detrás de mí y dejo caer mis compras en el pasillo. Me quito los zapatos y me lanzo al sofá soltando un gemido. *Shop till you drop,* de compras hasta que te rompas, dicen los ingleses. Ahora lo entiendo.

Me masajeo los pies con vigorosos movimientos y cuando me parece que puedo volver a caminar, me levanto y voy al cuarto de baño. Una ducha tibia es lo que necesito.

Me deja nueva. Salgo desnuda al pasillo, cojo del suelo las bolsas con mis compras y las llevo al dormitorio. Corto con cuidado las etiquetas de los conjuntos de ropa interior, las falditas y los tops, y me lo pruebo todo otra vez. Es cierto: la lencería te da una sensación especial. Nadie sabe que la llevas, pero tú sí, y de una forma u otra, emanas seguridad en ti misma. Por lo menos, a mí me pasa. Lo veo claramente. Tomo una actitud de confianza en mí misma, coloco las manos sobre los michelines de forma que no salten a la vista, echo el pelo para atrás y me miro al espejo con una arrogante mirada de modelo.

Femme fatale. Hasta que aparto las manos y los michelines me recuerdan que aún me queda mucho trecho hasta alcanzar ese estatus. Por suerte, mi nueva falda los disimula estupendamente, y puedo estirar el jersey por encima. Estoy satisfecha con el resultado.

Me seco el oloroso cabello recién lavado y me hago un moderno recogido con la pinza. Aún me estoy maquillando cuando oigo un claxon.

10

No presto atención al ruido; me aplico cuidadosamente una capa de rímel y me pongo unos botoncitos de cristal en las orejas.

De nuevo tocan ese claxon. Arrugo el entrecejo, me acerco a la ventana y miro a la calle.

¡Es Olaf! En un Peugeot negro con las ventanillas bajadas y un cigarrillo en la comisura de los labios. Saca su fuerte y curtido brazo por la ventanilla, y con los dedos repiquetea distraído en el techo del coche, acompañado por el último éxito de Robbie Williams a todo volumen. Veo inmediatamente que Olaf no se ha molestado en ponerse algo más especial que unos vaqueros y una camiseta blanca.

De repente se me ocurre que mi metamorfosis es un poco exagerada. El rosa es demasiado dulzón, y el borde festoneado de la falda se pasa un poco. Las sandalias de tacón alto con tiras son monísimas, pero el top me aprieta por el pecho, y los tirantes se me caen continuamente.

Me miro por última vez en el espejo. El pelo me queda bien, recogido con la pinza. Me deja la cara libre. Una pena que esté tan blanca, pero la crema autobronceadora me ha dejado una pierna como una zanahoria, así que ya no me he atrevido a aplicármela en la cara. Ni en la otra pierna, por cierto. Así que ahora voy por ahí con una pierna ligeramente calabaza. Pero en el restaurante estás todo el tiempo con las piernas metidas debajo de la mesa, y en el coche puedo tapar la pierna naranja poniendo la blanca encima.

¡Piiii! El claxon resuena entre las fachadas de las casas. Miro irritada por la ventana.

Olaf me ve y saca la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh! ¿Ya estás lista? —grita.

Con un gesto le indico que se tranquilice, cojo el bolso y salgo al descansillo. Cierro la puerta con llave y bajo las escaleras en un santiamén, pero él aún tiene ocasión de alentarme con un nuevo bocinazo.

—Idiota —mascullo.

Salgo a la calle furiosa. Olaf bloquea la estrecha calzada sin molestarse en dejar paso. Abro la portezuela del coche de un tirón y le espeto:

—Pisa a fondo.

—A sus órdenes, señora. Está usted preciosa.

Aparto la mirada y callo.

—¿Qué pasa? ¿No es eso lo que hay que decir cuando se sale con una dama? —pregunta Olaf mirándome con sincera sorpresa.

—Cuando invitas a salir a una dama, no te pones a tocar el claxon en la calle como un imbécil —respondo.

Me arrepiento inmediatamente de mis palabras. Quiero ser joven y moderna. No debe pensar que está sacando de paseo a su abuela. Y ésa es la sensación que tiene, lo noto en la forma en que me mira. Además, ni siquiera se molesta en arrancar, se queda en medio de la calle.

—Podías haber llamado al timbre —sugiero en un tono de voz algo más suave.

—Para eso tenía que aparcar en doble fila —se defiende—. ¿Tú has visto los cepos que están poniendo?

—Pues entonces haber llamado al móvil. ¿Por qué no arrancas? ¡Tienes cinco coches detrás!

Miro incómoda por encima del hombro. Uno de los automovilistas sale impaciente del coche. Otro empieza a tocar el claxon.

—¡Qué tarado! ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Llámame al móvil! —grita Olaf por la ventanilla.

Aprieta el acelerador y el coche sale lanzado.

No puedo evitarlo: me echo a reír.

—Te sientes como en casa, ¿eh? Increíble. No se diría que eres un raquero.

—En Den Helder soy un raquero; aquí soy un amsterdamés. Por

cierto, ¿sabes cómo llaman a la gente de Tilburg?

—Ni idea.

—Meacántaros. Viene de los tiempos en que Tilburg era el centro de la industria textil. Para afelpar los tejidos se necesitaba, entre otras cosas, orina. En Tilburg la pasaban a buscar por las casas. Le pagaban a la gente por llenar cántaros de orines. Es curioso, ¿verdad?

—Hilarante —respondo.

Ahora es él quien se ríe.

—¡Qué flemática!

—Sólo me alegro de no ser de Tilburg. Sé exactamente qué apodo me hubieras puesto. De pequeños ya lo hacías.

—¿Yo?

—Sí. ¿No te acuerdas de cómo me llamabas?

—¿Sabino, quizá?

—No, doña Hormiga.

Olaf golpea el volante con la mano y suelta una carcajada.

—¡Es verdad! Por Dios, tienes una memoria de elefante. Es que eras verdaderamente como una hormiguita. Siempre tan nerviosa.

Giramos para coger la Nassaukade y nos metemos de lleno en un embotellamiento. Olaf mira por el retrovisor, pero detrás de nosotros la calle se llena de coches y no podemos dar la vuelta.

—Mierda —dice Olaf.

Da un volantazo y se mete en el carril del tranvía. Detrás, un tranvía protesta con un ruidoso tintineo. Olaf indica con un gesto que en seguida se aparta y continúa por encima de los raíles un largo tramo. Ante mí aparece el hotel Marriott.

Preocupada, me siento un poco más tiesa. No voy vestida para esto. Mi nuevo conjunto no está nada mal, pero este tipo de sitios exige algo más de estilo.

Sin embargo, pasamos por delante del Marriott y giramos a la izquierda, hacia la plaza Leidseplein. ¡Ah! el hotel Américain. ¡Qué rabia! De haberlo sabido… Bajo el parasol y examino mi maquillaje. Está pasable. Por suerte me he traído el lápiz y la barra de labios. Iré primero un momento a los servicios.

Olaf se mete en una bocacalle y aparca en una plaza para discapacitados.

—¿Qué haces? ¡La grúa se te va a llevar el coche! —le aviso.

—No, no lo hará.

Olaf me enseña una tarjeta y la coloca encima del salpicadero.

La cojo y la examino.

—¿Desde cuándo estás discapacitado?

—Cuando camino un rato me dan unos pinchazos horribles en el costado —me explica—. Un amigo se apiadó de mí y me consiguió esa tarjeta.

Meneo la cabeza en señal de reprobación, dejo la tarjeta de nuevo sobre el salpicadero y salgo del coche.

—¿No tienen garaje en el Américain?

—Probablemente sí. —Olaf cierra el coche con llave—. Pero sólo para sus clientes.

Me dirijo a cruzar las vías del tranvía, pero Olaf se da la vuelta y me hace una señal. Mis ojos se fijan en un llamativo puesto de *poffertjes* con una terraza llena de muebles de plástico.

—¿Dónde quieres que nos sentemos? ¿En aquel rincón? Desde allí podremos observar a todo el que pase —Olaf se adentra en la terraza y me ofrece atentamente una silla roja. Me mira con expresión interrogativa mientras sostiene la silla en las manos.

Los ojos le brillan. Tomo asiento conmovida. De repente, este puesto de *poffertjes* me parece infinitamente más agradable que el Marriott o el Américain. Por lo menos no tienes que preocuparte por tu atuendo.

Un camarero se acerca a tomar la orden: dos raciones grandes de *poffertjes* con azúcar glas extra. Y cerveza.

Olaf se apoya en el respaldo de la pequeña silla, casi perdiendo el equilibrio, y pone los brazos detrás de la cabeza.

—¡Qué buena idea has tenido! —dice satisfecho—. *Poffertjes.* ¡Cuánto tiempo hacía!

—No recuerdo haberlo propuesto yo.

—Sí, este mediodía, en el restaurante del banco. Has dicho que te apetecería comer *poffertjes.*

—He dicho que olía a *poffertjes.*

Olaf se incorpora, preocupado.

—¿Prefieres ir a otro sitio?

—No —le tranquilizo—. Esto está bien. Perfecto. —Me apoyo relajada en el respaldo de mi silla para ratificar mis palabras—. Me alegro.

Entonces nos quedamos callados. Uno de esos silencios en los que rebuscas en tu memoria la lista de temas de conversación. Porque, para ser sinceros, ¿qué tenemos nosotros que contarnos? ¿Qué sabemos el uno del otro?

—¿Estás a gusto en el banco? —pregunto como una estúpida.

—Sí, mucho —contesta Olaf—. La gente de informática es muy maja. Tienen un humor un tanto vulgar, pero ¡bah! Es lo que pasa con los departamentos en los que dominan los hombres.

—¿No trabajan dos mujeres también?

Olaf sonríe burlón.

—Me temo que las dos pasan desapercibidas con tantos chistes verdes. En tu oficina es justamente al revés, ¿no? Sólo mujeres.

—Sí.

—¿Estás bien?

—No tienes ni idea de lo bien que estoy.

Olaf no capta la ironía en mi voz.

—Pues Renée me parece una tipa muy dominante.

—¿Renée? Renée es una mujer simpatiquísima. Siempre tan comprensiva, social, sincera. Sí, tenemos suerte con ella.

Olaf frunce un poco el entrecejo, me mira y sonríe.

—Una bruja —dice.

—Una bruja —confirmo.

—Me lo temía. Cuando me ve se pone superamable, roza el peloteo, pero una vez, al llegar a la oficina, oí cómo le daba un rapapolvo a alguien. Es una tía de cuidado.

Yo me callo y parece que tampoco Olaf siente mucha necesidad de seguir hablando de Renée. Por lo demás, lo único que nos une es el pasado. Por eso no me sorprende que Olaf saque ese tema. Enciende un cigarrillo, sopla el humo hacia arriba y mira las volutas.

—Doña Hormiga. Seguro que no te gustaba —dice.

—¡Bah! Con un hermano mayor te acostumbras a todo.

Olaf sonríe.

—¿Cómo está Robin?

—Bien. Muy ocupado. Trabaja mucho. Hace tiempo que no hemos hablado, pero la última vez que llamó me habló con mucho entusiasmo sobre una tal Mandy.

—Así que Robin ha conquistado a una belleza londinense —dice

Olaf—. ¡Me alegro por él! Lo llamaré un día de éstos. ¿Tienes su número?

—Sí, pero aquí no. Mañana te lo paso en un correo.

Olaf asiente y contempla pensativo el humo de su cigarrillo antes de abordar el tema que yo intento evitar por todos los medios.

—Oye —empieza—, ¿tú no eras amiga de Isabel Hartman? ¿Has sabido algo de ella?

Cojo el paquete de cigarrillos de encima de la mesa y enciendo uno. Se hace un incómodo silencio.

11

He olvidado muchas cosas de la época de la secundaria. Cuando leo mi diario o escucho las historias que cuenta Robin, los acontecimientos no me resultan conocidos; es como si en esos días otra persona hubiera vivido en mi lugar. Y, sin embargo, puede suceder que, de repente, un recuerdo se introduzca en mi cerebro como un flash e ilumine por unos instantes la plomiza masa de mis sesos. Una no entiende cómo funciona la memoria, y menos aún por qué un momento te abandona escandalosamente para, un segundo más tarde, confrontarte contra tu voluntad con ciertos recuerdos.

La imagen que me llega en el momento en que Olaf pronuncia el nombre de Isabel no es agradable. Me veo en la cantina del colegio, buscando un sitio para comerme el bocadillo. Las chicas de mi clase se han sentado un poco más lejos. Isabel está sentada en el borde de la mesa, y lleva la voz cantante. Yo tengo doce años y no hace mucho formaba también parte, en cierta forma, de ese grupo, hasta que me fueron apartando cada vez más y acabaron expulsándome. Cojo una silla y me acerco al grupito. No levantan la vista, pero yo veo que se miran entre ellas, como si un campo magnético activara todo tipo de señales de alarma en cuanto yo entro en él.

Con unos movimientos inseguros intento colocar mi silla entre las demás, pero con un decidido clic-clic-clic de apoyabrazos que chocan y el desagradable ruido de patas de silla que se arrastran, cierran filas. Me doy la vuelta, coloco mi silla junto a una mesa vacía, cerca del grupo, y miro cómo pasan los minutos en el reloj de pared hasta que se acaba el recreo.

Por unos momentos, mi interrogante mirada se cruza con la de

Isabel. Ella no la aparta. Mira a través de mí.

—¿No era tu amiga? —Olaf toma un sorbo de cerveza y me mira expectante.

—¿Isabel? En primaria sí —contesto dando una calada a mi cigarrillo e inhalando el humo.

—Nunca se supo lo que le pasó, ¿verdad? —dice Olaf. No es una pregunta, sino una constatación, pero yo le contesto igual.

—No. Hace poco sacaron su caso en el programa *Desaparecidos.*

—¡Qué putada! ¿Tú qué crees que le pasó? ¿No tenía una enfermedad?

—Epilepsia.

Me llegan rodando imágenes del pasado. Intento detenerlas, evitarlas, pero Olaf sigue hablando.

—Sí, eso era, epilepsia. Quizá le dio un ataque.

—No lo creo. Los ataques se pasan. Notas cuándo van a llegar, y una vez que se pasan tienes que descansar un rato. Los ataques ligeros, por lo menos. ¡Qué me vas a decir a mí! ¡Con el montón de veces que yo los presencié!

—¿Entonces tú no crees que la epilepsia tuviera algo que ver con su desaparición?

Hago un gesto al camarero para indicarle que me traiga un nuevo vaso de cerveza y niego con la cabeza. No. No lo creo. Ni lo he creído nunca.

—¿Sabes? —digo—. No recuerdo casi nada del día en que desapareció Isabel. Ni de los días anteriores o posteriores. Es extraño, ¿verdad? Lo que quiero decir es que lo lógico sería recordar cómo me enteré de que no había vuelto a casa. Parece ser que su madre llamó a la mía. Y al día siguiente, sus padres vinieron a casa a hablar conmigo, con la esperanza de que yo supiera algo. Se prestó muchísima atención al caso, tanto en el instituto como en los medios de comunicación, pero yo sólo lo sé porque me lo han contado. No me acuerdo de casi nada.

Olaf me mira con escepticismo.

—Eso es imposible. De algo te tienes que acordar.

—No.

—¡En el instituto no se hablaba de otra cosa!

—No me cabe duda, pero yo ya no me acuerdo de nada. Quizá sea ésa la razón por la que siempre me siento tan mal cuando

pienso en aquella época. Tengo la sensación de que he olvidado cosas importantes. Ya sabes: en el momento parecen detalles nimios, pero después son los que completan la imagen. Tengo la impresión de que entonces sabía más de lo que yo misma pensaba. Pero ya no está ahí. Desapareció.

Olaf espolvorea más azúcar glas sobre sus *poffertjes.*

—¿Por eso fuiste a Den Helder?

—Sí. Esperaba esclarecer algo, una vez allí. Pero no funcionó. Ha pasado demasiado tiempo —suspiro.

Olaf se mete en la boca cinco *poffertjes* de una vez.

—Quizá tuviste un shock y te pasaste los primeros días como aturdida. Sería comprensible: Isabel había sido tu mejor amiga. Esas cosas impactan.

Yo pincho con desgana un *poffertje* frío y grasiento. ¿Me impactó la desaparición de Isabel?

—El año pasado, cuando acababa de darme de baja, le pregunté a mi madre cómo había reaccionado ante la desaparición de Isabel —le explico—. No me pudo contar gran cosa. Cuando desapareció Isabel, mi padre estaba en el hospital por un ataque al corazón. Mi madre tenía otras preocupaciones.

Los azules ojos de Olaf me miran serios.

—Al principio, mi madre estaba segura de que Isabel se había ido de casa —continúo—. Salía siempre con chicos más mayores, a veces con gente de Amsterdam. ¡Sabe Dios de dónde los sacaba! A lo mejor es cierto que se fue de casa.

—¿De verdad lo crees?

Lo pienso unos instantes y niego con un movimiento de cabeza.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Sus padres le daban muchísima libertad. A veces demasiada, a juicio de los míos. En el fondo se alegraban de que ya no nos viéramos tan a menudo. Isabel decidía por ella misma con quién salía, hasta qué hora y con qué frecuencia. Sus padres no la atosigaban para que hiciera los deberes, como hacían los míos. Dejaban tranquilamente que fuera de copas a Amsterdam con una pandilla de amiguetes de dudosa reputación. Esas cosas. La verdad es que a mi madre no le sorprendió que le pasara algo justamente a ella. Siempre ha dicho que debió de suceder algo en Amsterdam.

—Eso es imposible —responde Olaf—. Isabel desapareció en

pleno día, después de clase.

Yo levanto la mirada sorprendida de que recuerde tan bien los hechos.

—Sí, es verdad. Recuerdo que yo iba en bicicleta detrás de ella y Mirjam Visser. Cuando ésta se metió en su calle, Isabel siguió recto. Yo tenía que ir en la misma dirección, pero iba muy despacio porque no me apetecía nada que notara mi presencia, y en un determinado momento me metí en una calle lateral, para esquivarla. Volví a casa por el camino de las dunas, pero no fue un viaje tan agradable como yo me había imaginado. Hacía mucho viento, tuve que pedalear como una loca. Llegué a casa jadeando. Es extraño, ¿verdad? Estos detalles sí los recuerdo, pero no tengo ni idea de lo que hice el resto del día. Iría a la biblioteca. O haría los deberes. Algo así.

—¿Y al día siguiente, o las semanas siguientes? ¿Cuando se hizo obvio que Isabel realmente había desaparecido? ¡Fue el tema del año en el instituto! —exclama Olaf, sorprendido.

—No recuerdo nada más. Es como si tuviera una laguna en la memoria. De vez en cuando se llena un trocito, pero al instante el relleno se hunde de nuevo en el olvido —respondo, impotente.

—Hmm.

Olaf se apoya en el respaldo y enciende un cigarrillo. Me ofrece uno pero yo lo rechazo con un movimiento de cabeza.

Los dos nos quedamos en silencio un buen rato. Yo me tomo mi cerveza a largos tragos. No estoy acostumbrada a los silencios, no los soporto muy bien, pero debo reconocer que el silencio de Olaf no me resulta incómodo. No espera una explicación, ni confidencias interminables; y yo no cometo el error de hablar por no callar. Él no dice nada, y yo tampoco.

Sentados uno junto al otro, Olaf se fuma su cigarrillo y yo acabo cogiendo uno también. A veces, un cigarrillo en el momento oportuno, marca la diferencia.

—¿Conociste bien a Isabel? —pregunto mientras dejo que la ceniza caiga en el cenicero.

—Sólo de verla en los bares. Más tarde la veía en el instituto y alguna que otra vez hablamos en el patio. Robin me contó que vosotras habíais sido muy amigas. Pero eso era antes de que yo me hiciera amigo de Robin, creo, porque yo nunca la vi en vuestra casa.

—Es cierto. Entonces ya no éramos amigas —respondo.

Los ojos de Olaf siguen mirándome. No dice nada, sólo me mira fijamente; algo que siempre acaba poniendo nerviosa a la gente y la hace seguir hablando.

—Los primeros años en el instituto fueron una pesadilla, pero los últimos fueron magníficos —empiezo a hablar a destajo—. Cambié mucho. Me sentía segura, desenvuelta, alegre. No me dejaba comer el coco por nadie. Era una Sabine completamente nueva. Otra yo. ¿A que no lo dirías? Tú nunca me conociste así. ¿Sabes? A veces me da la impresión de que hay varias personas dentro de mí. Diferentes personalidades que salen a flote por iniciativa propia. —¿Qué estoy diciendo? Sacudo nerviosa la ceniza contra el borde del cenicero y suelto una risita forzada—. Suena como un desdoblamiento de personalidad, ¿no?

—Bah, no sé —responde Olaf—. Entiendo lo que quieres decir. ¿No tenemos todos varias personalidades? Para cada situación tenemos una cara, otra actitud, otra forma de hablar. Nos adaptamos constantemente a las circunstancias. En el trabajo, yo también soy otro Olaf.

De nuevo nos quedamos en silencio. El camarero viene a recoger los platos. No nos pregunta nada, sólo nos mira con expresión interrogante.

—Dos cafés, por favor —dice Olaf.

El camarero asiente y se va.

—Estaban riquísimos, gracias —añade Olaf.

El camarero no reacciona y Olaf pone cara de desesperación.

—Seguro que piensa: «son unos simples *poffertjes,* tío».

—Pero igual tienen que estar buenos.

—Exacto.

Esperamos los cafés mientras fumamos. Es difícil pasar de pronto a un tema diferente, más ligero.

—¿Qué recuerdas tú del día que desapareció Isabel? —pregunto.

—Tampoco mucho. Sé que teníamos examen de matemáticas. Hacía un calor agobiante en el gimnasio. Por suerte, el examen era muy fácil. Las matemáticas eran la asignatura que mejor se me daba, así que acabé en seguida. Robin se estaba devanando los sesos, y no lo esperé. Me subí a la motocicleta y me fui a casa. Eso es todo. Por la noche me llamó para preguntar si había visto a

Isabel.

—¿Robin te llamó a ti? ¿Por qué?

—Probablemente la madre de Isabel acababa de llamar a vuestra casa preocupada.

—Pero ¿por qué ibas tú a saber dónde estaba?

—¡Qué sé yo! Robin sabía que yo también la conocía. Isabel salía a veces con... ¿cómo se llamaba? El tipo aquel que iba a mi clase, con la cazadora vaquera y el pelo negro. ¡Bart! Sí, Bart de Ruijter. Yo le dije que llamara a Bart.

Me asusto, pero intento que mi cara no revele otra expresión que no sea interés.

—¿Y él lo hizo? —pregunto.

—Le dio el número de Bart a la madre de Isabel. Pero Bart se había pasado la tarde sudando encima del examen de matemáticas. No había visto a Isabel en todo el día. Más tarde, la policía lo interrogó.

El camarero pone dos minúsculas tazas de café encima de la mesa.

—Exprés —digo con asco.

—¿No te gusta?

—¿La bilis? No. La verdad es que no. Tómatelo tú —digo pasándole la taza.

—Entonces, ¿qué te apetece? ¿Un café con leche?

—No, déjalo. No me apetece el café. ¿Tendrán aquí algo más fuerte?

Olaf se ríe.

—Luego vamos a ello, ¿vale? Esto está plagado de bares.

El azul del cielo adquiere un tono diferente, más oscuro. Los agresivos letreros de neón piden atención y la vida nocturna de Amsterdam se pone en marcha.

Enciendo otro cigarrillo y miro cómo Olaf se toma el café. Tiene la mirada perdida.

—Robin estaba loco por ella, ¿verdad? —dice de pronto.

Yo levanto la mirada de golpe.

—¿Qué? ¿Robin? ¿Enamorado de Isabel? ¡Qué va!

Olaf me mira sorprendido.

—¿No lo sabías?

—No, y no me lo creo. ¿Robin e Isabel? ¡Ridículo! —contesto

con vehemencia.

—¿Por qué? Era una chica muy guapa. Si hubiera dicho que tenía dieciocho años, te lo hubieras creído. Yo al principio ni siquiera sabía que era tan joven, hasta que Robin me contó que ibais a la misma clase. Pero estoy seguro de que él estaba colado por ella, aunque no lo demostrara. Nadie lo entendía. Ella se esforzaba mucho por captar su atención.

—¿Que él no lo demostraba? —pregunto herida.

—No. —Olaf me mira con dulzura—. No lo demostraba, pero yo sé que le costaba. Ella lo atraía enormemente, y lo sabía, la muy brújula. Si le gustaba alguien, no paraba hasta conquistarlo, aunque sólo fuera por un día.

No contesto, estoy como paralizada en mi silla de plástico roja. Robin estaba enamorado de Isabel. Estaba enamorado. ¡De Isabel!

—Él la odiaba —digo tímidamente—. Él mismo me lo dijo.

Olaf se termina el café y deja la taza sobre el platito con tal rudeza que yo miro espontáneamente si no ha roto nada.

—Sí —confirma—. También la odiaba. El amor y el odio van de la mano. ¿Por qué te pones así?

Lo miro con frialdad.

—Lo sabes muy bien.

Olaf se inclina hacia delante y pone su mano sobre la mía.

—Sí —reconoce. Y después de un corto silencio continúa—. ¿Te acosó mucho Isabel?

Giro la cabeza y miro un tranvía que toca la campanilla para avisar a un ciclista despistado.

—Sí —me oigo responder—. Hasta que Robin tomó cartas en el asunto. Pero hasta entonces fue horrible.

De repente desaparece la distendida atmósfera de hace sólo unos instantes y siento que regresa ese conocido dolor en mis hombros y vientre. La mano me tiembla al apagar el cigarrillo.

Olaf se da cuenta. Sus ojos se encuentran con los míos, pero no dice nada. Y yo se lo agradezco.

12

Tengo veintitrés años y no he tenido nunca una relación, excepto el romance con Bart. Durante la carrera veía montones de chicos atractivos, y ellos también me veían a mí, pero de una u otra manera no conseguía que una cita se convirtiera en el inicio de una relación. La culpa la tenía yo, ahora lo sé. Simplemente, no soporto que me abracen, que me pasen un posesivo brazo por los hombros, que me opriman contra una pared para besarme. Me suelto de un empujón y me dan ganas de emprenderla a bofetadas.

La psicóloga que consulté cuando estaba de baja, intentó averiguar si había sufrido abusos sexuales durante la niñez. Estaba muy segura, todos los síntomas señalaban en esa dirección. Pero las sesiones no sacaron nada a flote y, al final, dejó el tema. Puedo decir sinceramente que todo mi cuerpo funciona a la perfección. Simplemente, después de Bart no he conocido a nadie que mereciera la pena, o que se fijara en mí. Mi primera sensación sexual la tuve cuando tenía unos catorce años. Había encontrado en la biblioteca del pueblo un libro del que acababan de hacer una película. Era la historia del amor prohibido entre una chica joven y un hombre mucho mayor, y la película me impresionó. Me preguntaba si el libro sería igual de bonito, y me lo llevé. En la película, las escenas de cama eran muy discretas, pero en la novela eran todo lo contrario. Era el libro más provocativo que había tenido en mis manos en toda mi vida, y lo leí echada encima de la cama, con las mejillas arrebatadas. Mi cuerpo reaccionaba con tal vehemencia que parecía que iba a cobrar vida propia.

Lo escondía en mi ropero, aunque mis padres nunca se metían

con lo que yo leía o dejaba de leer, y no me hubieran prohibido leerlo, pero yo me avergonzaba del efecto que producía en mí.

Desde ese momento empecé a mirar a los chicos con otros ojos. No me fijaba en los de mi clase, a los que las chicas sacábamos una cabeza, sino en los más mayores, con los que Isabel se relacionaba en el patio. Bart de Ruijter, por ejemplo, el chico más guapo y popular del instituto.

Iba dos cursos por delante de mí, y formaba parte del grupo de amigos de Olaf y Robin. Me había fijado en él antes, claro, pero lo consideraba una batalla perdida. ¿Por qué iba él a fijarse en una chica tan insignificante y tímida? Pero así sucedió. Fue en el baile de Navidad. Yo tenía catorce años. No me apetecía demasiado ir, pero mis padres sabían que el instituto había organizado una fiesta, así que era imposible quedarme en casa. No ir hubiera significado que detestaba las cosas que les gustaban a los adolescentes normales. La idea de que su hija era diferente les habría entristecido o les habría desilusionado o habrían sentido compasión por mí. La compasión de mis padres me pareció algo aún más doloroso que ir a la fiesta. Mi padre me llevó en el coche y me dio dinero para regresar en taxi, para que no tuviera que volver a casa en bicicleta sola por el pólder. También se ofreció a venir a recogerme, pero yo me negué categóricamente No quería que me viera sola como la una en un rincón.

Me mezclé con mis compañeros de clase intentando mantenerme alejada de la pandilla de Isabel, aunque no era fácil. Sus gritos y risotadas lo llenaban todo. Me puse a bailar con nadie en particular, como hacía todo el mundo al son de la música discotequera, y de repente vi que el grupo se encontraba a mi derecha. Me saludaron con un movimiento de cabeza, y se empezaron a reír y a poner los ojos en blanco. Isabel imitaba mis movimientos mientras instaba a Bart a hacer lo mismo. Bart y yo casi no nos conocíamos, y vi que miraba a Isabel y después a mí sin comprender. Isabel puso cara de bobalicona e hizo unos desgarbados pasos de baile que provocaron las risas de los demás. Yo sentí que me ruborizaba y que mis movimientos se hacían cada vez más torpes.

—Pues sí, estoy a dieta —dijo Isabel ostentosamente mientras se pasaba las manos por las caderas—. Ya he perdido dos kilos.

Bart seguía sus movimientos con los ojos.

—No me digas. Entonces seguro que se te han ido al trasero —dijo.

Todo el mundo estalló en risas e Isabel le dio a Bart una amigable patada en la espinilla. Yo recibí un guiño de Bart.

Cuando te están tomando el pelo, si sale alguien en tu ayuda y te demuestra que está de tu lado, la gratitud y la simpatía que sientes son tan desbordantes que esos sentimientos fácilmente pueden convertirse en enamoramiento. Y eso fue lo que pasó.

Cuanto más abiertamente Bart se atrevía a prestarme atención, más me enamoraba yo de él. Él abordó el asunto con gran discreción, para no comprometerme. Nadie se dio cuenta de lo que nacía entre los dos en esos instantes.

En algún momento, el grupito salió fuera y yo me quedé bailando entre los demás compañeros de mi clase. Y de repente vi que Bart estaba enfrente de mí. Miré a mi alrededor, pero no vi al resto del grupo por ninguna parte, probablemente estaban todavía fuera.

Vino hacia mí sonriendo de una forma muy especial. Me cogió la mano y me acercó a él. Bailamos. Bebimos. En las fiestas del instituto no servían bebidas alcohólicas, pero muchos alumnos llevaban pequeñas botellitas de whisky que echaban en la Coca-Cola. Tenía un algo muy íntimo estar allí, con Bart, y echar deprisa un chorrito de whisky en nuestros vasos y bebérnoslos confabulados. Las cosquillas de mi estómago empeoraban con cada segundo que pasaba.

A medida que transcurría la velada, fui perdiendo mi timidez, probablemente con la ayuda del whisky. El grupo regresó, pero no notó nada porque estábamos bailando de nuevo sueltos, en medio del resto de la gente. La fiesta estaba a punto de terminar cuando nos fuimos juntos. O mejor dicho: Bart me cogió por el codo y me sacó de la pista de baile al patio. Al inicio de la noche, había sido un extraño para mí y ahora caminábamos abrazados hacia un rincón solitario del aparcamiento para bicicletas. Era todo muy emocionante. De repente empezamos a besarnos con pasión. Sabía besar fabulosamente, estaba claro que no era la primera vez que lo hacía. Yo no sabía qué hacer.

—Abre más la boca —dijo al notar que su lengua se topaba cada vez con mis dientes, y yo abrí la boca.

La sensación de su lengua explorando lentamente mi boca era impresionante. ¡Me estaba besando el chico más popular del instituto!

De repente se me ocurrió que todo podía formar parte de una broma pesada. No sabía de qué manera se estaban pitorreando de mí, pero abrí los ojos y miré por encima del hombro de Bart para ver si los demás se acercaban sigilosamente. El recinto estaba desierto. La mano de Bart descendió a la cremallera de mi pantalón, pero yo la aparté despacio. No le importó.

—¿No? —dijo en voz baja—. De acuerdo.

Seguimos besándonos tiernamente y el grupo no aparecía. Por último regresamos cogidos de la mano a la entrada principal. Yo estaba en el séptimo cielo. La fiesta había terminado, la mayoría de la gente ya se había ido. El grupo también había desaparecido, probablemente para ir al centro, como bien dijo Bart.

No me hubiera sorprendido que se despidiera allí mismo y me dijera que iba a encontrarse con los demás. Tampoco se lo habría tomado a mal; pero en vez de eso me preguntó dónde había dejado mi bici. Cuando le dije que me había traído mi padre cogió su bicicleta, un armatoste destartalado y oxidado, y dijo:

—Súbete.

Me llevó a casa. Hubiera podido llamar a un taxi, al fin y al cabo me habían dado dinero para eso, pero Bart me llevó a casa en su bicicleta. Diez kilómetros de ida y, después, diez solitarios kilómetros de vuelta. En mi puerta nos despedimos tan largamente que no entré en casa hasta después de una hora. Con el corazón palpitante, me quedé toda la noche tumbada en éxtasis encima de la cama, incapaz de dormir. «Bart, Bart, Bart», canturreaba por dentro.

Yo confiaba en que, a partir de ese momento, mi vida sería diferente. Él me defendería, me protegería y me integraría en el grupo. Isabel me miraría con respeto y se convertiría de nuevo en mi amiga. No, ése ya no era mi sueño, sería suficiente con que me dejara en paz.

Olvidé que era el comienzo de las vacaciones de Navidad y que, de momento, no teníamos clase. Bart me llamaría, quedaríamos para vernos y pasaríamos juntos unas vacaciones de Navidad magníficas.

No me llamó.

Pasé dos semanas entre la esperanza y la desesperación, las fiestas se me pasaron sin darme cuenta y la noche de fin de año miré los fuegos artificiales contra el cielo estrellado y formulé mi deseo para el Año Nuevo sin esperanzas de que se cumpliera.

Después de las vacaciones de Navidad, al volver al instituto, la primera persona que vi al entrar en el patio fue Bart. Estaba en medio del grupo, junto a Isabel, miraba en mi dirección, pero no me vio. Por lo menos, no demostró verme. Yo seguí hacia el aparcamiento de bicis y dejé allí mi bicicleta en el momento en que sonaba la estridente campana. La masa de alumnos se puso en movimiento y entró por la puerta principal en el enorme edificio de ladrillos. El grupo pasó a mi lado justo cuando yo salía del aparcamiento con mi bolsa de lona colgada al hombro. La suerte me hizo ir a parar junto a Bart, o él se las arregló para que fuera así. Después de todos estos años, aún no lo sé, pero la verdad es que tampoco importaba tanto. Bart me sonrió, levantó la mano y me dio un golpecito con el dedo en la punta de la nariz. Ese gesto cariñoso y tierno me conmovió más que si me hubiera dado un beso. Pero la cosa se quedó ahí, el resto del día me ignoró. Esa misma tarde, cuando yo ya llevaba un rato en casa y estaba en mi habitación haciendo los deberes, llegó en su bicicleta. Yo no entendía nada.

Sentada a mi escritorio podía mirar por la ventana y en cuanto lo vi, corrí escaleras abajo para abrir la puerta. Se desmontó y dijo con una sonrisa radiante:

—¡Hola! ¿Te apetece ir a la playa?

Fuimos a la playa. Nos estuvimos besando tumbados en la fría arena y después nos comimos unos cucuruchos de patatas fritas con salsa en el chiringuito llamado Zandloper, al pie del acceso a la playa, para entrar en calor.

Al día siguiente, en el instituto, me ignoró por completo, pero una vez en casa encontré una nota en mi cartera: *«¿El viernes al cine? —Bart».*

Entonces lo comprendí: teníamos una relación secreta. Yo no le pregunté la razón, no me importaba. Mi relación con Bart hubiera causado un escándalo que no me apetecía nada protagonizar.

Durante medio año quedamos con frecuencia, pero siempre en lugares donde no era probable encontrarnos con conocidos. Creo que no se enteró nadie, pero pienso que Isabel sospechaba algo. Nos

observaba a los dos con una mirada escudriñadora, y la incredulidad que albergaban sus ojos me exigía un gran dominio de mí misma. La forma en que se apoyaba contra Bart en público, en que le pasaba la mano por el liso cabello negro, o le hacía bromas y se reía con él demostraba que tenía que conquistarlo, aunque sólo fuera para demostrar que podía hacerlo.

Pero él era mío. Hasta el día que desapareció Isabel. Ese día, nuestra relación se terminó de forma abrupta. Poco después, Bart hizo el examen final y dejó el instituto, y aunque yo he fantaseado muchas veces que nos volvíamos a encontrar, no he vuelto a verlo.

Y ahora tengo a Olaf delante. Un tipo igual de animado e independiente que Bart. ¿Es ésa la razón por la que me siento atraída por él? ¿Por la que lo deseo? Desde lo de Bart no he tenido relaciones sexuales con nadie y sólo ahora me doy cuenta de lo raro que es.

Esta noche va a suceder. Lo sé, lo intuyo, lo deseo. Ya llevo sola demasiado tiempo.

Después de tomarnos unos vinos en un bar dejo que Olaf me lleve a casa. En la puerta, veo la pregunta en su mirada. Sonrío, lo invito a subir con un gesto y lo beso en la boca con entrega total.

13

Me despiertan unos ronquidos. Me doy la vuelta asustada y casi me doy con el codo de Olaf en el ojo. Está tendido boca abajo, con los brazos debajo de la almohada. Me desvelo instantáneamente.

Olaf.

Entonces es verdad. No lo he soñado. Después de tantos años he vuelto a hacer el amor.

Ya no puedo dormir. Por los incesantes ronquidos, pero también por la sorpresa de haberme acostado con él tan pronto. ¿Y qué? Olaf es una persona agradable. No sé si esto saldrá adelante, ya lo veremos. De momento, lo disfrutaré.

Me doy la vuelta y miro el despertador. Ya ha amanecido, así que no puede ser muy temprano. Son las seis y cuarto, pero por mí, el día puede empezar. Mis pensamientos regresan a la noche pasada y el cosquilleo en el estómago ahuyenta los últimos restos de sueño.

Al principio parecía que Olaf sólo quería un poco de besuqueo en el sofá. Nos recostamos uno junto al otro, hablando en voz baja, haciendo bromas y besándonos. Olaf me puso la mano en la pierna, la deslizó despacio hacia arriba y por mi cadera. Era una sensación sensual, ser acariciada con la ropa aún puesta, especialmente por la promesa de que una vez desnuda, sería aún mejor.

Al rato, toda nuestra ropa estaba esparcida por el cuarto; y lo que se dice dormir, no hemos dormido mucho. ¿Arrepentimiento? ¡Me parece que no! Me pregunto cómo he resistido todo ese tiempo sin practicar el sexo. Cierro los ojos y lo siento en todo mi cuerpo.

Una nueva serie de ronquidos me saca finalmente de la cama. Me siguen hasta la ducha, y los sigo oyendo mientras hago café en

la cocina y tuesto unas rebanadas de pan integral viejo.

En el momento en que saltan del tostador oigo un ruido detrás de mí. Olaf está en el vano de la puerta, en boxershort. Bosteza y tiene un aspecto desaliñado.

—Buenos días —dice somnoliento—. ¡Qué temprano te has levantado!

—No podía dormir. ¿Sabías que roncas muchísimo? —pregunto mientras unto la tostada con mermelada.

—Haberme dado un codazo. Eso funciona. —Olaf se acerca a la encimera y se sirve una taza de café—. Ya has hecho café y todo.

—Y tostadas. ¿Quieres?

—No. Nunca desayuno. Una taza de café solo y un cigarrillo son todo lo que necesito.

—Yo con eso no sobreviviría.

Bajo a recoger el periódico y lo abro encima de la mesa de la cocina. No tengo intención de cambiar mi rutina matinal. Tengo que desayunar y hojear el periódico.

—Voy a darme una ducha, ¿te importa? —pregunta Olaf.

—Estás en tu casa.

Me concentro en el periódico, pero no lo suficiente como para no oír los sonidos que me llegan desde el baño. Ha dejado la puerta abierta, parece no tener reparos en ello. Después empieza a caer agua en la ducha y oigo a Olaf cantar. Espero que no toque el gel de ducha que me compré hace poco.

Pero el aroma de manzana ya invade mis fosas nasales. Tomo irritada un sorbo de café. Es una frase curiosa, «estás en tu casa». La dices para enfatizar tu hospitalidad, pero en realidad lo que quieres es que la gente respete tus propiedades.

Más tarde, al salir juntos a la calle para ir al trabajo, ya se me ha pasado esa sensación de incomodidad. Olaf está de buen humor. Recién duchado, con el pelo húmedo peinado hacia atrás, y su camiseta blanca está muy atractivo y yo siento un agradable cosquilleo en el estómago. Tiene algo especial, notar en él el aroma de mi gel de manzana.

Nos acercamos a su coche. Anoche encontramos aparcamiento prácticamente delante de la puerta. Olaf se monta y abre la portezuela del acompañante por dentro. Me subo y dejo el bolso a mis pies. Es un cuchitril. El sol de la mañana brilla despiadado

sobre fundas de cedés tiradas por todas partes, envolturas de barras de chocolate y cajetillas de cigarrillos medio vacías. Apesta. Me pongo las gafas de sol y abro la ventanilla.

—¿Qué pensarán cuando nos vean llegar juntos? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—En el banco. ¡Qué pensarán!

—Oh —responde Olaf, despreocupado.

—¿No te importa?

—Pues no, la verdad.

Lo dice con un tono que imposibilita continuar dando la lata sobre el tema. Tonterías de mujeres. Y tiene razón; qué importa. ¿Por qué me preocupo de lo que piensen los demás?

Llegamos al aparcamiento del banco. Olaf aparca el coche y nos bajamos. Hay muchísima gente. Todo el mundo llega más o menos a esta hora. Olaf me pasa el brazo por los hombros y me empuja con suavidad por la puerta giratoria, como si no fuera a conseguir entrar por mis propias fuerzas. En el reflejo de los cristales veo que Renée camina detrás de nosotros.

—Tengo que hacer algo aquí abajo; luego te mando un mensaje —dice Olaf.

Me detiene y me da un largo beso. Yo me libero de su abrazo un poco cortada. Él me sonríe, hace un guiño y se aleja a zancadas por el vestíbulo.

Renée pasa a mi lado y se gira a mirar a Olaf. Llegamos al mismo tiempo al ascensor. Nos saludamos y nos quedamos calladas.

El ascensor se llena de gente y sube zumbando mientras, en el agobiante silencio, un grupo de extraños respira por obligación el olor del dentífrico y del desodorante de los demás.

En cuanto el ascensor se detiene en el noveno piso, Renée se abre paso y se dirige con unas zancadas muy poco femeninas hacia la oficina. Yo la sigo bastante más despacio. Cuando entro, ella ya lo está arreglando todo. Enciende los ordenadores, hace café y coge las llaves para abrir los armarios.

Los ordenadores se ponen en marcha con zumbidos y alegres musiquillas.

Renée inicia inmediatamente Outlook y abre su correo.

—Sabine, ¿enviaste ayer el poder a Price & Waterhouse? Tengo un correo en el que dicen que no lo han recibido.

—¿Poder? ¿Qué poder? —pregunto.

—El poder que ayer te pedí que mandaras. Te dejé una nota en el ordenador, porque yo me tenía que ir temprano. Imagino que la viste. ¡La puse en medio de tu pantalla!

—Yo no vi ninguna nota.

Renée me mira durante unos largos segundos sin saber qué decir.

—Dime que no es verdad —dice por fin—. Entonces, ¿no hemos enviado ese poder?

—No, si no sé nada, no puedo enviarlo, obviamente.

Renée se lleva las manos a la cabeza, abre la boca, la vuelve a cerrar y camina indecisa de un lado a otro.

—¡Mierda! —exclama, frustrada.

Yo observo la pila de faxes que hay sobre mi escritorio. Lleva una notita adherida con un clip: *Enviar antes de las diez y media, por favor.*

—¡Buenos días! —Wouter irrumpe en la oficina y se dirige directamente a su bandeja.

—Wouter. —Renée se abalanza sobre él como un águila sobre un conejo—. Tenemos un problema. Sabine se olvidó de enviar el poder a Price & Waterhouse.

—¡¿Qué?! —Wouter se da la vuelta de golpe.

—No te preocupes, ya lo solucionaremos. Si me dejas las llaves de tu coche se lo llevo yo personalmente —dice tendiéndole la mano. Pero la mirada de Wouter me fulmina a mí.

—Dije varias veces lo importante que era que recibieran ese poder hoy. Antes de las diez. Lo dije varias veces —dice muy tranquilo.

Demasiado tranquilo.

—Todos cometemos errores, Wouter —lo calma Renée.

—¡No este tipo de errores! ¡Price & Waterhouse es nuestro mejor cliente!

Renée hace un gesto de resignación.

—No nos alteremos. Dame las llaves y yo les llevo el poder ahora mismo —mira su reloj—. Llegaré a tiempo.

Wouter le entrega las llaves de su BMW.

—Sí. Ve deprisa. Pero conduce con cuidado.

—Naturalmente —responde Renée. Coge su bolso y sale de la

oficina sin dignarse a mirarme. Wouter y yo nos quedamos solos. Un denso silencio pende entre los dos como una espada.

—Yo no sabía nada —explico—. Renée dice que puso una notita en mi pantalla, pero allí no había nada. Por lo menos, yo no vi nada.

Wouter se pasa la mano por el canoso cabello.

—A las diez llega una delegación de Illy —dice—. ¿Hablas italiano?

—No. Hablo alemán y francés.

—Son italianos —dice Wouter—. Encárgate de que esté todo preparado en la sala de reuniones.

Asiento y miro la pila de faxes que tengo en las manos y que hay que enviar antes de las diez y media.

—¿Dónde están Zinzy y Margot?

—¡Qué sé yo! —Wouter sale de la oficina.

Miro la agenda de Outlook y leo: *viernes 14 de mayo: Zinzy libre. Margot dentista.*

Magnífico.

Ojalá esta mañana me hubiera puesto las zapatillas de deporte en lugar de mis elegantes y altos zapatitos nuevos. Me tuerzo el tobillo de camino a la recepción, donde espera la delegación italiana. Les saludo con un cordialísimo *buon giorno,* al que sólo sería capaz de añadir *grazie* y *pizza margherita,* así que continúo en inglés.

Acompaño a los invitados a la sala de reuniones, a la que acabo de llevar a toda prisa leche, azúcar y una bandeja con galletitas. El café está casi listo, pero ellos prefieren té.

Comunico a Wouter que acaban de llegar los señores de Illy y corro a la máquina del café, de la que también puedes sacar sopa, chocolate y agua caliente para té. Vacío el termo del café, lo enjuago y echo en él un vaso de agua caliente detrás de otro. Unos saquitos de té y listo. En circunstancias normales, si lo pides con suficiente tiempo, el personal del restaurante hace estas cosas.

Pero, según parece, nadie se ha molestado en pedir nada, si no, ya hubiera estado todo preparado. Cuando por fin entro, Wouter me mira con irritación. De los nervios, ensucio los platillos al servir el té.

—Déjalo, Sabine. Ya nos serviremos nosotros. ¿Hay también

café? —pregunta con tono seco.

No, ya no.

—Por supuesto —respondo—. Ahora mismo lo traigo.

—Y trae también una bayeta —dice Wouter mirando las circunferencias de té en la mesa de madera de haya.

—Claro —sonrío a los italianos.

Ellos me devuelven educados la sonrisa.

Regreso deprisa a la máquina de café. Veo que, en estos momentos, no hay nadie en la secretaría. Oigo que suena el teléfono y dudo sobre la prioridad de mis tareas. Opto por Wouter: sin su café está más irascible que un perro sarnoso. Cojo una bayeta del fregadero y llevo el café a la sala de reuniones. Entro lo más tranquila posible. No tropieces.

Dejo el café, doy los buenos días y regreso a mi puesto. Todos los teléfonos suenan al mismo tiempo. En el pasillo me cruzo con Tessa, una empleada de Ventas.

—¿No tendrías que coger alguna llamada? Los teléfonos llevan una hora así —dice.

Me precipito a mi escritorio y cojo la primera llamada.

—Fondo de inversiones de El Banco, buenos días. Mi nombre es Sabine Kroese. Un momento, por favor. Le paso.

—Fondo de inversiones de El Banco, buenos días. Mi nombre es Sabine Kroese. Lo siento, pero en estos momentos asiste a una reunión. ¿Quiere que le llame él cuando termine? Sí, le daré el recado. Buenos días.

—Fondo de inversiones de El Banco, buenos días. Mi nombre es Sabine Kroese. *Bonjour, madame Boher. Un moment, je vous passe.*

No se acaba nunca. Por fin entra Margot, se percata del caos y acude inmediatamente en mi ayuda. A las once parece que la cosa se calma y podemos tomarnos un café.

Tessa entra en la oficina.

—¿Ha llamado ya el señor Alessi?

—No, yo no he hablado con él —respondo.

—Yo tampoco —dice Margot.

Tessa está inquieta.

—¡Qué extraño! Necesito su respuesta. La reunión con los accionistas está a punto de empezar. ¿Estás segura?

Hojea el libro con los faxes enviados.

—No encuentro el fax para Alessi. ¿Seguro que lo has enviado?

Me levanto de un salto. ¡Los faxes!

—¡Mierda! —grito—. He tenido una mañana tan caótica que aún no los he podido enviar. Ahora mismo lo hago.

—¿Aún no los has enviado? ¡Dios mío! —Tessa me mira iracunda—. Renée tenía razón —me ladra antes de salir de la oficina.

—Estoy segurísima de que no había ninguna nota en la pantalla de mi ordenador —le digo a Olaf.

Hemos encargado pizza y estamos cenando al sol, sentados en mi balcón.

—¿No se caería al suelo?

—Yo no vi nada —respondo.

—Quizá fue a parar debajo de tu escritorio. O Renée miente. —Olaf coge la botella de Frascati y llena las copas de nuevo—. En mi opinión, miente —añade.

—Yo también lo creo —digo.

Permanecemos en el balcón hasta que el sol se esconde detrás de un edificio y entonces pasamos a mi dormitorio. Hacemos el amor, hablamos, bromeamos sobre Renée y volvemos a hacer el amor. Yo me río, pero no me siento realmente alegre. Cuando Olaf se marcha —todavía tiene que pasar por casa de un amigo cuyo ordenador se ha estropeado— enciendo el televisor y me termino la botella de Frascati.

Bebo mucho. Demasiado. Pero por lo menos soy consciente de ello. Y me he propuesto hacer algo al respecto, pero aún no. Todo va mejor ahora. A pesar del desagradable ambiente en la oficina, me siento cada día más fuerte y con más energía. Reintegrarme en la sociedad por la mañana y recargar pilas por la tarde está funcionando. Pero esa misma noche tengo una recaída. Un anuncio de televisión en el que aparecen dos amigas, las noticias, incluso una escena emotiva de un culebrón, todo me hace llorar. Y cuando empiezo ya no puedo parar. Una tristeza antigua sale de las profundidades de mi alma y asciende a la superficie.

Ya pasan de las diez cuando llama Jeanine.

—Hola, soy yo. No estarías ya acostada, ¿verdad?

—No, estaba tumbada en el sofá, mirando la tele.

—Menos mal. Mientras marcaba me he dado cuenta de que ya

pasan de las diez. ¿Qué tal?

—¿Te refieres a Olaf? —pregunto mientras apago la televisión con el mando a distancia.

—¡Pues claro! ¿Cómo fue todo?

—Bien, estuvo bien —contesto en tono neutro.

Jeanine se queda callada unos instantes.

—¡Venga, cuéntame! ¿Te acostaste con él?

—¿No quieres saber cómo pasamos la tarde?

—Primero quiero saber si os acostasteis juntos; después puedes contármelo todo sobre la romántica velada. ¿O no fue romántica? —pregunta Jeanine con cierta preocupación en la voz.

—Bueno... si consideras un puesto de *poffertjes* el colmo del romanticismo... —contesto.

Jeanine no sabe qué decir.

—¿Te llevó a comer *poffertjes?* ¿Se ha vuelto loco?

En lo más profundo de mi ser estoy de acuerdo con ella, pero siento también la necesidad de defender a Olaf.

—No estuvo tan mal. Por lo menos es original, ¿no? Quiero decir... podíamos haber ido a una pizzería, pero...

—Una pizzería —me interrumpe Jeanine despectiva—. Tenía que haberte llevado al Américain, o por lo menos al Franschman. Todo Amsterdam va allí.

—¿Tú te imaginas a Olaf en el Américain? Ése no es sitio para él. No. Me alegro de no haber ido allí —digo sinceramente.

—Pero un puesto de *poffertjes*... —insiste Jeanine disgustada.

—Lo sé —respondo resignada—. Para la próxima cena me vestiré para ir a la bocatería.

Las dos soltamos una risotada.

—Por lo menos habrá una próxima vez —comprende Jeanine.

—Creo que sí, bueno, no lo sé. No lo hemos hablado esta mañana —digo llevando sin querer la conversación de nuevo al tema que más interesa a Jeanine.

—¿Esta mañana en la oficina o esta mañana en tu casa? —pregunta astuta.

—Esta mañana en mi casa, fisgona. Y para responder directamente a tu siguiente pregunta: sí, me he acostado con él —explico entre risas.

—Seguro que te alegraste de haberte comprado ese conjunto de

lencería tan sexy —constata Jeanine satisfecha.

—Sí —debo reconocerlo—. Y te lo debo a ti. Hubiera sido todo un cromo con mis bragas modelo abuela.

—Quiero saber más cosas, pero ahora tengo que colgar. ¿Podemos quedar para mañana?

—Muy bien. ¿En tu casa o aquí?

—Mañana va a hacer calor. Podríamos ir a la playa de Zandvoort. Si te apetece, claro.

—¿Apetecerme? ¿Acaso tienes poderes telepáticos? Justamente me había propuesto tomar más el sol.

—Muy bien. Te paso a recoger a la una y media, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Hasta mañana. No te olvides del bronceador. Y ya lo sabes: mañana quiero conocer todos los detalles ¡Todo!

Me río y cuelgo.

14

Al día siguiente, por la tarde, vamos a la playa de Zandvoort. Es sábado y hay mucha gente, pero no está a tope. Elegimos un hueco cerca de la entrada de la playa, ponemos nuestras toallas haciendo unas almohadas de arena y sacamos de las bolsas playeras las gafas de sol y el bronceador. Nos untamos la espalda la una a la otra y nos tumbamos.

Jeanine suspira satisfecha.

—Sol, sol, ¡haz tu trabajo! ¡Qué maravilla es el verano! Quiero ponerme supermorena. Voy a tomar el sol todo lo que pueda.

—Dentro de diez años parecerás un bolso de piel viejo —contesto con la cabeza apoyada en los brazos.

—¡Qué va! ¡Si casi no tengo tiempo libre! Además, con los veranos holandeses no llegará a tanto. Ya lo verás: seguro que el resto del mes está nublado.

Jeanine se vuelve de espaldas y expresa su intenso placer con un nuevo suspiro.

Es magnífico notar el calor del sol en la piel. Te hace sentir como nueva.

—Venga. Estoy lista para oír los detalles —dice Jeanine justo en el momento en que me empiezo a adormilar—. ¡Cuéntame! ¿Qué tal lo hace?

—Pues… normal. Bien, supongo —respondo vagamente.

—Bien «supones». Dios mío, ¿te corriste o no?

Yo sonrío un poco tímida. No tengo costumbre de hablar con otras personas sobre mi vida sexual. No porque lleve tanto tiempo sin una vida sexual, sino porque ese tema me parece algo privado.

Pero está claro que Jeanine no opina lo mismo y hoy no me apetece complicarme la vida. Mi relación con Jeanine se parece cada vez más a lo que yo llamaría una amistad entre dos mujeres, y el intercambio de asuntos privados forma parte de ello. Me costará, pero ya es hora de abrirme a los demás.

—Sí —es lo único que digo en respuesta a su pregunta.

Para lo que soy yo, ésa ya es una respuesta muy franca, no tengo intención de perderme en detalles. Pero Jeanine sigue indagando y en menos de diez minutos me ha sonsacado los más sabrosos pormenores. Todo un logro.

—Es majísimo —dice satisfecha—. ¿Estás enamorada de él?

—La verdad es que no lo sé —me incorporo, me rodeo las rodillas con los brazos y me quedo con la mirada fija en el mar—. Sí, es muy majo, pero cuando te enamoras sientes otra cosa. Pienso mucho en él, pero sin sentir necesidad de ir corriendo a abrazarlo, por ejemplo. Y otras veces sí me pasaba.

Con Bart, pienso, pero no pronuncio el nombre. Aquel enamoramiento casi no cuenta, yo era aún una adolescente. Y, sin embargo, todavía puedo evocar la sensación de anhelo que sentía cuando lo miraba, el embeleso cuando, inesperadamente, como de paso, me acariciaba la mano cuando caminábamos por casualidad uno al lado del otro por el abarrotado pasillo del colegio. La forma en que acaparaba todos mis pensamientos cuando estaba sola en casa dibujando corazones en mi cuaderno. Eso sí que era anhelo, por joven que fuera; y nunca más he vuelto a sentir esa sensación. Tampoco con Olaf.

—¿Con quién? ¿De quién estuviste realmente enamorada? —pregunta Jeanine en tono confidencial.

Acabo hablándole de Bart. Cuanto más le cuento, más cercano parece el pasado. No me sorprendería verlo pasar por delante en este mismo momento.

Cuando termino mi relato, Jeanine me informa sobre su vida amorosa, para lo que necesita bastante más tiempo que yo.

Me tiendo de espaldas, escucho su voz y regalo mi rostro con el calor del sol. Con los talones cavo hoyitos en la arena, oigo el romper de las olas, los chillidos de las gaviotas que revolotean haciendo círculos en el limpio cielo, e inhalo el familiar olor a patatas fritas y bronceador.

Me llega un recuerdo. Tengo trece años y estoy tumbada en la playa. Es verano y estoy sola. Voy muchas veces sola a la playa, está cerca y me encanta tenderme a leer con el sonido de las olas de fondo.

Un poco más allá se instala un grupo de chicas y yo las miro por el rabillo del ojo. Son Isabel, Mirjam y algunas compañeras más de clase. Mi amistad con Isabel ya no es lo que era, pero aún no me acosa.

Me levanto despacio, cojo mis cosas y me acerco al grupo. Me quedo de pie y les sonrío haciendo visera con la mano para proteger mis ojos del fuerte sol. Pregunto con un tono de disculpa si puedo unirme a ellas y dejo caer mis cosas en la arena. Debería decir «hola» e instalarme sin más, pero la intuición me dice que la jerarquía del grupo no permitiría tanto atrevimiento.

Isabel me mira. Nuestros ojos se observan durante unos largos segundos, entonces aparto la mirada. Las chicas juntan las cabezas, deliberan y tras una corta consulta me comunican que no puedo.

Tomo mis cosas y regreso a mi sitio. Con la toalla colgada del hombro y la bolsa playera del brazo, miro el hoyo en que me había instalado. De repente, la brisa marina se me antoja fresca. Me doy la vuelta y me voy caminando despacio de la playa.

—¿Sabine?

La voz de Jeanine me llega desde muy lejos. Tardo unos segundos en regresar al presente.

—Hmmm —digo.

—Pensaba que te habías dormido.

—No, estaba escuchando —contesto, consciente de mi culpa.

—Entonces, ¿qué es lo último que he dicho?

—Eh...

—Vaya plan. —Jeanine se pone de lado y me lanza una severa mirada por encima de las gafas de sol—. ¿Qué pensamiento te tenía tan atrapada que no has oído mi interesante historia?

—Algo del pasado. Cuando iba a secundaria.

Jeanine levanta las gafas entre risas.

—¿Y eso?

—Porque vivía muy cerca del mar. Podía ir andando a la playa.

—¡Es verdad! Vivías en Den Helder, claro. ¡Qué gozada!

—En Julianadorp —la informo—. Vivía en Julianadorp.

—Julianadorp —repite Jeanine—. Suena a parque de atracciones.

—El parque de atracciones se llama Julianatoren —la corrijo.

—¡Es verdad! Fui una vez con un sobrinito.

La conversación se desvía hacia otros temas. Hablamos de su sobrino Rene y casi automáticamente pasamos a nuestra Renée, y la experiencia de Jeanine con ella mientras yo estaba en casa con el desgaste mental. Estamos las dos tendidas con los ojos cerrados, y su voz suena cercana.

—La única posibilidad que me quedaba era irme —dice—. Es tan dominante, tan ambiciosa. También tú deberías marcharte de ahí, Sabine.

—¿Y hacer qué? —contesto adormilada—. Primero tendré que encontrar otro empleo.

—Si es por cuestiones financieras, yo pudo ayudarte. De ser necesario te vienes a vivir a mi casa, si no encuentras trabajo y necesitas dinero.

—Mark te lo agradecerá.

—¿Quién?

—Mark. ¿No se llama así tu chico?

—Oh. No, eso se terminó. Por cierto, ¿cómo lo sabías? Nunca te lo he presentado.

—Cuando fui a tu casa el lunes lo estabas esperando. ¿No te acuerdas? El día que nos volvimos a ver.

—¿Yo lo esperaba? ¡Jesús, qué memoria! Si ya me había olvidado de él.

—No era el amor de tu vida, entonces.

—No, en absoluto —se incorpora, pone las manos detrás de la espalda y se apoya en ellas mientras mira a su alrededor.

Yo hago lo mismo y, siguiendo su mirada, me fijo en dos chicos que caminan hacia el agua. Son guapísimos, fornidos, y su forma de caminar delata que lo saben.

—¿Te apetece un chapuzón? —propone Jeanine.

—El agua debe de estar aún muy fría —pronostico.

—¡Qué va! Es sólo al principio. ¡Venga!

Se pone de pie de un salto y tira de mi brazo hasta hacerme levantar. Los dos chicos están indecisos con los pies en el agua, pero en cuanto nos acercamos, se zambullen.

—¡Guau! —exclama Jeanine. Al lado, los Vigilantes de la Playa se quedan en nada—. Venga, Sabine, no vamos a quedarnos tiritando de frío como dos tontas.

Los chicos salen a la superficie, nos sonríen, nos desafían. Jeanine se zambulle con un gracioso movimiento, y a mí no que queda más remedio que seguirla.

Pasamos toda la tarde en la playa, y sobre las siete regresamos con la nevera portátil y los bolsos playeros al coche. Chamuscadas por el sol y con la arena rascándonos por dentro de los *shorts* y la camiseta, regresamos a Amsterdam.

—¿Una pizza en tu casa? —propone Jeanine.

—Tengo que vigilar con las pizzas —respondo—. Ayer también encargamos una.

Subimos ruidosamente las escaleras, soltamos las bolsas y nos duchamos una después de otra.

—¿De qué conoces a Olaf? Dijiste que ya os conocíais. ¿De Den Helder? —pregunta Jeanine en el momento en que yo abro el grifo de la ducha.

Me desnudo, me meto debajo del chorro caliente y le cuento a Jeanine que Olaf era amigo de mi hermano y que venía a veces a casa. Jeanine me escucha sentada encima del inodoro. Sin darme cuenta, empiezo a hablar otra vez sobre Bart y, después, sobre Isabel.

—Increíble, que tú la conocieras —dice—. ¡Que fuerais amigas! Vi muchas veces su foto en los telediarios. ¿De verdad no te acuerdas de nada de esa temporada?

—No, no de gran cosa.

Jeanine se mete en la ducha y yo me siento encima del inodoro para pintarme las uñas de los pies.

—Leí algo sobre ese fenómeno —grita Jeanine para vencer el ruido del agua—. No sé dónde, en una revista, creo. Era un artículo sobre gente que durante la niñez había sido víctima de abusos sexuales y que no recordaba nada de ello. Mucho más tarde les volvían los recuerdos. Habían reprimido lo sucedido porque les desbordaba psíquicamente. Después, por una u otra razón, seguían una terapia, salían más fuertes y entonces, los recuerdos regresaban.

—Yo no fui víctima de abusos sexuales —aclaro.

—Claro que no, tontuela. Yo no digo eso. El artículo hablaba de

la represión psíquica. Es posible que también tú hayas desterrado algo de tu memoria. Algo demasiado terrible para soportarlo.

Me pinto las uñas con sumo cuidado y en cada superficie brillante veo el rostro de Isabel. Una cara sin rastro de vida. Cierro los ojos asustada y al volver en mí veo que no sólo las uñas de los pies, sino los dedos al completo, están rojos.

El agua deja de caer y Jeanine sale de la ducha de granito envuelta en una toalla.

—¿Has encargado ya la pizza? —pregunta.

15

Un mes antes de mi decimoquinto cumpleaños, una ambulancia llevó apresuradamente a mi padre de su trabajo al hospital de Den Helder. Un ataque al corazón.

Me vinieron a buscar a la clase de alemán y el señor Groesbeek me llevó al hospital Gemini. El señor Groesbeek era el conserje del instituto, un tipo basto que andaba siempre a zancadas de aquí para allá, y se pasaba el día gritando. Todo el mundo sentía un respeto enorme por sus manazas; con ellas separaba a los chicos que se peleaban, agarraba por el brazo a quien no obedecía, reparaba pinchazos de bicicleta y cuidaba de las plantas que había en las aulas. A mis ojos, el señor Groesbeek era viejísimo, y también tenía algo aterrador, con su despeinado cabello cano y su atronadora voz. Tenía una camioneta con la que iba todos los días de Callantsoog, donde vivía, a Den Helder. De camino, a veces recogía a algún alumno que se abría paso con dificultad pedaleando contra las ráfagas de viento y la cortante lluvia. También a mí me recogió más de una vez.

De camino al hospital, yo miraba por el sucio cristal de la ventana mientras notaba que el señor Groesbeek me observaba.

—Últimamente lo estás pasando muy mal, ¿verdad? —me dijo.

Yo lo miré como si no comprendiera.

—En el colegio —aclaró—. Y ahora esto.

Yo no sabía qué decir y asentí sin más.

El señor Groesbeek me dio unos golpecitos en la pierna y dejó la mano allí unos instantes. Era una mano grande y peluda. Yo la miré fijamente y sentí su peso encima de mi pierna. Tardó mucho en

retirarla.

Seguimos el camino en silencio y paró ante el Gemini.

—Que vaya bien —dijo el señor Groesbeek—. Y deséale a tu padre que se mejore.

Salí volando de la camioneta y la seguí con la mirada mientras daba la vuelta y se alejaba. Entonces me giré y entré en el hospital.

Un ataque al corazón es un asunto serio, pero la verdad es que yo nunca pensé que mi padre corría peligro de muerte. No me lo podía imaginar, y su actitud en las horas de visita reforzaba mi incredulidad. Cada vez que entraba me saludaba con una amplia sonrisa y una gracia, como si fuera todo una broma pesada. A mi madre la exasperaban los grandilocuentes gestos que hacía con la mano que tenía conectada al monitor cardíaco, haciendo que el aparato se desmadrara. En esos casos Robín se moría de risa, pero a mí no me hacía gracia. Yo me quedaba sentadita en silencio en un taburete, mirando la pálida cara de mi padre, el extraño camisón azul y los electrodos pegados a su pecho que tan violentamente contrastaban con su animado rostro.

En ese momento tomé conciencia de lo mucho que quería a mi padre. Le perdoné todas las veces que había aplaudido con demasiado entusiasmo durante las representaciones escolares en las que yo tocaba el piano; le perdoné, incluso, que hubiera gritado «¡Bravo!», para hilaridad de mis compañeros de clase. Le perdoné su insistencia por preparar cada mañana mi bocadillo con aquel supersano pan integral rebosante de cereales que mi madre compraba en la panadería. Mi padre cortaba dos gruesas rebanadas y les ponía unas buenas lonchas de Edammer que sacaba a hachazos del redondo queso. En el recreo, casi no me lo podía meter en la boca y me convertía en el hazmerreír de todos, pero yo insistía en que yo misma me preparaba el bocata, porque prefería que se rieran de mí que de mi padre. Es más; no se me hubiera ocurrido ni en broma pedir a mi madre que comprara el pan cortado o que comprara por lo menos un cuchillo especial para el queso. Me hubiera sentido una desagradecida. Al fin y al cabo, mi padre se levantaba temprano especialmente para preparar mi bocadillo. Tampoco le sugerí que dejara que me lo preparara yo; sabía que él lo hacía con agrado. Era el único momento del día que podíamos estar solos, decía él siempre. Mi madre no era muy madrugadora, y

Robin nunca desayunaba. Mi hermano se levantaba todas las mañanas demasiado tarde y se iba inmediatamente. Mi padre me preparaba una buena taza de té y entonces colocaba la tabla de cortar en la encimera.

Estaba acostumbrado a madrugar. Había trabajado como maquinista para los ferrocarriles holandeses. Entonces se iba de casa a las cinco, y yo siempre me despertaba. Era aún muy pequeña, tendría unos seis añitos, y le oía bajar las escaleras en calcetines para no despertarnos. Entonces me bajaba de la cama y me acercaba en pijama y descalza a la ventana a esperar y decirle adiós con la mano. Él no tardaba nunca mucho en salir, pero a mí la espera se me hacía eterna, pues siempre tenía mucha necesidad de ir al baño. Una vez fui deprisa al aseo, hice un pipí y regresé corriendo a la ventana. Me quedé profundamente decepcionada al darme cuenta de que mi padre ya se había ido. Me lo imaginaba mirar esperanzado hacia mi ventana y ver que yo no estaba allí para decirle adiós. A la mañana siguiente me mantuve firme en mi puesto, dando saltitos con las piernas cruzadas.

Después del primer ataque al corazón tuvo otro, más ligero, cuando aún estaba en el hospital, pero también sobrevivió, afortunadamente. Yo lo iba a visitar con frecuencia, después de clase, o cuando tenía una hora libre. Muchas veces hacía novillos.

Una vez, después de ir a verlo en una hora libre, regresé al colegio y vi a mis compañeras de clase en la cantina, apiñadas alrededor de una mesa. Isabel llevaba ya todo el día de un humor desbordante por la cazadora de piel blanca que le habían regalado por su cumpleaños y con la que estaba despertando una enorme admiración.

Cuando me vieron acercarme, se callaron. Era un silencio tenso, acompañado por risas ahogadas y miradas rápidas. Para posponer el momento en que me convertiría en su blanco, me detuve junto a la máquina de *snacks* y saqué una tacita de sopa de tomate. Me dirigí a otro rincón de la cantina, pero el grupo se puso en movimiento y se me acercó lentamente.

—¡Eh, Sabine! ¿Ya estás de vuelta? —preguntó Mirjam, cargante— ¿Dónde te habías metido?

—En las Dunas Oscuras —dijo alguien—. Donde las putas.

Risas.

—Mi padre ha tenido un ataque al corazón —les expliqué—. Está ingresado en el Gemini.

Se hizo un silencio.

Isabel fue la primera en rehacerse. Por unos instantes, me pareció ver que se estremecía, pero sus palabras no correspondían a esa emoción, así que, probablemente, me equivoqué.

—¿Un ataque al corazón? No me extraña, con esa barriga —dijo despectiva.

Yo recordé de repente lo preocupado que estaba siempre mi padre por Isabel desde que una vez, en las vacaciones de otoño, ella vino con nosotros a un chalet en Limburgo. Teníamos diez años. Le dio un ataque, y después, quería volver a su casa lo antes posible. Mi padre la metió en el coche y la llevó a casa. Tres horas de viaje. Recordé las innumerables veces que nos había hecho crepes, que nos había llevado a parques de atracciones y nos divertía con unos trucos de magia que nosotras siempre cogíamos al vuelo.

Observé la desdeñosa expresión en la mirada de Isabel y sentí en mi cabeza un extraño zumbido que se hinchó hasta golpear la parte de atrás de mis ojos y enturbiar mi visión. El corazón me palpitaba con tal fuerza que el pecho me dolía, y mi mano se aferró como una garra a la taza de sopa de tomate.

En un ataque de ira ciega eché la sopa sobre la nueva cazadora de piel blanca de Isabel. Recuerdo su atónita expresión como si la tuviera delante. Me miró con tanto miedo, tan desquiciada, que, por unos instantes, me arrepentí de lo que había hecho. Hasta que levantó los ojos y se me quedó mirando fijamente. En ese instante comprendí que me había metido en un buen lío, pero ya no podía retroceder. En lugar de sufrir su acoso con resignación le había declarado la guerra. Y verdaderamente, se convirtió en una guerra.

Las chicas de mi clase me obstruían continuamente el paso y me pellizcaban cuando pasaba a su lado. Me pincharon las ruedas de la bici. Desparramaron el contenido de mi cartera por el patio y arrancaron las hojas de mis cuadernos.

Me esperaron después de clase, me ridiculizaron, agujerearon con unas tijeras mi nuevo jersey, me agarraron con fuerza y me cortaron un trozo de «ese pelo de bobalicona». Huí a refugiarme en la oficina del señor Groesbeek. Él me llevó a casa en su camioneta y me dijo que acudiera a él si volvían a molestarme. Que él se

encargaría más tarde de guardar mi bicicleta y repararía el pinchazo. Cómo se les ocurría a esas estúpidas, que si se les había caído un tornillo. Pero a ellas nunca les dijo nada. Quizá también temía el poder del grupo, o se sentía impotente.

Yo ya no me atrevía a salir del edificio por la puerta principal. A veces me metía con algún profesor por la puerta reservada a los docentes, pero entonces tenía que dar la vuelta y salir al patio para recoger mi bicicleta.

Muchas veces me quedaba con el señor Groesbeek, pero era una solución de emergencia. Él tenía una forma muy personal de consolarme. Se sentaba a mi lado, me pasaba el brazo por los hombros y dejaba que su mano se quedara colgando delante de mi pecho, tocándolo de vez en cuando como por casualidad. O me atraía hacia él y me acariciaba el cuello con sus ásperas manos. En la oficina del señor Groesbeek me sentía acorralada de una forma muy diferente.

Cuando consideraba que ya me había ofrecido suficiente consuelo, dejaba que me escapara por la ventana. Entonces me escondía en los matorrales, aguardaba a que el grupo se cansara de esperar y me iba a casa con la bicicleta pinchada de la mano. En casa, Robin me reparaba los pinchazos. No me hacía preguntas, pero acabó anotando en su agenda mi horario de clases. Desde ese momento, siempre que podía, o cuando él terminaba las clases antes que yo, me esperaba en el patio, con su motocicleta junto a mi bici. Volvíamos juntos a casa, yo sobre mi bici, agarrada de su brazo. De camino adelantábamos a Isabel.

¿Cómo es posible que todo lo que eres, lo que representas, lo que te da seguridad en la vida, se desvanezca en un día? ¿Que no quede nada más que una persona que va por el mundo con los hombros caídos y tiene que armarse de valor para tomar la palabra; una persona que se asusta del tono estridente de su propia voz?

La inseguridad se apodera de ti casi inadvertidamente y llega un momento en que determina toda tu actitud, hasta que te conviertes en lo que emanas.

Los padres se preocupan siempre mucho de la educación de los hijos, y sobre lo que les conviene o no para su desarrollo, como salir por la noche, beber cerveza, consumir drogas y verse con amigos no recomendables. Convierten la idea de que tienen que hacer de sus

hijos personas equilibradas e independientes en su objetivo vital, y si fracasan en el intento, sienten una amarga decepción.

Pero en realidad no tienen ni la mitad de la influencia que piensan. La personalidad se hace en el colegio, en razón de los compañeros de clase con los que tratas o justamente no tratas. Por la posición que ocupas en clase, por el grupo de amigos que te ofrece apoyo o que te destruye.

No es una broma inocente que te peguen goma de mascar en el pelo cada día, o que te lo corten a escondidas con la excusa de que tenías piojos. No es normal que te den patadas y te pellizquen en cuanto se presenta la ocasión, tener que estar todo el día vigilante, aguzando el oído y preparando posibles vías de escape.

Unos aprenden deprisa; otros necesitan más tiempo. Yo necesité mucho tiempo para entender que no tenía por qué aceptar todo lo que me hacían.

16

Mi madre siempre dice que soy demasiado fiel a mis amistades, y que tengo que defender más lo mío.

A mi juicio, la fidelidad es justamente una condición para mantener una amistad, aunque noto que mucha gente tiene una opinión mucho más flexible al respecto. En cuarto, me tocó una clase en la que no conocía a nadie y decidí seguir el consejo de mi madre.

Desde entonces, sólo he tenido amistades superficiales. Jeanine fue la primera en romper la coraza defensiva que yo había construido a mi alrededor. Acabábamos de empezar a trabajar en el banco y casi no nos conocíamos, cuando un día la llamaron del hospital. Su padre había sufrido un infarto cerebral. Vi que se quedaba pálida como un muerto, la hice sentarse y le ofrecí un vaso de agua. Expliqué a Wouter lo que pasaba, pedí a un compañero del departamento de Ventas que vigilara la oficina y llevé a Jeanine al hospital clínico VU, donde habían ingresado a su padre. La hicieron pasar inmediatamente al servicio de Neurología y cuando me di la vuelta para marcharme me cogió del brazo y dijo:

—Sabine... gracias.

Nada más, pero aquel temblor en su voz me emocionó. Era una agradable sensación poder ofrecer ayuda a alguien en vez de recibirla. Por la noche la llamé, y lo seguí haciendo hasta que se reincorporó al trabajo. Era extraño notar que alguien me necesitaba, que apreciaba mi apoyo; y ella, a su vez, mostraba interés por lo que yo había pasado cuando mi padre estuvo en el hospital.

El padre de Jeanine sobrevivió el ataque, pero perdió algo de

movilidad y no volvió a ser el de antes. Desde ese momento, Jeanine y yo fuimos algo más que colegas. Mientras el cuidado de su padre todavía la absorbía completamente —su madre ya había fallecido y no tenía hermanos, por lo que ella cargó con toda la responsabilidad—, los recuerdos del pasado se abalanzaron sobre mí y me arrastraron a un profundo agujero negro. Una terrible depresión me postró en el lecho. Sólo salía de casa para ir a la consulta de la psicóloga. En esa época, el futuro se me antojaba tan falto de perspectivas y tan deprimente que me sorprende que ahora, un año después, me sienta tan bien. Y me sentiría aún mejor si el pasado me dejara por fin en paz. Mi psicóloga no me lo pudo sonsacar todo, pero desde el encuentro con Olaf, es imparable. Mi memoria ha abierto sus puertas y yo tengo que entrar en ella para liquidar uno a uno todos los recuerdos. Mi psicóloga tenía razón: puedes correr lo deprisa que quieras, pero el pasado siempre te alcanza.

Después de dar vueltas en la cama durante dos horas, desisto del empeño y me levanto. Tengo sed. Desganada, voy en la oscuridad a la cocina y enciendo la luz. Las grandes y negras ventanas me asaltan y reflejan mi pálida cara, mis greñas y mi arrugada camiseta. Abro el frigorífico para coger un vaso de leche, pero mis ojos se fijan en la botella medio llena de vino y me sirvo una copa. El primer trago es siempre el mejor. Siento la fría bebida pasar por mi garganta, cierro los ojos y suelto un suspiro de satisfacción. Otro trago.

Me apoyo en la encimera y observo la oscuridad de la noche. Hay corriente, se me enfrían los pies, y después las piernas, y tengo carne de gallina en los brazos. El vino también está frío, pero me calienta el corazón y ahuyenta las imágenes que aparecen en la ventana de azabache.

Me sirvo otro vaso y me lo bebo deprisa. El alcohol empieza a hacer efecto y después del tercer vaso me voy dando tumbos a la cama. Y por fin me quedo dormida.

Al día siguiente me despierto con dolor de cabeza y de vientre, y unas horribles náuseas. Primero pienso que tengo una mona, pero un día después sigo sintiéndome fatal. Llamo al trabajo y cojo la baja por enfermedad.

—Gastroenteritis —le digo a Renée, que es quien coge el

teléfono—. Tengo un dolor de tripas horrible.

—Oh —dice—. ¿De repente? Bueno. Que te mejores.

Me meto otra vez a la cama y encojo las rodillas para mitigar un poco los retorcijones de estómago.

En vez de eso, una oleada de dolor me hace salir de la cama y me empuja al lavabo. Lo saco todo por arriba y por abajo: los sándwiches de ayer noche, el vino y más vino. Me aparto el cabello de la cara con una mano, vomito en el váter y me siento en él rapidísimamente. Demasiado tarde, como es lógico. Al instante, se extiende a mi alrededor un insoportable tufo. Cuando termino, me repongo jadeante y sudorosa. Lleno un cubo de agua caliente, echo un buen chorro de limpiador multiuso con aroma primaveral y friego el suelo. Nada más terminar noto que el siguiente ataque de retorcijones está al caer.

Llaman a la puerta.

No sé quién puede ser, pero estoy ocupada, lo siento.

El timbre vuelve a sonar, ahora con más insistencia.

Una nueva oleada de dolor me sorprende; me agarro a los bordes del váter, vomito, tiro de la cadena y me dirijo a trompicones a la puerta. Aprieto el botón del interfono y articulo con dolor de garganta: «¿Quién?» —El inspector laboral. ¿Puedo subir?

El inspector laboral. ¡Dios santo, qué prisas! Aprieto el botón, oigo abrirse la puerta de la calle y el resonar de unos zapatos subiendo la escalera. Un hombre fornido y moreno llega al rellano con una carpeta bajo el brazo y me mira con expresión interrogante.

—¿Sabine Kroese?

Yo me doy la vuelta y corro adentro. El hombre se queda en el rellano, pero mientras gimoteo en el aseo oigo que se decide a pasar y esperar dentro.

Es muy desagradable estar sentada con gastroenteritis y todos los sonidos y fragancias correspondientes del váter mientras unos metros más allá un hombre al que no conoces de nada, espera pacientemente a que termines. Me lavo las manos y casi no me atrevo a entrar en el comedor.

—Vaya, vaya —dice compasivo.

—Gastroenteritis —le explico.

—Eso parece. Su jefe nos ha encargado realizar un control de

urgencia. Según parece no se fiaba de su enfermedad, pero veo que no tenía motivos para desconfiar. ¿Cuándo cree que podrá reincorporarse al trabajo? —Consulta sus papeles y me mira inquisitivo.

—No lo sé. Acabo de ponerme mala —contesto.

Él anota algo y me mira con expresión paternal.

—Quédese unos días en casa.

Ésa era mi intención. El inspector se marcha y yo me dejo caer en el sofá como una anciana. ¡Un control de urgencia! Ese voto de desconfianza ya es por sí solo suficiente para producirme un nuevo ataque de retorcijones.

Un día sí y otro también me arrastro del sofá al aseo, no como ni bocado y me obligo a tomar litros de caldo. Si tienes gastroenteritis, y más aún si te afecta como ahora a mí, es importante beber mucho. Pero ¿qué hacer si el líquido sale del cuerpo con la misma velocidad con que entra?

Por fin, el miércoles consigo retener algo, pero en pequeñas cantidades. Suena el teléfono y lo voy a coger con las piernas temblorosas por la debilidad.

—Sabine Kroese.

—Hola, Sabine. Soy yo, Renée. Llamo para ver cómo estás. —La voz de Renée delata una desconfianza que no me agrada.

—No muy bien —contesto, secamente.

—¿Aún no se te ha pasado la gastroenteritis?

—No. Aún no.

Se hace un silencio.

—¡Qué raro! —dice Renée por fin—. He llamado hace un momento a mi médico de cabecera y él me ha dicho que esas cosas se pasan en dos días.

—¿Que has llamado a tu médico de cabecera? —repito estupefacta.

—Sí. Me parecía que la cosa duraba mucho, por eso...

—¡Hoy es el tercer día que no voy a la oficina! —la interrumpo.

—Para decirte la verdad esperaba que hoy vinieras a trabajar. Pero bueno, quedamos en que te reintegrarás después de la Ascensión, ¿de acuerdo?

No puedo creer lo que oigo.

—Yo decidiré cuándo aparezco por la oficina, Renée. Y si no te

crees que estoy enferma, ¿por qué no te pasas un momento por aquí? La casa huele desde hace días a algo muy especial, y como no merece la pena limpiar el inodoro, los salpicones y los restos de vomitona están aún pegados a la parte inferior del asiento. Los dejaré allí, así podrás verlos por ti misma, ¿te parece? Y mi ropa de cama llena de vómitos está aún por ahí, así que...

Piii, piii, piii. Renée ha colgado. Dejo el teléfono y meneo incrédula la cabeza. Mis manos no dejan de temblar hasta pasada más de media hora.

Olaf me llama por la tarde. Es amable y se muestra preocupado. Quiere pasar a verme, pero se lo quito de la cabeza. Mi casa está como una pocilga, y yo, horrible. Ni pensarlo. No dejaré que me vea con este aspecto.

Por fin me encuentro un poco mejor. Me arriesgo con una rebanada de pan y la retengo, igual que el potaje de lata, y de golpe siento un hambre canina y me abalanzo al frigorífico. Me como todo lo que aún no ha caducado, que no es mucho. El queso parece que lleve un jersey de angora y la leche sale del envase en grumos. Saco una bolsa de basura del armarito de la cocina y lo tiro todo en ella. Ya puesta, preparo agua con jabón en el fregadero y limpio la nevera a conciencia. Y ¿por qué no? Empiezo a limpiar la casa entera. Me enfrento al cuarto de baño con todas las botellas de limpiador que encuentro, abro todas las ventanas, cambio la ropa de cama, pongo la lavadora y echo lejía al inodoro. En fin, que soy un tornado imparable. Simplemente, no puedo detenerme, quiero limpiarlo todo. Saco del armario las cajas de zapatos apiladas y ataco los copos de borra que se han amontonado en los rincones. Vuelvo a recoger las cajas y limpio de paso con un poco de quitagrasas las huellas de las puertas del armario. Paso la boquilla de la aspiradora por los rodapiés y me tiendo en el suelo para llegar debajo de la cama. La falta de espacio en casa la puedes solucionar fácilmente deslizando cajas y bolsas de plástico debajo de la cama. La verdad es que no tengo idea de lo que guardo allí. Sólo sé que hay una capa de polvo que da miedo, algo que durante años no me ha importado pero que de repente me parece inaceptable. Tirada boca abajo, lo saco todo, desempolvo las cajas y las bolsas y aprovecho para abrirlas. Botas de senderismo viejas, libros de texto, un traje de karate sin estrenar que me compré cuando me dio por

querer aprender defensa propia, una tienda de campaña, una colchoneta rota, una bolsa llena de barras de cortina. ¡Dios mío! ¿Por qué guardo todo esto?

Y entonces veo la caja con los diarios. Creía que los había guardado en la buhardilla. La repentina confrontación con esas familiares tapas de fabricación propia me petrifica por unos instantes.

Mis diarios. Por supuesto que no los había olvidado, pero no se me había ocurrido nunca leerlos. Más o menos sé lo que dicen, por lo menos, eso creo.

Cojo un poco curiosa el que está más arriba. Está forrado con una tela de rosas; me veo a mí misma sentada en mi escritorio mientras lo forraba. ¿Qué edad tendría? Unos catorce o quince años.

Lo abro y leo el principio. ¡Cómo no! El 1 de enero, metódica como nadie. A poco que pudiera, me las arreglaba para empezar esa fecha un nuevo diario. Tenía catorce años. Lo veo al seguir hojeando. El diario abarca un periodo de tiempo bastante largo, pues no me extendía mucho con mis historias. Casi sería mejor llamarlo cuaderno de apuntes, pues son sólo anotaciones cortas y sobrias.

Voy al comedor con el diario en la mano y me tiendo en el sofá. Ya era hora de dejar la limpieza, empiezo a sentirme cansada.

Abro el diario de nuevo, despacio. En la primera página está pegado el horario de clase de ese curso, lo que me recuerda que el del curso siguiente está pegado en la última página. Lo había olvidado completamente. Al leer las asignaturas y las aulas, me dan ganas de ponerme a hacer los deberes. Me introduzco dando tumbos en el pasado mientras hojeo el diario. Junto a las fechas hay un dibujito de una nube, un sol o las dos cosas, o unas rayitas que indican lluvia. Apuntaba el tiempo que hacía, no sé por qué.

Mis ojos pasan por la familiar letra redonda, las intimidades escritas con una pluma estilográfica con tinta azul. Aquí y allá leo algún fragmento, con cuidado, temerosa de lo que pueda encontrar.

Nada especial.

Algo sobre una tormenta que me hizo llegar tarde al instituto, sobre el viento, que había cambiado de dirección, por lo que lo tuve en contra otra vez a la vuelta, sobre los libros que me había llevado

prestados de la biblioteca. Ni una palabra sobre Isabel.

Busco el lunes 8 de mayo; el día que desapareció Isabel.

«Un día horrible. ¡Qué pena que ya se haya acabado el fin de semana! Acabo de llegar a casa y me voy a dar un baño. He tenido que pedalear con tanta fuerza en el camino de vuelta que estoy completamente sudada. ¡Ojalá viviéramos un poco más cerca del instituto!»

Eso es todo. Ni una palabra sobre Isabel. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Entonces aún no sabía que esa fecha cobraría un significado especial. Lo extraño es que tampoco en los días siguientes le dedico atención al acontecimiento. Junto a cada fecha hay nubecitas o soles. Nada más.

Me fijo en el sol que hay junto al 8 de mayo. Hacía buen día. Hacía calor para la época del año. Recuerdo que Olaf también me comentó el calor que hacía en el gimnasio, durante el examen de matemáticas.

De repente me invade una sensación de desasosiego y una pregunta empieza a zumbar tenaz por mi cabeza. Ese día no hacía viento. Hacía un día precioso. Entonces, ¿por qué corrí tanto con la bicicleta?

17

La pregunta me mortifica el resto de la tarde y toda la noche. Intento ignorar el diario con tapas de flores que he dejado encima de la mesa, una vez incluso lo arrojo a su caja, pero me llama a gritos. Mi repentina zambullida en el pasado ha acelerado lo que ya estaba en movimiento con una velocidad imparable. Es como si hiciera mucho menos de nueve años. ¿Realmente ha pasado tanto tiempo desde que Isabel desapareció?

¿Llevo tanto sin ver a Bart? De repente lo echo de menos, sé que es una locura, pero lo echo de menos. Siempre he sido una persona tendente a la nostalgia, por eso guardo aún ese montón de diarios; y cuando cedo a la añoranza, estoy perdida. Soy capaz de salir en busca de Bart y proponerle seguir donde lo dejamos.

Cuanto más leo en mi diario, peor. Lo cierro con determinación, lo coloco de nuevo en su caja y la meto debajo de la cama. Ya está. Vuelvo al presente.

Me acuesto temprano, pero la noche no me trae el descanso. Isabel domina mi mente y aparece una y otra vez en mis sueños. Vivo de nuevo el día en cuestión, pero ahora todo transcurre de una forma absurda. Yo camino sin rumbo en un laberinto de altos árboles que, con sus frondosas copas, tapan el azul del cielo. Tiene que ser azul, porque hace calor, hasta a la sombra de los árboles. Los pájaros cantan y, a lo lejos, se oye el murmullo del mar. Estoy completamente sola y deambulo por ahí sin saber qué busco exactamente.

De repente me encuentro cara a cara con Isabel. Está en un claro y me mira sonriente. No sé por qué sonríe, yo sólo siento miedo. Y

entonces me doy cuenta de que no me sonríe a mí. Ni siquiera me ve, de una u otra forma me he hecho invisible. Miro al lado y veo la figura de un hombre entre los árboles. Isabel le dice algo y él contesta con una voz grave y agradable que yo conozco muy bien. De repente, algo cambia. En el aire se respira una ligera amenaza y los pájaros dejan de piar. La figura sale de entre los árboles y se acerca a Isabel. Sé lo que se propone, lo sé con certeza, como si mirara una película que ya he visto antes. Se acerca a Isabel, la empuja al suelo y la agarra por la garganta. Está sentado encima de ella y la mantiene en el suelo con su peso. Entonces empieza a apretar, a apretar, cada vez más fuerte.

No puedo ver la cara de Isabel, pero oigo los sonidos de asfixia que profiere, la veo tirar desesperada de esas fuertes manos que rodean su garganta. Sé que debo hacer algo, dar la voz de alarma, echarme a la espalda de ese hombre, algo.

No hago nada. Me quedo parada, mirando, y después retrocedo despacio y me escondo al amparo de los árboles. No, no tengo miedo. Conozco al hombre y no concibo que quisiera hacerme daño, pero creo que será mejor que él no sepa que he sido testigo del suceso.

El hombre ha desaparecido en el bosque hace rato, pero yo sigo mirando el cadáver del claro, el rostro deformado e inánime en la arena, el envoltorio vacío que hace sólo unos minutos aún era Isabel. Me doy la vuelta y me marcho corriendo por el bosque, con unas zancadas pesadas y lentas, como si tuviera pegamento en las suelas de los zapatos. Cada vez que vuelvo la cabeza veo el claro del bosque con el cadáver de Isabel. Por mucho que corra, no consigo alejarme del sitio.

Entonces me despierto. Abro los ojos y me quedo tendida en la oscuridad, rodeada por un silencio ensordecedor. Un sueño, sólo ha sido un sueño. Tengo la camiseta de dormir empapada de sudor, y el pelo pegado a la frente. Aparto el edredón, siento que la frescura de la noche se adueña de mí y me repongo poco a poco. La oscuridad cambia de negro azabache a gris oscuro, haciendo que aparezcan paulatinamente las conocidas formas de la cama, el armario, la silla con mi ropa y las fotos en la pared.

Sólo era un sueño. Angustioso y aterrador, pero nada más que un sueño.

Alargo el brazo y enciendo la luz de mi lámpara de noche. Con la luz regresa mi familiar mundo. Voy descalza al baño, orino, tiro de la cadena y voy a la cocina a por un vaso de agua. Vale, es verdad: lo que me apetecía era un vaso de vino. Pero primero bebo un poco de agua para calmar la sed, y después uno de vino, para calmarme a mí.

Apoyada de espalda a la encimera tomo unos sorbos de Frascati y pienso en la figura de mi sueño. Sabía quién era el asesino de Isabel, pero al despertarme se me ha escapado. ¿Qué significa eso? ¿Que realmente fui testigo del asesinato y mi subconsciente intenta decírmelo? Es un hecho que prácticamente no recuerdo nada de aquel día, así que no es imposible que estuviera con ella cuando la atacaron.

Por otro lado, si nos tomáramos en serio cada sueño confuso, nadie se atrevería a echarse a dormir. Si el asesino hubiera dejado allí a Isabel, habrían encontrado el cadáver. «¿Lo ves? Ese sueño no tiene pies ni cabeza.»

Me termino el vaso de vino, apago la luz y regreso a la cama. Me arropo con el edredón e intento olvidar el sueño. Pero sigo teniendo la inquietante sensación de que mi subconsciente intenta decirme algo.

A la mañana siguiente me despierto muy temprano. Tempranísimo, pero en cuanto abro los ojos sé que no volveré a conciliar el sueño. Me levanto resignada, me doy una ducha bien caliente, me pongo una faldita vaquera, camisa y botines blancos y me como dos rebanadas de pan con fresas de pie junto a la encimera. Hago café, lo echo en un termo y salgo de casa con él, mi chaqueta y el bolso de mano.

Es el día de la Ascensión. Eso me viene muy bien: tengo que salir de aquí, volver a Den Helder. No sé para qué, pero siento que la fuerza del pasado tira de mí. Si me quiero liberar de esa inquietud y de los confusos sueños, tendré que averiguar la verdad.

Abro la portezuela del coche, echo el bolso adentro, pongo el termo en el soporte y, una vez instalada, arranco. De camino a Den Helder doy rienda suelta a mis pensamientos. Algo me dice que existe una razón por la que no recuerdo nada de aquel 8 de mayo, hace nueve años. No sólo estuve en el lugar del delito, es muy probable que sepa quién es el autor. Pero ¿por qué lo he desterrado

de mi memoria? ¿Me amenazó y eso hizo que el miedo bloqueara mis recuerdos? ¿Era alguien a quien yo conocía? En el sueño de esta noche era así, pero ¿puede una fiarse de los sueños?

Hace un calor bochornoso. Mi coche no tiene aire acondicionado y antes de pasar por Alkmaar ya noto el sudor en las axilas. Al llegar a Den Helder son sólo las nueve y media y ya hace un calor agobiante. Bajo las ventanillas y conduzco despacio por el centro. ¿Y ahora? ¿Adónde voy?

Una repentina necesidad de ver mi antiguo instituto me obliga a apretar el acelerador y seguir recto. Una calle larga y familiar me lleva hacia el edificio. Aún no lo veo, pero sí vislumbro el parque donde nos entreteníamos en el recreo y donde, en verano, íbamos a tendernos en la hierba. Eso cuando ya iba a cuarto y empezaba a tener amigas de nuevo. Hasta entonces, me pasaba las horas libres sola, en la cantina o en la biblioteca municipal.

Giro a la izquierda y un alto edificio de ladrillos se levanta delante de mí y borra los años.

Aparco el coche y me bajo. Mis ojos trepan por la fría pared de ladrillos de mi colegio de enseñanza media. Aquí se desarrolló gran parte de mi vida. El día que me dieron el diploma de secundaría juré no regresar jamás. Pero aquí estoy, y el corazón me palpita con la misma vehemencia que entonces.

Cruzo la calle y entro en el patio.

La joven está aquí. Siento su presencia antes de verla. La busco a mi alrededor con la mirada. Allí está, sentada sobre el portaequipajes de una bicicleta, con su pesada cartera a los pies. Parece absorta en su agenda, pero las apariencias engañan. Es muy consciente del grupito que se ha formado más allá y del vacío que la rodea. Si hubiera fumado, hubiese encendido un cigarrillo para adoptar alguna postura, pero sólo tiene su agenda. Probablemente, hubiera sido igual. Fue ese inaprensible no sé qué lo que la empujó desde el principio hasta expulsarla del grupo.

Me gustaría acercarme a ella y pasarle el brazo por los hombros. En vez de eso, camino sin rumbo por el patio y me detengo como por casualidad a su lado.

Ella levanta la vista pero no dice nada. Sus ojos deambulan por el patio.

¿Le digo algo?

La miro indecisa. Sus ojos se fijan en los míos, se apartan y regresan. En su rostro veo cierta cautela.

—Hola —digo.

—Hola —contesta con desconfianza.

—Tú no me conoces —continúo—. Pero yo a ti sí. Te quería preguntar una cosa.

Ella me mira y todo lo que emana es suspicacia.

—¿Qué es?

—Sobre Isabel Hartman.

Silencio.

—La recuerdas, ¿verdad?

Aparta la vista.

—¿Qué puedes contarme sobre el día que desapareció Isabel? —sigo indagando.

Gira bruscamente la cabeza y me mira a los ojos.

—No me apetece hablar de ella.

—¿Por qué no?

—¡Está muerta! No tiene sentido hablar de ella.

—¿Cómo sabes que está muerta?

Se encoge de hombros.

—Tiene que estar muerta. Desapareció hace ya mucho tiempo.

—¿Tú qué crees que le pasó? —¡Yo qué sé! Quizá lo sepa su ligue. —¿Qué ligue?

—El chico con el que había quedado. —¿Tenía una cita? ¿El día que desapareció? ¿Con quién?

Me mira con sus claros ojos azules. —Tú lo sabes de sobra —contesta.

Es cierto. ¿Cómo pude olvidarlo? Aquel día, Isabel había quedado junto al bar que hay al lado de las Dunas Oscuras. Yo la oí en el instituto cuando les decía a sus amigas que se había cansado de él y que iba a cortar. Lo mal que lo iba a pasar, el pobre. Al decirlo, soltó una carcajada que me dejó helada. Creí oír con quién había quedado, pero esperaba haberlo oído mal. Sabía que Isabel podía escoger a sus ligues, pero había dos chicos de los que yo esperaba con toda mi alma que fueran inmunes a su fuerza de atracción. Por eso la seguí aquel día. No porque me apeteciera ir por el camino de las dunas, no; quería saber con quién había quedado. O mejor dicho: con quién no. Llegué al bar dando un

pequeño rodeo, pero allí no había nadie. Busqué con la mirada en dirección a la granja educativa que hay a la entrada del bosque y acerté a ver a alguien con una conocida cazadora blanca que doblaba la esquina en compañía de una figura alta. Me monté en la bicicleta sin pensarlo dos veces y pasé junto a la granja, hacia el lugar donde los había visto desaparecer.

Una enorme punzada de dolor me atraviesa la cabeza y me sobresalta. La imagen se desvanece inmediatamente. La joven también ha desaparecido, se ha esfumado aprovechando que no le prestaba atención.

Me dirijo al coche con un dolor de cabeza insoportable, pero cambio de idea al ver un vendedor de helados que pasa por delante del instituto. Le indico con un gesto que se pare.

—¿Un heladito, joven? —pregunta amable.

—Sí. De vainilla, por favor —pido.

—¿Con nata?

—No —contesto—. Mejor no.

Le doy un euro, cojo el cucurucho y vuelvo al coche. Dejo la portezuela abierta para que se ventile mientras me como el helado. Enciendo la radio, pongo en marcha el motor y regreso a casa.

18

No me resulta fácil volver al trabajo al día siguiente. Llego tarde, pero la oficina está desierta. Mejor, así nadie sabrá a qué hora he entrado exactamente. Enciendo el ordenador y cojo el sobre que alguien ha dejado ostensiblemente sobre mi teclado. Dice con letra inclinada: *Sabine.*

Lo abro y saco una nota. No está firmada, pero reconozco la letra de Renée.

Sabine, en adelante, ¿podrías ocuparte de tu correspondencia privada en casa y no en la oficina? Estoy segura de que tienes tiempo de sobra para ello.

Miro la nota unos momentos y la hago trizas con movimientos enérgicos. Meto los trocitos en un sobre en el que escribo *Renée,* y lo dejo sobre su escritorio.

Muy bien. Ya he contestado a la primera carta del día.

Entre tanto se llena mi buzón electrónico. Lo que más abunda es información interna, pero tengo también tres mensajes de Olaf: dos chistes y una invitación para celebrar mi cumpleaños. Le respondo: *¿Cómo sabes que dentro de poco cumplo años?*

Lo vi en tu casa, en el calendario de cumpleaños, me responde.

¿Y qué vamos a hacer?

Es una sorpresa, escribe en respuesta.

¡Qué emocionante!, le contesto.

Me entrego a la bandeja de trabajo, ordeno los aburridos encargos de mecanografía según su urgencia, me voy a buscar un café tranquilamente y, después, empiezo a ocuparme de las pilas de correspondencia que llenan mi escritorio.

Zinzy entra absorta con un archivador.

—¿Dónde está Renée? —le pregunto.

—Ha salido con Wouter —dice dejando la carpeta en su escritorio y sentándose sobre el borde.

—Sabine —dice.

Levanto la mirada. Zinzy me mira con evidente incomodidad.

—Quería avisarte —dice.

—¿Sobre qué?

—Bueno, se habla mucho de ti. Todo el mundo opina que no muestras suficiente empeño. Y que aunque sólo trabajas a media jornada, haces muchas faltas. Eso irrita a la gente.

No sé qué decir. Una correa se ciñe alrededor de mi pecho y lo oprime con fuerza.

—Piensan que finges —dice en voz baja—. Que eres una aprovechada.

—Trabajo a media jornada por consejo del médico de la empresa. Hace un año me derrumbé por completo. Las mañanas que vengo a trabajar agotan todas mis energías —digo emocionada. Necesito coger aire después de cada palabra.

—Ya lo sé —dice Zinzy, compasiva—. Pero para mucha gente uno no está enfermo hasta que lo conectan a la respiración asistida. De lo contrario, a seguir trabajando. Así piensa Renée, y con ella muchos más. ¿Qué tienes? ¿Quieres un vaso de agua?

—Sí, por favor.

Zinzy trae agua y yo tomo unos sorbos.

—¿Mejor? —pregunta preocupada—. Te has puesto muy pálida.

—Ya se me pasa —digo con una sonrisa y deslizo la silla detrás de mi escritorio—. Gracias, Zinzy.

Ella asiente y va a sentarse a su escritorio.

Yo me entrego a la pila de correspondencia. Tres cuartos de hora más tarde aún no he terminado, y mi dolor de cabeza aumenta proporcionalmente al tamaño del montoncito de gomas.

Hacia las doce regresan Wouter y Renée riendo y charlando.

Zinzy está en el archivo. En cuanto Renée me ve sola en la oficina, deja de sonreír y se sienta a su escritorio en silencio. Por el rabillo del ojo veo que coge el sobre con las trizas de papel y lo abre. Pero no dice ni palabra.

Yo tampoco digo nada; sigo con mis tareas. El silencio que nos

separa es denso.

Es verdad, cometo demasiados errores en mi trabajo. Envío faxes a números incorrectos, archivo documentos en expedientes erróneos y mis notas están llenas de faltas de mecanografía. Así que destierro de mi mente todo lo que me distrae, me concentro en mi trabajo y me esfuerzo por hacer las cosas bien. Da resultado, por un tiempo. Controlo los faxes que envío y amontono documentos en mi escritorio por orden de prioridad. Y entonces entra Roy echando chispas y pregunta con altanería por qué el paquete que había llegado por mensajero lleva toda la mañana en recepción.

—Te pedí que lo pasaras a recoger, Sabine —me reprocha Renée mientras mira a Roy con expresión conciliadora. Él, a su vez, me mira a mí con la cara roja de frustración contenida—. Ya voy yo, Roy. Lo siento, tenía que haberme asegurado de que alguien lo había ido a recoger.

—Tú no tienes la culpa —gruñe Roy—. ¡No se le puede encargar nada!

Renée masculla un sonido tranquilizador y sale de la oficina. Roy la sigue. Oigo que hablan en voz baja en el pasillo. Las manos me tiemblan.

Zinzy y Margot siguen trabajando sentadas en sus escritorios con cara inexpresiva.

—No recuerdo que me lo pidiera —digo.

—Yo sí lo he oído —responde Margot sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador—, cuando estabas junto al fax.

—¿Me lo ha pedido a mí? ¿Explícitamente? ¿Me ha mirado a la cara y ha dicho mi nombre?

Margot gira su silla de un movimiento brusco y me encara.

—¡Por Dios, Sabine! ¿Es necesario? ¿Tiene que ponerse delante de ti, mirarte a los ojos y decir tu nombre explícitamente para que te enteres?

—Eso parece —contesto.

—Entonces no entiendo qué haces aquí —me ladra.

Miro a Zinzy, que me devuelve la mirada como disculpándose.

—Estás como ausente, Sabine. Todo el mundo lo nota —dice.

Me muerdo el labio para controlar mis emociones.

—Alguna razón tendré.

—¿Todavía? —dice Margot desdeñosa—. ¿Después de estar un

año en casa? Algunas personas son reacias al trabajo. Así de simple.

La observación flota largo tiempo en el aire, entre las impresoras, los ordenadores y los rebosantes archivadores. Llegan Tessa y Luuk y frenan el paso. Miran vacilantes a su alrededor y se marchan deprisa. Les oigo hablar en voz baja en el pasillo.

Voy al lavabo, abro el grifo y pongo las muñecas boca arriba debajo del chorro de agua fría. El tembleque no quiere cesar, y yo me siento cada vez más mareada. La cabeza me estalla, se me nubla la vista y los pulmones me piden oxígeno. Empiezo a respirar cada vez más deprisa. Y cada vez más me falta el aire. Saco de la papelera una bolsa de plástico vacía, entro a trompicones en el aseo, me siento encima de la tapa y respiro en la bolsa. Aspirar, espirar, aspirar, espirar.

No regreso a mi puesto hasta media hora más tarde.

—Sabine, ¿tienes un momento? Quiero hablar contigo —me dice Renée nada más sentarme a mi escritorio. Veo que se ha puesto de pie a mi lado y me mira con la amable firmeza con la que uno impone su voluntad a un niño desobediente—. ¿Vamos a la sala de reuniones? —propone.

—De acuerdo —contesto en tono indiferente mientras guardo lentamente el documento en que estaba trabajando.

Con una parsimonia exasperante deslizo la silla hacia atrás y arreglo los papeles que hay sobre mi escritorio. Sólo entonces miro a Renée como si casi me hubiera olvidado de ella. Se ha alejado unos pasos, esperando que la siga como un perrito, y me mira irritada.

—¿De qué quieres hablar? No tengo mucho tiempo —digo como si esta conversación no fuera más que una inoportuna interrupción de mis tareas.

—Ahora te lo digo —responde en tono seco.

Vamos a la sala de reuniones en la que mantuvimos su entrevista de trabajo. Renée sujeta la puerta como para dejar entrar a un preso que ingresa en una institución penitenciaria y, una vez dentro, la cierra ostentosamente. Comete el error de coger una silla y sentarse. Yo me apoyo en el borde de la mesa, y desde esa posición, es ella quien tiene que levantar la mirada al hablar. Está claro que esto no le sienta nada bien, pero yo rechazo con un gesto de la mano la silla que me ofrece. Al fin y al cabo puedo sentarme donde me dé la

gana. Renée junta las manos y mira hacia arriba, sosegada.

—Voy a ir directamente al grano. La razón por la que quería hablar contigo es tu actitud en la oficina —dice—. Sé que has estado enferma mucho tiempo y que reincorporarse no es fácil. Por eso te he dado un tiempo de aclimatación. Es comprensible que empieces poco a poco, pero lo que me irrita es que la cosa no mejora. Pasas más tiempo junto a la máquina del café que en tu puesto, subes frecuentemente a comer barras de chocolate y veo que, muchas veces, a las doce y cuarto ya has recogido tus cosas. Y ahora otra vez has estado enferma.

Mi corazón empieza a palpitar con fuerza. La sangre me zumba en los oídos y tengo la boca seca. Ahora tengo que responder. Replicar a Renée. Rechazar sus acusaciones con buenos argumentos.

—Eh… —digo en un intento de iniciar mi discurso.

—Y no sólo yo pienso así, también los demás comparten esa opinión —me interrumpe Renée—. Y con los demás me refiero a Margot y Zinzy. Hemos acordado evaluar tu desempeño conjuntamente y hablarlo dentro de dos semanas.

No puedo creer lo que oigo. La intensa ira que brota en mí hace que mi voz suene más aguda de lo que querría.

—¿No confías en tu propia capacidad de evaluación? —pregunto con sarcasmo.

—Eso no tiene nada que ver. Somos colegas, aquí trabajamos en equipo —dice Renée.

—¡Colegas, justo! —estallo, y miro la enorme y desierta sala de reuniones como preguntándome qué hacemos ahí.

Renée suspira.

—Ya me temía que mi ascenso te sentara mal. Ésa es precisamente la razón por la que he pedido a Margot y Zinzy que participen en la evaluación.

—Una tarea que no les corresponde —gruño.

—Yo se lo he pedido, y con eso se convierte en su tarea.

Duele. Duele muchísimo.

—Así que es así como están las cosas —digo lentamente.

—Créeme, también a mí me gustaría que fuera de otro modo —responde Renée.

Me pregunto cómo reaccionaría si le diera una bofetada. Estoy segura de que está disfrutando de esta demostración de poder ante

la persona que la inició personalmente en el empleo. Que se hizo cargo de ella y le enseñó algunas expresiones en francés para que no hiciera el ridículo cuando llamara un cliente de lengua francesa. Que la defendió ante Wouter, nuestro jefe, y calificó su actuación como «suficiente».

¡Cómo me arrepiento!

—Si no estás de acuerdo con algo, dímelo, Sabine —dice Renée pacientemente—. Sé que tú trabajabas aquí antes que yo, pero eso no significa que hubieras conseguido mi puesto si no hubieras estado enferma.

—Ni siquiera sabía que existía.

—Se necesitaba, y Wouter decidió que yo era la candidata más adecuada —dice—. Tendrás que acostumbrarte a la idea. Vale, ya he dicho lo que tenía que decir. Cambia tu actitud de trabajo y todo se solucionará. Volveremos a hablarlo en dos semanas. ¿Quieres decir algo?

No hay palabras para lo que quisiera decir.

19

El lunes 24 cumplo 24 años, y para entrar en ambiente, el domingo hago una tarta de manzana. Me gusta la repostería. Antes hacía muchas tartas, pero hace tiempo que no me entretenía en todo ese trabajo: pelar manzanas, empolvarlas con harina, batir huevos...

Pongo un cedé de Norah Jones y canturreo con ella mientras trajino en mi cocina de granito, que da de pleno al sur, así que, cuando enciendo el horno, tengo que abrir la puerta de par en par para no asfixiarme de calor. Salgo al balcón con un bol lleno de manzanas y me siento a pelarlas en la tumbona blanca de mimbre.

Tengo un balcón precioso. A falta de jardín, algo que echo mucho de menos, he volcado toda mi creatividad en esos dos metros cuadrados de hormigón. De la barandilla cuelgan jardineras con geranios y fucsias, y los macetones de barro cocido con hierbas aromáticas y espliego prácticamente no dejan sitio para sentarse. El sol cae de lleno y trae unos aromas mediterráneos. Pelo las manzanas sin prisas y me meto en la abrasadora cocina.

Por supuesto: podía haber comprado una tarta, pero no hay nada como la receta y los ingredientes propios. Siguiendo la costumbre de mi madre, echo un buen chorro de brandy a las pasas y los trozos de manzana.

Una característica de los olores es que te remontan a cierto periodo de tu vida. Por ejemplo, nada más oler unas zapatillas de gimnasia me veo de pie en el gimnasio del colegio, junto a la pared, esperando infructuosamente que alguien me elija para su equipo.

Pero el aroma de la tarta de manzana me lleva a mi

decimocuarto cumpleaños. Mi madre nunca se rebajó a comprar tartas en el supermercado. Las hacía ella. Toda la semana tuvimos visitas. Un día no podía venir éste, otro día aquél, así que tuvimos invitados todos los días. Y mi madre no dejaba de hacer tartas. Me harté de tanta tarta de manzana y de su olor.

Tenía intención de no decir nada sobre mi cumpleaños en el instituto, pero ocurrió algo que me hizo cambiar de idea.

Unos días antes, Isabel se sintió mal. Empezó a hacer extrañas muecas, se pasaba la lengua por los labios, hacía ruidos con la boca y tenía la respiración entrecortada. La vi caerse en medio del patio. Sus amigas se apartaron asustadas, otras chicas se acuclillaron a su lado mirando cómo se convulsionaba sin saber qué hacer. El ataque no duró ni un minuto pero, para cuando terminó, yo ya le había puesto mi chaquetón debajo de la cabeza y había apartado una bicicleta que había cerca para evitar que se hiciera daño con ella.

Me quedé todo el rato a su lado, hablándole bajito. No era un ataque muy fuerte y vi en su mirada que oía y entendía todas y cada una de mis tranquilizadoras palabras.

Poco a poco cesaron las convulsiones de brazos y piernas, hasta que, por fin, todo su cuerpo se calmó. La ayudé a levantarse cuando ella se incorporó y le indiqué con un discreto gesto —un gesto que yo utilizaba desde hacía años—, que se limpiara los hilitos de saliva que le caían de las comisuras de los labios. Ella se los limpió. Isabel se levantaba siempre como si no hubiera pasado nada, hacía una broma sobre lo ocurrido y retomaba la voz cantante. Pero esta vez tuvo que permanecer en la oficina del señor Groesbeek un buen rato para reponerse.

Yo la acompañé a la oficina y le sacudí deprisa las manchas de ceniza y los chicles que se le habían pegado a la cazadora.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le preguntó el señor Groesbeek, preocupado.

Isabel no quería ir a casa. Me quedé con ella hasta que empezó a sentirse mejor y me dieron permiso para saltarme la clase de inglés.

—Eres una buena amiga —dijo el señor Groesbeek muy cordial.

Isabel y yo no nos miramos. Tampoco pronunciamos palabra cuando nos dejó solas un momento para ir a echarle el guante a un alumno que había hecho alguna trastada. Estuvimos allí una hora lectiva entera; yo la vigilaba y fui a buscar un vaso de agua para

que se tomara sus medicinas. Sólo dijimos lo imprescindible: «Toma, un vaso de agua», «Gracias», «¿Ya estás mejor?» y «Sí, ya se me pasa».

Después fuimos a clase de matemáticas y el resto del día, el grupo me dejó en paz. Noté hasta cierto respeto por parte de mis compañeras de clase. No las oí burlarse de mí a mis espaldas, mis libros permanecieron en mi cartera, y mi monedero estaba aún lleno cuando me fui a comprar un bollito durante el recreo. Me dejaron en paz toda la semana. No podía creerlo. Me acerqué muy lentamente al borde del grupo. Lo toleraron.

Al terminar las clases probé mi nueva posición saliendo descaradamente del instituto por la puerta principal. Como de costumbre, el grupo estaba fumando y charlando al pie de la escalinata. Isabel levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los míos, pero no dijo nada.

Yo llevaba las invitaciones para mi fiesta de cumpleaños en la cartera. Había considerado la idea de enviarlas por correo, pero me pareció un poco cobarde. Me armé de valor y saqué de la cartera los sobres con la impecable letra.

—La semana que viene es mi cumpleaños —dije lo más indiferente posible— y voy a dar una fiesta. Si os apetece venir...

Repartí las invitaciones deprisa, levanté el brazo en señal de despedida y me encaminé hacia mi bicicleta. No me atreví a volver la cabeza al salir del patio. Detrás de mí, todo era silencio.

Estuve toda la semana nerviosa por mi fiesta de cumpleaños. Hice las compras con mi padre. Me devané los sesos para convencerlo de que, si quería que la fiesta fuera un éxito, tenía que haber vino y cerveza. A mis padres no les hacía mucha gracia el alcohol. Sin embargo, mi padre se mostró asombrosamente comprensivo. Metió latas de cerveza y unas pocas botellas de vino barato en el carrito y no protestó al ver que yo me acercaba con unos costosos pedazos de queso francés y unas cajitas con *steak tartare*.

El día de la fiesta, Robin y algunos de sus amigos —creo recordar que Olaf también estaba—, se pasaron horas colgando la iluminación festiva en el jardín y limpiando el cobertizo para montar allí un bar.

Colocaron antorchas para cuando se hiciera de noche, y una

carpa por si la climatología me regalaba un chubasco para mi cumpleaños.

Me alegré de que él saliera con sus amigos esa noche.

De que sus amigos no fueran testigos de lo tranquila que fue la fiesta.

Hubiera deseado que tampoco estuvieran mis padres; así no hubieran estado revoloteando toda la tarde a mi alrededor intentando disimular su compasión.

Esperé contra toda lógica.

No vino nadie.

Para mi desayuno de cumpleaños he comprado cruasanes. Pongo el horno a calentar mientras me doy una ducha. Me seco, me pongo un albornoz y meto los cruasanes en el horno. Me visto mientras a mi alrededor se extiende un aroma cada vez más intenso. Exprimo dos naranjas, lleno el vaso y coloco los humeantes cruasanes sobre la mesa. El primero me sabe a gloria, pero el segundo me da náuseas. Salgo a la calle antes de lo planeado y me dirijo al trabajo.

En la oficina, cuando es tu cumpleaños, es costumbre llevar algo para tomar con el café o pasar una lista para que la gente anote en ella lo que le apetece de la pastelería. Yo sólo paso mi carpeta de correspondencia con las cartas que hay que firmar.

El día transcurre sin mucho éxito. Parece que cuanto más me esfuerzo, más faltas hago. Las manos me tiemblan continuamente y si alguien pronuncia mi nombre inesperadamente, me asusto. Cada vez me cuesta más esfuerzo concentrarme en mi trabajo. Me fijo en todo: una mirada furtiva de irritación, un suspiro reprimido, los apartes susurrados entre Roy y Renée.

Él se acerca directamente a Renée tras constatar que yo he puesto una pila de copias en el orden incorrecto, además de que faltan algunas páginas. Oigo sus cuchicheos mientras saco un café de la máquina.

—Ya lo haré yo —oigo decir a Renée—. Era una tarea complicada, Roy.

Los oigo reírse. Entonces Roy sale al pasillo. Nos miramos a los ojos. La risa desaparece de su cara y él sigue su camino deprisa.

Yo tropiezo y vuelco la taza de café.

Al final de mi jornada me encuentro con Olaf en el pasillo.

—¡Hombre! —grita ya a distancia—. ¡Felicidades!

Se me acerca, me abraza y me besa.

—He reservado una mesa para esta noche en De Klos.

De repente, parece que los oscuros colores del pasillo se hacen más luminosos. Regreso a la oficina sonriendo, y llego al mismo tiempo que Roy.

—¿Por qué te felicita? ¿Tienes algo que celebrar? —pregunta.

—No —contesto sin dignarme a mirarlo—. Nada.

20

El olor de la tarta de manzana aún llena mi piso cuando llego a casa por la tarde. Tengo una tarjeta de mis padres: «Muchas felicidades. Es una pena no estar juntos, pero pronto nos veremos.» Coloco la tarjeta encima de la repisa de la chimenea y descubro que tengo un mensaje en el contestador. Oprimo el botón de escucha y oigo la profunda voz de mi hermano. Mientras me quito la chaqueta, me hago un té, pongo la lavadora y me refresco en el cuarto de baño, voy apretando el botón una y otra vez para tener la voz de Robin continuamente a mi alrededor.

De repente llaman al teléfono. Dejo que suene y espero a que salte el contestador. Un poco más tarde, la animada voz de Jeanine llena el espacio.

«¡Hola, Sabine! ¡Muchas felicidades! Esta tarde me paso por tu casa, ¿vale? Si tienes otros planes, planes que empiezan por "O", por ejemplo, llámame. O no, mejor envíame un sms, tengo una reunión de trabajo. ¡Ah! Otra cosa: me metí en el portal de Internet de desaparecidos y vi que hay un sitio sobre Isabel. Hecho por su padre. Pensé que quizá querrías saberlo.»

¿Quiero saberlo? Mi sensación de alegría se esfuma y me derrumbo en una silla. Cojo mi móvil y envío un sms a Jeanine.

Esta noche voy a cenar con Olaf. ¿Te apuntas? También voy a invitar a Zinzy.

Aprieto el botón de enviar e inicio mi ordenador. Tarda en resucitar. Me meto en Internet y tecleo no sin cierta desgana www.vermist.nl. Descubro inmediatamente la cara de Isabel entre las muchas fotos en blanco y negro y en color. Hago clic en su foto

y en la pantalla aparecen los pormenores de su desaparición. Veo fotos de sospechosos que fueron detenidos en relación con otras desapariciones. Uno de ellos me llama la atención especialmente, no sé por qué. Es un hombre de unos treinta años de edad, rubio, con el rostro delgado y unas profundas líneas que le van desde las aletas nasales a las comisuras de los labios, que lo avejentan.

Leo el texto que acompaña la foto. Sjaak van Vliet, condenado por el asesinato de Rosalie Moosdijk, a la que violó y estranguló en el verano de 1997 en las dunas de Callantsoog. Falleció en prisión sin haber confesado nada sobre otras desapariciones de adolescentes de las que era sospechoso.

Elimino su desagradable cara con un clic del ratón y sigo navegando. Mis ojos van a parar a un enlace con la página hecha por el padre de Isabel. La abro.

A todo lo ancho de la pantalla aparece el nombre de Isabel. A la derecha aparece su foto más reciente, tomada en el jardín posterior de la casa de su familia.

Ésta es nuestra hija, Isabel Hartman. Desapareció sin dejar rastro el 8 de mayo de 1995, a los quince años de edad. Desde ese día no hemos sabido nada más de ella. Construimos esta página en la esperanza de que nos ayude a localizar a nuestra hija. Hacemos un llamamiento a todo el que crea saber algo sobre la desaparición de Isabel, a ponerse en contacto con nosotros.

Luuk y Elsbeth Hartman

Sigo leyendo. Hay un informe sobre el día que desapareció Isabel. La última persona que la vio fue su amiga M., a las dos de la tarde. Después se separaron y desde entonces no hay rastro.

Continúo y observo el mapa con el camino del instituto a las dunas. Y entonces estalla algo en mi cabeza. Oigo el murmullo del viento en las copas de los árboles, y unas imágenes nítidas y vivas emergen desde mi inconsciente como burbujas de aire. Lo vivo todo como en una película, conmigo en el papel principal, sin conocer el texto.

El musgo se hunde a mi paso, unas ramitas me pinchan. Bajo los árboles está oscuro, pero delante de mí hay un claro. Me invade una sensación de temor que no consigo entender. Es como si mi mente guardara un secreto al que no quiere que acceda.

Me detengo al borde del arenoso claro, escondida bajo un palio

verde. Doy un pequeño paso adelante.

¡Para! ¡No sigas! Detén la película. Es uno de esos filmes que empiezan muy pacíficos, pero en los que siempre ocurre algo inesperado y horripilante.

Interrumpo la cinta antes de que me arrastre con ella demasiado lejos, cierro deprisa la página sobre Isabel y salgo de Internet. Voy a la cocina y me sirvo temblorosa una copa de vino.

Sólo un vaso, me propongo. Me lo bebo despacio, con los ojos cerrados, de un trago. Bueno, vale, uno más, al fin y al cabo es mi cumpleaños. Siento que el vino se desliza por mi garganta y que mis temores se desvanecen en una neblina sedante. Camino medio atontada al comedor y me dejo caer en el sofá.

«Vas por buen camino, Sabine. Un vino a estas horas. Eso sí que funciona. La solución a todos tus problemas.» Aunque preferiría acostarme un rato, voy a la cocina y hago café. De pie, al lado del borboteante aparato, miro el fino chorrito que va cayendo en la jarra. Pero las imágenes no me dejan. Aún estoy en el bosque, inmóvil en el borde del claro. Sacudo la cabeza con energía y me sirvo un café sin esperar a que haya salido todo.

El fuerte brebaje me anima y, para mi alivio, las imágenes desaparecen, aunque sé que un día u otro tendré que ver la película.

Suena el teléfono. Esta vez lo cojo a la primera.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz! —vocifera alguien en mi oído.

Mantengo el teléfono a una prudente distancia y me río.

—¡Robin!

—¡Felicidades, hermanita! ¿Qué tal estás pasando el día? No oigo jolgorio festivo.

—Claro que no, tonto. Todo el mundo está aún trabajando. La fiesta es esta noche —con tres personas, pero eso me lo callo.

—Una pena no poder asistir. ¡Pero tengo buenas noticias! En diez días termino el proyecto y vuelvo una temporada a Holanda.

—¿De verdad? ¡Qué bien! No te puedes ni imaginar lo mustio que está esto ahora que estáis todos en el extranjero.

—¿Qué tal te las arreglas? —su voz suena preocupada.

—Lo normal. Bien.

—Me alegro. ¿Qué estabas haciendo?

—Tomar café. Navegar por Internet.

—¿Aún trabajas a media jornada?

Me quedo unos segundos callada mientras decido hasta dónde contarle. Por fin, pienso que es suficiente con decir:

—Sí.

—¿Pasa algo?

—No, ¿por qué?

—De repente parecías muy triste.

A Robin no le puedo ocultar nada. Me cuesta menos esfuerzo contárselo todo que intentar despacharlo con buenas palabras. Le doy un breve informe de mi glorioso regreso al banco. El nombre de Renée sale con especial frecuencia.

En algún lugar de Inglaterra, Robin suspira hondo.

—¿Y ahora?

—Tengo que irme de ahí, Robin, y deprisa. Pero es demasiado arriesgado despedirme sin tener otro trabajo.

—Sí, tienes razón.

Nos quedamos unos instantes en silencio.

—Pero pasemos a algo más agradable. ¿Sabes con quién estoy saliendo desde hace poco? —pregunto.

—¿Tienes un novio? —inquiere Robin, interesado—. ¿Quién es?

—Olaf. Olaf van Oirschot.

—¡No me digas! —reacciona sorprendido—. ¿Vive en Amsterdam?

—Sí. También trabaja en el banco. Nos encontramos allí.

—¡Qué coincidencia! —dice Robin.

—No se te ve muy entusiasta —contesto.

—Bah, antes éramos muy amigos, pero el último año de secundaria nos alejamos. No sé qué le pasaba, pero siempre iba más allá que los demás. Cuando salíamos de copas no dejaba que nadie le llevara la contraria, siempre era causa de alguna disputa y llegó un momento en que las peleas eran tan frecuentes que me cansé. Desde entonces dejé que el contacto se enfriara.

—Oh —respondo sorprendida—. No lo sabía. ¡Qué raro! Yo no tengo la impresión de que Olaf sea un tipo agresivo.

—Quizá sólo fue una fase —dice Robin—. De chaval era muy exaltado, espero que ahora sea más pacífico.

—¿Sabes qué he descubierto? —cambio de tema—. O mejor dicho, lo que me comentó una amiga. Hay una página Internet

sobre Isabel.

Se hace un largo silencio. Tan largo que me siento obligada a seguir hablando.

—Y hace unas semanas trataron su caso en *Desaparecidos.* Y encima, dentro de poco hay un encuentro del instituto. Entre unas cosas y otras el tema me tiene obsesionada, Robin.

Él suspira hondo.

—No pienses en eso —dice—. Déjalo.

—No puedo evitarlo. Estoy empezando a recordar cosas.

De nuevo un silencio.

—¿Qué exactamente?

—No sé... retazos sueltos que no entiendo.

—¿Y te vienen ahora, de repente, después de todos estos años?

—Siempre he tenido amagos de recuerdos que querían salir a la superficie, pero yo los reprimía —suspiro.

—Sabes más de lo que creías, ¿verdad? Siempre lo pensé. Papá y mamá también.

—No lo sé, de verdad. Quizá sepa más, pero no sé si importa. ¿Sabes lo que dice Olaf? Que Isabel y tú teníais un lío.

—¿Yo? ¡Qué va! ¿Cómo se le ocurre una cosa así? Era muy guapa, lo reconozco, pero yo sabía lo que había entre vosotras. Cuando salía con mis amigos me la encontraba en el Vijverhut, pero la cosa no llegó muy lejos.

—Pero sí hubo algo, entonces.

Robin suspira.

—Bueno... una noche nos besuqueamos. Llevaba tanto tiempo sin verla que no me di cuenta de quién era. Cuando la reconocí lo dejé inmediatamente. Advertí a Olaf lo muy bruja que era. Y que lo dejaría tirado.

—¿Qué lo dejaría tirado? ¿A Olaf?

—Sí. Él sí salió con Isabel una temporada. Estaba colado por ella.

Siento una sensación muy desagradable.

—No lo sabía. ¿Por qué no me lo habrá contado?

—¡Bah! No era nada serio. Seguro que no quería remover el pasado o tenía miedo de perderte. No te preocupes.

No me preocupo, pero la conversación me deja un amargo sabor de boca.

—No significaba gran cosa —dice Olaf—. Ni siquiera se podía decir que saliéramos juntos. Quedábamos a veces, eso era todo. Robin se confunde con Bart. ¿No salió Bart de Ruijter una temporada con Isabel?

—No —es todo lo que le respondo.

Estamos cenando; Olaf, Jeanine, Zinzy y yo. He enviado a Zinzy un sms para invitarla y aquí estamos, en un restaurante donde los clientes no se sientan a mesitas sueltas, sino a una mesa larga como las de la Edad Media, con bancos de madera. En estos momentos no me sentiría más a gusto en ningún sitio que en este ambiente informal en compañía de mis mejores amigos.

—La policía le tomó una exhaustiva declaración, porque él fue su último novio —añade Olaf.

—¿La policía? —pregunta Zinzy.

—¿Tomaron declaración a mucha gente? —indago.

—Sólo a las personas con las que se relacionaba Isabel. Pero no sacaron mucha información.

Nos quedamos en silencio unos momentos.

—¡Qué bien que vaya a venir tu hermano! —dice Jeanine—. Lo echas mucho de menos, ¿verdad?

Asiento.

—Robin y yo siempre nos hemos llevado muy bien.

—¿Sabía él que Isabel te hacía la vida imposible?

—Sí. Siempre que podía me esperaba después de clase. Y si salía yo antes, me quedaba en la oficina del conserje a esperar a Robin.

—¿Cómo se llamaba...? —se pregunta Olaf.

—Groesbeek —contesto.

—¡Groesbeek, eso es! Dios Santo, aquel hombre era un martirio. Siempre me lo notaba cuando hacía novillos. Yo creo que al principio de cada curso se aprendía los horarios de clase de memoria.

—O los de los peores alumnos —dice Jeanine—. Nosotros teníamos un jefe de estudios que parecía saberlo todo. Era algo mágico. Probablemente, lo veía en nuestras caras, pero nosotros no nos dábamos cuenta.

—Yo nunca hice novillos —dice Zinzy—. No me hubiera atrevido.

—¡Bueno! Yo me atrevía demasiado —confiesa Jeanine—. Me

sabía de memoria la carta del bar que había a la vuelta de la esquina.

Me quedo mirando por la ventana fijamente y veo que pasa una camioneta de color verde pálido. El mismo color verde que la camioneta del señor Groesbeek.

—¡Hola, Sabine! —Jeanine mueve un muslo de pollo por delante de mis ojos— ¿Estás aquí?

Me dirijo de nuevo a los demás.

—Muchas veces, el señor Groesbeek nos recogía con su camioneta cuando nos veía pedalear de regreso a casa contra el fuerte viento. Aparcaba la camioneta en el arcén y metía en ella las bicicletas. Cabían muchas. A veces volvía para recoger a otros alumnos.

—¡Qué amable! —dice Zinzy.

—También vivía en aquella zona, ¿verdad? —pregunta Olaf.

—En Callantsoog —respondo mientras sigo mirando como hechizada por la ventana.

Mis pensamientos se disparan en todas direcciones.

La camioneta. Verde pálido.

¿No era ésa la camioneta que se paró delante de mí en el semáforo donde yo giré e Isabel siguió recto? La camioneta también siguió recto. Sí, yo estaba detrás. No quería que ella me viera. Pero ¿cuántas camionetas como ésa habría en Den Helder?

—¿Interrogó la policía a Groesbeek? —pregunto.

El tema de conversación había tomado otro rumbo, y mi pregunta llega como una interrupción. Los demás me miran sorprendidos.

—No lo sé. No creo. ¿Por qué iban a interrogarlo?

Por el día estaba siempre en el instituto —responde Olaf.

—No siempre —replico—. A veces tenía que llevar a casa a algún alumno que se ponía enfermo, o iba a hacer algún recado para el colegio.

Se hace un silencio.

—Le tenía una manía increíble a la gente como Isabel —añade Olaf.

—Sí… —De nuevo me quedo mirando por la ventana.

—¿Quién es la Isabel esa? —pregunta Zinzy.

Al día siguiente necesito toda mi fuerza de voluntad para

montarme en la bicicleta y pedalear hasta el banco. Entro por la puerta giratoria con las piernas como flanes, cruzo el vestíbulo y me acerco a los ascensores. Al cerrarse, las puertas suenan como los portones de la cárcel y el zumbido con el que el ascensor me lleva al noveno piso crece y se convierte en una señal de alarma.

El ascensor se para con un golpe brusco. Las puertas se abren. Salgo al pasillo y avanzo por la moqueta azul marino en dirección a la oficina. Me siento como un preso que ha estado con permiso y ahora regresa a la cárcel.

—Hola —saludo al entrar.

Renée ni siquiera vuelve la cabeza. Margot levanta la vista y vuelve a concentrarse inmediatamente en su trabajo.

—Buenos días, Sabine —dice Zinzy cordialmente—. Qué bien lo pasamos ayer, ¿verdad?

Renée la mira asombrada. Zinzy le devuelve una provocativa mirada.

Por suerte tengo a Zinzy. Si no fuera por ella, me volvería loca. Ahora sé cómo se sentían los leprosos en los tiempos antiguos. Un poco más y me cuelgan una campanilla.

Toda la mañana me envuelve un silencio de muerte. Cuando entro en algún sitio, las conversaciones se interrumpen y la gente intercambia significativas miradas. Los documentos caen con un golpe en mi bandeja de trabajo.

Entro con una carpeta de correspondencia llena de cartas certificadas y veo a Renée y Margot tomando café con las cabezas muy juntas. Oigo mi nombre y, a continuación, el de Zinzy. De repente se convierten ante mis ojos en Isabel y Mirjam. Un instante después, la imagen se desvanece.

—Perdonad... Tengo que enviar un montón de cartas por mensajero antes de las diez —digo en tono despreocupado.

—¿Y? —pregunta Renée.

—Me parece obvio. Necesitaré un poco de ayuda, si no, no conseguiré acabar a tiempo.

Renée mira su reloj.

—Si trabajas un poco más deprisa de lo normal, te sobrará tiempo.

La miro en silencio y me pongo a trabajar. Consigo acabar justo a tiempo, pero tengo que ir corriendo al departamento de

Mensajería. Al regresar, la oficina está llena de colegas. Están apiñados en torno a una caja de la pastelería. Todos cantan efusivamente en honor a Tessa, y la felicitan. Terminan justo en el momento en que entro yo.

—¿Dónde estabas todo el rato? Mensajería no está tan lejos —dice Renée.

Está sentada al borde de mi escritorio, sobre el que hay montones de tareas desagradables: pilas de faxes, manuscritos ilegibles y cintas con dictados que aún hay que mecanografiar.

—Coge un pastelito, Sabine —dice Wouter.

La caja está llena de papeles, manchas de nata y restos de fruta. Ni rastro de los pastelitos.

—Lo siento —dice Tessa—. No he contado bien.

21

Antes, el señor Groesbeek vivía en Callantsoog, pero ahora vive en una pequeña calle del barrio portuario de Den Helder. Voy a su casa sin previo aviso y aparco el coche delante de la puerta. Las casas no tienen jardín delantero, sino que se abren directamente a la acera. Unos visillos mugrientos repelen las miradas de los curiosos y un cartelito que dice Cuidado con el perro y que tiene la cabeza negra de un can, ofrece a los intrusos la posibilidad de pensárselo mejor. J. Groesbeek, dice en el letrero que hay debajo.

Llamo al timbre.

Parece que no hay nadie en casa, pues no oigo ruidos. Vuelvo a llamar y entonces oigo unos pasos que se arrastran por el pasillo y una voz gruñona.

—Ya voy, ya voy —dice.

Dan la vuelta a la llave y la puerta se abre. Una figura encorvada, con un chaleco azul oscuro y un pantalón gris, me mira irritada. La misma mirada con que intimidaba siempre a los que llegaban tarde. Ahora, su corona de cabello gris es blanca como la nieve, y está un poco más abajo. Su rostro parece un mapa fluvial. Presenta un aspecto muy diferente al hombre que yo recordaba. Pero es él.

—¿Otra vez? ¡Ya he hecho una donación!

Levanto las cejas.

Él mira mis manos vacías.

—Oh —dice—. Pensaba que venía a recolectar para el Fondo contra el Asma.

—No —contesto con mi mejor sonrisa.

—Piensan que pueden estafar a los viejos porque somos olvidadizos, pero yo estoy muy bien de la cabeza.

—No me cabe la menor duda, señor Groesbeek —contesto.

Me mira molesto.

—No se ponga en plan personal. ¡Yo no la conozco! ¿Qué quiere?

—Quería preguntarle una cosa.

Me mira desconfiado.

—¿Es usted de la policía o del periódico?

—De ninguno de los dos. Yo fui al instituto donde trabajaba usted. Cuando era conserje.

—No hace falta que me lo recuerde. Sé muy bien de qué trabajaba.

—Eh... naturalmente. Bueno, yo fui a ese instituto. Quizá se acuerde de mí. Sabine Kroese.

Me mira sin esforzarse por disimular su falta de interés.

—Dentro de poco van a celebrar un encuentro —continúo.

—Lo he leído en el periódico.

—¿Asistirá usted?

—¿Por qué iba yo a ir?

—¿No le apetece volver a ver a todos los ex alumnos?

Groesbeek se encoge de hombros.

—No entiendo qué puede haber de apetecible en eso. Saben todos quién soy, y piensan que me he convertido en un viejo inútil —y con razón—. Y yo sólo veo un montón de gente adulta entre la que no reconozco a nadie. ¿Qué hay de agradable en eso?

—¿A nadie?

—Señorita, había mil quinientos alumnos en el instituto. Y cada año llegaban caras nuevas.

—Sí —digo—. Tiene usted razón.

—Así que... —sigue Groesbeek.

—Aún así quiero intentar refrescarle la memoria, señor Groesbeek. Estoy recogiendo historias, anécdotas y recuerdos especiales de la gente que fue al instituto en el mismo periodo que yo. Creo que sería muy bonito recopilar ese material en una carpeta y ofrecerla en venta durante el encuentro.

Groesbeek me mira sin interés.

—¿Puedo entrar? —pregunto con amabilidad pero con decisión.

Él se encoge de hombros, se da la vuelta y entra por el pasillo arrastrando los pies. Deja la puerta de la calle abierta, lo que yo interpreto como una invitación. Lo sigo al salón. Es pequeño, y los oscuros muebles le dan un aspecto sofocante. Aspiro un olor indeterminado que despierta en mí la necesidad de abrir una ventana. En un segundo descubro de dónde sale: gatos.

No uno o dos, sino cinco gatos; no, seis; enroscados en un rincón o caminando por el alféizar de la ventana. Hay uno echado encima de la mesita del salón, y otro se me acerca y empieza a darme cabezadas. Yo tengo alergia a los gatos. Si acaricio a un gato y después me paso la mano por la cara, me salen unas manchas de urticaria peores que si estuviera contagiada con un virus misterioso.

—¿Quiere té? —pregunta Groesbeek.

—Sí, muy amable —respondo empujando el gato con el pie.

Groesbeek va lentamente a la cocina y trajina allí infinitamente con las tazas y la tetera. Yo me siento en la silla más cercana a la puerta.

A pesar de mis empujones, el gato salta a mi regazo y me dedica una mirada penetrante. Yo lo empujo al suelo suavemente con el bolso. El animal maúlla quejumbroso y me acusa con los ojos. Eso es lo que más me fastidia de los gatos: su mirada. Dan la sensación de que pueden leer los pensamientos y decidir si darte una cabezadita más o clavarte las uñas.

Como este ejemplar, que me mira fija e intensamente con sus verdes ojos entornados. Es importante que los animales sepan quién es el que manda.

—¡Zape! —lo ahuyento.

El gato salta a la mesita del salón justo en el momento en que Groesbeek aparece con dos tazas de porcelana en las manos. Las deja encima de la mesa y coge del aparador una bandejita de lo más kitsch llena de bombones. Las chocolatinas están blancas por el paso del tiempo, guarnecidas con una capa de polvo. Yo le doy las gracias y paso.

—¿No? —Groesbeek deja la bandejita encima de la mesa—. ¿A ti sí que te gustan, eh? —le dice al gato que se ha subido a la mesa. El animal inspecciona el contenido, lo lame y se da la vuelta despectivamente.

—Así que te llamas Susanne —dice.

—Sabine. Usted me ayudó muchas veces cuando estaba en dificultades. Reparaba los pinchazos de mi bicicleta o me llevaba a casa cuando hacía mucho viento. —Titubeo unos instantes—. Y me dejaba salir por la ventana de su oficina cuando me estaban esperando.

Groesbeek no dice nada. Coge su taza de té, toma un sorbo y me mira por encima del borde.

—¿Ya no se acuerda? —le pregunto.

Él deja el té y acaricia el gato que está de pie en medio de la mesa, junto a mi taza, haciendo que se le caigan algunos pelos.

—Es posible —dice—. Sí, es posible que hiciera esas cosas.

—El hecho de que usted fuera el conserje del instituto fue muy importante para mí —digo muy seria. Por unos momentos creo que se da cuenta de mi pelotilleo, pero no. Por primera vez, una sonrisa desplaza su expresión de rechazo.

—Se te enfría el té —dice—. ¿Seguro que no quieres un bombón?

—No. Muchas gracias.

El gato los olfatea de nuevo hasta que Groesbeek lo levanta de la mesa.

—Vete, *Nina.* Estas cosas no son para ti —me dice sonriendo y yo le devuelvo la sonrisa.

—Para serte sincero: he olvidado muchas cosas del pasado —confiesa—. Te decía que estaba muy bien de la cabeza, y no estoy demente, ni mucho menos, pero noto que se me olvidan algunas cosas. Si las visitas van a venir hoy o mañana. O si ya he enviado una tarjeta de felicitación a mis nietos. O dónde he dejado la caja de las medicinas…

Se calla y acaricia a dos gatos que se acaban de subir a su regazo de un salto. Su pantalón gris se cubre por momentos de pelos blancos y negros.

—A veces no es fácil, Susanne. Lo entiendes, ¿verdad? No, claro que no lo entiendes. Aún eres joven.

—Lo entiendo mejor de lo que usted piensa, señor Groesbeek.

—A veces me siento en el sofá a esperar que mi mujer me llame para cenar —dice señalando con la cabeza la foto con marco de plata que hay encima del aparador—. Ésa es Anne. Murió hace cinco años. No, seis.

Frunce el entrecejo, saca la cuenta por lo bajo, lo frunce de nuevo y acaricia sus gatos.

—Más o menos —añade.

—¿Recuerda usted a Isabel? ¿La joven que desapareció?

—No, se llamaba Anne —me corrige.

—Me refiero a una alumna del instituto. Isabel Hartman.

—Hartman —repite Groesbeek.

—Iba a mi clase —lo ayudo.

—¿Ah, sí?

—Tenía epilepsia. Usted la llevó alguna vez a casa después de que le diera un ataque.

—Hace poco vi un programa de televisión sobre ese tema: la epilepsia. Es una enfermedad terrible.

—Sí. ¿La recuerda?

—Sólo recuerdo las caras. Los nombres, no.

Saco una foto de Isabel de mi bolso y la pongo encima de la mesa. Groesbeek la mira, pero su expresión no cambia. Uno de los gatos salta de su regazo a la mesa y se pone encima de la foto. Yo tiro de la foto por entre sus patas y se la doy al señor Groesbeek.

—Horrible —dice.

—¿Qué? ¿A qué se refiere?

Groesbeek hace un gesto de impotencia. Abre la boca para decir algo, pero se arrepiente y vuelve a fruncir el entrecejo.

—Es horrible —dice por fin.

—¿Qué es tan horrible, señor Groesbeek?

—La epilepsia. Parece que se mueren. —Contrae los músculos de la cara y abre los ojos exageradamente a modo de ilustración.

—¿Usted la vio alguna vez con esa expresión? —No recuerdo que Isabel tuviera ningún ataque en su presencia.

El señor Groesbeek se gira hacia el gato que tiene en el regazo y mantiene con su peluche una cariñosa pero incomprensible conversación.

—Los gatos son unos animales magníficos —dice orgulloso—. Son mis mejores amigos. Pero en la residencia de ancianos no los admiten. No, allí no podéis ir —su voz se hace más aguda y adquiere ese tono mimoso con que las madres hablan a sus bebés.

—Usted sabe que Isabel desapareció, ¿no? Que desapareció sin dejar rastro.

Desesperada, llevo la conversación por otros derroteros. Mantengo la foto en alto por si ya ha olvidado de qué hablábamos.

—¿Lo oyes, *Nina?*. —dice Groesbeek al gato—. Igual que *Lies.* A ella tampoco la volvimos a ver, ¿te acuerdas?

Bajo la foto.

—Lo que se fue, se fue —dice Groesbeek.

—Sí —me limito a contestar.

—A veces no los encuentran nunca. Es que están muertos.

Cierro la cremallera del bolso y miro qué hora es.

—Tengo que irme. Gracias por su tiempo y...

—No tiene sentido buscarlos —dice el señor Groesbeek—. Están tan bien escondidos...

—Adiós, señor Groesbeek. Me alegro de haberlo visto. No se moleste, ya salgo sola.

Me levanto y de paso echo una mirada al jardín posterior. Un espacio agreste y mal cuidado entre tres alta empalizadas. La hierba está crecida y a lo largo de las vallas se levantan unos grandes bultos de tierra, como toperas gigantes.

El señor Groesbeek me ve mirar su jardín y dice:

—Anne está muerta.

Asiento compasiva y me dirijo a la puerta. Al instante, cuatro gatos se me acercan y me acompañan al pasillo. El señor Groesbeek se levanta inmediatamente.

—¡No, No! *Belle* y *Anne,* vosotras os quedáis aquí. —Ahuyenta los gatos hacia el salón y cierra la puerta. Estamos solos en el recibidor.

—¿Cuántos gatos tiene? —pregunto.

—Seis —contesta—. Me encantan los gatos. Hay quien prefiere los perros, y quien prefiere los gatos. Yo no soporto a los amantes de los perros. ¿Tú qué prefieres?

Está muy cerca de mí. Demasiado cerca. Huelo su hedor de hombre viejo, veo las escamitas de caspa en su cuero cabelludo. Me impide el paso a la puerta.

Me río tontamente.

—También prefiero los gatos.

Él asiente satisfecho y se aparta. Salgo deprisa afuera.

—Vuelve cuando quieras —me dice amable.

Yo asiento, sonrío y me subo rápidamente al coche, pero antes

de alejarme, algo me hace cambiar de idea. Conduzco hasta la esquina y me bajo. Me siento ligeramente ridícula al entrar en el sombrío pasaje que discurre entre los jardines posteriores de las casas. Cuento las puertas y me detengo junto al jardín posterior de Groesbeek. Intento con cuidado abrir la verja, pero está cerrada con llave. Observo la valla, pero las tablas están demasiado carcomidas para trepar por ellas. El contenedor de basura que hay junto al portón es mucho más adecuado. Un poco alto, pero si lo tumbo de lado podré mirar por encima de la valla. ¡Dios santo! ¡Qué selva! Si era Anne quien se encargaba de cuidar el jardín, es evidente que falleció hace ya unos cuantos años. No hay ni una flor en todo el jardín, sólo una maleza que lo cubre todo, hasta esos extraños bultos de tierra. Los observo intrigada. ¿Son arriates? Generalmente, los arriates son planos. Esto es un caos.

Un joven entra en bicicleta en el pasaje y me mira con tal asombro que yo salto del contenedor. Lo pongo de pie otra vez y sonrío al chico. Él vuelve la cabeza mientras hace eses. Regreso al coche. Los brazos y las piernas me pican. Me rasco y veo aparecer unas manchas rojas. Lo que más me apetece es volver a casa, tomar una ducha y quitarme de encima esos pelos de gato, pero aún no es el momento. Aún no he terminado aquí.

Me subo al coche dando un suspiro, pero incluso con las ventanillas abiertas, el persistente olor a gato sigue impregnándolo todo.

—Debería haber llamado —dice con severidad la mujer del periódico local, el *Heldersche Courant*—. Hubiéramos preparado la información.

—Lo siento —digo—. No lo sabía. ¿No podría verla ahora? Vengo especialmente desde Amsterdam.

La mujer coge el teléfono con expresión resignada.

—¿Niek? La carpeta con los recortes sobre los casos de desapariciones, ¿puedes subírmela?

Escucha la respuesta y cuelga.

—Si puede esperar un cuarto de hora...

—Perfecto, no hay problema. Salgo a fumarme un cigarrillo. Ya me llamará.

Me mira como diciendo que tiene más cosas que hacer, pero asiente. Salgo a la calle, enciendo mi último cigarrillo e intento

sacudirme de la falda la mayor cantidad posible de pelos de gato. A los diez minutos oigo que dan unos golpecitos en la ventana. Entro y sigo a la mujer a una sala llena de interminables filas de archivadores. A los lados hay mesas en las que puedes consultar las carpetas. Un joven coloca un grueso archivador encima de una mesa y lo señala.

—Ése es. Todos los casos de desapariciones de los últimos veinte años.

—Gracias.

Saco la silla hacia fuera y me siento. La mujer y el joven me dejan sola. Abro el archivador. Un mohoso olor a tinta y papel viejo me sale al encuentro. Hojeo deprisa los recortes amarillentos.

HALLAZGO DE UNA JOVEN ASESINADA

NI RASTRO DE ANNE-SOPHIE, LA JOVEN DE DIECISÉIS AÑOS DESAPARECIDA

LISET, ¿DÓNDE ESTÁS? CONMOVEDOR LLAMAMIENTO DE LOS PADRES DE UNA JOVEN DESAPARECIDA

Los estudio todos. La mayoría es de hace muchísimos años, pero lo que más me impresiona es la uniformidad en el pánico y la estupefacción que despertaron todos los casos. Miro las sonrientes caras en las fotos, los peinados pasados de moda y los despreocupados rostros juveniles.

Desde 1980 han desaparecido por lo menos diez chicas jóvenes, de las que tres procedían de Den Helder o alrededores. Cuatro no fueron halladas nunca, las otras fueron asesinadas. Violadas y estranguladas. Sólo se descubrió al asesino de una de ellas: en el verano de 1997, Sjaak van Vliet violó y estranguló en las dunas de Callantsoog a Rosalie Moosdijk, que entonces tenía dieciséis años. Tras medio año de intensivas investigaciones, se pudo detener al autor, que confesó el crimen. Sí, lo sé, pero no sé de dónde lo he sacado. Hace poco leí algo al respecto. Reflexiono profundamente y lo recuerdo: leí en Internet un artículo sobre Sjaak van Vliet. En la página de Isabel.

Sigo hojeando. Sé lo que me voy a encontrar, pero aun así me asusto al ver la cara de Isabel en blanco y negro. La miro un rato. Entonces cojo el artículo sobre Rosalie, desaparecida en el verano de 1997; iba a nuestro instituto. ¿Podría existir un vínculo? La policía pensaba que era así; lo demuestran los artículos sobre Sjaak

van Vliet en la página Internet sobre Rosalie. Pero probablemente no había pruebas suficientes para acusarlo.

El joven del archivo pasa a mi lado y me hace regresar a la realidad de un susto.

—Por favor, ¿podría llevarme unas copias de estos recortes?

—¿De todos?

—Sí, si no es mucha molestia.

Él señala con la cabeza la fotocopiadora del rincón.

—Son diez céntimos por copia.

Cojo la pila de recortes y empiezo. En casa lo leeré todo tranquilamente. Es muy posible que varias de las chicas fueran atacadas por la misma persona. Quizá encuentre algo en común a todos los casos. Miro cómo caen las copias en las bandejas clasificadoras.

LA POLICÍA PIDE LA COOPERACIÓN DE LA POBLACIÓN EN LA BÚSQUEDA DE NINA.

ISABEL DESAPARECE Y PLANTEA A LA POLICÍA UN ENIGMA

LAS INVESTIGACIONES ACERCA DE LA DESAPARICIÓN DE LISET SE ESTANCAN

Mientras repiquetea la fotocopiadora, leo los artículos. Es curioso que tres de las jóvenes desaparecidas fueran al mismo instituto que yo: Nina, Lydia e Isabel. Las otras no eran de Den Helder, pero sí de la región. Todo apunta a alguien de la zona.

Meto las copias en mi bolso. Mientras me dirijo a la puerta, las siento arder a través del cuero, como si esas mayúsculas impresas en negrita me estuvieran dando la solución a gritos.

22

Acabo de dejar Den Helder cuando me doy cuenta. En un reflejo quiero pisar el freno, pero me reprimo a tiempo. Miro por el retrovisor y veo que no tengo a nadie detrás. Tampoco viene tráfico en dirección contraria. Es hora de hacer una maniobra irresponsable.

Reduzco la velocidad, pego un volantazo y doy la vuelta. Los neumáticos ruedan unos metros por el terraplén, pero termino en la calzada correcta. De regreso a Den Helder.

Apago la vociferante radio para ordenar mis pensamientos. Las ideas pasan por mi mente como ráfagas de viento e impulsan la sangre por mis venas con fuerza. ¡Dios mío! ¡He estado en su casa! Le he preguntado cosas sobre Isabel, y no sólo eso: ¡he insistido! Y él ha permitido que me marchara. ¿De verdad lo ha olvidado? ¿Ha sido ésa mi salvación?

Estoy bañada en sudor. No puedo solucionar esto sola, tengo que ir a la policía. Por muy cuesta arriba que se me haga, tienen que saberlo. Pero antes debo averiguar una cosa.

Aparco el coche de nuevo a la vuelta de la esquina, fuera de la vista, y camino por la acera hasta el número siete. La vecina del señor Groesbeek abre la puerta. Es una señora mayor con el canoso cabello bien peinado y una bondadosa cara de abuelita. Seguro que tiene nietos y que los mima hasta la saciedad. Y si no, le gustaría tenerlos.

—¿Sí? —me interroga la dama.

Yo miro el rótulo con el nombre.

—¿Es usted la señora Takens?

—¿Sí?

Me río como disculpándome.

—Acabo de visitar a su vecino, el señor Groesbeek. Era conserje en mi instituto, y yo estoy haciendo un libro con anécdotas de aquella época.

—¡Qué bonito! —exclama la señora Takens espontáneamente.

—Sí, y tenía intención de escribir también un artículo sobre el señor Groesbeek, porque muchos alumnos tienen muy buenos recuerdos de él. Por ejemplo, me pareció que estaría bien escribir cómo está, a qué se dedica en la actualidad. Esas cosas.

—Yo no le voy a contar nada sobre él —dice la señora Takens, decidida—. Lo que Joop le quiera contar, que se lo cuente él. No quiero que se publiquen habladurías sobre él por mi culpa.

—¡No, ésa no es mi intención en absoluto! El señor Groesbeek me ha explicado más que suficiente, no es eso. Se trata de sus gatos. Es divertido ver el montón que tiene.

—Sí —dice la señora Takens algo menos entusiasta que antes.

—Y los nombres tan originales que les pone. Nombres de ex alumnas. ¡Qué original! Quería mencionarlos en mi artículo, me han hecho mucha gracia.

—¿Y ahora quiere saber cómo se llaman sus gatos? ¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Se ha acostado —digo con voz de pena—. Hemos tenido que finalizar la conversación porque estaba muy cansado, y no quiero molestarlo más. Entonces se me ocurrió que usted, como vecina, quizá sepa cómo se llaman los gatos. Me parece que a uno lo ha llamado Nina.

—Sí, y tiene uno que se llama Anne, y otro Lydie, y Belle.

—¿Belle? —Saco la agenda del bolso y escribo los nombres deprisa.

—Por lo demás no lo sé. ¡Tiene tantos! —La señora Takens se concentra—. Todas las noches sale a llamarlos, pero ahora no me acuerdo. ¡Ah, sí! Roos. Pero no recuerdo el último.

—No importa. Llamaré al señor Groesbeek para preguntárselo. Muchas gracias.

—De nada. ¡Suerte con el artículo! —La señora Takens sonríe y cierra la puerta.

En el coche saco del bolso los recortes de periódico y los leo

detenidamente. No todos los titulares mencionan el nombre de la desaparecida, pero en los textos sí aparecen. Los anoto al lado de los nombres que he escrito en la agenda.

Y a continuación me dirijo a la comisaría.

La comisaría de policía ha desaparecido. Antes se encontraba en el centro de la ciudad. Estuve allí una vez para denunciar el robo de mi bicicleta durante las fiestas de la localidad. ¡Cuando la había dejado junto a la comisaría y con el candado puesto, para más inri! Me veo entrar allí con Lisa y mirar el póster de Isabel en el tablón de anuncios de la sala de espera. Todas aquellas caras desaparecidas...

A Lisa la conocí en cuarto, el verano después de la desaparición de Isabel. Se sentó a mi lado y nos llevamos bien desde el primer momento. Toda la clase era un alivio: gente agradable, y sin camarillas fijas con normas propias. Un año sin la cizaña y los insultos de Isabel provocó en mí una metamorfosis completa. Ahora que su líder había desaparecido, el resto del grupo me dejaba en paz. El acoso terminó.

De jóvenes tendemos a mostrar al mundo una de las muchas personalidades que se esconden en nosotros. Están todas allí, ocultas bajo la piel, pero las circunstancias determinan cuál sale a flote. Durante años sólo dejé que el mundo viera a Sabine Uno, ignorando a Sabine Dos, aunque ella pidiera atención a gritos. En cuarto, esta Sabine Dos dio un paso adelante y exigió atención total. En clase mostraba un comportamiento atrevido, hacía observaciones que rayaban en lo impertinente, pero que los profesores le toleraban por lo chistosas; era vivaz, alegre y estaba siempre presente de una forma especial. Sabine Dos era una chica popular. Lo mismo que Lisa. Juntas nos hicimos con el instituto. Fue una temporada magnífica. Pero a mitad del último curso, Lisa se mudó y el contacto se enfrió deprisa. Hoy por hoy me balanceo entre Sabine Uno y Sabine Dos.

Conduzco sin rumbo fijo, veo una mujer en la acera y abro la ventanilla.

—¿Podría indicarme dónde está la comisaría de policía?

La mujer, de mediana edad, se para y se inclina hacia la ventanilla del coche.

—Sí, en la calle Bastiondreef. Está un poco lejos —dice

explicándome a continuación cómo ir.

Le doy las gracias y doy la vuelta. Sé muy bien dónde está esa calle. Está cerca de la Lange Vliet. Diez minutos más tarde aparco delante de un edificio que salta a la vista por lo elegante. Me desmonto y admiro la aerodinámica fachada antes de entrar.

No hay mucha gente. Delante de mí, un hombre viene a denunciar daños a su vehículo. Espero pacientemente a que termine con su informe, pero de repente otra agente me hace una seña. Me acerco deprisa al mostrador.

—Vengo a poner una denuncia —digo.

La agente coge un formulario.

—¿Qué quiere denunciar?

—Eh... sonará raro, pero se trata de una desaparición que ocurrió hace nueve años. Isabel Hartman. ¿Conoce el nombre?

La funcionaría asiente sin decir palabra. Me mira con cara seria.

—Yo iba aquí al instituto —continúo—. Isabel Hartman iba a la misma clase que yo. Hace ya mucho tiempo que desapareció, pero creo que tengo nueva información.

La agente, su colega y el denunciante me miran.

Yo les devuelvo la mirada.

—De acuerdo —dice la agente—. Fabiënne, ¿sabes quién lleva el caso Hartman?

—Rolf —contesta su colega.

—Espere un momento, por favor —me dice.

Yo asiento y ella se va. Al cabo del rato regresa y me indica con un gesto que la acompañe. Abre la puerta de un pequeño cuarto.

—Espere aquí, por favor. El señor Hartog vendrá en un momento. Ha ido a buscar el expediente.

—Muy bien.

Me instalo y espero.

No tarda en abrirse la puerta y dar paso a un detective. Por lo menos, supongo que se trata de Rolf Hartog, y que es detective de la policía, si es él quien, en su día, llevó el caso de Isabel. Es un hombre alto, moreno, con unas feas pústulas en el cuello. No creo que esté casado, de otro modo, su esposa le hubiera dicho que esa corbata verde menta no combina con la camisa azul claro. Lleva en la mano un grueso archivador.

Me tiende la otra y se presenta.

—Rolf Hartog. Y usted es…

—Sabine Kroese.

—No le diré que se siente, porque ya está sentada —se ríe de su propio chiste y yo me río con él, complaciente—. ¿Quiere un café?

—Sí, gracias.

Deja el expediente sobre la mesa y sale del cuarto. Tarda tanto en regresar que me arrepiento de haber aceptado el ofrecimiento. Vigilo la puerta con impaciencia y suspiro unas cuantas veces. Miro el expediente. Mi mano ya se desliza por la mesa cuando se abre la puerta.

—Perdone que haya tardado tanto. Se había terminado el café.

Rolf Hartog entra de nuevo, ahora con expresión de triunfo. Lleva en las manos dos jarritas de café tintineantes. Las deja en el escritorio y se sienta frente a mí.

—Veamos, señorita Kroese. Me han dicho que tiene nueva información sobre la desaparición de Isabel Hartman.

—Posible nueva información —matizo—. Me pareció que era suficientemente importante para comunicarla.

—A ver. He repasado el expediente muy deprisa, aunque lo conozco muy bien. Dice usted que era amiga de Isabel Hartman, pero no he visto su nombre en el expediente.

—No éramos amigas, sólo íbamos a la misma clase. Anteriormente sí habíamos tenido amistad, pero llegado un momento nos fuimos alejando. Ya sabe cómo son esas cosas —digo—. En primaria estábamos siempre juntas, pero en secundaria ya no. Cuando desapareció no teníamos contacto. Pero su desaparición siempre me intrigó. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo…

Hartog asiente.

—Lo entiendo —dice.

—Dentro de poco hay un encuentro de ex alumnos —continúo—. Quizá sea por eso que no puedo quitarme a Isabel de la cabeza. Sueño con ella y recuerdo cosas que había desterrado de mi memoria hace años. Y así me acordé de repente del señor Groesbeek.

Sondeo a Hartog con la mirada, pero su expresión no cambia.

—Me preguntaba si interrogaron al señor Groesbeek.

—Sí —dice Hartog.

Ni siquiera necesita abrir el expediente.

—Oh. ¿Y qué dijo?

—Señorita Kroese, ¿cuál es la nueva información de la que hablaba?

—Tiene que ver con el señor Groesbeek. Era el conserje del instituto. Un hombre amable, pero un tipo extraño. Muy ruidoso y basto, pero... —Titubeo y continúo tras el gesto alentador de Hartog—. Bueno... era un poco raro. Yo nunca me sentía del todo segura cuando estaba sola con él, ¿entiende? No es que me metiera mano, pero era como si lo fuera a hacer en cualquier momento. Tenía costumbre de recoger a los alumnos y llevarlos a casa con su camioneta cuando hacía mal tiempo.

Nos quedamos los dos en silencio. Hartog carraspea tapándose la boca con la mano y hojea el expediente.

—Sí, ya lo sabemos —dice—. Ésa es la razón por la que lo interrogamos, pero el señor Groesbeek declaró que el día que desapareció Isabel Hartman había estado todo el día en el instituto. Varios profesores y alumnos lo confirmaron.

—El señor Groesbeek estaba siempre de aquí para allá. El instituto tenía varias dependencias y él estaba en todas. Tan pronto lo encontrabas en su oficina como se iba a toda prisa en su camioneta. Era imposible determinar dónde estaba.

Hartog lee el expediente con detenimiento.

—Isabel Hartman salió del instituto a las dos y diez. Entre las dos y las tres, el señor Groesbeek estuvo todo' el tiempo presente en uno u otro lugar del edificio.

—En algún lugar del edificio. No en un sitio concreto. Es posible que se escapara un momento sin que nadie lo notara.

Hartog se reclina en su silla y cierra el expediente. Estira la espalda como si estuviera cansadísimo y suspira.

—Señorita Kroese, ¿cuál es la información por la que ha venido?

—El día que Isabel desapareció, yo iba detrás de ella, de camino a casa.

De repente capto toda su atención. El cansancio desaparece de forma milagrosa de sus ojos, coloca los brazos sobre la mesa con renovada energía y se inclina un poco hacia mí.

—Isabel iba con Mirjam Visser —le explico—. Yo pensaba que iría con ella a su casa, porque Mirjam vivía en la calle Jan Verfailleweg, no sé exactamente en qué número. Pero Isabel siguió

recto, en dirección a las Dunas Oscuras. Tenía una cita junto al bar de la entrada del bosque.

Hartog es todo interés.

—¿Vio con quién había quedado allí?

—No —le contesto—. Yo cambié de dirección porque no me apetecía ir con ella.

Hartog me mira unos segundos en silencio y abre de nuevo el expediente. Estudia unos minutos el contenido y yo intento leer con él. Veo que el nombre de Mirjam Visser aparece varias veces.

—Creímos durante años que Mirjam Visser había sido la última persona que vio a Isabel Hartman con vida —dice—. Pero en realidad esa persona era usted.

—No —le corrijo—. Fue la persona con la que tenía la cita.

Hartog asiente.

—Claro. Si partimos de un crimen. A esa hora, digamos entre las dos y media y las tres, ¿vio usted a algún conocido por los alrededores del bar?

Niego con la cabeza.

—No. No en los alrededores del bar, yo no estuve allí; pero sí en el cruce donde cambié de dirección.

Hartog coge el bolígrafo.

—¿Qué cruce era?

—El cruce de las calles Jan Verfailleweg y Seringenlaan. Allí me desvié.

Hartog lo anota.

—¿Y a quién vio allí?

—No vi a alguien sino algo. Una camioneta verde, muy sucia. Exactamente igual que la del señor Groesbeek.

Hartog hojea el expediente y lo lee unos momentos.

—¿A qué hora aproximadamente llegó usted a ese semáforo?

—No lo sé con exactitud —contesto—. ¡Hace nueve años! Pero sé que me fui del instituto en cuanto acabaron las clases. Sin prisas. Debían de ser más o menos las dos y media.

Hartog sigue leyendo en el expediente.

—En ese momento, el señor Groesbeek iba al gimnasio a recoger los termos de café vacíos. Ese día había un examen.

—Puede que me equivoque unos minutos, y que él se fuera un poco más tarde. Recuerdo que me adelantó.

Hartog cierra el expediente con un golpe sordo.

—Muchas gracias por la información, señorita Kroese. Le aseguro que la tendremos en cuenta. Ahora sabemos en qué dirección fue Isabel Hartman. Puede ser importante.

Su tono de voz no armoniza con lo que dice.

—Pero eso no era lo que le quería contar —digo—. Bueno, también, pero no es la razón por la que he venido.

Hartog coloca las manos sobre la carpeta con resignación.

—¿Qué más nos quería contar?

—El señor Groesbeek tiene seis gatos.

Hartog me mira con curiosidad.

—Seis gatos —repito—. Esta tarde he estado en su casa. Por eso estoy llena de pelos de gato.

Hartog hace un gesto impaciente y abre la boca para decir algo, pero yo me adelanto.

—La mayoría de la gente le pone a sus gatos nombres típicos —explico—. *Michi, Félix,* ya sabe. Pero el señor Groesbeek es más original. Mucho más original de lo que uno creería. ¿Sabe cómo ha bautizado a sus mascotas?

Hartog me escucha como quien lleva años oyendo las historias más inverosímiles y ya está harto.

—Señorita Kroese…

—No, espere un momento. —Saco la agenda del bolso, aunque me sé los nombres de memoria—. Éstos son los nombres de los gatos: Nina, Lies, Anne, Lydie, Roos y Belle.

Saco también del bolso el montón de copias y se las deslizo por encima de la mesa.

—Seguro que usted conoce estos casos de desapariciones. Y los nombres de las víctimas. Nina, Liset, Anne Sophie, Lydia, Rosalie e Isabel.

Hartog mira los papeles, pero no los toca. Conoce esos nombres, lo veo en su expresión.

—Es usted muy observadora —dice por fin—. La felicito por ello. Pero eso no prueba nada.

—¿Que no prueba nada? ¡Groesbeek puso a sus gatos los nombres de esas chicas, o por lo menos un derivado!

—Eso no está prohibido.

—No, claro que no está prohibido. Pero sí es raro. Demasiado

raro.

Hartog se apoya en el respaldo de su silla.

—Bueno —dice con indiferencia.

Yo me enderezo.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Escuche, no hay gran cosa que yo pueda hacer. No está prohibido poner a tus animales de compañía nombres de personas que salen en las noticias. Como mucho es raro, como usted bien dice, pero tampoco es tan insólito. Sucede a menudo que algunas personas se sienten muy implicadas con ciertas noticias y reaccionan de esa manera. Especialmente la gente mayor. Lo único que hacen es seguir por televisión lo que sucede en su entorno. Suele ser lo único que los enlaza con el mundo exterior, del que se sienten desligados.

—Señor Hartog, Isabel desapareció hace nueve años. Lydia van der Broek hace cinco. Éstos son los últimos casos. Las demás desaparecieron hace mucho más tiempo. Si se tratara de un caso reciente le daría la razón, pero...

—Según su teoría, Roos haría referencia a Rosalie —me interrumpe—. Y Rosalie Moosdijk fue hallada un mes después de su desaparición.

—Lo sé —respondo—. Estaba muerta; estrangulada por un tal Sjaak van Vliet.

Hartog levanta una ceja.

—Está muy bien enterada —dice—. Entonces también reconocerá que el señor Groesbeek no puede tener nada que ver con la muerte de Rosalie Moosdijk. Sjaak van Vliet confesó el asesinato.

—Quizá Sjaak van Vliet no actuaba solo —sugiero—. Sólo encontraron a Rosalie. Si era también culpable de otras desapariciones, es casi imposible que trabajara solo. Probablemente tenía un cómplice. Alguien que conocía a jóvenes de esa edad, alguien que las podía recoger en su camioneta sin levantar sospechas. —Poco a poco he ido a parar a la punta de la silla.

—Son todo suposiciones —me corta Hartog.

—¿No comienzan todas las investigaciones con suposiciones? Hay que tener algo que investigar, ¿no? —respondo indignada.

Hartog mira su reloj disimuladamente pero continúa hablando tranquilo.

—Las investigaciones de este tipo llaman mucho la atención, señorita Kroese. En su día causaron gran revuelo, y cada cierto tiempo se sacan del baúl de los recuerdos y se emite por la televisión algún programa que los trae a la memoria de los espectadores. ¡Varias veces al año! Esos programas gozan de una gran audiencia y hacen que la gente se quede preocupada. Especialmente la gente mayor, como ya le he dicho. Sucede mucho más a menudo de lo que usted cree.

Me quedo unos momentos si decir nada, me tomo el café y reflexiono. Rosalie Moosdijk iba a otro instituto, pero fue asesinada en Callantsoog, donde vivía Groesbeek. ¿Existe una conexión o simplemente le afectó el caso? Le afectó tanto que le puso a su gato el nombre de la víctima. Es muy posible que conociera a Rosalie. Pero ¿y las que no eran de Callantsoog y no iban al instituto donde él trabajaba?

—Tiene que haber un vínculo —insisto, para hacer a Hartog partícipe de mis cavilaciones—. Es posible que suceda con frecuencia, pero me sigue pareciendo extraño que justamente el señor Groesbeek ponga a sus gatos los nombres de esas jóvenes. ¡La mitad de ellas iba a su instituto!

—Es curioso, lo reconozco, pero creo que iríamos demasiado lejos si por eso lo acusáramos de un crimen —dice Hartog con el tono de quien se esfuerza por mostrarse razonable y amable, pero se pregunta cuándo terminará la fatigosa conversación.

—Quizá sea él el cómplice. Podría averiguar si tenía algún vínculo con Sjaak van Vliet —persevero—. ¿Sabe lo que podría hacer? Cavar en el jardín posterior de Groesbeek. Está lleno de bultos de tierra.

Hartog calla y me mira como si nunca hubiera visto a nadie como yo.

—Le aseguro que prestaremos atención al caso, señorita Kroese, pero no espere demasiado.

—¿Cómo? —persisto.

—¿Qué?

—¿De qué manera va a prestar atención al caso?

Hartog levanta las manos en señal de rendición.

—Iremos a hablar con el señor Groesbeek.

—¿No hay suficiente sospecha para un registro domiciliario? —

insisto—. ¿No va a cavar en su jardín?

—Me temo que no.

—Groesbeek está muy olvidadizo. Hablando con él no llegará muy lejos —le advierto.

—Puede… —dice un resignado Hartog—. Pero creo que no podemos hacer mucho más.

23

Olaf se presenta de forma inesperada. Es el domingo de Pentecostés, y yo llego a casa con el coche, después de haber pasado la tarde con Jeanine en una terraza. Toco el claxon alegremente al verlo delante de mi puerta. Él me ve, se acerca y espera a que termine de aparcar.

—Hola —dice en cuanto abro la portezuela.

—Hola —le contesto un poco sorprendida—. ¡Qué casualidad! He estado todo el día fuera de casa.

—Sí, ya lo sé —responde—. He pasado por aquí un par de veces.

—¿Por qué no me llamabas?

Cierro el coche con llave y me dirijo a la puerta. Olaf me sigue.

—Claro que te he llamado —replica—. Varias veces, pero no cogías el móvil. ¿Por qué lo tenías apagado?

—¿Apagado? —Saco el móvil del bolso y miro la pantallita—. Tienes razón. ¡Qué tonta!

Me río mientras abro la puerta. Olaf me mira muy serio.

—¿Qué pasa? —pregunto, sorprendida.

—Nada —contesta él con sequedad; empuja la puerta y sube las escaleras delante de mí.

—No pensarás que lo tenía apagado a propósito... ¿Por qué iba a hacerlo? —digo a sus espaldas.

—No lo sé —contesta todavía malhumorado—. Quizá sentías necesidad de estar sola.

No sé qué responder. Por un lado, su celosa actitud me hace gracia, por otro me irrita. Abro la puerta de mi piso y entramos.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto al tiempo que lanzo el bolso

al sofá.

En respuesta extiende el brazo y me atrae hacia él. Me pasa el brazo por la cintura y me mira a los ojos.

—Sabine...

Yo lo interrogo con la mirada.

—¿Va todo bien entre nosotros?

Sus ojos están muy cerca. Su aliento se mezcla con el mío. Una oprimente garra alrededor de mi cintura.

—Sí —respondo, extrañada—. Claro.

Su respiración se acelera. Se inclina hacia mí y me besa, pero no es un beso agradable. Me besa con demasiada fuerza, con agresividad. Y cuando noto que me lleva poco a poco en dirección al dormitorio, lo empujo para liberarme de él. Un relámpago de ira pasa por su rostro y, de repente, empiezo a sentirme incómoda.

—¿Quieres tomar algo? —propongo sin demasiado entusiasmo.

—No.

Me empuja con una ligera coacción al dormitorio y me desabrocha el sujetador por debajo del jersey. Yo lo rechazo.

—¡Olaf, no me apetece! —exclamo—. Ha sido un día muy largo. Vamos a tomar algo y mirar la tele.

Irritado, me empuja encima de la cama.

—¿Qué te pasa? —gruñe.

—Nada. Simplemente estoy cansada. ¿No podemos estar juntos sin hacer el amor? Podemos abrir una botella de vino... —La verdad es que me gustaría que se fuera, pero la expresión de sus ojos me desaconseja echarlo de casa.

Olaf se me queda mirando un largo rato.

—Vale —dice por fin.

Me levanto de la cama y voy a la cocina. Mis manos se enfrentan al sacacorchos y, entre tanto, pienso en el extraño comportamiento de Olaf. Está celoso, es mi conclusión. Sencillamente está muerto de miedo de ser rechazado. Sólo por el hecho de haberme pasado el día fuera y no tener encendido el móvil. ¡Dios santo!

Saco el corcho de la botella de un furioso tirón y la llevo al comedor. Olaf ha colocado dos copas encima de la mesita y está sentado en el sofá con los brazos extendidos sobre el respaldo. Todavía tiene cara de enfado, y a mí me dan ganas de sentarme en otro sitio. Pero en vez de eso me acomodo a su lado y dejo que me

bese. Se muestra amable y tierno de nuevo, pero yo no sé cambiar el chip tan deprisa. Me libero de él con cuidado y lleno las copas de vino.

Para cuando casi nos hemos terminado el vino, Olaf está pegado a mí, encantador, y de un humor magnífico.

—¿Sabes? A veces me gustaría creer en Dios —dice con la lengua un poco trabada.

—¿A qué viene eso? —pregunto, sorprendida.

—A nada especial.

—¿Y por qué te gustaría creer en Dios?

—Porque la religión católica ofrece mucho apoyo. Y perdón.

Suelta un eructo y se queda mirando al frente pensativo.

—¿Y por qué terrible pecado necesitas tú pedir perdón? —pregunto, divertida.

No me responde. Saca la cajetilla de cigarrillos del bolsillo, enciende uno y hecha el humo al techo.

Odio el humo de tabaco en casa. Yo fumo a veces, pero siempre fuera, o en algún bar. Sin embargo, éste no es el momento para reprimendas. Soporto el mal olor y miro sonriente a Olaf.

—A ver, ¿qué oscuro secreto me ocultas?

Olaf respira hondo.

—He hecho algo terrible —confiesa.

—¿Qué has hecho? —pregunto, curiosa.

Él niega con la cabeza y aparta la mirada.

—Todos hacemos cosas de las que después nos arrepentimos —digo con despreocupación.

—Eso es precisamente, que no me arrepiento —dice Olaf.

—Oh… —Me quedo desconcertada—. Entonces no pienses más en eso. Tan horrible no será.

—¿Sabes, Sabine? A veces hacemos cosas de consecuencias imprevisibles. Cosas que pueden acabar realmente mal, y que es mejor callar. Nadie entendería que lo que pasó no era tu intención. Nadie. Es demasiado grave para eso.

Siento que una gelidez trepa por mis piernas. Se me pone carne de gallina en los brazos.

Olaf se gira hacia mí y me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Excepto tú —dice con ternura—. Tú sí lo entenderías.

No le pregunto nada. Sólo lo miro con una creciente sensación

de miedo. No quiero que se me acerque tanto, que me inmovilice. Que acerque su rostro al mío. No quiero que me bese, que sus manos me acaricien donde no quiero ser acariciada.

¿Qué quiere decir? ¿Qué cosa tan horripilante puede haber cometido? ¿Y de verdad quiero saberlo?

—Me tengo que ir —dice de repente.

Se levanta, va al baño y orina sin cerrar la puerta. Me voy a levantar para despedirme de él en cuanto termine, pero se me ocurre que podría pensar que estaba deseando que se fuera. Así que me quedo sentada en el sofá en actitud despreocupada y me sirvo el culín de vino que queda. Olaf está listo y se dirige al pasillo.

—Nos vemos mañana en la oficina —digo con una alegría artificiosa.

—Mañana es fiesta, lunes de Pentecostés —dice Olaf.

—¡Es verdad! Qué gozada, un día libre.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—Pues... no lo sé. Levantarme tarde —digo imprecisa.

—¿Y después?

—Podemos quedar —sugiero sin gran entusiasmo.

—Ya veremos —dice Olaf—. Te llamaré, ¿vale?

—Vale.

Me levanto con la copa aún en la mano, le doy un beso y lo acompaño a la puerta. Cuando ésta se cierra, respiro profundamente. Me pregunto qué puede ser eso tan terrible que atormenta su conciencia.

24

No me llama. Me paso el lunes de Pentecostés esperando una llamada que no llega. El martes pedaleo al trabajo bajo el sol matutino. En cuanto entro en la oficina, las conversaciones enmudecen.

Renée y Margot, e incluso Zinzy, me miran como pilladas con las manos en la masa. Las observo una a una, no digo nada y enciendo el ordenador. Camino lo más tranquila y firme posible hacia la máquina de café, donde Zinzy se une a mí.

—No pienses que yo participaba en las habladurías, por favor —dice con la mirada seria—. Quizá lo creyeras porque estaba vuelta hacia ellas.

—Vale —es lo único que le contesto.

Para ser sincera no sé qué pensar. Comprendo que, en público, Zinzy no necesita defenderme, pero yo, en su lugar, me hubiera alejado y hubiera seguido con mi trabajo.

Evito su mirada y voy a sacar una barra de chocolate de la otra máquina.

De camino al ascensor me encuentro con Ellis Ruygveen, de Recursos Humanos.

—¡Qué alegre te veo! —dice entre risas.

Hago una mueca a modo de sonrisa.

—¿Sigues teniendo problemas con Renée? —pregunta.

La miro sorprendida.

—Wouter lo comentó con Jan —explica.

Jan Ligthart es el director de Recursos Humanos. Entonces también allí lo saben. Aparto cansada la mirada.

—¡Venga, anímate! ¡No todo el mundo admira a Renée tanto como tu jefe! —me alienta Ellis—. Ha presentado su candidatura a un puesto en Recursos Humanos, pero a mí no me dio muy buena impresión.

—¿Que ha presentado su candidatura?

—Estoy embarazada —explica Ellis sonriente.

Mis ojos se deslizan inmediatamente a su vientre que, efectivamente, está bastante más abultado de lo normal.

—Después de dar a luz quiero trabajar a tiempo parcial —dice —, y como de todas formas necesitábamos un empleado extra en Recursos Humanos, queremos contratar a alguien a tiempo completo.

—Y Renée ha presentado su candidatura a ese puesto. —Me despego de la pared del ascensor y miro a Ellis con gran interés—. ¿Crees que lo conseguirá?

—Dios no lo quiera. Yo preferiría trabajar contigo, Sabine. ¿Por qué no te presentas?

La sangre corre por mis venas a toda velocidad.

—Pues sí que me gustaría.

—¡Escribe en seguida! Hoy mismo. Hasta ahora, Renée es la única candidata con posibilidades. Después de ti, claro.

—Tan adecuada no soy. Renée es responsable de la secretaría.

—¿Responsable de qué?

—Del departamento de Administración.

—¿De dónde has sacado eso? —Pregunta Ellis—. Esa función no existe. Típico de Wouter, sacarse funciones de la manga. Lo ha hecho más veces, ofrecer un caramelo a su equipo. No significa nada.

Nos miramos. De repente, la jornada ya no me parece tan larga.

—Ahora que trabajas otra vez a tiempo completo, quiero dejar en claro un par de cosas —dice Renée con las manos juntas encima de su escritorio—. Tendrás que mejorar drásticamente tu actitud en el trabajo y tu empeño... ¿Me escuchas?

—¿Qué? —levanto la vista de la pantalla de mi ordenador.

—Decía que tendrás que cambiar de actitud en el trabajo. Y además...

—Me apetece un café —la interrumpo mientras deslizo mi silla hacia atrás—. ¿A ti también?

Me mira boquiabierta. Con un placer maquiavélico, saco un café de la máquina del pasillo. Al regresar, Renée está aún en la misma posición.

—Sabine —dice con frialdad—, estábamos hablando.

—No. Me estabas fastidiando —respondo—. Eso es otra cosa. Y, oficialmente, tú no tienes nada que ordenarme, así que no tengo la más remota intención de seguir escuchando. ¿Entiendes?

Me siento delante de mi pantalla y tomo un sorbo de café.

Renée se levanta.

—Voy a hablar con Wouter —dice con voz acompasada.

Yo me río.

Se hacen las seis; la gente se va y yo me demoro. En cuanto me quedo sola escribo deprisa una solicitud de empleo y redacto mi curriculum. Imprimo los dos documentos, destruyo los archivos, meto las dos hojas en un sobre y voy al departamento de Recursos Humanos. Ellis ya se ha ido, pero Jan tiene que estar por ahí, pues su chaqueta aún cuelga de la silla. Dejo la carta sobre su teclado y me voy a casa.

Por la tarde me llama Olaf y le explico lo de la solicitud de trabajo.

—Conseguirás el puesto —dice inmediatamente.

—Estás muy seguro —le respondo entre risas.

—Lo estoy. Si las candidatas sois Renée y tú, está clarísimo a quién le van a dar el trabajo. No te preocupes, Renée no será ningún obstáculo —dice Olaf, decidido.

¡Ojalá tenga razón!

Todavía están ahí, esos flashes, fragmentos de recuerdos, imágenes que salen de lo más negro de mi memoria. Me asaltan en los momentos más inesperados y yo ya no me resisto. Soy consciente de que eso es lo que he hecho hasta ahora. Pero ya soy mayor. Hace tanto tiempo… debo superarlo.

Noto el viento en mi cabello.

Tengo los brazos apoyados en el manillar de la bicicleta. Pedaleo como una energúmena, oigo mi jadeante respiración, siento que la falta de oxígeno me quema los pulmones. El miedo me acosa como una inesperada ráfaga de viento. Sigo pedaleando como una posesa, no puedo más. Cada vez que me pasa un flash por la cabeza la sacudo y pedaleo lo más deprisa que puedo.

Llego a casa. No hay nadie. Delante de la puerta no están ni la motocicleta de Robin ni el coche. Mi madre se acaba de ir al hospital.

Subo deprisa las escaleras y entro en mi habitación. El miedo ya no puede alcanzarme. La densa y repelente neblina tras la que lo he escondido se lo impide. Pero la sensación de temor y desconcierto permanece y anida en lo más hondo de mi corazón.

Camino en círculos, poco consciente de lo convulsivo de mis movimientos. No me detengo hasta que se levanta la neblina y mi dormitorio de adolescente deja paso a mi apartamento.

Me acerco despacio al espejo antiguo que tengo colgado encima de la estantería y me miro detenidamente en él.

No parezco una mujer joven que guarda un pesadísimo secreto. Quizá sí, si me miras a los ojos. En ellos no hay ni un destello de vida. Los ojos son el espejo del alma. Pego la nariz al cristal y me observo. Mis azules ojos me devuelven la mirada sin desvelar su secreto.

—Cuando tienes problemas, no hay que buscar la solución, sino el origen —me decía mi psicóloga cuando aún estaba en tratamiento—. El inconsciente tiene todas las respuestas, todo lo que te impulsa está guardado allí. Lo que tienes que intentar ahora es concienciarte de ti misma. Estoy segura de que tienes algo escondido en el subconsciente, pero no consigo sacarlo a flote sin tu permiso.

En aquel momento pasé de su discurso, pero ahora lo recuerdo al pie de la letra. Miro a mi alrededor desesperada. De repente, mi pequeño apartamento me parece oprimente. Agarro el bolso, corro escaleras abajo y saco la bicicleta a la calle.

Hace buen tiempo. Calor. El aire libre y el sol en la piel me sientan bien. El dolor en el pecho disminuye y la familiaridad de los sonidos urbanos me tranquiliza.

Desmonto delante de la biblioteca municipal y le pongo los tres candados a la bicicleta. Si existe un lugar en el que puedo encontrar respuesta a mis preguntas es esta biblioteca. Me entretengo en la sección de psicología hasta la hora del cierre. Consulto allí mismo un buen número de libros sobre el funcionamiento de la memoria. Leo, hago copias, selecciono y regreso a casa con una pila de libros.

Me instalo en el balcón con una taza de té y empiezo a leer.

¿Dónde se encuentra el subconsciente? Es el título del primer capítulo. Eso me pregunto yo. Leo sobre la corteza cerebral, las neuronas y los lóbulos cerebrales, pero concluyo que no puedes abordar un asunto como éste desde el punto de vista fisiológico. El subconsciente es un proceso neurológico. Como una pieza de música, con aportes de todos los rincones del escenario, a juicio del neurólogo norteamericano Antonio Damasio. Imagínate una gran orquesta. ¿Dónde se encuentra la música exactamente?

No me interesa mucho. Sigo hojeando hasta llegar a un capítulo que me parece mucho más fascinante.

La memoria.

Empiezo a leer con interés.

«Los recuerdos son construcciones; crecen y envejecen al tiempo que transcurre nuestra vida. Por eso, no debemos caer en formulaciones como "lo recuerdo como si hubiera sido ayer"», advierte el psicólogo Michael Ross.

Unas páginas después: *«William James se dio cuenta ya en el siglo XIX de que la memoria necesita un empujoncito. "Imagina que me quedo callado unos momentos y entonces digo: ¡Acuérdate! ¿Me obedecería mi memoria reproduciendo una imagen cualquiera de mi pasado? Ciertamente no; se me quedaría mirando fijamente y me preguntaría: ¿Qué quieres que recuerde?" »La memoria no recuerda por encargo, sino que se deja guiar por los estímulos. No le preguntes al que recuerda cuál fue el detonante: casi nunca será capaz de indicar la pista que le trajo el recuerdo.»*

Sigo hojeando y mis ojos vuelan por los renglones.

«Si empezamos a buscar recuerdos perdidos, entramos en el extraño reino de la psique llamado "represión". El concepto represión parte de cierta fuerza de la mente. Los partidarios de esta teoría creen en la capacidad de la mente para defenderse contra acontecimientos emocionalmente abrumadores eliminando de la consciencia ciertas experiencias y emociones.

»Nuestro estado de ánimo abre o bloquea puertas, depende. Este fenómeno se denomina amnesia. Una parte de la memoria, la memoria explícita, no recuerda los acontecimientos, mientras que otra parte, la memoria implícita, funciona de forma independiente y reaviva recuerdos del trauma en forma de sueños y sensaciones angustiosas.

»La represión no es una acción consciente. Se asocia con una

situación emocional, psicológica o física a la que no podemos enfrentarnos, por lo apabullante. No optamos conscientemente por eliminar una imagen de nuestra mente, simplemente, lo hacemos. Esta represión nos protege. Es la manera en que nuestra mente se protege de algo que aún no nos atrevemos a mirar a la cara.» Todas las afirmaciones y conclusiones se ilustran con ejemplos de la vida real. Los leo con una creciente sensación de malestar. Dejo el libro, cojo la taza de té de la mesita que tengo al lado y tomo un sorbo. Por dentro, una vocecita que llevo años silenciando me llama a gritos.

Por la noche, en la cama, pongo a prueba mi memoria cerrando los ojos y abriéndome a todo lo que, al parecer, he desterrado. No funciona. Es como si en mi interior hubiera una sombra escondida que me atrae en cierta dirección y me da a entender que estoy cerca, para, en el último momento, desaparecer sin dejar rastro.

Quizá conseguiría recordar algo si me esforzara más, pero no me atrevo. Cada vez que se abre un resquicio en la oscuridad de mi mente y entreveo un atisbo del pasado, me hundo cobardemente en mis sueños, unos sueños reveladores que se disipan con los primeros resplandores del día y me hacen despertar bañada en sudor.

Me levanto muerta de cansancio y voy a la oficina. Llueve. El calor de las últimas semanas ha dado paso a un chubasco que libera los aromas de los jardines municipales. Me meto deprisa en el coche, arranco y pongo en marcha los limpiaparabrisas para conseguir un mínimo de visión. Llego al trabajo un poco tarde; todo el mundo sacude paraguas y gabardinas.

Abro la correspondencia medio ausente y dejo que las odiosas observaciones de mis colegas me resbalen como las gotas de lluvia por los cristales.

Me miro como si mi cuerpo se hubiera separado de mi espíritu; evitada, aislada. Mi psicóloga me enseñó a consolarme. Me aconsejó buscar a la solitaria e infeliz Sabine de antes, y apoyarla. Lo he hecho. He buscado a la joven que yo era entonces y la he encontrado. En las calles de Den Helder y en el patio del instituto.

Y ahora la veo sentada en los vestuarios del gimnasio. Se acaba de duchar, un poco más tarde que las demás, por intimidad. El grupo la ignora, como siempre, y se viste entre carcajadas y parloteo. Todo el mundo se ha ido cuando ella sale lo más sigilosamente posible de la ducha al vestuario.

Afuera, los alegres colegiales alborotan en el patio, es el recreo. En cinco minutos sonará la campana y entrará el siguiente grupo para la clase de gimnasia.

Se enrolla bien en la pequeña toalla para reprimir el pánico que la invade. Sus ojos repasan deprisa el gimnasio, buscan por los bancos de madera y los colgadores. No sólo las compañeras de clase se han ido, también han desaparecido sus vaqueros y su chaqueta blanca, el chaquetón y los zapatos, y su ropa de gimnasia. Empieza a andar por el vestuario rebuscando en todos los rincones, pero toda su ropa ha desaparecido.

Sale al pasillo y llama a la profesora de gimnasia. No obtiene respuesta. Por último, entra sigilosa en el cuartucho donde guardan las pelotas de baloncesto, los palos de hockey y los objetos perdidos. Busca en la cesta y saca una camiseta y unos pantalones de deporte. Son de su talla. Antes de que suene el timbre, sale corriendo al pasillo descalza y abandona el instituto por la salida de emergencia, algo que está terminantemente prohibido.

En ese momento se oye el timbre y el patio se queda vacío. La chica se acerca a su bicicleta y ve su ropa desperdigada por el patio, en el barro, pisoteada y desgarrada. Lo recoge todo: su chaquetón nuevo, sus vaqueros preferidos, sus zapatos, su chaqueta blanca destrozada.

Se pone la ropa manchada observada desde detrás de las ventanas por muchos ojos. Se monta en la bicicleta y se va a casa. No hay nadie. Mete los vaqueros en la lavadora, limpia los zapatos con agua y jabón, y contempla los agujeros en la chaqueta blanca y los desgarros en el chaquetón. Lo tira a la basura.

Lo recuerda todo de repente.

Fue Robin quien, después, la acompaño a comprar un chaquetón nuevo. Robin, que regresó a casa inesperadamente y la encontró en su habitación rodeada de jirones de ropa.

—No se lo digas a mamá —le dijo al regresar del centro—. Ya tiene suficiente con lo de papá.

Robin asintió, con la cara seria y los labios apretados.

Ella se encerró en su habitación y se tumbó encima de la cama preguntándose qué había hecho para que Isabel la odiara tanto. No se le ocurría nada.

Todavía no se me ocurre nada. Probablemente, yo irradiaba la

indefensión de la víctima fácil, y, para el grupo, eso era suficiente para ver hasta dónde podían llegar. Y mis límites eran muy flexibles, no me defendía. Me refugiaba en mí misma, cada vez más lejos, hasta que, aislada totalmente de los demás, intentaba sobrellevar como podía los largos días en el instituto.

Aun hoy la sensación me agobia.

—¿Qué querrías decirle a esa joven solitaria? —preguntó mi psicóloga.

—Que las cosas no serán siempre así. Me gustaría tranquilizarla y consolarla.

—Hazlo, entonces. Pásale el brazo por los hombros.

Desde entonces lo he hecho con frecuencia. Funcionaba. No inmediatamente, pero al tiempo empecé a desvincularme de ella. Podía verme a mí misma como otra Sabine, más mayor, capaz de consolar a la Sabine joven.

Pero ahora ya no quiero dar consuelo.

Quiero respuestas.

25

No consigo concentrarme en el trabajo. Tengo que volver a Den Helder. Sin ningún remordimiento, cojo la baja por enfermedad y me voy después del almuerzo. Y es que realmente estoy enferma, agotada por los recuerdos. Es sorprendente la cantidad de imágenes que recupero, como si se hubiera puesto en marcha un efecto dominó por el que un recuerdo trae al siguiente.

No puedo parar la película y tampoco lo intento. Conozco la historia y sospecho cuál es el desenlace, pero no lo sé con seguridad.

En la cafetería me compro un vaso de café bien cargado, saco las llaves del coche del bolso y me voy. Conduzco en dirección a Den Helder lo más tranquilamente que puedo. Enciendo la radio y canturreo con ella, pero la voz me tiembla. Una hora más tarde llego al centro de Den Helder y me dirijo a la plaza Bernardplein. Saco la radio, la meto en el bolso y me bajo del coche. A mi derecha se levanta el teatro municipal y, en frente, la biblioteca central, mi antiguo refugio en las largas y solitarias horas libres. Entro en el familiar edificio, subo las escaleras, me siento a una mesa, saco mi diario y lo abro.

Al cabo de un rato, la chica se me acerca por sí sola.

—Tienes que ayudarme —le digo.

Ella me mira con unos grandes ojos azules, pero no responde.

—No puedes callar para siempre —le espeto.

Ella retira la mirada.

—Tú la viste. No. No me refiero en el cruce, sino más allá. ¿Por qué no hablas? Cuéntame lo que viste.

Sigue en silencio. El rubio cabello le cuelga lánguido por la cara.

—¿Vamos a dar un paseo con el coche? —propongo.

Damos vueltas sin más. Ha estado lloviendo toda la mañana, pero ahora el sol intenta asomarse. Den Helder está tranquilo, casi desierto. Es el 2 de junio, las vacaciones de verano aún no han comenzado. Todo el mundo está encerrado detrás de algún cristal, en aulas o en oficinas. Vamos por la calle Middenweg en dirección al instituto. Pasamos por delante del patio, que está repleto de resplandecientes bicicletas. No nos detenemos, sino que continuamos hacia el cruce con la Jan Verfailleweg. El semáforo está rojo. Freno. Miro al frente en silencio. Ella también tiene la mirada fija. Intento imaginar sus pensamientos, compartir sus recuerdos.

—Aquí fue —dice—. Allí estaba la camioneta, y yo allí, montada en mi bici. Isabel estaba delante. No me vio.

Yo asiento.

—Entonces el semáforo se puso verde. Isabel siguió recto. La camioneta la adelantó y yo giré para la derecha —dice.

—Sí —ratifico—. A la Seringenlaan, y de allí, a las Dunas Oscuras.

—Ella tenía una cita allí —dice la joven.

El corazón se desboca en mi pecho y cierro los ojos unos instantes.

—¿Con quién? —oigo que pregunto con la voz un poco ronca—. ¿Con quién había quedado?

—No lo sé. No mencionó el nombre y yo no vi a nadie.

—Pero viste que entraban juntos al bosque. ¡Los seguiste! —insisto.

La chica aparta la cara.

—No es verdad —dice a la defensiva—. ¿Por qué dices eso?

—A mí puedes contármelo —respondo más amable y paciente de lo que me siento—. Yo sé por qué los seguiste. Sé lo que temías.

La miro, pero ella se niega a devolverme la mirada.

—¿Tan horrible es lo que viste? —pregunto en voz baja—. ¿Tan horrible que ni siquiera me lo puedes contar a mí?

Ella no dice palabra.

El semáforo se pone verde; piso el acelerador y sigo recto. Esto no funciona, tengo que intentarlo de otra forma.

Las Dunas Oscuras se levantan ante nosotras como una silueta negra. Sólo al pasar al lado, el bosque adquiere un aspecto más amable. Los rayos de sol caen sobre las tupidas copas, ahuyentan las sombras de entre los troncos de los árboles y tienden un tapiz de luz por los senderos. La gente va en bicicleta, hace *footing* o pasea por la senda que limita el bosque. En la terraza del bar hay unos adolescentes. Al entrar en el aparcamiento que hay detrás, veo que la chica se ha puesto nerviosa. Se manosea el anillo, mira asustadiza por la ventanilla y se queda mirando fijamente sus zapatos.

Saco la llave del contacto.

—¿Vienes? —mi voz suena amable, pero tiene el tono decidido de quien no admite negativas. Abro la portezuela y me bajo, pero ella se queda donde está—. Ven, iremos juntas —le digo persuasivamente.

Titubea un rato, pero al fin se baja del coche. Yo lo cierro con llave y después cruzamos la calle en dirección al acceso al bosque. Pasamos junto a la granja educativa y entramos en las Dunas Oscuras. De vez en cuando, un amante del deporte nos adelanta en ropa de *footing*. Seguimos la senda que rodea el estanque de los patos y el puesto de observación, y nos adentramos en el bosque, donde los senderos se hacen más estrechos y menos concurridos, y serpentean hasta las dunas.

De repente, la joven se detiene. Yo aminoro el paso y la miro.

—Fue aquí, ¿verdad? —pregunto.

Me mira por primera vez con esos enormes y desorbitados ojos azules.

—Se pelearon —susurra—. Mucho. Él la golpeó, la cogió de los brazos y la zarandeó. La volvió a pegar, pero ella se soltó y se fue corriendo. En esa dirección. —Extiende el brazo y señala la espesura del bosque.

Yo miro hacia el lugar que ella señala. Estamos en un sitio solitario, silencioso, igual que aquel precioso día de primavera. Miro fijamente el lugar e intento regresar en el tiempo. Hace un día caluroso y yo acabo de salir del instituto. Es lunes por la tarde, el peor día de la semana. El fin de semana se ha terminado, y el viernes está aún muy lejos. La tarde del lunes es mi día de biblioteca. Luego me entretendré horas y horas con libros que me llevan a otros mundos. Pero no estoy en la biblioteca, he seguido a

Isabel, que se ha metido en el bosque con un hombre con el que ahora se pelea en un lugar donde impera un silencio de muerte.

Me veo con la bicicleta de la mano, junto al sendero. El verde del bosque me abraza con un ansia sofocante. Por todas partes hay maleza, ramas, troncos de árboles; imposible que ellos dos me vean desde el sendero. Isabel se libera y huye bosque adentro, y su acosador le grita algo, pero ninguno de los dos me ve.

Me aparto del sendero y me abro paso por entre los matorrales, que son aún más densos que hace nueve años. Igual que entonces, sigo a Isabel. No veo al hombre por ninguna parte. ¿Se ha ido? ¿O se ha adentrado en el bosque con intención de cortarle el paso?

Avanzo hasta el claro. Lo encuentro a ciegas. Para llegar a ese sitio donde ojalá no hubiera estado nunca, sólo necesito seguir a la sombra que me hace señas desde lo más profundo de mi memoria. Los árboles se van espaciando, la arena de las dunas amortigua mis pasos y allí se abre el claro, en el lugar donde el bosque se hace menos denso y empieza la pendiente de la primera duna.

A la sombra de los árboles, observo el arenoso lugar que tengo delante. El sol resplandece y me ciega. Parpadeo, pongo la mano a modo de visera, doy un paso adelante y veo a Isabel tendida en el suelo; su cabello negro contrasta con la blanca arena. Durante todo el camino de vuelta no dejo de devanarme los sesos pensando en esta imagen. Tengo lagunas de memoria, pero no son negras ni insondables. Están cubiertas de una correosa película que yo intento eliminar. Me esfuerzo por mirar a través de ella, pero no es suficientemente transparente.

Ya en el coche, me meto en la oscuridad del Wijkertunnel, y al salir de nuevo a la luz, ya he dejado atrás Den Helder y todo lo que me vincula con esa ciudad. Estoy regresando a mi entorno cotidiano y, al ver Bos en Lommer, sonrío como si hubiera escapado de un inminente peligro.

Tardo un cuarto de hora en encontrar aparcamiento. Por fin meto mi pequeño vehículo entre otros dos coches, empujando uno con el parachoques hacia atrás, y el otro hacia delante, y allí me quedo. Perfecto.

Me bajo y me encamino a mi calle. Al ver mi apartamento, que me espera paciente, me envuelve una extraña sensación. El sol se refleja en los cristales y me hace señal de advertencia.

Mis pasos al subir las escaleras no suenan como siempre. No son los pisotones de alguien que tiene que hacer un esfuerzo físico. Noto que camino despacio, que mi corazón casi no resiste el estrés, que miro la puerta de mi casa con desconfianza.

¿Ha estado alguien dentro?

La puerta está cerrada. Meto la llave en la cerradura, la giro y empujo. Como la heroína de la película, me quedo de pie prudente, sensata, en el vano de la puerta. Siempre he detestado esa predecible tirantez en las películas de suspense en las que la heroína sospecha el peligro pero entra temblando de miedo en su oscura y revuelta casa. Nunca se le ocurre buscar un arma, avisar a la policía o, simplemente, encender la luz.

Mi casa no está a oscuras. Ni revuelta. Pero alguien ha estado en ella.

Lo veo desde el umbral, por la puerta del pasillo, que está abierta. Hay un ramo de rosas rojas encima de la mesa; alguien las ha colocado cuidadosamente en un florero.

Las rosas no tienen un aspecto muy peligroso. Pero me cuesta un gran esfuerzo entrar. Sólo conozco a una persona capaz de tener un gesto tan romántico. Pero ¿cómo ha entrado?

Me dirijo a la mesa con sentimientos encontrados y doy la vuelta a la tarjeta que cuelga de una de las flores. El texto es menos poético de lo que me esperaba.

Llámame. Olaf.

26

«Sabine, ¿estás en casa? ¿Dónde te has metido? ¡Llámame en cuanto escuches este mensaje!» La voz de Zinzy suena preocupada y nerviosa. Mientras contemplo las rosas de Olaf con la tarjeta en la mano, escucho los mensajes del contestador.

El aparato revela que me llama desde la oficina. Mi dolor de barriga vuelve al instante, más fuerte aún que mientras subía las escaleras muerta de miedo. ¡Mierda; había dicho en la oficina que estaba enferma! Ensayo pausadamente mi defensa: «He estado en la cama casi toda la tarde. No, no he oído el teléfono. Bueno, sí, una vez, pero no me sentía con fuerzas para levantarme. Sí, ya me encuentro mejor; no sé qué tenía.»

Miro la hora. Aún no son las seis. Llamo a la oficina y Zinzy coge el teléfono.

—Hola, soy yo, Sabine. Oye, he estado toda la tarde acostada y...

—¡Oh, Sabine! ¡Por fin llamas! —me interrumpe Zinzy—. Renée ha tenido un accidente.

No podría decir que me doy un susto de muerte. Mi primer pensamiento es: «Se lo merece.» Me reprendo severamente y me obligo a reprimir esa primitiva reacción y preguntar en tono preocupado qué ha pasado.

—Ha habido un incendio en su apartamento. Tenía la tarde libre, y ha sucedido mientras se duchaba.

—¿Estaba en casa?

—Sí. El salón y el pasillo ya estaban llenos de humo, así que ha abierto las puertas del balcón de la cocina y ha saltado.

Nos quedamos en silencio unos instantes. La verdad es que me

ha dejado impresionada.

—¿Y cómo está ahora?

—Como vive en un primer piso, podía arriesgarse a saltar, pero ha caído muy aparatosamente. No sé exactamente lo que tiene, pero acaban de llamarnos para decir que está en cuidados intensivos.

Me quedo aturdida.

—¿Saldrá de ésta?

—No sabría decirte. Mañana vamos a verla. Si nos dejan. Es posible que sólo permitan visitas de familiares.

No me pregunta si quiero ir también, y yo tampoco lo sugiero.

—Pensé que tenías que saberlo —dice Zinzy—. Aquí no se habla de otra cosa. No quería que llegaras mañana a la oficina sin estar al corriente.

—Es verdad. Gracias, Zinzy.

—Hasta mañana, Sabine.

Cuelgo y veo que el contestador sigue pestañeando. Otro mensaje. La voz de Olaf llena el piso: «Hola, preciosidad. Seguro que estás otra vez en Den Helder. Quería decirte que pienso en ti y que opino que nos vemos demasiado poco. ¿Qué te parecen las flores? Si me quieres dar las gracias personalmente, me hará muy feliz ofrecerte la oportunidad. Esta noche en el Walem, a las siete.» Miro la tarjeta que tengo en la mano. Después del agresivo episodio del domingo no sé si me apetece. Decido darle otra oportunidad.

Walem es un restaurante a la última moda, situado en el canal Keizersgracht. Un espacio largo y estrecho con muebles de diseño, suelo de granito y siempre lleno a rebosar. He estado una vez, y aunque las sillas son incómodas, la comida es buena, y el ambiente, aún mejor.

Espero ver a Olaf sentado en una mesa reservada y con una rosa entre los dientes. Pero no lo descubro entre los animados comensales. Me apoyo con desenvoltura en la barra, como si quisiera pedir una bebida y no esperara a nadie. Encima de la barra hay una bandeja llena de atrayentes caramelos de menta. Cojo uno, miro furtivamente mi reloj y me exaspero.

Las siete y cuarto. Yo he llegado un poquito tarde, pero él ni siquiera está. Si hay algo que no aguanto son los hombres que no se atienen a lo acordado.

Me doy la vuelta, abro la puerta de un tirón y, ya en la calle, me

topo de bruces con Olaf.

—¡Hola! ¿Ya estás aquí? —pregunta con animación.

—Sí —contesto arisca.

Me pasa el brazo por la cintura, me atrae hacia él y me besa en los labios.

—Nos vemos demasiado poco —dice muy serio—. Eso hay que cambiarlo. ¿Vienes?

—¿Has reservado? —le pregunto—. Está hasta los topes.

—Seguro que tienen una mesita.

Olaf abre la puerta, me deja en la calle y entra en el restaurante a zancadas. La puerta no me da en las narices de milagro.

—Gracias —digo; pero él ni lo oye.

Lo sigo adentro y miro a mi alrededor. En el estrecho espacio, todas las mesas están ocupadas, pero atrás, junto a las puertas del jardín, una pareja de nuestra edad pone un billete de cincuenta euros en un platito.

Olaf se acerca presuroso a la mesa, adelantando a unos señores mayores que llevaban ya un rato buscando sitio, indecisos. Con un gesto desarmante, Olaf pone su mano en el respaldo de la silla y pregunta:

—¿Os vais? ¡Qué casualidad!

La chica sonríe y se levanta.

—Está llenísimo, ¿verdad? —dice—. Sentaos. Ya pagaremos en el bar. Ven, John.

Yo dudo, pero Olaf se sienta. La pareja mayor se mira apabullada.

—¿Quieren... —empiezo a decir. Pero ellos ya se van.

—Siéntate —dice Olaf—. ¿Qué quieres tomar?

—Un vino blanco —respondo mientras me acomodo.

—¿Frascati?

—Si tienen...

—Seguro que sí. Oye, ¿no te has sorprendido al llegar a casa esta tarde? —Sus ojos resplandecen.

—Ni que lo digas —respondo—. Me he preguntado toda la tarde cómo has entrado.

—¡Bah! Tu vecina de arriba tenía una llave —dice—. Me la prestó en cuanto se lo pedí.

Me propongo hablar con la vecina en cuanto pueda.

—Después la metí en su buzón —continúa Olaf—. Le pareció una idea muy romántica, lo de las rosas —me mira con picardía.

—A mí también. Muchas gracias —me obligo a sonreír.

¿Qué me pasa? ¿Dónde está esa atmósfera relajada que había entre nosotros? ¿Por qué busco sentada en la punta de la silla un tema de conversación?

—¿Has oído lo que le ha sucedido a Renée? —pregunto.

—Sí, el incendio. ¡Qué raro!

—¿Por qué raro?

—Porque sí. Porque viene en buen momento.

Lo miro sin comprender.

—¿No le había echado el ojo al puesto en Recursos Humanos? —explica—. Ellis me contó que tenía una cita con Jan para la entrevista. Pues ya no se celebrará. Ahora seguro que consigues el puesto, eres la única candidata.

—Una conclusión un tanto precipitada, a mi juicio. Aún pueden alargar el periodo de solicitud.

—Si pueden alargar también el embarazo de Ellis...

Me río.

—Y retrasar el parto... No, tienes razón, tendrán que elegir dentro de poco. ¿Estás seguro de que no hay más candidatos?

—Según Ellis, no. Bueno, yo no sé si Jan ha pensado en alguien más, pero imagino que lo habría hablado con ella. Al fin y al cabo, ella tendrá que compartir el puesto a tiempo parcial con esa persona.

—Sí.

Estudio la carta, pero no me concentro. Me veo ya trabajando con Ellis, sin problemas. Es una persona muy agradable. Pero, por otra parte, me fastidia tener que reconocer que Renée ha conseguido ahuyentarme.

—Seguro que tardará un buen tiempo en regresar —reflexiono—. ¡Uy! ¿Cómo nos las arreglaremos sin responsable de secretaría?

Olaf se ríe.

—Me temo que sin ella estáis perdidas.

El camarero, un tipo resuelto, limpia la mesa y anota nuestro pedido. Yo opto por la ensalada César y un bistec, y Olaf elige un plato de pasta. Nos traen la bebida y brindamos.

—A propósito, ¿dónde has estado esta tarde? ¿En Den Helder?

—pregunta Olaf.

—Sí.

—¿Qué buscas allí continuamente? —indaga.

—Estoy empezando a recordar cosas del pasado —explico—. Ir a Den Helder me ayuda, me vienen cada vez más recuerdos.

—¿Y por qué quieres recordar esas cosas?

Lo miro estupefacta.

—Pues... porque sí. Me fastidia haber olvidado cosas importantes.

—No sabes si son importantes. Lo piensas —dice Olaf.

Lo miro y veo que, de repente, su rostro es inescrutable, está casi irritado. ¿Por qué demonios se siente irritado él? Se lo pregunto y él deja el vaso de cerveza en la mesa con un suspiro.

—¡Bah! Simplemente no me gusta el fisgoneo, profundizar en el ayer. Lo pasado, pasado está. Hoy día parece que todo el mundo haya tenido alguna vez una experiencia traumática y necesite terapia. Tenemos que conocernos a nosotros mismos, zambullirnos en nuestras emociones, sacarlo todo a flote. ¡Idioteces! Cuando las cosas están tan escondidas por algo será. —Olaf me mira y ve probablemente que sus palabras no me agradan, porque, en un tono de voz más suave, añade—: Vivimos en el presente, Sabine, ¿qué sacas hurgando en el pasado?

—La verdad —respondo.

Mientras nos sirven la comida, reina un silencio tenso. Cuando el camarero se va, Olaf reanuda la conversación.

—¿Y te hace feliz, la verdad? —pregunta—. ¿Enriquecerá tu vida saber qué le pasó a Isabel?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé. No te servirá para nada. Sólo te traerá problemas y malos recuerdos, e Isabel no va a regresar.

Decido callarme. Está claro que con Olaf no puedo hablar sobre este tema. Es una pena. Me gustaría intercambiar puntos de vista con alguien que vivió el caso de cerca. Hablamos de tonterías, y pasamos una amena velada pero, a pesar de eso, me siento decepcionada.

Pasamos de postres y nos montamos en nuestras bicis. Olaf me acompaña a casa, pero yo no lo invito a subir. Nos besamos en el portal, yo con la espalda contra la puerta. Su boca se desliza por mi

cuello, sus manos por debajo de mi ropa. Se lo permito unos instantes, pero su creciente insistencia me resulta muy desagradable. Lo aparto lo más suavemente que puedo.

—Estoy muy cansada —digo para disculparme—. Necesito dormir.

Olaf levanta el entrecejo.

—¿Cansada? ¿Y eso? ¿De qué estás tan cansada?

Me encojo de hombros.

—Del trabajo... Y he estado toda la tarde en Den Helder.

—¿Y eso te ha agotado tanto que ni siquiera puedes tomarte algo conmigo? ¿Una copita?

Con una mueca le doy a entender que yo tampoco lo puedo evitar.

—¡Sabine, son las diez!

La desconfiada mirada con que me examina me fastidia.

—Lo siento. Otro día será —le digo girándome hacia la puerta.

—Una copita. Venga, para despedirnos. Te prometo que no me quedaré mucho rato —insiste Olaf y me besa en el cuello.

Yo estoy segura de que la cosa no se quedará en eso. Sonrío y niego con la cabeza al tiempo que acierto a vislumbrar que una sombra de ira contenida pasa por su cara. ¿O son imaginaciones mías? Lo miro detenidamente y veo que su expresión es de nuevo normal.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos? —pregunta.

—¿Mañana? —propongo.

—En mi casa. Te invito a cenar. ¿Qué te apetece?

—Rôti de pollo —le contesto.

Olaf hace una mueca.

—*¿Rôti* de pollo? ¿Eso cómo se hace?

Me río, atraigo su cara hacia mí y le doy un beso.

—Es broma. Me da igual. ¡Sorpréndeme!

—De acuerdo. Que duermas bien.

Vuelve a besarme, pasa la pierna por encima de la barra de su bicicleta y espera a que yo entre al portal. Le sonrío, le envío un beso con la mano y cierro la puerta detrás de mí.

Subo las escaleras y me quedo a escuchar en el descansillo. La señora Bovenkerk tiene setenta años y está un poco sorda. Le gusta ver la televisión hasta muy tarde, así que yo me compré unos

tapones para los oídos, para no oír las musiquillas de los anuncios que se filtran por el suelo. Oigo una voz que ensalza las cualidades de cierta comida para gatos. Está despierta. Sigo subiendo escaleras y al llegar al segundo piso llamo a su puerta.

—¿Señora Bovenkerk? Soy yo, Sabine —digo para tranquilizarla.

El anuncio de comida para gatos se interrumpe repentinamente. Oigo barullo de cadenas y una llave que gira, y veo a la señora Bovenkerk atisbar por el resquicio de la puerta.

—Sabine, ¿eres tú?

—Sí. Perdone que la moleste tan tarde, pero quería preguntarle una cosa.

La puerta se abre más.

—Entra, hija. No te quedes en la corriente. Me he asustado al oír que llamaban.

—Lo siento —repito, y entro en el abarrotado piso. Una estantería llena de figuritas de porcelana, cuadros de llorosos gitanitos y una pared repleta de fotos amarillentas se abalanzan sobre mí.

—Estaba a punto de hacerme una taza de leche caliente. ¿Te apetece?

—No, muchas gracias. Le quería preguntar si... eh... —Me callo, incómoda—. Bueno, le quería pedir que no le vuelva a prestar la llave de mi piso a nadie. A nadie. Tampoco a amigos míos, o novios, o lo que quiera que digan que son.

La Señora Bovenkerk me mira sorprendida.

—Pues claro que no. Nunca lo haría.

—Pero usted le ha dejado esta tarde mis llaves a Olaf.

—¿Olaf?

—Sí, el chico con el que salgo desde hace poco. Alto, rubio, muy guapo.

—Ah, ya lo sé. Un chico muy majo. Pero no lo suficiente para sacarme tus llaves.

—Pero esta tarde...

—No lo he visto, y he estado todo el día en casa.

La miro sorprendida.

—¿Está usted segura? Llevaba un ramo de rosas.

—Esta tarde no ha venido nadie —dice la anciana decidida—. Y si hubiera venido, no le hubiera dado las llaves. ¿Tú qué te crees?

Soy muy desconfiada, ya lo sabes. Hace poco vino un tipo que decía que era del banco. Que circulaban tarjetas falsas y quería controlar la mía. Yo le dije: «Vete a controlar tu cabeza, si crees que voy a morder el anzuelo.» Le cerré la puerta en las narices. ¡Hay que ver! ¡Estaré vieja, pero loca no!

Sonrío para apartar la sensación de incomodidad. No, la señora Bovenkerk no está loca en absoluto.

—Pero entonces, ¿cómo ha entrado? —me pregunto en voz alta.

—¿Ha estado dentro? ¿En tu piso?

—Sí, al regresar me encontré un enorme ramo de rosas encima de la mesa. Y él dice que le pidió a usted las llaves y que después las dejó otra vez en su buzón.

—Entonces tu novio es un gran embustero.

Cojo inmediatamente el móvil y llamo a Olaf. La señal suena infinitas veces, y por fin da paso al contestador automático. Apago el móvil, irritada.

—Ten cuidado —me advierte la señora Bovenkerk—. Los hombres que entran sin permiso en tu casa no son de fiar, por muchas rosas que te traigan. Lobos con piel de cordero, eso es lo que son. Igual que el joven que esta noche estaba trasteando con tu puerta. Lo he oído, he bajado las escaleras hasta tu piso y le he preguntado que qué estaba haciendo. Se ha asustado y se ha ido deprisa, refunfuñando.

No sé si resistiré más revelaciones de este tipo. Un escalofrío me sube por los tobillos a la espalda y los brazos.

—¿Un hombre? ¿Esta noche? ¿A mi puerta? ¿Qué hacía exactamente?

—Trastear con la cerradura. Llamar. Poner la oreja contra la puerta. Era un pintas. Hasta he pensado en llamar a la policía, pero entonces se ha marchado.

—¿Ha dicho algo? ¿Qué aspecto tenía? ¿Era joven o mayor?

—Joven. De tu edad, quizá algo mayor. Con el pelo castaño claro.

De mi edad con el cabello castaño claro. ¿Quién puede haber sido, por Dios? Olaf imposible, y por lo demás, no conozco a muchos hombres. Y menos a hombres que trasteen con la cerradura de mi piso y peguen la oreja a mi puerta.

Manoseo nerviosa las llaves que tengo en la mano.

—Señora Bovenkerk, si alguna vez oye usted algo sospechoso en mi apartamento, gritos o golpes, ¿haría el favor de llamar a la policía?

La señora Bovenkerk me mira con sus azules ojos entornados.

—Sí —dice—. Muy bien. Un grito y yo llamo a la policía.

—Gracias. —Me doy la vuelta y salgo con desgana al rellano. La señora Bovenkerk mira desconfiada por la barandilla mientras yo bajo las escaleras.

—¿Está todo en orden? —grita hacia abajo.

—Sí, todo bien.

—Esperaré a que entres en casa. Si hay algún problema, grita.

Me entra la risa tonta y me muerdo el labio mientras abro la puerta. Un oscuro y silencioso apartamento me da la bienvenida. Enciendo la luz y el piso se convierte de repente en mi familiar puerto de amarre.

—¿Sabine? ¿Está todo bien? —oigo una voz que llega de arriba.

—Sí, todo en orden. ¡Buenas noches, señora Bovenkerk!

—¡Buenas noches, hija!

Cierro la puerta con llave y echo la cadena. Me quedo quieta unos instantes. Entonces arrastro una silla y la coloco contra la puerta. El alto respaldo llega justo hasta el pomo. Mucho más tranquila, voy al cuarto de baño y abro el grifo de la ducha. Me desnudo y dejo el móvil a mano, sobre el borde de la ducha. Entonces me meto y me quedo allí un buen rato, con la cara levantada hacia el cálido chorro de agua.

27

La oficina es un oasis de tranquilidad. Algunos colegas han ido a visitar a Renée. Ya ha salido de cuidados intensivos, pero como tiene la pierna rota y el bazo desgarrado, tardará en regresar. La ingresaron en la UCI porque había inhalado humo y no podía respirar. Ya está mejor.

He puesto mi nombre en una estúpida tarjeta de un ratón con una enorme pierna escayolada, y he visto a Margot, Tessa y Roy salir con una colosal cesta de fruta.

—Por fin se han ido. ¡Qué tranquilidad! —dice Zinzy—. ¿Te apetece un café?

Sale en dirección a la máquina sin esperar mi respuesta y vuelve con un café con leche para mí y uno solo para ella. Deja los vasitos, se sienta y coloca los pies sobre el escritorio.

—Ayer te llamó alguien —dice.

—¿Aquí, al trabajo?

—Sí, un hombre.

El café caliente se sale a chorro por el borde del vasito y me cae al pantalón blanco. Miro a Zinzy tensa, sin prestar demasiada atención a la mancha.

—¿Un hombre? —pregunto.

—Sí, llamó sobre las cinco. Le dije que no te encontrabas bien y te habías ido a casa. Pero, según él, en casa no estabas.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto con voz de mando.

—Ni idea, lo siento. Creo que ni siquiera dijo su nombre. Es extraño. —Me mira preocupada—. ¿Pasa algo? ¿Te acosa alguien, quizá?

Yo hago un gesto de indefensión.

—Mi vecina dice que ayer por la noche vino un hombre a mi casa y estuvo toqueteando la cerradura y poniendo la oreja contra la puerta.

—¡Dios Santo! —grita Zinzy, y se inclina hacia mí—. ¿Y qué pasó? —añade con tono sensacionalista.

—Pues... que como mi vecina no es nada cobarde, lo ahuyentó. —Tomo un sorbo de café y confieso—: Esta noche he soñado con eso.

—¡Lógico! ¡Yo tendría pesadillas! ¿Y no tienes ni idea de quién pudo ser? —pregunta Zinzy, horrorizada.

Me quedo mirando al frente, sombría.

—Me he devanado los sesos, pero no. No lo sé.

—Quizá sea alguien que conoces de antes. Alguien a quien no le hace mucha gracia que vayas con tanta frecuencia a Den Helder para reavivar recuerdos —sugiere Zinzy.

La miro con una sensación de agobio.

—Yo también lo he pensado. Estuve hace poco en casa del conserje de mi instituto. Quería averiguar unas cosas a raíz de algunos recuerdos nuevos.

Zinzy me mira por encima de su taza.

—¿Qué recordaste?

Le cuento lo de la camioneta de Groesbeek, el bosque en el que me adentro y la sensación de incomodidad que crece con cada paso.

—No suena como una cosa que te hayas inventado —dice.

—No. Pero es muy vago. Lo que no es nada vago es lo que descubrí en casa del señor Groesbeek.

Saco del bolso los recortes de periódico que había cogido esta mañana con intención de enseñárselos.

—Son los artículos sobre las adolescentes desaparecidas —le explico mientras ella los hojea—. Y éstos son los nombres de los gatos del señor Groesbeek. —Abro mi agenda y le enseño la página en la que garabateé los nombres.

Zinzy los lee, los compara con los nombres en los recortes y me mira estupefacta.

—¡Joder!

—Si hubiera sido un hombre mayor, el que estaba trasteando con mi puerta, pensaría en esa dirección, pero ahora... Un hombre

joven... —digo.

—¿Cómo sabes que era un hombre joven? —Zinzy revuelve el café sin apartar los ojos de los recortes.

—La señora Bovenkerk me lo dijo. Ya sabes, mi vecina —aclaro.

—¿Y qué edad tiene la señora Bovenkerk? —Zinzy levanta la mirada y me desliza los recortes por el escritorio.

Yo los recojo y los meto otra vez en mi bolso.

—No sé, unos setenta años.

—A esa edad, un hombre de cincuenta años es también joven, así que puede haber sido cualquiera. Quizá fuera el hijo de Groesbeek, o un nieto. Su nieto le fue a visitar y él le habló de ti —fantasea Zinzy.

Suena el teléfono. Doy la vuelta a la silla con desgana y lo cojo. Empiezo con la letanía habitual, digo mi nombre y oigo una alegre voz.

—¡Hola, hermana! ¿Trabajando mucho?

Me levanto con tal entusiasmo que vierto el café.

—¡Mierda! ¡Robin! No, no me refiero a ti, sino al café que en estos momentos corre por el escritorio. No me esperaba tu llamada. ¡Qué cerca suenas!

—Claro. Como que estoy en Holanda. En mi piso.

—¿Que estás en Amsterdam? ¡Qué gozada! ¡Y qué rabia! Tengo que trabajar todo el día. Imposible coger la tarde libre. ¡Mierda! ¿Quedamos para esta noche?

Zinzy se acerca corriendo con una mugrienta bayeta en la mano y empieza a limpiar mi escritorio.

—Perfecto —dice Robin—. Yo también tengo que trabajar. Tenemos unos líos increíbles en la oficina principal, pero no te voy a cansar con eso ahora. Por cierto, ayer pasé por tu casa, pero no estabas. Esperé un rato, hasta que bajó una vieja bruja con un bate de béisbol en la mano. Me dio un susto de muerte.

Me echo a reír.

—Estoy bien protegida.

—Eso está muy bien. ¿Cenamos juntos?

—Sí, ¿dónde?

—¿En el restaurante que han construido en la puerta vieja de la plaza Nieuwmarkt?

—De acuerdo. Nos vemos allí sobre las siete. ¡Qué bien! —digo

alegre.

Al colgar, Zinzy me mira curiosa.

—¿Otra cita? Últimamente estás muy solicitada, Sabine.

—Era mi hermano —le explico—. Resulta que era él quien vino ayer a mi piso.

—Bueno, mejor —dice Zinzy.

—Sí… ¡Ay! Había quedado para cenar esta noche con Olaf. Iba a cocinar para mí. ¡Qué rabia!

Abro Outlook y envío un e-mail a Olaf. *Lo siento, pero se ha presentado un imprevisto. No puedo ir a cenar a tu casa esta noche. Me debes una cena, ¿vale? Un beso, Sabine.*

Su respuesta aparece casi inmediatamente en mi pantalla: *¡Qué remedio!*

Miro atónita la corta respuesta.

—El chico tiene aguante. Bueno, ya se las arreglará.

Zinzy asiente en señal de aprobación.

Es magnífico volver a ver a mi hermano. Él ya está en el restaurante, y se levanta cuando me ve entrar. Nos abrazamos, nos besamos en la mejilla entre risas y nos damos un fuerte achuchón. Pasamos toda la velada en el agradable local. Reímos, comemos, charlamos, bebemos y reavivamos recuerdos.

—¿Te acuerdas de aquella vez que saliste con tus amigos y volviste a casa borracho como una cuba? Dejaste el cuarto de baño inundado de vómito —rememoro.

—Sí, y tú dormías en la habitación contigua y te despertaste. Cogiste a las tres de la madrugada un cubo de agua con jabón y lo limpiaste todo antes de que se enteraran papá y mamá. ¡Qué buena eras!

—Y tú siempre me ayudabas a hacer los deberes de matemáticas y física. Y me ibas a buscar al instituto para salvarme de aquellas imbéciles. Eso sí que era amor fraternal.

—Podemos concluir, entonces, que somos los hermanos ideales —dice Robin riéndose—. Te he echado de menos, ¿lo sabías?

—Yo a ti también. ¿Por qué os habéis empeñado todos en emigrar? Con lo bien que hubiéramos estado juntos.

Robin asiente, esquiva mi mirada y, de repente, su rostro refleja incomodidad.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmada.

—Pues... bueno, te lo voy a decir directamente, ahora que hablamos del tema. He vuelto sólo temporalmente, Sabine. Me voy a Londres definitivamente.

—¡¿Qué?!

—Sabía que no te haría gracia. Perdona, hermana. He conocido allí a una chica muy especial.

—Mandy.

—Sí. Ya sabes cómo son esas cosas.

Suspiro abatida.

—¡Pues qué bien! Me voy a quedar aquí sola.

—¡Venga, ánimo! Ahora tienes a Olaf, ¿no?

Me encojo de hombros. ¿Tengo a Olaf? Sí, probablemente sí, pero no estoy segura de que él me tenga a mí.

—¿Cómo va todo entre vosotros? —pregunta Robin.

—No sé. Es muy guapo, y agradable, pero tiene también una faceta que no acaba de convencerme.

Robin asiente.

—Ya te lo dije. Olaf es una persona supersocial y agradable, pero sólo si todo va como él quiere. Los buenos modales no le interesan lo más mínimo. A veces te mueres de vergüenza con él, pero por otra parte siempre me daba risa su forma de ser. Es descarado de una forma que desarma.

Seguimos hablando sobre Olaf y, después, sobre Mandy, pero acabamos en el pasado. El ataque al corazón de papá. Mis problemas en el instituto. La forma en que Robin lo veía.

—Me dabas tanta pena —dice muy serio—. Volvías del colegio siempre con aquella carita pálida... ¡Con qué gusto les hubiera dado una paliza! Y encima yo me encontraba a Isabel siempre que salía con mis amigos. Y ella venga flirtear conmigo y a desafiarme. ¡La muy bruja!

—Pero al fin te enganchó.

—Había bebido demasiado. Y era guapísima, Sabine. Más guapa de lo que le convenía. Y ella lo sabía. Podía conquistar a cualquier tío que se propusiera.

—¿Y cuál se propuso?

—Todos. No elegía. Jugaba con todos, los dejaba y los seducía como le venía en gana. Me alegro de haberlo dejado después de la noche aquella. Desde ese momento no me dejó en paz. No

soportaba que yo la hubiera dejado a ella.

—¿Y Olaf? Dijiste que había tenido algo con ella, pero él lo niega. Él dice que debía de ser con Bart de Ruijter.

Robin frunce el entrecejo.

—¿Bart de Ruijter? ¿No salías tú con él?

—Quizá también salía a escondidas con Isabel —contesto.

Sólo de pensarlo siento una punzada de dolor.

—No. Yo me hubiera enterado —dice Robin—. Bart estaba loco por ti.

—Entonces, ¿por qué dice Olaf que Bart salía con Isabel y niega que él tenía una relación con ella? —me pregunto en voz alta.

Robin enciende un cigarrillo e inhala profundamente.

—Quizá para no hacerte daño. Le gustabas desde muy joven. Era un crío inmaduro, pero le gustabas mucho. No me extraña que ahora salgáis juntos y que él niegue haber salido con Isabel. Seguro que teme perderte.

Levanta el brazo para llamar la atención del camarero y señala su copa vacía.

—¿Por qué iba a molestarme que él hubiera estado saliendo con Isabel? Y menos si lo trató como me trataba a mí. Podríamos compartir experiencias en vez de dejar que la historia se convirtiera en un obstáculo para nuestra relación. Creo que es ridículo que mienta sobre esto.

—Ya. —Robin se encoge de hombros—. Quizá, en esas cosas, los hombres reaccionamos de otra forma.

Mientras transcurre la velada le explico a Robin los flashes de recuerdos que me asaltan desde hace un tiempo, lo que descubrí en Den Helder acerca del señor Groesbeek, y le hablo de mis confusos recuerdos del bosque el día de la desaparición de Isabel.

—¿Por qué estás tan segura de que todo eso tiene que ver con la desaparición de Isabel?

—Porque creo que la vi poco antes de que fuera asesinada —suelto.

A Robin se le cae el tenedor. En sus ojos no sólo veo sorpresa, sino también otra cosa, algo indefinido cuya mejor descripción sería la palabra «espanto».

—No sé exactamente lo que pasó, pero sí sé dónde y cómo —digo en voz baja.

Robin mira su plato, pero es evidente que ha perdido el apetito.

—Tú estabas allí —dice.

Asiento.

—¿Estás segura? Quiero decir, ¿no lo has soñado?

—Lo he soñado muchas veces, y en el sueño veo también quién la asesinó. Pero en cuanto me despierto, desaparece la imagen. La verdad es que ya no sé qué pensar. No sé distinguir entre los recuerdos y los sueños. Es todo tan confuso —digo cansada.

Robin coge el tenedor y se mete en la boca un rollito de endivia gratinado como un autómata.

—Quizá deberías distanciarte de toda la historia. El asunto te está agotando, lo veo.

Sonrío ligeramente.

—Sí, tienes razón. Quizá sean todo imaginaciones mías. Es tan fácil manipular los recuerdos y relacionar cosas que no tienen nada que ver unas con otras.

—Así es —dice Robin—. Corta ya. —Me sonríe con cariño y mira mi plato vacío.

—¿Quieres algo de postre?

—Me apetecería un café irlandés —contesto.

Robin llama al camarero y el resto de la noche evitamos el tema Isabel.

A medianoche suena el teléfono. Me incorporo en la cama, sobresaltada, con la mano en el pecho. El corazón me palpita como si se hubiera disparado una señal de alarma dentro de mi cuerpo. El agudo timbre del teléfono penetra por la oscuridad hasta los rincones más alejados de mi apartamento. El despertador digital dice que son la 01:12 horas.

Me aparto el pelo de la cara y cojo el teléfono.

—Sabine Kroese.

Silencio.

No repito mi nombre, lo he dicho suficientemente claro. Una débil respiración me llega al oído y a todas las células de mi cuerpo.

Cuelgo. Y el teléfono vuelve a sonar inmediatamente. Aunque me lo esperaba, me asusto de nuevo. Lo cojo, pero no digo nada. Al otro lado de la línea todo es silencio.

Es muy tentador soltar unas palabrotas al auricular, pero me domino. Ciertas personas flipan con eso. Cuelgo muy despacio y

cuando el teléfono suena por tercera vez, tiro del enchufe. A la mierda, imbécil. Seas quien seas.

Tendida de espaldas, en silencio, con la lamparita encendida, intento conciliar el sueño de nuevo.

¿Quién era? ¿Qué quería? Quizá lo conozca. O la conozca.

Apago la lámpara con un suspiro de irritación y me dejo caer en la almohada. ¡Qué tonterías! Duérmete, Sabine. Sólo era un trastornado.

Casualidad.

Y entonces la veo. Durante unos zumbantes segundos contemplo el desfigurado rostro de Isabel. Sus ojos abiertos y la tez azulada.

Parpadeo, pero la imagen no desaparece. Me levanto de la cama de un salto y enciendo la luz, pero sigo llevando dentro la cara de Isabel. Tiene la cabeza echada hacia atrás y sus ojos están fijos en el cielo. Su corto y oscuro cabello está lleno de arena.

¿Qué es esto? ¿Un recuerdo? ¿Un delirio?

Me tiro encima de la cama y me tapo la cara con las manos. Nunca encontraron a Isabel, yo no pude haberla visto muerta. Tiene que ser mi fantasía. Un producto de mi imaginación.

Las manos me tiemblan como a un alcohólico que necesita un trago. No consigo hacerlas parar, igual que no logro que mis dientes dejen de castañetear.

Camino, casi corro por la casa, pero mi espíritu es igual de rápido y corre conmigo. Voy de un lado para otro del piso abrazándome a mí misma. Las uñas se me clavan en los brazos. Abro la boca para gritar, un aullido largo, liberador, pero en vez de eso me meto la mano en la boca y me muerdo el puño hasta hacerlo sangrar.

Conecto el teléfono y llamo a Robin. No lo coge. Dejo que suene interminablemente, pero nadie lo coge. Tengo que hablar con alguien. Mis dedos marcan el número de Olaf. Después de sonar un par de veces, oigo su voz.

—Olaf van Oirschot —musita adormilado.

—La he visto —murmullo.

—¿Quién es? ¿Sabine?

—Sí. La he visto, Olaf.

—¿A quién has visto?

—A Isabel.

El silencio se alarga y se hace desagradable.

—¿Qué quieres decir, que la has visto?

—En un flash. Estaba en el suelo, muerta, con arena en el pelo.

Olaf no dice nada, y esta vez soy yo quien rompe el silencio.

—No sé si era un recuerdo o mi imaginación. No estaba durmiendo, de verdad que no. Me ha llegado de repente, de la nada. ¿Cómo es posible? ¡No puedo haberla visto! —mi voz suena chillona, estridente.

—Ahora mismo voy a tu casa.

Olaf cuelga y yo me quedo sentada en el sofá, tiritando, con los brazos alrededor de las rodillas.

A los veinte minutos llaman a la puerta. Me levanto, miro por las cortinas y veo la rubia cabeza de Olaf. Más apaciguada, voy al pasillo, aprieto el botón de la puerta y a los pocos segundos oigo unos pasos que suben las escaleras.

—Tranquilízate.

Olaf me lleva al sofá. Yo me siento y él se acuclilla delante de mí. Me observa preocupado, se pone de pie y va a buscar un vaso de agua.

No sé de dónde ha salido la idea de que tras beberte un vaso de agua te vas a sentir mejor, pero no quiero rechazar sus cuidados. Así que bebo agarrando el vaso como si fuera un salvavidas.

—Está muerta —musito.

—¿Lo has visto? —Olaf me quita el vaso de las temblorosas manos.

—Sí, de repente.

—¿No estabas soñando?

Titubeo.

—No, lo he recordado. De repente lo he recordado.

—¿Había alguien más? —Olaf me zarandea suavemente—. ¿Lo has visto también? ¡Dímelo! ¿Lo has visto?

Miro sus fuertes manos, veo sus blancos nudillos, oigo la imperiosidad de su voz.

—Yo… no lo sé. No, sólo la he visto a ella.

Me suelta. No me atrevo a mirarlo, cojo el vaso de agua y bebo. Mis dientes repiquetean contra el cristal.

Olaf me estudia detenidamente.

—Últimamente estás muy obsesionada con este asunto —dice

por fin—. Quizá deberías intentar distanciarte.

—Sí, tienes razón. —No puedo apartar mis ojos de sus manos.

—Dejar de ir a Den Helder —dice Olaf—. Vives en el presente, en Amsterdam. Lo pasado, pasado está. No podrás cambiarlo aunque quieras.

—Para sus padres sí que cambiarían las cosas si supieran lo que sucedió.

—¿Quieres ir a contarles lo que sabes? ¿O ir a la policía? Venga, Sabine, sabes muy bien cómo reaccionarían.

—Sí.

—¿O acaso has visto algo más?

—No, nada. Sólo que estaba allí, muerta, en el suelo.

—Con arena en el pelo —completa Olaf—. Podría ser de las dunas. Pero en su día realizaron una intensiva búsqueda en toda la zona, con perros rastreadores, escáneres infrarrojos, y con toda la parafernalia disponible. Si hubiera estado en las dunas, la hubieran encontrado.

No necesariamente. A Lydia van der Broek la encontraron medio año después en un terreno en el que iban a construir un barrio nuevo. Los matorrales bajo los que estaba enterrada la protegieron también del escáner de rayos infrarrojos. Los perros rastreadores habían pasado al lado, pero el viento soplaba en la dirección contraria.

No digo nada de todo esto.

Olaf me levanta la barbilla con el dedo y me obliga a mirarle a los ojos.

—No pienses más en eso —dice suavemente—. De todas formas no puedes hacer nada. ¿Me quedo esta noche contigo?

—No, ya se me ha pasado.

—¿Seguro? Ya estoy aquí. A lo peor empiezas a soñar otra vez y te puedo despertar.

Estoy demasiado cansada para oponerme.

—Bueno.

Nos acostamos, él con su brazo alrededor de mi cintura. Yo me tiendo dándole la espalda, siento el peso de su brazo sobre mi cuerpo y fijo la mirada en la oscuridad.

28

Hay humo por todas partes, un humo negro como el tufo del carbón y denso como la niebla matutina. Llena todos los rincones del comedor y entra flotando en mi dormitorio. Petrificada, lo veo meterse por debajo de la puerta y acercarse sin hacer ruido. Sé que tengo que hacer algo, llamar a los bomberos, saltar por la ventana... Unas manos invisibles me mantienen postrada en la cama. Lucho por soltarme y, cuando por fin lo consigo, me levanto como impulsada por un resorte. El asfixiante humo cuelga del techo como una cortina negra y me cierra herméticamente el paso a la única salida de emergencia.

Miro a mi alrededor desesperada, pero de repente han desaparecido del dormitorio la ventana y la puerta que daban al balcón. Eso es lo que más me sorprende. ¿Acaso no podía siempre salir al balcón desde mi dormitorio?

El humo se extiende veloz por el piso, detrás de la puerta oigo el crepitar del fuego. Grito. El humo aprovecha y llena mi boca, mi garganta, mis pulmones. ¡No quiero morir, no quiero morir, no quiero morir!

Abro los ojos conmocionada. El blanco techo contrasta de tal modo con la negrura de hace unos instantes que, por unos momentos, no entiendo nada. Miro a mi alrededor. No hay humo.

Cierro los ojos infinitamente aliviada y tranquilizo mi desbocado corazón poniéndome la mano sobre el pecho.

Entonces lo huelo. Humo. Me levanto de un salto y corro en pijama al pasillo.

—¡Mierda! —grita Olaf mientras deja caer algo al suelo.

Está en ropa interior en la cocina, con una tostada negra a sus pies. Encima del fregadero, mi viejo tostador sigue encendido.

Me froto los ojos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? El trasto ese está estropeado. Las tostadas no saltan.

—No me digas. —Olaf recoge la crujiente y negra tostada del suelo—. Quería darte una sorpresa y llevarte un té y unas tostadas a la cama. ¡Qué rabia!

—Bueno, lo de la sorpresa sí lo has logrado. Se la has dado hasta a mi subconsciente. —Bostezo y me desperezo—. Voy a ducharme. Y no te molestes más. Nunca desayuno mucho. ¿Sabes lo que más me gusta? El pan integral con...

—Fresas —termina Olaf—. Sí, ya me acuerdo. En unos momentos, señora.

¡Se porta tan bien conmigo! Me meto en la ducha y desaparezco poco a poco entre nubes de vapor y un estado general de euforia, y mientras tanto intento comprender por qué no me abro más a Olaf. Es atractivo, agradable, y es evidente que está loco por mí. ¿Por qué no me decido de una vez? ¿Por qué me fastidia que meta sus narices en los cajones de mi cocina, que abra mis armarios, respire el aire de mi piso? Quizá es por lo que me dijo Robin acerca de su impetuoso carácter, y la verdad es que esa faceta de Olaf no me gusta. Pero yo conozco también al otro Olaf, y ése sí me agrada.

Me enjabono con mi gel de manzana mientras canturreo. Olaf es buena gente. Por lo menos ya no me atosiga tanto. ¿Qué otro hombre tendría suficiente dominio de sí mismo para estar ahora haciéndome el desayuno en lugar de abrir de un tirón las cortinas de la ducha y abalanzarse sobre mí? La verdad es que, simplemente, he tenido muchísima suerte con este hombre; el problema es que aún no me he dado cuenta.

Cierro el grifo y cojo la toalla.

—¿Quieres café o té? —grita Olaf.

—Té —contesto con la cabeza echada hacia delante para secarme el pelo. Me pongo la toalla a modo de turbante y cojo otra para secarme el resto del cuerpo—. He tenido una pesadilla horrible. Será por el humo de la tostada.

—¿Qué soñabas?

—Que el piso estaba en llamas y que yo estaba encerrada en mi

dormitorio. Quería huir por el balcón, pero las puertas habían desaparecido.

Desnuda, con el pelo envuelto en la toalla, voy al dormitorio y abro el ropero.

—También podría tener relación con lo que le pasó a Renée.

Olaf se queda parado en el vano de la puerta y me mira. Siento una extraña vergüenza, como si me viera desnuda por primera vez. Me pongo deprisa un sujetador, una braguita y el primer jersey blanco que encuentro.

—Es verdad. Esas cosas te afectan más de lo que parece. ¿Cómo se originaría el incendio?

—Las casas viejas prenden fuego con nada. Un cortocircuito, vete a saber... Yo pienso que debió de ser la televisión. Tenía un armatoste del año de la polca, no me extrañaría que haya explotado.

Olaf se da la vuelta y vuelve a la cocina. Lo oigo trajinar con el hervidor de agua y la cafetera.

Frunzo el entrecejo y meto la pierna por un pantalón de rayas grises y blancas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has estado alguna vez en su casa? —pregunto elevando la voz.

—No —grita en respuesta—. Me lo contó una vez.

Intento imaginarme una conversación en la que salga el tema del televisor. Una conversación a secas entre Olaf y Renée es ya mucho pedir. ¿No decía que la odiaba?

Evalúo mi imagen en el espejo y salgo a la cocina, donde me siento a la mesita que tengo pegada a la pared. El pan con fresas me espera, acompañado por una taza de té.

Olaf se sienta enfrente, todavía en calzoncillos, con un huevo frito y una jarrita de café.

—No sabía que os llevarais tan bien —digo.

—Y así es. No la soporto, pero de vez en cuando intercambiamos alguna palabra. Es inevitable.

—Cierto —admito mirando la hora—. Tenemos que darnos prisa si queremos salir de casa en un cuarto de hora.

Por más pena que me da lo que le ha pasado a Renée, debo confesar que, sin ella, estamos en la gloria. El silencio que reina ahora es muy diferente. Yo retomo de forma natural las tareas

antiguas que Renée me arrebató. Desde que trabajo de nuevo a tiempo completo, estoy al corriente de todo lo que pasa en la oficina, así que vacío la bandeja de trabajo de Renée y coloco su agenda sobre mi escritorio.

Los empleados de las secciones de Ventas y de Contabilidad, aunque titubeantes y claramente incómodos, se dirigen de nuevo a mí con sus peticiones de asistencia.

—La verdad es que Renée se pasaba un poco con sus quejas sobre ti —dice Tessa—. Todos lo pensábamos. Yo no me creía ni la mitad de lo que contaba.

Yo no digo nada.

—Pero bueno... —continúa— lo que quiero decir es que necesito ayuda esta tarde con un encargo muy grande. Tengo que enviar un *mailing* enorme. ¿Tendrías tiempo?

—Claro que sí.

—Es posible que se haga tarde. Quizá no acabemos hasta las siete.

—No importa. Si me das de tiempo hasta la hora de comer para liquidar mis cosas...

—De acuerdo. ¿Hacemos los preparativos durante la comida?

—Vale.

Me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa, pero mis ojos se niegan a cooperar.

Trabajo toda la mañana como una loca para liquidar la bandeja de Renée y la mía. Como era de esperar, no lo consigo, y dejo lo que queda sobre el escritorio de Margot. Zinzy sonríe burlona.

No tengo tiempo de contestar los correos que Olaf me envía cada cuarto de hora. Ni siquiera los abro. A las doce y media me está esperando a la entrada de la cafetería.

—¡No me has respondido! —dice acusador.

Yo me apresuro a coger una bandeja y él me sigue.

—Perdona, pero estoy ocupadísima ahora que Renée no está. ¿Querías preguntarme algo? —pregunto mientras cojo un plato y unos cubiertos.

—No, simplemente me apetecía charlar —refunfuña.

—Perdona —repito—. No tenía tiempo.

—¿Vamos al cine esta noche? Podríamos ir a ver la película de Denzel Washington.

—Me temo que esta noche tengo que hacer horas extra. Probablemente estaré demasiado cansada para ir al cine. Hace mucho tiempo que no trabajaba a este ritmo.

Olaf se queda callado. Estudio con discreción su cara de mala uva mientras él elige uno de los postres del refrigerador. Yo aún estoy dudando qué coger, cuando él agarra un vasito de yogur de melocotón, va con su bandeja a la caja, paga y se va a sentar con sus colegas sin decir adiós.

Yo me encojo de hombros, pago también y me voy a sentar con mis compañeros. El ambiente es ameno. Por primera vez desde hace meses, se dirigen a mí y me preguntan con verdadero interés cómo me encuentro. Yo respondo, hablo con ellos. Los necesito tanto como ellos a mí.

Tessa está sentada enfrente de mí y habla conmigo como si fuéramos amigas íntimas.

—Oye, ¿estás liada con el tipo ese del departamento de Informática o no? —pregunta de repente. Sus ojos señalan en la dirección de Olaf.

—Sí, tenemos algo —respondo—. Lo que pasa es que no sé qué es.

Se ríe.

—Entonces la cosa no va muy en serio. Te lo pregunto porque hace poco quedó con Renée.

Levanto la vista de mis rebanadas de pan con queso.

—¿Qué?

—En casa de ella —dice Tessa.

Suelto el cuchillo.

—Lleva siglos enamorada de él. Desde que tú estabas enferma.

Tessa abre el envase de leche y se sirve un vaso.

—¿Ya se veían entonces?

—No, eso no. Él la ignoraba por completo. Daba pena. Y entonces regresaste tú.

—Ya.

Tessa toma un trago de leche y me mira.

—Sé lo que piensas. ¿Sabes lo que le dijo una vez? «No me gustan las mujeres narigudas.» ¡Delante de todo el mundo! Cuando todos sabíamos que ella estaba colada por él. Daba tanta pena...

Sin embargo, le brillan los ojos. A mí no.

—¿De verdad le dijo eso? ¡Por Dios!

—¡Y es que tiene una nariz enorme! —dice Tessa riéndose.

Agito la cabeza. La amistad es algo tan relativo.

—Entonces, si no le gusta en absoluto, ¿por qué quedó con ella hace poco? —me pregunto en voz alta.

—Fue el viernes de la semana pasada. Renée se quejaba de que tenía un problema con su ordenador. Es un aparato muy viejo, y estaba pensando en comprar uno nuevo. Olaf entró en ese momento y se ofreció a pasar por su casa para echarle una mirada. Y así lo hizo.

—Entonces no era una cita de verdad.

—Ella pensaba que sí.

Miro el repleto restaurante sumida en mis pensamientos. Recuerdo la confesión que me hizo Olaf el domingo. La voz de Tessa me llega como el resto de las conversaciones a mi alrededor: un flujo interminable de sonidos sin significado. ¿Será difícil manipular los cables de un ordenador viejo para que éste se estropee? ¿O prenda fuego, por ejemplo?

Tardo algunos momentos en darme cuenta de que me he quedado mirando fijamente a Olaf. Él se muestra reservado, come deprisa y tiene una expresión huraña. Mira de reojo, como si notara que le estoy observando. Nuestros ojos se encuentran. Le sonrío, pero mi sonrisa se hiela con la frialdad de su mirada.

El bocado de pan con queso que tengo en la boca se convierte en una bola que no consigo tragar. Aparto el plato con una desagradable sensación de incomodidad.

—¿Vamos a lo nuestro? —propongo a Tessa—. Cuanto antes empecemos antes terminaremos.

29

¡Hurra! ¡Otra vez soy la de antes! Después del fin de semana, por primera vez no me importa tener que ir a la oficina, y trabajo todo el día con el entusiasmo de antes, cuando tenía a Jeanine enfrente. Hasta Wouter se ha dado cuenta. Me sonríe de nuevo y está simpático, algo que, en él, debe tomarse como una expresión de gran aprecio.

—¡Ojalá Renée no volviera nunca! —digo a Zinzy.

Estamos en la décima planta, comiéndonos unas barras de chocolate.

—Aún tardará —responde Zinzy—, pero volver, volverá.

—Y entonces habrán cambiado muchas cosas para nuestra «responsable».

—De hecho, ahora la responsable eres tú. Y con razón. Llevas aquí más tiempo que nadie.

—Zinzy, esa función no existe. Me lo dijo Ellis, de Recursos Humanos. A Renée no le pagan ni un céntimo extra, y no hay nada por escrito. Simplemente le estuvo dando la lata a Wouter con el rollo de que se necesitaba una responsable, y él, para asegurarse de que Renée funcionara a tope cuando yo me puse enferma, le dijo que lo fuera ella.

—Y como tal se comporta. Deberías haberte enfrentado a ella desde el primer momento.

—Quería mantener la paz. Una estupidez. Pero aún no es demasiado tarde. —Echo el envoltorio del Mars en la papelera y cruzo con Zinzy una mirada de complicidad.

La semana se pasa volando y el viernes por la tarde estoy

molida. Todo el mundo está cansado y, siguiendo la tradición, iniciamos el aperitivo semanal a las cuatro. Dos colegas van a comprar cerveza, vino y algo para picar, el resto se queda charlando en la oficina. Hace mucho tiempo que no participaba en el aperitivo del viernes. Cuando aún trabajaba a media jornada, hubiera sido imposible, y antes de enfermar siempre me aseguraba de tener algo que hacer en el archivo. Al final del pasillo, agazapada entre polvorientas carpetas, oía cómo la chirriante voz de Renée lideraba la conversación.

¿Son imaginaciones mías o no soy la única que ahora se siente más a gusto? Yo no digo gran cosa. La larga e intensiva semana se cobra su precio y no me queda más remedio que rechazar la invitación de ir a tomar algo con los demás a algún bar. Esta noche me voy a acostar temprano. Lo tengo muy claro.

Cuando estoy a punto de irme, entra Olaf. Sus ojos buscan los míos de inmediato y se me acerca con una generosa sonrisa.

—¿Lista para una noche salvaje? —pregunta.

—Para serte sincera no tenía unos planes muy salvajes —le respondo mientras recojo mis cosas y las meto en el bolso—. Esta noche me voy a acostar temprano.

—¿Temprano? ¿El viernes? —dice Olaf con menosprecio.

—¿Por qué no puede uno acostarse temprano el viernes si le apetece? —observo.

El rostro de Olaf se ensombrece.

—Tenía intención de ir al Paradiso —dice mucho menos alegre.

—Ve tranquilamente —lo animo de camino a la puerta—. Tú no necesitas acostarte temprano.

Me sigue al pasillo, me detiene allí, me empuja contra la pared y desliza sus manos por debajo de mi ropa.

—Bien mirado, ir a la cama temprano es precisamente lo que me apetece —murmura con los labios en mi cuello.

Yo miro a mi alrededor, asustada. Si alguno de mis colegas sale ahora al pasillo, me muero. Y más ahora que Olaf ha desabrochado los botones superiores de mi blusa.

—Olaf, por favor. Estamos en el trabajo —lo aparto de mí, turbada, y me abotono la blusa.

—¿Y qué? Si no les gusta, que miren para otro lado —contesta Olaf acercándome hacia él.

Empieza a besarme apasionadamente, como si estuviéramos en la cama y no nos pudiera ver nadie. Pero yo no soy así. Es posible que a veces me preocupe demasiado por la opinión de los demás, pero no me gusta soltarme el pelo en la oficina.

Al principio intento liberarme con cuidado del abrazo de Olaf, pero él me agarra con más fuerza. Entonces le muerdo en el labio.

—¡Joder, tía, qué imbécil eres!

Me suelta de golpe y me da una bofetada en toda la cara. Nos miramos desconcertados. Olaf se quita la sangre del labio.

—Lo siento, pero te lo has ganado —dice con calma.

—¿Que me lo he ganado? Creo que te he dado a entender muy claramente que me soltaras. Que me lo he ganado… —gruño—. ¿Sabes una cosa? Haz lo que te dé la gana, pero a mí no me vuelvas a llamar, ni a invitarme, ni a enviarme mensajes. Déjame en paz. No quiero volver a verte.

Olaf me mira incrédulo. Intenta decir algo, pero yo no espero. Me cuelgo el bolso al hombro y me voy deprisa por el pasillo.

—¡Sabine! —grita Olaf a mis espaldas.

Yo no miro atrás, doblo la esquina y me meto en los aseos de señoras. Encima el imbécil ese se pone a dar gritos en el pasillo. Seguro que lo ha oído todo el mundo.

Pongo las manos debajo del chorro de agua fría y miro mi cara de malas pulgas en el espejo. La bofetada no ha hecho suficiente impacto para dejar una huella, pero siento un cosquilleo en la mejilla. Robin tenía razón: Olaf tiene una faceta con la que hay que andarse con cuidado. Mi hermano rompió con él, y eso es precisamente lo que yo tengo que hacer.

Bebo un trago de agua, voy a uno de los lavabos y no salgo al pasillo hasta que me he tranquilizado completamente.

Esta mañana hacía tormenta, uno de esos chubascos de verano que se lleva el calor de muchos días, y he venido al trabajo en coche. Por suerte, pues no ha parado de llover en todo el día. Camino por el aparcamiento evitando los charcos y me monto en el coche. Al salir a la calle veo en el retrovisor que el coche de Olaf me sigue.

Arrugo el entrecejo. ¿Me ha esperado, el muy loco?

Cambio a segunda y vigilo el Peugeot negro por el retrovisor. Olaf vive en la zona sur, así que tiene que girar aquí a la izquierda.

Pero gira a la derecha.

Cambio a tercera y consigo por los pelos pasar el semáforo en naranja. Olaf se lo salta en rojo. Deja que se interpongan algunos coches, pero me sigue de cerca. ¿Qué quiere? ¿Por qué no se me ha acercado en el aparcamiento, si quería hablar conmigo?

Entro en mi barrio, en mi calle, y aparco delante de la puerta. Gracias a Dios.

Olaf aparca en doble fila, pero no se baja del coche. Se queda sentado detrás del volante con una extraña expresión.

Abro insegura la portezuela del coche y me bajo. Agarro el bolso y me encamino presurosa a la puerta de mi casa. Meto deprisa la llave en el ojo de la cerradura, abro la puerta, la cierro rauda detrás de mí y corro escaleras arriba.

La privacidad de mi apartamento me proporciona una deliciosa sensación de seguridad. Entro en el recibidor dando un profundo suspiro y cierro la puerta con llave.

Tiro el bolso al sofá, voy a la cocina y me hago un té de hinojo dulce. Dicen que proporciona tranquilidad interior, algo que, en estos momentos, necesito. Hago el ritual completo: una velita encima de la mesa del salón y un platito con trocitos de chocolate, como lo hacía mi madre siempre. Yo, en general, meto el saquito del té un momento en el agua hirviendo y ya está. Pero a veces siento necesidad de repetir la exhaustiva ceremonia del pasado.

Miro por la ventana con la jarrita en las manos. Olaf está aún en doble fila delante de mi puerta, con la ventanilla abierta, el brazo colgado hacia fuera en un gesto despreocupado y la mirada fija en mi ventana.

Me aparto deprisa y me acomodo en el sofá con las piernas cruzadas. De acuerdo, tiene intención de acosarme. Pues se cansará pronto, porque, de momento, no pienso salir de casa. Ya te las arreglarás, Olaf van Oirschot. Por mí quédate allí hasta mañana, yo no me aburro en casa.

Pero la verdad es que tampoco me divierto. Tomo un sorbo de té, pero en vez de traerme la esperada tranquilidad interior, me quemo el labio. Suelto un taco, dejo la jarrita en la mesa y me lanzo al chocolate. He roto en pedazos dos tabletas de chocolate puro, más por adorno que con la idea de comérmelo todo, pero antes de darme cuenta he vaciado el platito. Los estudios científicos han

demostrado que el chocolate contiene sustancias que producen efectos muy positivos en el estado de ánimo. No entiendo por qué se han gastado tanto dinero en un estudio cuyos resultados son tan obvios. Y uno se pregunta por qué no ponen chocolate en los antidepresivos, cuando da tan buen resultado.

Un poco empachada —por desgracia, tiene también efectos secundarios— me bebo el té cuando se ha enfriado un poco. Son ya las seis y media, pero se me ha quitado el hambre. Más tarde me haré un sándwich, cuando mi estómago se haya recuperado de la sobredosis de chocolate.

Me sirvo otra jarrita de té, miro un rato la televisión y una hora más tarde empiezo a sentir hambre. De camino a la cocina miro por la ventana. Olaf sigue delante de la puerta, pero ya no está en doble fila.

Pongo un cedé de Robbie Williams y canto con él a voz en grito y sin afinar mientras preparo las lonchas de queso, saco un poco de jamón de York de la nevera y lo pongo todo sobre dos rebanadas de pan blanco.

—*«Come undone!»*—canturreo mientras el sándwich chasquea conmigo desde el aparato.

Un ruidoso timbre intenta superar el volumen de mi voz. Cojo el teléfono, pero es el timbre de la puerta el que alguien aprieta fuerte e insistentemente.

Olaf. No necesito mirar por la ventana para saber que es él. Lo veo en mis pensamientos, en su habitual postura, con una mano apoyada en el marco de la puerta y su largo cuerpo algo inclinado en actitud impaciente.

Ignoro la llamada. Suena el móvil, miro la pantalla y veo el nombre de Olaf. Apago el teléfono y subo el volumen de Robbie Williams para ahogar el exasperante timbre.

Olaf se queda toda la velada delante de mi casa; llama a la puerta, se aleja, vuelve a llamar, toca el claxon del coche prolongadamente y me deja mensajes en el contestador automático. Más tarde, cuando se hace de noche, oigo que por fin se va. Me meto debajo de la ducha muy aliviada y me acuesto. No sé si hubiera podido dormir sabiendo que Olaf estaba observando mis ventanas continuamente. ¿Regresará mañana? No voy a esperar a averiguarlo. Me aseguraré de no estar en casa en todo el fin de

semana. Volveré a Den Helder.

30

A la mañana siguiente salgo de casa a eso de las ocho y media, antes de que Olaf se presente sin invitación. Esta noche he dormido mal. Olaf aparecía en todos mis sueños, pero ya no recuerdo en qué forma. Lo único que sé es que me he despertado muy nerviosa y que la mejilla me duele un poco en el lugar donde me golpeó.

«Es la primera y la última vez», pienso furiosa mientras me acerco al coche. Me subo, enciendo la radio y coloco el termo con café recién hecho en el soporte. Es una hora de viaje a Den Helder, y sin café, no aguanto.

Arranco, dejo Amsterdam atrás y doy un profundo suspiro. ¡A Den Helder! Será un largo día. Afortunadamente no hay mucho tráfico; mis inquietos pensamientos me impiden concentrarme en el tráfico, así que me mantengo en el carril de la derecha, adelantando sólo cuando es absolutamente necesario, y de vez en cuando tomo un buen trago de café.

Un poco antes de llegar a Den Helder salgo de la autopista y entro en el pueblo en que transcurrió mi juventud. Esos nuevos barrios de los años setenta con sus innumerables plazuelas y calles circulares deben de ser un martirio para los carteros principiantes. La ilógica numeración de las casas dificulta la búsqueda en este laberinto, pero yo recuerdo perfectamente dónde vivía Isabel.

Aún es temprano, las nueve y media. Aparco, me bajo del coche y me acerco a la casa. El jardín delantero está exactamente igual: jardineras hechas con durmientes y llenas de geranios. Una teja pintada con motivos florales y colgada en la fachada indica que aquí viven Elsbeth, Luuk, Isabel y Charlot Hartman.

Miro el letrero un rato y al final llamo al timbre.

No aparece nadie. No se me ha ocurrido ni por un instante que podrían no estar en casa. ¡Qué estúpida! Me doy la vuelta para marcharme cuando se abre la puerta. Una mujer pequeña y morena, de unos cincuenta años, me mira con curiosidad. Le devuelvo la mirada con la esperanza de que me reconozca. Pero ella levanta las cejas en un gesto de curiosidad.

—¿No me reconoce? —pregunto—. Soy Sabine Kroese.

La curiosidad en sus ojos da paso a la sorpresa. Elsbeth Hartman se lleva la mano a la boca.

—¿Sabine? —murmura—. ¡Ahora lo veo! ¿Qué haces aquí? —Probablemente se da cuenta de lo inhóspito de su pregunta, porque abre la puerta al instante—. Entra, mujer. ¡Me has dejado perpleja! ¡Qué alegría volver a verte! ¿Estás de paso?

—Dentro de poco hay un encuentro de ex alumnos —explico, y entro en el recibidor.

—Sí, lo leí en los periódicos. ¿Vas a ir?

—Aún no lo he decidido.

Elsbeth me precede al salón. Mis ojos repasan rápidamente la estancia —muchos muebles de madera oscura, el piano al que Isabel y yo siempre nos sentábamos—, y se detienen en una foto de Isabel que hay colgada en la pared. La última foto escolar.

—¿Quieres té? —pregunta Elsbeth detrás de mí.

Me doy la vuelta, sonrío y asiento.

—Sí, por favor.

Me siento sin que me lo ofrezca, aliviada de que Elsbeth se quede en la cocina hasta que esté listo el té. Quizá también necesita reponerse. Me da tiempo para mirar alrededor y procesar los recuerdos que me asaltan.

Elsbeth entra con una bandeja. Lleva una tetera de cristal, un platito con galletas y dos tazas. Camina con cuidado, y yo aparto deprisa unas revistas que hay encima de la mesita de salón. Ella sonríe y pone la bandeja. Las manos le tiemblan ligeramente al servir el té.

—¡Qué sorpresa! Estoy perpleja —dice otra vez.

Oigo la pregunta en su tono de voz.

—Estaba por casualidad por esta zona —digo—. No sé por qué he venido aquí. Ha sido un impulso.

—Pues me alegro —dice Elsbeth—. Hace tanto tiempo que no nos vemos. ¿Cómo te va todo?

Tomo un sorbo de té y me quemo el labio. La fina porcelana es tan buena conductora que el té se enfría antes que la taza. Se me saltan las lágrimas y dejo la taza deprisa encima de la mesa. Elsbeth me observa detenidamente. Se hace un tenso silencio.

Empezamos a hablar al mismo tiempo y eso nos hace reír. Con un gesto, Elsbeth me invita a seguir. Le cuento sobre mis estudios, mi trabajo. Mi piso en Amsterdam. Veo que cada una de mis palabras la hiere, pero ella sonríe alentándome a continuar.

De repente no lo soporto más. Me inclino hacia delante y le pongo la mano en el brazo.

—¿Y ustedes? ¿Cómo va todo por aquí? —pregunto apremiante.

Mis ojos miran los suyos, la sonrisa se le borra de la cara.

—Bah... ¿Qué quieres que te diga? —responde en voz baja.

Se le saltan las lágrimas. Yo le aprieto el brazo con suavidad.

—Al principio tienes esperanzas. Te despiertas por la mañana pensando: quizá hoy... Pero con el paso del tiempo es cada vez más difícil levantarte. Llenar las horas con actividades fútiles. Más tarde intenté retomar las cosas, aunque sólo fuera por Charlot. Pero en todo lo que haces piensas en ella. Cuando vas a hacer la compra, la buscas. Cuando la gente me pregunta cuántos hijos tengo no sé si responder uno o dos. Y cada año llega su cumpleaños, y el día que desapareció... —su voz se apaga.

Se asoma a un pasado lleno de un dolor y una desesperación que no pueden describirse con palabras.

Nos tomamos el té, cada una sumida en sus pensamientos. Desde la pared, los oscuros ojos de Isabel nos observan. Parece que me mire fijamente. No puedo evitar que sus ojos atraigan mi mirada una y otra vez.

Elsbeth lo nota.

—Cada vez que miro la foto tengo la sensación de que me ve. Que me mira y me dice: «¿Os habéis rendido? ¿Seguís viviendo sin mí, como si nada?» Y ya no me atrevo a hacer nada agradable, me siento culpable cuando me río y, por unos instantes, no pienso en ella. ¡Si siempre regresa inmediatamente a mis pensamientos!

No sé qué decir.

—Mientras no tienes seguridad, sigues esperando que cualquier

día se presente en casa —dice Elsbeth.

—¿No han tenido noticias de ningún tipo?

—No. Nada. Pero siguen trabajando en el caso. El detective que lo lleva nos mantiene al corriente, y hace poco hicieron un llamamiento en el programa *Desaparecidos.*

—¿Sirvió de algo?

—Sí, se recibieron muchísimas llamadas, pero ninguna que condujese a algo concreto.

—Lo siento.

Elsbeth endereza la espalda y sirve otra taza de té.

—Pero a ti todo te va bien. Me alegro —dice en un osado intento de parecer optimista—. De verdad me alegro de verte. Siempre fuiste tan buena amiga de Isabel. Sólo me atrevía a dejar que fuera en bicicleta al instituto porque sabía que tú ibas con ella, por si le daba un ataque. Recuerdo que en primaria tú ya leías todo lo que encontrabas sobre la epilepsia, para poder ayudarla. Yo siempre le recordaba la suerte que tenía con una amiga tan fiel. Siempre estabas allí cuando te necesitaba, la vigilabas, la cuidabas...

—Recuerdo una vez que fuimos con una excursión del colegio a un parque de atracciones —rememoro—. Teníamos unos diez años.

Elsbeth sonríe.

—Yo no quería que Isabel fuera, porque tantos estímulos la podían perjudicar. Pero tú me prometiste no subir en las atracciones más violentas, que le recordarías que tenía que tomarse sus medicinas, y que no la dejarías sola. Ni siquiera te lo tuve que pedir, estas cosas salían de ti.

—Y entonces la dejó ir.

—Sí, entonces la dejé ir. Y el maestro me contó conmovido que te habías pasado el santo día vigilando a Isabel como un perro guardián.

Nos quedamos calladas de nuevo, sin mirarnos. Los recuerdos flotan pesados y dolorosos entre las dos.

—Yo me acuerdo mucho de Isabel —digo sin especificar la razón —. Sobre todo desde que leí en el periódico el anuncio del encuentro. Y casualmente me encontré poco después con un chico con el que ella había salido un tiempo.

—¿Ah, sí? —dice Elsbeth.

—Sí. Olaf van Oirschot. ¿Lo conoce?

—El nombre me resulta conocido, pero reconozco que no estaba al corriente de los novios de Isabel. No traía nunca a nadie a casa.

—Ella iba siempre a la discoteca Vijverhut, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Y a Mariendal, junto a las Dunas Oscuras. No lo sé con exactitud, era muy independiente.

—Y muy popular. ¿No preguntó la policía con quién se relacionaba?

—Por supuesto que sí. Querían saber qué amistades tenía. Y también los interrogaron. La verdad es que yo ni los conocía. Tuve que coger su agenda para darles los nombres.

—¿Su agenda? ¿No la llevaba encima cuando desapareció?

—No, la había olvidado en casa. Encima de su escritorio.

Me sobresalto.

—¿Aún la conserva?

—Pues claro. Está en su habitación —dice estudiándome con la mirada—. ¿Por qué? ¿La quieres ver?

—Sí, me gustaría.

Elsbeth no hace amago de levantarse y yo siento que espera una especie de explicación. Dejo la taza de té en la mesita de cristal.

—Le seré sincera. Durante años, no recordaba nada del día que desapareció Isabel, pero las últimas semanas, los recuerdos están regresando. En psicología lo llaman «represión». Es una forma de desterrar tan eficazmente de la memoria un acontecimiento que te sobrecogió, que no recuerdas nada. No sé por qué, pero los últimos tiempos, los recuerdos están regresando.

Los ojos de Elsbeth empiezan a brillar. Debo tener cuidado, no darle demasiadas esperanzas.

—Probablemente no signifique nada, pero nunca se sabe. Estoy intentando recuperar todo lo que pueda sobre ese día. A lo mejor le sirve para algo a la policía.

Elsbeth está sentada en silencio en la punta de la silla. Mira fijamente por la ventana, a continuación la foto de Isabel, y, por último, a mí.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta en voz baja.

—Sí. Me gustaría ver la agenda.

—Ven conmigo.

Elsbeth se levanta y se dirige a la puerta. Yo la sigo. Subimos la escalera. Miro la puerta cerrada de la habitación de Isabel

conteniendo el aliento. ¿Qué espero ver? ¿Su habitación como la vi por última vez cuando íbamos a primero? ¿Llena de pósteres de estrellas del pop, su escritorio repleto de papeles, libros abiertos sembrados por el suelo, la mesita con los silloncitos de mimbre en los que nos contábamos nuestros secretos?

Elsbeth abre la puerta y las dos entramos. El empapelado es diferente. No hay libros tirados, todo está cuidadosamente guardado en la librería. Veo el rincón con los silloncitos de mimbre; hay un ramo de flores sobre la mesa. Su escritorio contra la pared, junto a la puerta, está bien ordenado. No cabe duda de que los cajones estarán llenos de sus cuadernos, bolígrafos y objetos de uso personal. Pero no es un mausoleo. Es un cuarto limpio, luminoso y ordenado. Que nunca vaciaron.

Elsbeth abre un cajón y saca una abultada agenda.

—Está llena de fotos —dice con una risita nerviosa—. Quizá tú reconozcas a alguien.

—¿Me la podría llevar a casa?

En sus ojos aparece una expresión de alarma.

—¿A tu casa?

—No. Déjelo —digo deprisa—. ¡Qué pregunta más tonta! La miraré aquí.

Sería agradable hacerlo en solitario, pero Elsbeth se sienta en el borde de la cama y me observa.

Hojeo la agenda despacio. Estudio todas las páginas detalladamente. Mis ojos se deslizan por la lista que hay en la primera. Veo los nombres, las direcciones y los teléfonos de los compañeros de clase escritos unos debajo de otros con una letra fina y menuda. Al final aparecen los de Robín y Olaf, y los de otros chicos que no conozco.

Saco mi agenda del bolso, copio algunos datos y subrayo la dirección de Olaf.

A continuación observo las fotos. Isabel en medio de un grupo de gente joven que no conozco. Están al aire libre, abrazados por los hombros, como un frente. Los chicos son mayores que las chicas.

Isabel sentada en la barra de un bar junto a Robin, los dos giran la cara como si los hubieran estorbado.

Isabel besando a Olaf. Isabel abrazada estrechamente a un desconocido. Después una foto carné de Olaf. En la siguiente foto,

me sonríe el curtido rostro de un Olaf joven, con el cabello mojado y el mar de fondo.

Paso las hojas hasta llegar al ocho de mayo. Los deberes, y debajo, en la misma letra fina y menuda: DO IO.

Miro a Elsbeth.

—¿Qué significa DO diez?

—No lo sé —contesta—. Primero, la policía pensaba que Isabel tenía una cita a las diez con alguien con las iniciales DO. Pero no encontraron en su círculo de amistades a nadie con esas iniciales. Más tarde sospecharon que se trataba del bosque de Den Helder, pero nunca lo averiguaron con certeza.

—¿Buscaron allí?

—Sí, con un equipo especialista y perros rastreadores. También utilizaron un helicóptero con rayos infrarrojos, pero esa técnica sólo funciona en terreno abierto: en el mar, en la playa o en las dunas. El resultado tenía que venir del equipo especialista y los perros rastreadores. Los agentes peinaron el bosque cogidos de la mano, pero no encontraron nada. Incluso si pasas al lado puedes no detectar algo. Y cuando estás todo el día buscando, al principio lo haces con concentración, pero con el paso de las horas te despistas. Por eso, una semana más tarde repitieron la operación, pero sin resultado.

La escucho a medias, sigo mis propios pensamientos.

—No entiendo por qué iba a quedar con nadie a las diez. A esa hora estaba en el instituto. Teníamos clase hasta las dos. Y estoy segura de que no hizo novillos.

—Lo sé. La policía lo investigó. Isabel asistió a todas las clases. Probablemente había quedado con alguien a las diez de la noche, pero nunca sabremos con quién.

Yo observo la minuciosa letra, la raya recta y el redondo cero. Sé que es importante. Yo oí a Isabel hablar sobre una cita después de clase, junto a las Dunas Oscuras. No sabía con quién había quedado, ni me interesaba. Que hiciera lo que quisiera. Ojalá hubiera escuchado mejor.

—Diez —digo—. ¿Qué puede significar? ¿Tenía un diario?

Elsbeth niega con la cabeza.

—No, a Isabel no le iban esas cosas. No tenía suficiente paciencia, estaba demasiado ocupada, siempre de camino a algo o

alguien —sonríe melancólica—. Se relacionaba con muchísima gente. Ése fue el problema cuando desapareció: no teníamos ni idea de dónde buscarla.

Sigo mirando la página del ocho de mayo en la agenda de Isabel. Empiezo a intuir lo que significa ese diez. Mientras lo voy entendiendo, mi cuerpo se tensa. Tengo que reprimirme para no soltarlo de golpe. No vale la pena alterar a Elsbeth o darle falsas esperanzas. Cojo el bolso y me levanto.

—¿Te apetece otra taza de té? —pregunta Elsbeth.

—No, muchas gracias. Tengo que irme.

Elsbeth asiente y baja las escaleras detrás de mí. Me acompaña a la puerta y, ya en el vano, me da un beso en cada mejilla.

—Me alegro mucho de verte, Sabine —dice cariñosa.

—Que vaya bien —contesto en voz baja.

Elsbeth mantiene mi mano en la suya, sin dejarme marchar.

—Con sólo que la encontraran —dice triste—. En el fondo de mi corazón, ya no tengo esperanzas de que viva, pero si la encuentran podremos cerrarlo, despedirnos de ella.

Miro el avejentado rostro de Elsbeth y sus ojos, brillantes por las lágrimas.

—Sí —contesto—. Tiene razón. Tienen que encontrarla.

31

Una vez en el coche recuerdo que aún llevo el móvil apagado. Lo enciendo y escucho el buzón de voz. Cinco mensajes. Tienen que ser todos de esta mañana porque anoche, antes de irme a dormir, borré los que tenía. Los escucho.

9:11: Sabine, soy Olaf. Estoy delante de tu casa, pero creo que no oyes el timbre. Tengo que hablar contigo.

9:32: He dado una vuelta, pero aún no te has levantado. No sabía que eras tan dormilona. Por cierto, ¿dónde está tu coche? ¿Has salido? Llámame cuando oigas este mensaje. Ahora me voy a casa.

10:15: Sabine, llámame.

10:30: ¿Dónde demonios estás? ¿Por qué tienes el móvil apagado?

10:54: Estoy de camino a Den Helder y me apetecía hacer algo juntos, ¡pero para eso tienes que llamarme! ¡¿Dónde estás?!

Es realmente increíble. Ni arrepentimiento, ni perdón...

Miro la hora: casi las once. Apago deprisa el teléfono, antes de que suene. Con la fría voz de Olaf aún en mi cabeza, me dirijo a la primera dirección de las que he copiado de la agenda de Isabel.

La calle Prins Willem-Alexandersingel se encuentra en el barrio más distinguido de la ciudad. Es una zona elegante, llena de grandes mansiones. No me atrevo a aparcar junto al canal, así que sigo, dejo el coche en la calle de atrás, y vuelvo andando. Me detengo delante del número 23.

Familia Oirschot, dice el letrero de cobre que hay junto a la puerta.

Llamo al timbre. El sonido de un fino gong llena el pasillo, y, casi inmediatamente, oigo pasos en la escalera. Poco después se abre la puerta. Una señora mayor con el canoso cabello elegantemente recogido, me mira con curiosidad.

—¿Es usted la señora Van Oirschot, la madre de Olaf? —pregunto.

—Sí —dice en actitud expectante.

Le tiendo la mano.

—Mi nombre es Sabine Kroese, soy la novia de Olaf.

Ella coge mi mano con un delicado gesto y la estrecha con sutileza. Al mismo tiempo mira por encima de mi hombro a la calle.

—He venido sola —sonrío—. Olaf tenía otros compromisos. Yo tenía que venir a Den Helder y pasaba por casualidad por esta calle. No sé por qué he parado. Creo que por curiosidad. Si la estorbo, dígamelo sinceramente.

Una sonrisa ilumina su bello rostro.

—¡Qué locura! Al contrario, estoy encantada de que estés aquí. Siempre deberíamos ceder ante los impulsos. De ahí salen los momentos más agradables. Entra, Sabine. Iba a tomarme un café.

—Gracias —digo siguiendo a la señora Van Oirschot pasillo adentro.

—Kroese —dice sin volver la cabeza—. Ese nombre me resulta familiar. ¿Nos conocemos?

—No —contesto.

—Es curioso...

El alto y estrecho pasillo va a parar a un oasis de luz y espacio: el salón. Un parqué brillante, elegantes alfombras en tonos pastel, paredes estucadas en blanco y muchos muebles antiguos. El techo lleva ornamentos originales, probablemente del siglo XIX.

—¡Qué casa tan preciosa! —digo llena de admiración.

La señora Van Oirschot sonríe.

—Lo es —corrobora—. Vivo aquí muy a gusto. Olaf opina que es demasiado grande para mí sola, pero yo no tengo intención de irme.

—Y tiene razón.

Me siento en el sillón que me indica la señora Van Oirschot. Ella se acomoda en el sofá.

—El café está saliendo —me informa—. Mientras tanto podemos presentarnos. Me alegro de que Olaf por fin tenga novia de nuevo.

¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Unas semanas —contesto—. ¿Por qué dice usted «por fin»? Seguro que Olaf ha tenido más novias.

La señora Van Oirschot niega con su bien peinada cabeza.

—A Olaf no se le dan muy bien las novias. Es muy exigente.

—Pues en el trabajo es muy popular.

La señora Van Oirschot sonríe.

—No parece afectarle. Yo siempre le pregunto sobre el tema de las mujeres, llamémoslo curiosidad maternal, y lo que me cuenta no me da muchas esperanzas de que me dé una nuera. La una es una cursi, a la otra se le han subido los humos a la cabeza, la tercera es una creída, y así podríamos seguir un buen rato. Hace unos meses me dijo: «Mamá, parece que ya no haya chicas normales. No hacen más que comerte con los ojos y flirtear, pero es imposible mantener con ellas una conversación normal. Lo único que les importa es conquistarte y a las pocas semanas pierden el interés.» Olaf se desquicia. Es un chico serio y muy bueno. No es un cantamañanas.

—Pero antes de mí tendría otras novias —le tiro de la lengua.

—Sí, claro; pero yo no llegué a conocer a ninguna. Para cuando llegaba el momento ya habían cortado. Él siempre se quedaba muy desilusionado.

—¿Sabe usted quiénes eran? Quizá las conozca.

—No sabría decir. Como ya te he dicho, nunca me presentó a ninguna. Bueno sí, una: Eline Haverkamp. Una chica muy agradable, inteligente. Una pena que no saliera bien. Perdona un momento, voy a mirar si ya ha salido el café. —Se levanta con un grácil movimiento y abandona el salón.

Yo cojo mi agenda y escribo el nombre: Eline Haverkamp.

—Creo que conozco a Eline —miento cuando la señora Van Oirschot regresa con una bandeja en las manos—. ¿No vive en Amsterdam?

La señora Van Oirschot reflexiona frunciendo ligeramente el entrecejo.

—No. Me parece que vive en Den Helder —responde—. Estudiaron juntos en Amsterdam, pero ahora ella vive otra vez aquí. Pero cuéntame, ¿cómo os conocisteis?

Sirve el café con ademanes elegantes y me presenta una bandejita con unas pastas de un aspecto exquisito. Cojo una

mientras me viene a la mente el recuerdo de los bombones del señor Groesbeek.

—En el trabajo —le explico—. Lo curioso es que ya nos conocíamos de antes. Olaf era muy amigo de mi hermano, Robin.

—¡Robin Kroese, por supuesto! Por eso tu apellido me resulta familiar. Conocí muy bien a Robin. ¿Así que tú eres su hermana? ¡Qué casualidad! —Coge sonriente las pinzas del azúcar y deja caer un terrón en su taza—. ¿Azúcar? ¿No? Haces bien, el azúcar no es bueno para la línea. Aunque tú, por eso no tienes que preocuparte, tienes una figura estupenda.

—Usted también —respondo de forma espontánea—. Tiene un aspecto magnífico, señora Van Oirschot. Es usted muy diferente a como me la imaginaba.

—¿Y cómo me imaginabas?

Siento que el rubor me sube por el cuello a las mejillas.

—Pues… quiero decir… Olaf puede ser un poco basto. Muy diferente a usted.

La señora Van Oirschot revuelve su café sin levantar la vista.

—Entiendo a lo que te refieres —dice—. Sí, Olaf es así. Lo heredó de su padre, que también era un tanto zafio. Pero en el fondo es un buen chico, muy afectuoso. Viene a verme todos los sábados por la tarde —levanta la mirada sorprendida—. ¿Por qué no habéis venido juntos?

—¿Qué quiere decir?

—Él viene todos los sábados a comer conmigo. Iba a llegar sobre las doce.

El sorbo de café se me hiela en la boca. Echo una rápida mirada al reloj de pared que tengo enfrente. Las once y media. Me tomo el café deprisa. Quería abordar las cosas con calma, pero ya no me queda tiempo para eso.

—Señora Van Oirschot, se acuerda usted de Isabel Hartman?

—Claro que la recuerdo.

—Ella y yo íbamos a la misma clase.

—Lo sé —dice simplemente.

Me sorprende. Me sorprende tanto que no sé cómo seguir. La verdad es que tampoco sé adónde quiero ir a parar con esta conversación. Conseguir información. Respuestas. Pero para eso hay que formular las preguntas adecuadas. Echo una desesperada

mirada al reloj y sigo chapuceando.

—Olaf estaba muy enamorado de Isabel, ¿verdad? —pregunto.

—Muchos chicos se sentían atraídos por ella. A mí no me agradaba. Jugaba con sus sentimientos. Lo único que hacía era conquistarlos y, después, rechazarlos. Yo avisé a Olaf, pero él estaba ciego. Salieron juntos bastante tiempo, hasta el día de la desaparición. Olaf estaba destrozado. Durante semanas fue imposible hablar con él.

—Pero ¿la policía lo interrogó?

—Sí, pero no les pudo contar nada. El día de la desaparición de Isabel, él no la había visto.

—¿No? Yo pensaba que habían quedado para esa tarde.

—Olaf tenía un examen, y cuando lo terminó, vino a casa directamente. Yo se lo ratifiqué a la policía.

—Así que no fue a la cita con Isabel —No. Regresó a casa inmediatamente.

La señora Van Oirschot se endereza aún más. Veo que su actitud cambia, y oigo que su voz adopta un desagradable tono hostil. Me observa como un depredador que calcula la debilidad de una posible presa. Yo me muevo inquieta en el sillón, miro de nuevo el reloj y fuerzo una sonrisa.

—Bueno. Ha sido muy agradable conocerla, pero me tengo que ir. Gracias por el café, señora Van Oirschot.

—Siéntate.

Su voz suena distante, y de repente veo de dónde ha sacado Olaf su fría mirada. Se inclina un poco hacia mí, exactamente igual a como lo hace Olaf.

—No has venido a pasar un rato, ¿verdad? —dice.

No le respondo, cojo el bolso del suelo e ignoro su orden de quedarme sentada.

—Tengo que irme. Hasta otra ocasión.

Son las doce menos diez.

—¡Sabine! —me llama desde detrás.

Me detengo con desgana en el vano de la puerta. Ella se me acerca, pero yo no la temo. La observo con la misma mirada escudriñadora. Una mujer tan frágil no podrá detenerme.

¿Ve el cambio en mi mirada? Se detiene, junta las manos y calla. El silencio flota entre nosotras como una espada. Cuando por fin

habla, su pregunta me sorprende.

—¿De verdad eres la novia de Olaf?

—Lo era.

—¿Y él ya lo sabe?

Titubeo y niego con la cabeza.

Ella asiente resignada.

—Me lo temía.

—¿Se lo temía? ¿Por qué?

—Como ya te he dicho, a Olaf le resulta muy difícil mantener las relaciones. No sé por qué. Eline no me lo pudo explicar. ¿Y tú?

Doce campanadas resuenan por la casa.

—Lo siento, pero tengo que irme.

Me doy la vuelta y salgo al pasillo casi huyendo. La puerta de la calle tiene la cadena echada. Forcejeo hasta soltarla y abro la puerta de un tirón. Espero sentir de un momento a otro una fuerte mano que me agarra del brazo, pero en vez de eso salgo a la calle y noto el calor del sol en la cara.

Al llegar a la esquina oigo el ruido de un pesado motor. Tengo que ir en esa dirección, pero en vez de hacerlo, giro deprisa a la derecha. No me importa si la señora Van Oirschot me mira o no: empiezo a correr. El coche se acerca y se detiene delante de la puerta de la que yo acabo de salir precipitadamente.

Miro por encima del hombro. Un Peugeot negro. Las portezuelas permanecen cerradas, no se baja nadie. Doblo la esquina deprisa, temerosa de oír gritar mi nombre. Pero todo permanece tranquilo. Por si acaso me meto en una calle lateral, corro por un callejón y recupero el aliento apoyada en la valla de un jardín.

Cuando me rehago, salgo en busca de mi coche, una tarea nada fácil. Me subo rápidamente y cierro las puertas con el cierre centralizado.

Cojo el móvil, lo enciendo y controlo el buzón de voz. Seis mensajes más. Pongo en marcha el motor sin escucharlos y salgo disparada, en dirección a Correos.

32

Haverkamp. Encuentro una larga lista en el listín telefónico. Tengo intención de llamar a todos los números, uno por uno, pero al tercero doy en el blanco.

—Eline Haverkamp —dice una clara voz de mujer joven.

—Buenos días. Mi nombre es Sabine Kroese —digo—. No nos conocemos, pero creo que tenemos un conocido común. Olaf van Oirschot.

Se hace un silencio.

—¿Me oyes? —pregunto cuando el silencio se prolonga.

—Sí. ¿Pasa algo con Olaf?

—No. Excepto que yo estoy saliendo con él, y...

—Ten cuidado —me interrumpe.

—¿Cómo?

—No es un tipo tan agradable como parece. Hablo por experiencia.

—Por eso te llamo. ¿Podría pasar un momento por tu casa?

—¿Ahora?

—Es importante.

—Bueno. Vivo en el barrio Schooten. ¿Sabes dónde está?

—Sí, yo me crié aquí. Ahora estoy en Correos de la calle Middenweg, así que en un cuarto de hora estoy en tu casa.

Cuelgo y anoto la dirección que indica el listín. Un poco después me dirijo con el coche a Schooten, un barrio periférico de Den Helder. Mirjam vivía allí, recuerdo.

Encuentro fácilmente la calle de Eline Haverkamp. Hay sitio de sobra, así que aparco delante de la puerta y me bajo. Mientras

cierro el coche se abre la puerta de la casa. Una joven de mi edad me sonríe. Cruzo el pequeño jardín delantero y nos saludamos en la entrada con un firme apretón de manos.

—Hola —dice Eline—. Entra. No te tropieces con las cajas, acabo de llegar del supermercado.

—Has hecho la compra para toda la semana, ¿no? —digo entre risas mientras sorteo las cajas.

—Sí, es lo que hay, cuando trabajas toda la semana. ¿Quieres café?

—No, gracias, acabo de tomar uno.

Lo que tengo es hambre, pero eso no se dice. Así que me siento y observo el pequeño pero bien decorado salón. Como me gusta a mí: mucha madera nórdica y muchas plantas. Una gran estantería llena de libros cubre completamente una de las paredes.

—Voy a ir al grano: ten cuidado con Olaf van Oirschot —dice Eline mientras se sienta y enciende nerviosa un cigarrillo—. Yo estuve saliendo con él un año, pero la segunda mitad no fue una experiencia nada agradable.

—¿Por qué?

—¡Bah! ¿Por qué? —Se encoge de hombros—. Era muy dominante, muy posesivo. Desde que empezamos a salir me consideró su propiedad. Esperaba que le dedicara todos mis ratos libres. Casi no veía a mis amigos sin él; siempre venía conmigo a todas partes. Si yo tenía otros planes empezaba a protestar como un niño pequeño. Podía ser increíblemente irracional, buscaba la pelea, hacía las paces y después todo volvía a empezar. La verdad es que la cosa sólo funcionaba cuando yo hacía exactamente lo que él quería. —Me mira detenidamente—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Sólo unas semanas, pero nos conocemos de antes.

—¿Cómo te llamas, entonces?

—Sabine Kroese.

—Yo conozco a un tal Rob Kroese. Era un amigo de Olaf.

—Robin. Es mi hermano. Así nos conocimos Olaf y yo. Hace un tiempo nos encontramos por casualidad y nos entendimos desde el primer momento. Pero yo siempre tengo una sensación rara cuando estoy con él, no sé por qué.

—Yo sí lo sé. —Eline toma una calada—. Porque está tarado. Olaf van Oirschot es el caso típico del guaperas que se convierte en

un tirano cuando se siente rechazado.

—No será para tanto…

—Puede ser para tanto. Cuanto más tiempo dura la relación, más se aferra a ella. Líbrate de él en cuanto puedas, antes de que se ponga agresivo.

—¿Agresivo?

—Me pegaba —dice Eline—. No muy fuerte, pero aun así… Un hombre que pega a su novia… mal asunto. Tras la primera bofetada rompí con él, pero no fue nada fácil. Me acosaba, me llamaba constantemente por teléfono, y molestaba a mis amigos para ponerse en contacto conmigo. Al fin tuve que denunciarlo. Se celebró el juicio y le impusieron una orden de alejamiento. Me siguió llamando y enviando cartas amenazantes durante semanas. Por último lo dejó. Debía de tener otra chica.

Me hundo en los suaves cojines del sofá.

—Creo que ahora sí me apetece un café —confieso encendiendo también un cigarrillo.

Eline sonríe comprensiva y se levanta con un ágil movimiento. Pone el café y se apoya en la barra tipo bar que separa la cocina del salón.

—¿Te he asustado?

—No. Has confirmado lo que ya sospechaba —respondo—. Antes, cuando íbamos al instituto, él salía con Isabel Hartman. ¿Has oído ese nombre?

—¿Quién no lo conoce? —Eline sigue apoyada en la barra mientras sale el café—. La estación estuvo llena de pósteres durante meses. ¿Olaf salía con ella?

—¿No te lo contó?

—No. Es raro.

—Y más siendo los dos de Den Helder.

Eline apaga el cigarrillo en una maceta que hay encima de la barra.

—Yo iba a la misma clase que Olaf —explica—. Por eso conozco también a Robin. Entonces nosotras también íbamos al mismo instituto, Sabine. Es extraño, no me acuerdo de ti en absoluto.

—No destacaba mucho —digo sonriendo—. Además, yo iba a otro curso.

—Es verdad. ¿Estabas en el curso de Isabel?

—Sí.

—Me pregunto por qué Olaf nunca me contó que la conocía tan bien. Si hasta miramos juntos un programa de televisión sobre el caso Hartman... —Eline mira al frente, pensativa.

—A mí tampoco me lo dijo. Su madre dice que cuando Isabel desapareció, él se quedó destrozado. Dice que él no había visto a Isabel en todo el día, pero yo sé que eso no es cierto. Tenían una cita en las Dunas Oscuras. Después, ella desapareció.

Eline se da la vuelta con expresión de preocupación, saca dos tazas del armario y sirve el café. Pasa al salón con las humeantes tazas en la mano y las coloca encima de la mesita.

—¿Crees que Olaf tiene algo que ver con su desaparición? —pregunta preocupada.

—Podría ser. Él fue el último en verla, pero lo niega todo.

—¿Cómo estás tan segura de que él fue el último en verla con vida?

—Porque Isabel tenía anotada en su agenda una cita en el bosque. Yo la oí mencionarlo en el instituto, pero no sabía con quién había quedado. Hasta que hoy vi esa cita en su agenda. Pone IO. Isabel Olaf —le explico.

—Increíble —dice Eline.

Nos miramos.

—Quizá cancelaron la cita —aventura.

—Isabel sí acudió —anoto—. Yo la vi ir en bici en esa dirección cuando, después de clase, la seguí a cierta distancia. No tomó la ruta habitual a su casa, sino que fue en dirección al bosque.

Eline sopla el café.

—Aun así no tuvo por qué encontrarse allí con Olaf. A lo mejor él se olvidó de la cita.

—Podría ser. Pero no es muy probable. Isabel quería hablar con él. De la conversación que mantuvo con sus amigas pude concluir que no tenía muchas ganas de ir. Una de las chicas dijo: «No le va a sentar bien.» E Isabel respondió: «Mala suerte.» Yo creo que tenía intención de romper con Olaf. —Apago el cigarrillo y tomo un sorbo de café.

—Y eso no se hace así como así, con una persona como Olaf —dice Eline despacio mientras me mira por encima de su taza—. Pienso que tendrías que ir a la policía.

Para ordenar mis pensamientos voy al parque que hay al lado de mi viejo instituto. El tranquilo estanque, los senderos, el césped... tiene todo un efecto tranquilizador. De adolescente paseaba a menudo por aquí, con la bolsita del bocadillo en la mano.

El veraniego parque me recibe con un sereno silencio. Me meto por un sendero, miro el edificio de ladrillos y me siento como una adolescente que hace novillos.

Pero ya no soy una púber, tengo veinticuatro años, un empleo, lagunas en la memoria y un novio en el que no confío. Después de nueve años, casi no ha cambiado nada. ¿Qué hacer? ¿Ir a la policía? Es mi obligación, después de descubrir las iniciales en la agenda de Isabel. Pero ¿quién dice que se trata de Olaf? No se me ocurren otros chicos cuya inicial fuera una O, pero claro, yo tampoco conocía a todo el mundo en Den Helder. Además, ¿cómo sé que la O hace referencia a un chico? Conocía a una tal Olga.

El sendero se bifurca. Una rama entra en la parte más oscura del parque, la otra serpentea por el soleado césped. Opto por el sol, levanto la cara hacia los cálidos rayos y me siento en un banco.

Junto al estanque, un hombre pasea con un perro. Juegan. El dueño lanza un palito y el perro sale corriendo detrás, ladrando feliz. Cuando el palo va a caer por accidente al agua, el perro no se lo piensa ni un segundo y se zambulle entre los nenúfares. La risa del dueño resuena por el parque, una risa que me resulta conocida.

Lo observo detenidamente. Tiene más o menos mi edad, pero está demasiado lejos para verlo bien. Se aleja y yo me levanto impulsivamente, y lo sigo como quien no quiere la cosa. Lleva una cazadora vaquera, tiene los hombros anchos, aunque no es muy alto, y su cabello es negro y muy abundante. Su forma de caminar, con las manos en los bolsillos, me resulta muy familiar, pero no lo reconozco hasta que se queda parado en medio del sendero y se gira hacia el perro, que husmea entre los arbustos.

El corazón me da un vuelco. Está más viejo, y el cabello que antes le tapaba los ojos, lo lleva ahora muy corto, pero no necesito mirarlo dos veces para saber quién es. Últimamente me viene muy a menudo al pensamiento, y ahora lo tengo delante: Bart.

33

El veraniego parque contiene la respiración mientras nos miramos. Las ramas de los árboles crujen suavemente, sedantes, los pájaros pían con discreción y la luz del sol se filtra por entre el follaje y cae sobre nosotros.

Bart. Es él de verdad. Registro cada detalle de su cara, el azul de sus ojos, su cabello negro, liso y muy abundante. Es más pequeño de lo que recordaba, no me saca ni una cabeza. De repente me veo sacar del armario unos zapatos planos porque no quería pasarle en altura.

¿Me reconoce? La verdad es que me mira detenidamente, demasiado para ser un paseante cualquiera. Podría decirle algo, pero no confío en mi voz y, además, me temo que no sea más que un sueño y se desvanezca en cuanto le tienda la mano.

Bart hace un movimiento, no hacia mí, sino hacia el perro. Se golpea el muslo para llamar al animal y se dispone a seguir su camino, pero yo se lo impido y le ofrezco una sutil sonrisa.

—Hola —consigo decir.

Es la palabra milagrosa, el saludo mágico que abre las puertas de su memoria. O quizá ya ha reconocido mi voz. Sea como sea, se queda de pie y en su cara aparece una sonrisa.

—Sabine —dice.

—Hola —repito—. ¿No me reconocías?

—Dudaba —responde Bart—. Hasta que has sonreído.

El perro está a su lado, me mira y entonces se aleja hacia los matorrales como intuyendo que su dueño podría tardar en volverse a acordar de él. En lugar del romántico reencuentro con el que

siempre he soñado, nos quedamos los dos sonriendo indecisos un buen rato. Cuanto más tiempo dura ese momento, más sentimientos del pasado regresan. Para decir la verdad, me cuelo instantáneamente por él otra vez.

—¡Qué casualidad encontrarnos aquí! —dice Bart por fin—. Yo vengo todos los días con *Rover,* pero no te había visto nunca.

—Ya no vivo aquí —contesto—. Me mudé a Amsterdam.

—¡Aja! La ciudad de la marcha… Y ¿qué haces allí? —pregunta con interés.

—Trabajo como secretaria —le explico.

No suena tan marchoso como yo quisiera.

—¡Aja! —repite.

El perro sale de los matorrales con un palo en la boca y se nos acerca. Deja el palo a los pies de Bart, husmea mi mano y me mete el hocico entre las piernas.

—*¡Rover!* ¡No! ¡Qué maneras son ésas! —Bart lo coge del collar y lo aparta de mí de un tirón mientras me sonríe un tanto incómodo —. ¿Te apetece pasear con nosotros? Si no, no va a dejar de molestarte.

Asiento y empezamos a caminar juntos por un sendero que se mete en una zona sombreada del parque. Una enorme complicidad emerge inmediatamente entre los dos y no comprendo que hace unos momentos no me atreviera a dirigirle la palabra. Sin embargo, no pasamos del inevitable tema cuánto-tiempo-sin-vernos.

—Y tú, ¿qué haces? Imagino que todavía vives en Den Helder —pregunto intentando parecer realmente interesada.

Algo que no es nada difícil; quiero saberlo, aunque preferiría pasar directamente a la gran pregunta «¿estás casado/tienes hijos?».

—Sí, vivo aquí cerca, en la Celebesstraat. Soy periodista y trabajo para el *Noordhollands Dagblad.*

—¡Ah! ¡Lo conseguiste! —exclamo agradablemente sorprendida.

Él asiente y da una patada a una piedrecita.

—Sí, era lo que siempre deseé —dice—. Y a ti, ¿cómo te ha ido? ¿Enamorada, comprometida, casada? —añade.

—Ninguna de las tres cosas —respondo aliviada de no tener que mentir, feliz de estar libre, de que pueda pedirme una cita.

En mis pensamientos nos veo a los dos en un agradable e íntimo restaurante del puerto, inclinados el uno hacia el otro, su mano

sobre la mía, cubriéndola por completo…

El perro se acerca al trote y se abalanza sobre Bart. Bart lo acaricia entre risas, permitiéndome ver su mano. Imposible ignorar el estrecho anillo de oro que lleva puesto.

—Vaya… —Intento mostrarme animada pero mi voz sale algo estridente—. Así que te has establecido aquí. Un perro, un buen trabajo, una mujer, niños… —El tono de mi voz sube como en una interrogación, pero Bart no se da por aludido.

—¡Pse! —es lo único que dice.

—¿Cómo que ¡pse!? —En un último intento por ocultar mi decepción empiezo a parlotear—. ¿No es eso lo que todos queremos? Una casa, una familia… Bueno, no todo el mundo, algunos no nacieron para eso, o aún no están preparados. La gente joven se asienta cada vez más tarde. Las mujeres tienen hijos a edad más avanzada, muchas después de los treinta… Antes era diferente, pero hoy día…

—Estamos tramitando el divorcio —dice Bart.

Cierro la boca. La catarata de palabras se para de golpe.

—Oh —digo, confiando en que el matiz de éxtasis en mi voz no se oiga demasiado claramente.

Bart no tiene expresión de éxtasis, la verdad es que está sombrío. Soy una egoísta horrible; alegrarme del fracaso matrimonial del prójimo. Como si eso significara automáticamente que ahora retomará el hilo conmigo. Cuando dejamos la relación en el pasado, sería por algo.

—Lo siento.

En un gesto de consuelo, le pongo la mano en el brazo, algo que, por otra parte, me parece realmente hipócrita, pero Bart no lo ve así. Gira la cabeza y me sonríe agradecido.

—¿Tienes hijos? —le pregunto interesada. Todo mi ser suplica una negación.

—Una niña —dice Bart en voz baja—. Tiene siete meses. Hemos acordado que se quede a vivir con su madre, pero uno de cada dos fines de semana está conmigo, y entre tanto la voy a ver siempre que puedo.

La tristeza de su voz me anonada, me empequeñece, pero mi imperturbable corazón sigue latiendo con fuerza y feliz. Una niña pequeña, un bebé, bienvenida sea. Me encantan los niños pequeños.

Me llamará tía Sabine y me querrá muchísimo. Cuando sea un poco más mayor la llevaremos al parque de atracciones, y los fines de semana que no esté con nosotros, los pasaremos juntos.

Es lo que quiero. Lo quiero muchísimo, y con cada paso que nos introduce en el parque, con cada granito de dolor que Bart me confía, creo más en que es posible. Yo seré su salvación, su refugio, su viejo nuevo amor; y, a su vez, él será mi salvación. Nos necesitamos.

—Tengo que irme —dice Bart—. Esta mañana estaba libre, pero ahora tengo que ir a la redacción. ¡Qué rabia! Ni siquiera me has contado por qué has venido a Den Helder.

—Es una larga historia —digo sonriente mientras le miro a los ojos, como si mi mirada lo pudiera obligar a querer escuchar mi historia en el íntimo restaurante del puerto.

Bart mira la hora y maldice por lo bajo al ver que *Rover* se zambulle en el estanque de un impresionante salto.

—Para eso sí que tengo tiempo… —gimotea mientras se acerca a zancadas a la orilla irritado—. *¡Rover!* ¡Aquí! ¡Sal inmediatamente!

El perro trepa chorreando a la orilla y se sacude a su antojo haciéndonos saltar hacia atrás. Bart me besa en las mejillas.

—Me alegro de verte, Sabine —dice—. Me hubiera gustado hablar más rato, pero… —Pone cara de pena, y yo hago lo mismo.

—Ya se sabe —digo—. El trabajo es lo primero. —Un principio del que no soy nada partidaria, existen situaciones que indudablemente van antes que el trabajo, pero eso se le tiene que ocurrir a él.

—Oye… —empieza a decir de repente, como si hubiera tenido una idea luminosa.

—¿Qué? —le animo.

—¿Tenías intención de ir al encuentro? Ya sabes que dentro de poco va a haber un encuentro de ex alumnos… —dice Bart.

—Sí, lo he leído.

Intuyo a lo que va. No es precisamente lo que yo quería, pero es mejor que nada.

—¿Irás? —pregunta.

Percibo un innegable tono de emoción en su voz.

—Por supuesto —digo con entusiasmo—. Desde el primer momento me pareció una iniciativa estupenda.

—¡Fantástico! Entonces allí podremos charlar tranquilamente —responde Bart con entusiasmo—. Me alegro mucho de verte, Sabine. Tienes que venir al encuentro.

—Claro que sí —respondo—. Por supuesto.

Me besa en la mejilla y yo le devuelvo el beso. Nos despedimos levantando sonrientes la mano. Me doy la vuelta antes de que él lo pueda hacer, miro de reojo una última vez y vuelvo a levantar la mano. Él me devuelve el gesto, ata a *Rover* y se da la vuelta también. No me atrevo a volver la vista para ver si él se gira, pero me muero por saberlo. Si quiero volver a verlo, no me quedará más remedio que asistir al pesado encuentro.

34

Los encuentros escolares tienen que ser una invención de los estudiantes populares y exitosos que, en su día, dominaban como reyes y reinas, y que no consiguen dejar atrás ese periodo. Esperan recuperar por un día aquellos momentos de gloria, brillar, resplandecer. Por supuesto, esa tarde se rodean de la gente con la que se relacionaban en aquellos tiempos, y les gustaría ver que los bichos raros siguen apoyados contra la pared, marginados e ignorados. Pienso. Sospecho.

Entonces, ¿para qué van los bichos raros a los encuentros? ¿Qué les hace incidir de nuevo en esa conducta del pasado? Quizá, en algún momento de los años transcurridos, hayan cambiado. Porque ya no se consideran bichos raros, y ya no lo son. Necesitan mostrar al mundo su éxito y su nueva confianza en sí mismos para poder poner fin a un periodo de su pasado.

Ese día, el sábado 19 de junio, un poco antes del gran éxodo estival, voy a Den Helder y me pregunto qué tipo de persona sería hoy Isabel. Qué aspecto tendría, qué estudios o profesión habría elegido. Fuera lo que fuese, seguiría llevando la voz cantante. Algunas cosas no cambian nunca. Pero yo sí. Si ella aún viviera, yo hubiera ido igual al encuentro.

Esta reflexión me sorprende. Saco una chuche del cucurucho que tengo al lado y me la meto en la boca mientras sigo cavilando. ¿Realmente hubiera podido hacer frente a Isabel? Quizá sí.

Poder con alguien tiene que ver sobre todo con la medida en que permites que ese alguien penetre en tu alma y te hiera. Siempre nos encontraremos con gente así, vivos o muertos. Los reconoces de

lejos, te pones a la defensiva e intentas no cometer de nuevo los mismos errores.

Pasan de las siete y cuando veo las dunas a lo lejos, el dorado resplandor del sol vespertino ya envuelve las copas de los árboles. Los extensos campos de tulipanes segados sueñan al sol y me recuerdan los días que pasé cortando tulipanes, un trabajo de verano que, al principio, hice con Isabel. En agosto eran las fiestas de Den Helder. Isabel y yo acabábamos de cumplir trece años y fuimos juntas a la feria, en bicicleta. Después de una divertida tarde, empachadas de atracciones y algodón de azúcar, nos dirigimos a nuestras bicis. Eran las diez, y aún era de día, pero ya empezaba a oscurecer. La bicicleta de Isabel había desaparecido. La buscamos durante casi una hora por todo el terreno de la feria, pero no estaba. Nos miramos confundidas, y en ese momento, Isabel vio a un chico al que conocía y que se estaba montando en su moto. Tras intercambiar unas palabras, Isabel se montó también, me dijo adiós con el brazo y se fue con él. Entre tanto se habían hecho las once, y los visitantes de la feria empezaban a mostrar señales de ebriedad. Los borrachos se tambaleaban farfullando entre la barraca de tiro al blanco y la noria, repararon en mi presencia y empezaron a caminar haciendo eses en mi dirección. Yo me monté deprisa en mi bicicleta y me fui a casa pedaleando lo más rápido que podía. Salí de la ciudad y recorrí la Lange Vliet ya de noche. De vez en cuando me cruzaba con un coche o una moto, lo que casi me provocaba un ataque al corazón por el miedo de estar allí sola. Naturalmente, hubiera sido mejor llamar a mi padre, o a Robin, para que me viniesen a buscar, pero no se me ocurrió. El hecho de que mi mejor amiga me abandonara después de ayudarla a buscar su bicicleta durante una hora, me había dejado anonadada.

Se podría decir que yo era una amiga demasiado buena. Mi madre intentó hacerme más combativa, inculcarme un poco de sano egoísmo, pero, para mí, una amiga era una amiga, y a las amigas les perdonabas las faltas. Una y otra vez.

Me detengo junto al parque en el que hace poco me encontré con Bart y contemplo el edificio del instituto. De repente se me quitan todas las ganas de asistir al encuentro, pero la perspectiva de volver a ver a Bart me impide regresar a Amsterdam.

Doy un profundo suspiro, cojo el bolso, abro la portezuela y saco

mis bronceadas piernas. Gracias a Dios estoy en muy buen momento. Mejor que nunca. Me he puesto una faldita de ante nueva con un jersey precioso en tonos rosas que resalta con mi piel bronceada. Me he recogido el pelo y mi reflejo en el espejo me dice que puedo sentirme satisfecha. Algo es algo. Cierro el coche con la confianza en mí misma recuperada y me dirijo con paso decidido a la puerta principal. ¡Ya verán!

Desafortunadamente, mi entrada no causa el efecto deseado, pues llego muy temprano. Demasiado temprano: el salón está casi vacío. Paso una rápida mirada por los escasos visitantes, pero no reconozco a nadie. Es un encuentro para todo el instituto, así que deben de ser ex alumnos de otros cursos.

Paseo de aquí para allá, regreso al vestíbulo, miro si en el letrero de anuncios hay nombres de profesores que yo conozco, y voy al aseo. Al sentarme en el váter, el espacio se llena del cuchicheo de hace años. Leo los textos rayados en la puerta: insultos a los alumnos de hoy. Mi corazón sangra por ellos.

Me lavo las manos en el pequeño lavabo y examino mi maquillaje en el espejo. No está mal, realmente tengo buen aspecto. Hombros atrás, pecho adelante, Sabine. Puedes hacerlo.

Inhalo profundamente y salgo de los aseos. El vestíbulo se llena poco a poco de gente que dejó atrás su adolescencia hace mucho tiempo y que camina sin rumbo con expresión melancólica. Reconozco a Mirjam Visser, a pesar de que está más entrada en carnes. Se ríe con alguien de una forma un tanto exagerada y ¡por Dios! ¿Qué le ha pasado en la boca? ¡Si parece que los dientes se le vayan a caer! De repente siento un profundo agradecimiento por mi corrector dental, que tanta hilaridad causó en primero.

Observo con un retorcido ojo crítico a todo el que llega. Reconozco a la mayoría de la gente porque sé quién va a venir. En la calle no los reconocería. Mis ojos buscan a Bart, pero no lo encuentran. ¡No me dejará plantada! ¡He venido especialmente por él!

—¿Sabine Kroese? ¿Eres tú? —Siento que una mano se posa sobre mi hombro, me giro automáticamente y me encuentro ante una joven de mi edad, con una cara completamente extraña.

—¡Hola! —digo con una leve sonrisa.

—Ya creía que eras tú, pero no podía creerlo... ¡Cómo has

cambiado! —dice—. Qué buena idea, ¿verdad?, este encuentro. Me encanta. ¿A quién has visto ya?

—Eh... a todo el mundo... —respondo vaga.

—Bart de Ruijter también está —me confía—. Acabo de hablar con él. ¿No salíais juntos? Sigue estando buenísimo, no te lo pierdas.

No me entretengo pensando cómo sabe que Bart de Ruijter y yo salíamos juntos. En vez de eso miro a mi alrededor.

—¿Dónde lo has visto?

Mi desconocida interlocutora asiente en la dirección del aula, ahora repleta.

—Al lado del bar. Oye, ya nos veremos, creo que allí... sí, es Karin. ¡Cómo es posible! ¡Karin, Karin! —Llama, saluda con la mano y yo me escapo hacia el bar.

Hay mucha gente, pero, como era de esperar, Bart ya no está. Pido una copa de vino, me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Mirjam.

—Holaaaa —dice alargando el saludo—. Sabine, ¿no? ¡Jo! Si a alguien no esperaba encontrarme era a ti.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo —respondo.

Entre la masa he detectado a Bart, pero él no me ve a mí. Cuando intento llamar su atención, otra vez ha desaparecido.

—¿Has visto a alguien? —pregunta Mirjam.

Lleva un traje chaqueta azul con un enorme lazo en la solapa; seguro que piensa que le queda precioso, pero la verdad es que parece una mona de pascua.

—A Bart —le digo—. Bart de Ruijter.

Su cara muestra todas las fases de embeleso, asombro y, por último, burla, como si se preguntara qué tengo yo que ver con Bart de Ruijter. ¡Qué fantástico sería que se nos acercara y me pasara el brazo por los hombros! Pero ya no lo veo y, si queremos vernos esta tarde, tendré que empezar a buscarlo.

—Adiós —digo a Mirjam interrumpiéndola en medio de una historia que no he seguido y alejándome.

Miro de izquierda a derecha, me pongo de puntillas, estiro el cuello y casi me da un patatús al descubrir a Olaf. Nuestros ojos se encuentran unos instantes, pero yo hago como que no lo he visto y me mezclo en la masa, en dirección contraria.

Entonces veo a Bart. Está junto a la puerta principal, fumándose un cigarrillo con algunos compañeros que yo no conozco. La antigua cohibición me asalta de nuevo y freno el paso. Tendría que seguir adelante con paso decidido, ponerle la mano en el brazo y decir con una sonrisa que emanara alegría y confianza en mí misma: «¡Bart, qué alegría verte!»

Pero no puedo. Sencillamente no tengo tanta confianza en mí misma. A lo peor me mira con indiferencia y hago el ridículo.

Me doy la vuelta y veo a Mirjam en la parte superior de la escalinata que conduce al aula. Sus ojos pasan por encima de las numerosas cabezas y se detienen al ver a Bart. A continuación me ve a mí, y la despectiva expresión de su rostro la convierte de nuevo en la adolescente de hace nueve años. Ella no es la única que me mira. No sé lo que le pasó a Isabel, pero en estos momentos está al lado de Mirjam y las dos me observan en su vieja alianza de desprecio y burla.

Aparto la mirada y, de pronto, veo a la chica. Está retraída en un rincón, con los hombros caídos, la esquiva mirada puesta en Bart, como un perro que espera una caricia.

¡Sal de ese rincón! Le grito por dentro. ¡Levanta la barbilla, dales una lección!

Ella aparta su huraña mirada. Me gustaría zarandearla hasta que le bailaran los dientes, pero al mismo tiempo me invade una intensa sensación de tristeza.

Alguien se tropieza conmigo y me vuelca su Coca-Cola en el zapato. Él ni lo nota, pero el pegajoso líquido me devuelve a la realidad. Me dirijo decidida a la puerta de entrada, coloco la mano sobre el brazo de Bart y digo con mi mejor sonrisa:

—¡Hola, Bart!

Está hablando con sus amigos de antes, pero al girar la cabeza y verme, su rostro se ilumina.

—¡Sabine!

Me coge por los brazos, me da tres besos en las mejillas y me atrae hacia él cariñosamente. Yo sólo espero que todo el mundo nos esté mirando.

—Te he buscado —me dice al oído—. Hay mucha gente, ¿verdad?

—Demasiada —respondo mientras disfruto de su aliento en mi

mejilla.

—¿Nos vamos? —propone.

—Nos vamos —apruebo.

Me coge del codo y me guía afuera. Hace una tarde calurosa, y ninguno de los dos hemos traído chaqueta. Una suerte, porque mientras nos alejamos por la acera, vuelvo un momento la cabeza y veo que Olaf me mira con una expresión de lo más peculiar.

35

—Aire fresco —dice Bart satisfecho.

Me ha soltado el codo y ahora caminamos uno junto al otro hacia el aparcamiento. Me pregunto qué intenciones tendrá. No querrá irse a casa...

—La verdad es que no entiendo por qué he venido —dice señalando el instituto con un gesto de la cabeza.

—¿No te apetecía ver a todo el mundo? Para ti fue una buena época, ¿no? —pregunto.

—Sí, eso es cierto. Pero nueve años son mucho tiempo. A la mayoría de mis amigos de entonces no les he vuelto a ver, con dos de ellos mantengo el contacto pero para eso no necesito encuentros. ¡Bah! Uno sabe de antemano cómo será: bla, bla, bla... el obligado resumen de los años transcurridos. Pero como es imposible hablar con todos, te centras en una o dos personas; si no, te quedas con la boca seca. Y siempre lo mismo. —Adopta un tono aburrido y parlotea su historia: «Sí, así es, aún vivo en Den Helder. Soy periodista, trabajo para el *Noordhollands Dagblad.* Casado, divorciado, una niña. Sí, es duro. ¿Cómo dices? ¿Que ves allí a un conocido? Ah, vale. ¡Eh, Peter! Sí, aún vivo en Den Helder. ¿Que cómo me va? Pues... qué quieres que te diga: casado, divorciado, una niña...» Bart suspira y yo me río.

—Prefiero centrarme en una sola persona que realmente me interesa —sigue—. ¿Qué te apetece hacer, Sabine? ¿Vamos a tomar algo al centro?

Un viento caliente me acaricia la mejilla, me advierte sobre el gentío en los bares, me persuade para permanecer al aire libre y

disfrutar de la veraniega noche.

—Me apetece ir a la playa —propongo—. Seguro que los chiringuitos aún están abiertos.

—Buena idea —aprueba Bart—. ¡Vamos!

—¿Cogemos tu coche o el mío? —pregunto.

—¿Coche? He venido andando, vivo a la vuelta de la esquina —dice Bart.

—Pues vamos en el mío —decido señalando mi Ford Ka plateado—. No es muy grande, pero si quepo yo, también tienes que caber tú.

—Pues claro —dice Bart.

Abro la portezuela, nos subimos y me dirijo al acceso a la playa. A pie queda demasiado lejos, pero con el coche llegamos en un santiamén. La mayoría de los bañistas ya se ha ido, pero la gente que busca la tranquilidad llega ahora.

—De saberlo me hubiera traído el traje de baño —comento—. ¡Qué calor hace! Seguro que el agua está buenísima.

—Deberían haberlo puesto en las invitaciones: «traiga su ropa de baño» —dice Bart.

—«Y su mejor humor» —añado.

—«Y el disfraz» —riza Bart el rizo y los dos nos echamos a reír.

Subimos a la duna y nos deleitamos con unas magníficas vistas al susurrante mar. El sol flota sobre una charca de agua roja y anaranjada.

—¡Guau! —exclamo.

—Has tenido una idea magnífica.

La mano de Bart busca la mía, la coge con firmeza y justo cuando me entra una especie de risa nerviosa por tanto romanticismo, él tira de mí duna abajo, cada vez más deprisa. Yo grito y corro a zancadas con él; no me queda más remedio. Bart va mucho más deprisa y acabo cayéndome, claro. Entonces él también se deja caer y rodamos juntos duna abajo. Nos incorporamos jadeantes, escupiendo arena. Es como si de nuevo tuviera quince años.

—En las películas no es así —le reprendo.

—Depende de la película —observa Bart. Se desliza hacia mí, me abraza y mantiene su cara muy cerca de la mía—. Una cómica o una romántica. ¿Cuál prefieres?

Miro el intenso azul de sus ojos, ese azul que yo nunca pude desterrar por completo de mis pensamientos.

—La romántica —susurro.

—¡Qué casualidad! Es la que me he traído —dice Bart.

Se inclina aún más hacia mí y me besa. Unos pequeños besitos, en el labio superior, el inferior, en la boca. Cada vez que quiero responder a su beso, él se retira ligeramente, hasta que su boca termina en mi cuello y desde ahí busca el camino de vuelta a mis labios. Y entonces se queda allí. No le doy oportunidad de distraerse, le paso el brazo por el cuello con fuerza y le beso con toda la pasión que llevo en mí.

Ahora sé lo que echaba en falta en Olaf. Ahora sé por qué un beso no es como otro. No me interesa en absoluto la gente que pasa a nuestro lado; probablemente se vuelve a mirarnos riéndose, o quizá se quede de pie. He recuperado a Bart y el resto del mundo me importa un comino.

Por fin, nuestras bocas se liberan mutuamente. El siguiente paso no es adecuado para el lugar en el que nos encontramos, pero permanecemos estrechamente abrazados y no podemos dejar de mirarnos.

—¿Por qué ha tenido que pasar tanto tiempo? —pregunta Bart con ternura—. ¡Nueve años! No puedo creer que te tenga aquí, tan cerca.

Sigo con el dedo el contorno de su rostro.

—He pensado en ti tantas veces… —digo complementando sus palabras.

Bart besa mi dedo.

—Yo también en ti. Me dolió mucho cuando rompimos.

—Entonces, ¿por qué quisiste dejarlo? ¿Por qué te fuiste? —No quiero preguntarlo, pero las palabras se me escapan.

Bart deja de besarme los dedos y me mira con genuina sorpresa.

—¿Que por qué me fui yo? Fuiste tú quien quiso romper. No querías volver a verme.

Lo miro con el mismo desconcierto que él a mí.

—¡No es cierto!

—¡Sí lo es! Yo iba a tu casa todos los días, tiraba piedrecitas a tu ventana y llamaba a la puerta, pero tú no me abrías. Mirabas por la ventana, movías la cabeza y ya está. Ni siquiera querías hablar

conmigo o darme explicaciones. Por último fue Robin quien me dijo que no querías verme.

Me suelto y me echo las manos a la cabeza, en la que siento unos dolorosos martillazos.

—¡No es verdad, no es verdad! —me defiendo.

Bart me mira con las cejas levantadas.

—¿Ya no te acuerdas? —dice.

Bajo las manos y niego cansada con la cabeza.

—No. No me acuerdo de nada. De verdad. ¿Fui yo quien quiso romper? ¿Estás seguro? ¿Por qué, por qué lo haría?

Bart sigue mirándome con expresión de incredulidad.

—¿Cómo puedes haberlo olvidado? —dice sin comprender.

Me muerdo el labio y me quito la arena de la pierna.

—He olvidado tantas cosas. Demasiadas. No sé por qué, pero tengo unas enormes lagunas de memoria.

—¿Lagunas? ¿Qué quieres decir?

—Como lo oyes: me faltan trozos.

—¿Desde cuándo?

—Aproximadamente desde la desaparición de Isabel. Pero yo creía que sólo había olvidado las cosas relacionadas con su desaparición, no tenía ni idea de que me faltaban trozos de nosotros. —Miro a Bart para ver si me cree.

—La verdad es que fue una temporada muy confusa —dice—. Pasaron tantas cosas. Isabel desaparecida, los interrogatorios de la policía, los medios de comunicación… todo el instituto estaba patas arriba. Los exámenes finales. Y encima tú me dejaste. Tenía la sensación de que el suelo se abría bajo mis pies.

Estudio su tan conocido rostro. Tras la pasión de hace unos instantes, ahora refleja montones de recuerdos y emociones.

—¿Cuándo decidí romper, entonces? ¿Después de la desaparición de Isabel?

—Sí, esa misma semana. De un día para otro no quisiste volver a verme. Nunca entendí por qué. No tuve más remedio que resignarme.

El sentimiento de culpabilidad me apabulla, pero sigo sin comprender. ¿Por qué haría yo una cosa así? ¿Por qué corté con el chico del que tan enamorada estaba?

—He leído algunos libros acerca del funcionamiento de la

memoria —titubeo, temerosa de parecer una tarada—. Parece que uno puede reprimir experiencias traumáticas. No sé exactamente cómo funciona, pero puedes desterrarlas de tu memoria en defensa propia. Suena como si uno tuviera influencia en el proceso, pero es una parte del cerebro la que toma esa decisión por nosotros. Yo creo, o mejor dicho: sé que eso es lo que me pasó. Debí de ver u oír algo superior a mí, y mi memoria lo apartó a un lado. Pero aún está allí, y cada vez encuentro más fragmentos.

—Sobre el acoso del que fuiste víctima —dice Bart comprensivo.

—No, es extraño, pero de eso me acuerdo perfectamente. Tiene que ver con Isabel y su desaparición —respondo.

—¿Ah, sí? —Bart se inclina hacia mí interesado.

—No es nada especial —digo evasiva—. Es muy difícil explicarlo, no son imágenes concretas. Es más… una sensación.

Bart se tiende de espaldas en la arena y apoya la cabeza sobre sus brazos.

—¿Sabes? Yo estoy convencido de que la memoria es capaz de hacer algo así. Vi una vez un programa sobre ese tema en el canal Discovery. —Me mira de reojo con rostro grave—. No tengas miedo, no voy a pensar que te has vuelto loca.

—Vale. —Ya no titubeo. Me hace bien poder hablar con alguien del tema, alguien que me toma en serio y, además, conoce a las personas implicadas—. Yo estoy en las Dunas Oscuras y veo caminar a una persona. De repente, esa persona ya no está, desaparece. Yo sigo pedaleando, pero regreso. Probablemente, algo me ha llamado la atención, pero ya no sé qué ha sido. Desmonto de la bici, abandono el sendero y me meto en el bosque. Muy despacio, como si supiera que está pasando algo que yo no debo ver. El bosque da paso al terreno arenoso. Me detengo al borde de un claro y me escondo entre los árboles.

Me quedo callada y me sacudo unos granitos de arena.

—Y entonces, ¿qué ves? —me insta Bart al tiempo que me agarra el brazo.

—Nada. El sol me deslumbra. Yo parpadeo, pero no consigo eliminar las manchas que me obstaculizan la visión. Y allí se acaba el recuerdo —explico con la mirada fija en el mar y en las olas que rompen en la arena—. Para ser sincera ni siquiera sé con seguridad si se trata de un recuerdo. Quizá mi fantasía se está burlando de mí

y me hace pensar que lo recuerdo.

Bart se pone de costado, se apoya en el codo y me mira con los ojos entornados.

—Pero en el fondo de tu corazón crees que fuiste testigo de algo horrible. De lo que le pasó a Isabel en el bosque. La única manera de averiguarlo es ponerte en contacto con la policía y hacer que busquen allí. ¿Sabes por dónde entraste en el bosque?

Me imagino sentada frente al detective Hartog: «De repente recordé que me adentré en el bosque y vi un claro.» «¿Y qué vio allí?» «Pues... nada. Ni siquiera sé con certeza si es un recuerdo o un sueño. Pero ¿por qué no va usted con todo el cuerpo de policía a cavar en ese sitio?»

Muevo triste la cabeza y entierro mis pies en la arena.

—No me creerán. Tengo que darles más información, ser más precisa, indicarles el lugar exacto.

—¿Puedes hacerlo? ¿Sabes dónde era? —Bart me examina con la mirada.

—No, ya te lo he dicho. No lo sé con certeza.

Eso no es verdad. Si quiero, puedo ir con los ojos cerrados, pero algo me impide compartir esa información con Bart. Sería capaz de llevarme ahora mismo al bosque, y no hay nada que me apetezca menos.

—Hace poco estuve en casa del señor Groesbeek —digo para hablar de otra cosa.

—¿En casa de Groesbeek? ¿Para qué?

—Recordé algo de repente. Es extraño, las imágenes me cogen de improviso. Recuerdo claramente que el día que desapareció Isabel yo iba en bicicleta detrás de ella, y que la vi pararse en el cruce de las calles Jan Verfailleweg y Seringenlaan. Pero lo que había olvidado es la camioneta detrás de la que me escondí. Un furgón verde, sucio, como el de Groesbeek. Y esa camioneta continuó en la misma dirección que Isabel.

—¿Quieres decir que ese vehículo seguía a Isabel?

—No, la adelantó. Pero eso no significa nada. Pudo esperarla más adelante.

Bart se incorpora y asimila la información.

—¿Y tú se lo preguntaste directamente a Groesbeek? —pregunta.

—No. No le dije nada sobre eso. La verdad es que no sé por qué fui a su casa, qué esperaba. No me reconoció, y el nombre de Isabel tampoco le sonaba familiar. Pero descubrí algo muy peculiar.

Bart me mira interesado y yo le doy un resumen de mi conversación con Groesbeek y una vivida descripción de mi encuentro con sus gatos.

—Tenían todos nombres de mujer —le explico—. Anne, Lydie, Lies, Nina, Roos, Belle... Lies podría ser la abreviatura de Liset. Anne viene de Anne Sophie, Lydie de Lydia, Nina se quedó en Nina, Roos significa Rosalie y Belle podría ser Isabel.

Bart se queda con la boca abierta.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿De verdad les puso esos nombres a los gatos?

—Sí.

—¡Tienes que decírselo a la policía!

—Ya lo hice. Van a ir a hablar con él, pero no estaban muy impresionados.

—¿Están ciegos o qué? ¡Son los nombres de las adolescentes a las que les pasó algo!

Me impresiona que vea la relación tan deprisa. Yo no había oído los nombres hasta que vi los recortes de periódico.

—Estás muy bien enterado —digo.

—Sigo las noticias. —Bart se pone de pie y me ofrece su mano —. ¿Damos un paseo?

Dejo que me levante de un tirón y me alegro de que no suelte mi mano después. Caminamos un rato en silencio por la rompiente, entonces Bart me mira con cara seria.

—No me gusta nada saber que has ido a ver a Groesbeek tú sola, Sabine. Si realmente tiene algo que ver con esos sucesos, podrías haberte metido en un buen lío.

—Me senté cerca de la puerta —explico.

—O sea, que no te sentías cómoda allí. ¿Por qué fuiste, entonces?

—Por los recuerdos que siguen regresando. Cuanto más me meto en el tema, más recupero. Una imagen me trae la siguiente. Siempre tuve la sensación de saber más acerca de la desaparición de Isabel, pero ahora estoy segura de que es así.

Miro a Bart de reojo. Él se detiene y se queda mirando el mar

fijamente.

—¿Por qué reprime la gente ciertos episodios de su vida? —pregunta meditativo.

No sé si espera una respuesta o se trata de una pregunta retórica. Nos quedamos un rato en silencio. Entonces, Bart me mira interrogándome con los ojos.

—Porque son demasiado estremecedores —respondo.

—¿Y qué pudo ocurrir que fuera una experiencia tan estremecedora para ti? —continúa Bart.

—No lo sé —le contesto esquivando su mirada.

Bart me toma de la barbilla con la mano y me obliga a mirarlo.

—Sí lo sabes. O tienes una idea. ¿Por qué no dices lo que piensas?

Suspiro.

—Porque no estoy completamente segura.

—¿De qué?

—De que fui testigo de lo que le ocurrió a Isabel —respondo sin ánimo.

—Yo sí lo creo. Pero ¿por qué lo has reprimido? Si fue asesinada, entiendo que fuera horrible ser testigo del delito, y comprendo que estuvieras aterrada y que te aislaras del mundo al principio. Hasta entiendo que no quisieras verme a mí. Pero ¿por qué no fuiste más tarde a la policía? ¿Por qué lo reprimiste todo con tal vehemencia?

La voz de Bart suena cada vez más penetrante, y sus manos me agarran los brazos con tal fuerza que casi me hace daño. Tengo sus ojos muy cerca, tan cerca que no puedo eludir su fuerza hipnotizadora.

—No lo sé —susurro.

Pero no es cierto. Empiezo a llorar. Los dos sabemos que sólo puede haber una razón por la que yo no quería saber la verdad: porque conocía al asesino. Porque era una persona a la que yo apreciaba.

36

El ambiente ha cambiado totalmente. La romántica atmósfera ha desaparecido y ha sido sustituida por algo indefinible. Bart sostiene mi mano en la suya, pero lo hace con tanta fuerza que mis nudillos casi se superponen.

—No fui yo, por si es lo que piensas —dice—. Isabel no me caía bien, pero tampoco tuve nunca problemas con ella.

—Olaf van Oirschot cree que tuviste algo con ella —le digo.

—¿Tú también lo piensas? ¿Mientras salía contigo? Por favor, Sabine. ¡Tú me conoces! —dice indignado.

En efecto, nunca noté nada. Pero ¿vemos siempre todo lo que ocurre delante de nosotros?

—Encima con la furcia de Isabel —gruñe Bart—. Si un hombre la miraba por un instante, ella se proponía seducirlo, sólo porque creía que podía hacerlo. También lo intentó conmigo, como con todos, pero no le salió bien.

Yo me había imaginado un paseo por la playa muy diferente. No quiero oír estas cosas, quiero regresar a la atmósfera romántica de hace un rato, pero sé que ya no es posible.

—Intentó seducirme hasta el día que desapareció. Y mientras tanto se contentaba con el que pudiera conseguir, que eran muchos —continúa Bart.

Pienso en Olaf y en Robin. Chicos majos, serios, que no resistieron la fuerza de atracción de Isabel. ¿Puedo estar segura de que Bart no sucumbió ante sus encantos? No es que ahora, después de tanto tiempo, importe demasiado, si dejamos fuera de consideración que una discusión entre dos enamorados puede ser el

motivo de un asesinato.

—¿Por qué era secreta nuestra relación? —pregunto a quemarropa—. ¿Por qué no podía saberlo nadie? ¿Y podrías soltarme la mano? Me haces daño.

Bart se lleva mi mano a los labios, arrepentido.

—Perdona. ¿Por qué no lo has dicho antes? —Me besa la mano un par de veces antes de continuar—. Nuestra relación era secreta para no meterte en problemas. Isabel andaba detrás de mí porque no podía conseguirme, y si se enteraba de que yo estaba enamorado de ti, no te hubiera dejado en paz. Yo pensaba que tú lo entendías.

—Y yo creía que tú te avergonzabas de lo nuestro, que no lo querías reconocer abiertamente —respondo—. Pero estaba tan loca por ti que lo acepté.

Bart suspira.

—¿Rompiste por eso? ¡Dios mío! ¡Cuántas cosas se tuercen cuando damos por sentado que los otros te entienden!

Dejo que piense que fue ésa la razón. Además, no sé cuál fue en realidad. No lo recuerdo. Pudieron ser cientos, una de ellas muy probable. Pero no. No quiero pensarlo.

¿Cómo puedo confiar ciegamente en este hombre si ni siquiera conozco nuestro pasado? Y sin embargo, lo quiero.

Miro el atractivo y vigoroso perfil de Bart y me siento atraída por él irresistiblemente, algo que nunca cambió. En el torbellino de emociones y recuerdos, sólo puedo confiar en esa sensación; es lo único que tengo.

Me apoyo fatigada en Bart y él me abraza.

—¿Y ahora? —dice con la barbilla sobre mi cabeza—. ¿Qué hacemos?

Hace rato que el sol se ha puesto, empieza a refrescar y la oscuridad avanza por la playa.

—Tengo frío y estoy cansada —digo.

—¿Quieres ir a casa?

—Es un buen rato de coche —susurro en su camiseta.

—Yo vivo muy cerca —oigo que dice por encima de mí.

Me suelto de su abrazo y lo empujo un poco hacia atrás para verlo mejor.

—Pero... entonces tendré que quedarme a dormir en tu casa —digo.

Bart asiente efusivamente.

—Dormir —repito, explícita.

—Por supuesto. Lo he oído. Tarde o temprano acabaremos durmiendo.

La tensión se desvanece; sonreímos y abandonamos la playa cogidos de la mano. Toda la gente se ha ido. Por eso, el pequeño coche que hay junto al acceso de la playa me llama aún más la atención. Enciendo el motor, salimos del aparcamiento y miro por el retrovisor. En la oscuridad no puedo distinguir muy bien las formas, pero si no me equivoco, nos está siguiendo un pequeño Peugeot.

Acelero, vigilo el oscuro vehículo y pongo el intermitente derecho. El Peugeot nos sigue de cerca. En el cruce, hago como que voy a seguir recto, pero en el último momento, doy un tirón al volante y giro a la izquierda.

—¡Eh! ¡Te has equivocado! —dice Bart.

—¡Ay, perdón!

Me meto por una bocacalle, giro a derecha e izquierda con arbitrariedad y veo que Bart me observa extrañado.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta.

—Pensaba que nos seguían —me disculpo.

Bart vuelve la cabeza hacia la calle vacía y se ríe burlón:

—Mujeres... —dice significativamente.

El resto del camino no veo ni rastro del Peugeot, pero tardo mucho en lograr que deje de seguirme por dentro.

37

Parecerá increíble, pero esa noche, todo lo que hacemos es dormir. Bueno... también nos besuqueamos, susurramos y reímos, y reavivamos recuerdos de los viejos tiempos hasta muy entrada la noche. Por fin nos dormimos muertos de cansancio y muy abrazados el uno al otro, como si no nos hubiéramos separado nunca.

El despertar es muy diferente que con Olaf. Tendida de costado, relajada, escucho la respiración de Bart, me río por lo bajo de los sonidos que emite, y reprimo las ganas de acariciar su mejilla. «Es temprano, muy temprano. Déjalo dormir.» Me acurruco contra él, doy un suspiro de deleite y me adormilo también otra vez. Al abrir los ojos de nuevo, miro directamente en los de Bart.

—Buenos días —dice suavemente.

—Buenos días —susurro mientras me desperezo—. ¿Qué hora es?

—Aún es temprano. Tenemos todo el tiempo del mundo —dice, y me besa con ternura, muy cariñoso. Siento que mi cuerpo se excita.

—Todo el tiempo ¿para qué? —pregunto, picara, mientras respondo a sus besos.

Bart se apoya en el codo y me mira.

—Para resarcirnos del pasado. ¿Sabes? Tenía que ser así, volvernos a encontrar en este momento. Hace medio año aún estaba casado.

No tenía que haberlo dicho. Una parte de mi relajado y feliz estado de ánimo se disipa. Podemos empeñarnos en desquitarnos

del pasado, pero son nueve largos años los que nos separan, años que nos hicieron como somos, en los que nos convertimos en otras personas. Éste no es el Bart que yo conocía, es un hombre con un matrimonio acabado en su bagaje, el padre de una niña pequeña.

Bart repara en mi cambio de ánimo, siempre tuvo ese don.

—¿Sabine? —dice con tono grave—. Lo que siento por ti es muy serio. Lo sabes, ¿verdad?

—Mmmm —sonrío y siento que un cálido flujo de felicidad se lleva mis cavilaciones—. Lo que yo siento por ti también es muy serio.

Nos besamos. El sol se cuela por una rendija de las cortinas y nos recuerda que, en estos momentos, la mayoría de la gente se está levantando. Pero nosotros nos quedamos en la cama. La excitación crece y, de repente, los besos y las caricias no son suficiente. Por eso, el sonido del teléfono es de lo más fastidioso.

Los dos miramos molestos la mesita de noche. Bart no se deja impresionar por el agudo sonido y me sigue dedicando toda su atención, pero el aparato insiste. Por fin, Bart se incorpora con un suspiro de irritación y lo coge.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea oigo una voz inequívocamente femenina. Bart escucha, asiente un par de veces —como si ella lo pudiera ver— y dice: «Mmm» y «entiendo» y «vale, ya voy». Entonces cuelga.

Lo miro inquieta.

—¿Tienes que irte?

—Sí. ¡Mierda! —gime mientras esconde la cabeza en mi cuello—. Lo siento, lo siento. Quería que hiciéramos un montón de cosas juntos, pero Dagmar tiene gripe y sus padres están de vacaciones. Me ha pedido que me haga cargo de Kim.

—¡Oh! —digo—. Bueno...

—Imposible negarme. No puede cuidar de Kim si está con fiebre en la cama. —Bart me mira con expresión suplicante.

Es un fastidio, pero tendré que ir acostumbrándome, es más, le demostraré lo indulgente que soy con estos asuntos.

—Sí, imposible —digo en tono comprensivo—. Ve deprisa, ya quedaremos para otra ocasión.

—Eres un tesoro. —Bart me besa largo y agradecido—. De verdad. Un tesoro. ¿Sabes qué? Vamos a desayunar juntos y te

llamo más tarde. Dame tu dirección y tu teléfono.

Intercambiamos teléfonos y direcciones mientras desayunamos y entonces Bart se pone nervioso. Quiere ir a ver a su hija, quizá también a su ex. En su día se querían, han estado casados, el nacimiento de su hija los unió de por vida. ¿Cuántos de esos sentimientos siguen latentes en forma soterrada, aun después del divorcio?

Nos despedimos en un largo adiós, un último beso. Uno más. Una caricia, un saludo. Corremos el uno al otro para el último abrazo. Entonces, yo me subo a mi coche y Bart al suyo y los dos tocamos el claxon en señal de despedida.

A pesar del abrupto fin de nuestra noche en común, cruzo el centro de la ciudad sentada al volante con una idiota sonrisa de felicidad, me dirijo a la autopista y de repente recuerdo que llevo el teléfono apagado. Quizá tenga algún mensaje de Bart.

Con una mano saco el móvil del bolso y lo conecto. Cinco pesados mensajes de Olaf me notifican que quiere hablar conmigo y rebajan enormemente mi sensación de felicidad.

—¡Idiota! —mascullo.

Tendré que dejarle claro de nuevo que ya no estoy interesada en él. Probablemente ya lo sospecha si estaba ayer en el aparcamiento de la playa. ¿Cómo se tomaría que me fuera del encuentro con Bart? Me temo que no muy bien.

Recorro nerviosa el trayecto a Amsterdam, y al entrar en mi calle, echo inmediatamente una rápida mirada a los coches que hay aparcados. No veo ningún Peugeot negro.

Aparco, me bajo, cierro el coche y cruzo la calle. Abro incómoda la puerta y la cierro de un empujón. Mis pasos resuenan vacíos y ominosos sobre los viejos escalones de madera. Una vez delante de mi puerta, titubeo. La miro como esperando adquirir de repente dotes paranormales que me indiquen lo que me espera detrás de ella.

Subo un tramo más con las rodillas flaqueantes y llamo al timbre de la señora Bovenkerk.

—¿Quién es? —suena su ronca voz detrás de la puerta.

—Soy yo, Sabine. Señora Bovenkerk, ¿podría abrir un segundo? —le pido.

—Ya voy, hija. Un momento.

Espero nerviosa mientras vigilo la escalera con el rabillo del ojo. La puerta se abre y la señora Bovenkerk me sonríe.

—Hola, hija. ¿Qué querías?

—Sólo quería preguntarle si ha venido alguien a mi casa —respondo.

—Yo no he oído a nadie —dice—. Pero sí he oído el teléfono. No dejaba de sonar.

—¿Y nadie le ha pedido mis llaves?

—No, nadie. Tampoco les serviría de mucho. No se las daría.

Sonrío.

—Muchas gracias. Eso era todo lo que quería saber.

La señora Bovenkerk me mira con curiosidad.

—¿Pasa algo? ¿Te acosa alguien?

—Un poco —digo evasiva.

—Cambia la cerradura —me aconseja—. O pon una silla contra la puerta. Es lo que hago yo todas las noches. ¡A mi casa seguro que no entran! Y si consiguen meterse, tengo el bate de béisbol de mi nieto debajo de la cama. —Mira combativa hacia el hueco de la escalera, como si esperara ver subir a algún tipo sospechoso—. ¡Ah, Sabine! Me voy a pasar unos días con mi hija; espero que puedas vigilar un poco mi casa.

Quizá debería mudarme a su piso, pienso reprimiendo la risa.

Más tranquila, bajo y abro la puerta de mi apartamento. El sol entra en el salón y envuelve todo lo que aprecio y me es familiar con un resplandor dorado.

No hay flores encima de la mesa. Ni sorpresas. Ni Olaf.

Doy un profundo suspiro para liberarme de la tensión y cierro la puerta con llave. Una ducha, ropa limpia y una taza de café en el balcón.

Ignoro los guiños del contestador automático. Sólo después de la ducha, una vez bien fresca, lo escucho.

—Hola, querida y preciosa Sabine —oigo la profunda voz de Bart—. Quería decirte lo maravilloso que ha sido despertarme esta mañana a tu lado. Es una pena que no hayamos podido pasar el domingo juntos, pero nos resarciremos lo antes posible, ¿de acuerdo? Aún no has llegado a casa; te llamaré más tarde.

Una serie de sonoros besos concluye su mensaje y yo sonrío, pero la sonrisa se me desvanece al escuchar después un montón de

mensajes de Olaf seguidos. Todos con un tono entre recriminatorio y furioso. Los borro y me aseguro de haber cerrado la puerta con llave. Dejo el mensaje de Bart para poder escucharlo una y otra vez.

El resto de la tarde lo paso leyendo en mi balcón, y por la noche meto una pizza en el horno. Aún me queda ensalada y algún tomate, así que no necesito salir de casa. Me tomo mi calorífica cena sentada delante del televisor, mientras miro con poco interés una comedia insípida. Un poco antes de que termine la película, suena el timbre.

Me incorporo de un salto, como si se tratara de una alarma, y apago el televisor. El estridente timbre suena de nuevo por toda la casa, acompañado por golpes en la puerta.

—¡Sabine! ¿Estás en casa? ¡Soy yo!

Olaf.

—¡Sabine!

Me quedo sentada inmóvil en el sofá, con el mando de la tele apuntando hacia la puerta, como si zapeando pudiera quitarme a Olaf de delante. Entre tanto, él aporrea la puerta cada vez con más fuerza.

—¡Sabine, abre la puerta! —la ira en su voz me aterra.

Me acerco de puntillas al teléfono, pero cuando quiero marcar el número de urgencias, mi dedo se queda flotando por encima de las teclas, dudoso. ¿Qué número era? ¿122? No, 112. ¿O tengo que marcar primero algo más? Mierda, ¿Por qué nos falla la memoria cuando más la necesitamos?

Corro al dormitorio, donde he dejado el bolso con mi móvil encima de la cama. La guía digital indica que es el 112. Pongo el dedo en la tecla y oigo a Olaf golpear con fuerza la puerta. Si la echa abajo, llamo.

No la echa abajo. El rellano se queda en silencio y yo confío por unos instantes en que se ha ido. Escucho con atención, salgo del dormitorio y me quedo paralizada. La puerta del piso se abre y Olaf entra con las llaves en la mano.

El susto es tal que oigo la sangre correr por mis oídos. Lo miro perpleja. Él me devuelve la mirada.

—Olaf —digo por fin estúpidamente.

Él me mira con una quietud pavorosa.

—Entonces sí estás en casa. ¿Por qué no abrías la puerta?

—No te había oído —respondo con la expresión más sincera que puedo producir—. ¿Cómo has entrado?

Se me acerca y mueve mi llave de reserva delante de mis narices.

—La encontré hace ya un tiempo —dice con frialdad.

—¿Que la encontraste? ¡Querrás decir que te la llevaste! No recuerdo haberte dado esa llave. —Se la arranco de la mano e intento adoptar una postura que emane seguridad, pero el miedo se impone a esa máscara.

—Sí. Me la llevé —dice Olaf la mar de tranquilo.

Mi irritación compite con el temor que siento. «Cálmate, ya está dentro, no lo hagas enfadar. Tiene una extraña expresión en los ojos, no empeores las cosas.»

Me dirijo a él con una liviana sonrisa.

—Bueno, ya que has venido, ¿quieres tomar algo? ¿Una cerveza?

Voy a la cocina. Olaf me sigue y se queda de pie en el vano de la puerta. Se apoya en el marco con los brazos cruzados y sigue todos mis movimientos. Me cuesta un esfuerzo monumental abrir el botellín. Yo también necesito una. Cojo otra cerveza, la abro, me doy la vuelta y le doy a Olaf su bebida. Él la acepta pero no bebe. Con la espalda contra el fregadero, esquivo su mirada, todavía fija en mí.

—¿Por qué no abrías la puerta? —su voz suena calma pero yo veo que un músculo del cuello le tiembla.

—No te había oído —repito.

—¿Por qué? ¿Qué hacías?

—Tenía puesto el *discman* —le respondo al tiempo que me encamino despreocupada al salón.

Allí estoy más cerca del teléfono.

Olaf me sigue, toma un trago y me mira un rato en silencio.

—Me he enterado de que fuiste a ver a mi madre —dice en tono recriminatorio.

—Sí. Estuvo muy bien —respondo, un poco demasiado exaltada —. Estaba cerca y me apeteció ver dónde habías vivido. Entonces vi que tu madre aún vive allí, así que entré un momento.

—¿Para qué?

—Para nada en especial —consigo decir con espontaneidad.

¿No es lo normal, conocer a los padres de la persona con la que

sales?

—Yo imaginaba que iríamos juntos —dice Olaf.

—A veces a las mujeres nos gusta hablar a solas.

—¿De qué hablasteis? —la desconfianza regresa instantáneamente a su voz.

Reflexiono. Es muy posible que su madre le haya explicado detalladamente de qué hablamos.

—De ti —digo—. Y de Isabel, y de Eline. Le pregunté por tus relaciones anteriores —al decirlo, sonrío con la sonrisa consciente de culpa de la novia celosa.

Olaf se relaja.

—Podías habérmelo preguntado a mí —dice.

—Sí —admito—. Perdona.

Olaf extiende los brazos y me atrae hacia él. Yo no me resisto, aunque su mirada es de acero.

—¿Lo pasaste bien con Bart? —inquiere.

Mis ojos no se apartan de los suyos.

—En el encuentro, ¿te refieres? —pregunto—. Sí. Muy bien. Fue agradable volver a ver a todo el mundo.

—No te quedaste suficiente tiempo para ver a todo el mundo —dice Olaf con frialdad.

No sé qué contestar. Pero... ¿por qué tengo que hacerlo? ¿Qué le importa a él?

—Nos seguiste, ¿no es cierto? —digo en un tono de voz igual de frío o más—. Vi tu coche. ¿Por qué?

Me suelta. O mejor dicho: me empuja hacia atrás.

—Porque no podía creer que te fueras con él.

—¿Qué hay de malo en querer hablar un rato a solas con un viejo amigo? Nos fuimos a dar un paseo por la playa —digo irritada.

Nos quedamos en silencio. Nuestras miradas se sopesan, miden nuestras fuerzas.

—Salíais juntos, ¿verdad? —dice Olaf—. Robin me lo dijo una vez. Y ahora os habéis encontrado de nuevo, muy romántico. Pero no resultará, Sabine. Y tú lo sabes. ¿Qué significó ese tipo para ti? Salíais juntos, pero nadie podía saberlo. «Verdadero amor» —se ríe con sarcasmo.

—Él lo mantenía en secreto para protegerme —lo defiendo.

Olaf resolla despectivo.

—¿Sabes lo que me hubiera infundido respeto? Que hubiera hecho público que le gustabas. Que se hubiera cagado en lo que pensaban los demás y te hubiera introducido en el grupo. Eso es lo que tenía que haber hecho. ¡Lo que yo hubiera hecho!

Lo creo. Sí, estoy segura de que él lo hubiera hecho. Nos miramos un rato. Todo mi ser desea que se vaya, pero en lugar de eso, Olaf se pasea tranquilamente por mi comedor y se bebe la cerveza de un trago. Deja la botella vacía en la estantería con un golpe y suelta un eructo.

—¿Tienes otra?

Asiento y voy a la cocina. Mis temblorosas manos forcejean con el abridor. Oigo a Olaf caminar de aquí para allá, de un lado a otro. Miro por la puerta de la cocina y veo que está de pie junto al contestador automático y aprieta el botón. Me asusto al oír la voz de Bart llenando el espacio: «Hola, querida y preciosa Sabine. Quería decirte lo maravilloso que ha sido despertarme esta mañana a tu lado. Es una pena que no hayamos podido pasar el domingo juntos, pero nos resarciremos lo antes posible ¿de acuerdo? Aún no has llegado a casa; te llamaré más tarde.» Los besitos que esta mañana me proporcionaban una sensación tan cálida, ahora me petrifican y me hacen maldecir mi sentimental decisión de guardar ese mensaje. Me escurro al pasillo y espío lo que sucede en el comedor. Olaf me da la espalda. Está de pie, apoyado en la estantería, y tiene la cabeza muy gacha, como quien hace un gran esfuerzo por mantener el dominio de sí mismo. Lleva el dedo al contestador y Bart le vuelve a explicar lo fantástico que ha sido despertar esta mañana a mi lado. Con un brusco gesto, Olaf aprieta el botón de borrar. Bart se calla y Olaf se da la vuelta.

Yo me meto en el lavabo y echo el cerrojo. Oigo los pasos de Olaf entrar en la cocina.

—¿Dónde estás? —pregunta tranquilo, aunque con un peligroso timbre de voz.

Trago saliva, me repongo.

—¡En el baño! —Grito—. Ahora voy. Coge la cerveza, está en la cocina.

Él no coge la cerveza. Oigo que la botella se hace añicos en el suelo de la cocina y me encojo. La botella que se rompe hace ruido,

pero el estrépito que hacen varias botellas al romperse encima del fregadero es sencillamente aterrador.

Abro con cuidado el cerrojo del aseo y espío por el resquicio de la puerta en el momento en que Olaf lanza una silla por el cristal de la puerta del balcón. Salgo rauda al pasillo, agarro mi bolso del dormitorio y corro a la puerta. En la cocina, Olaf hace demasiado ruido para oírme; ahora le toca el turno a mi vajilla. Abro la puerta de un tirón, me meto en el oscuro rellano y cierro la puerta con llave detrás de mí. Eso lo retendrá un rato, cuando se dé cuenta de que me he escapado. Tengo en casa algún juego de llaves más, pero no las encontrará fácilmente.

Corro escaleras abajo y salgo a la calle. El fresco de la noche me acaricia el acalorado rostro. Afortunadamente, he dejado el coche delante de la puerta. Corro hacia él, forcejeo con la cerradura y, más que meterme, me dejo caer en el asiento. Bloqueo las puertas, arranco y acelero.

38

Siempre me maravilla la cantidad de coches, bicicletas y viandantes que hay en la calle por la noche. Hoy es domingo, pero las calles también están animadas a estas horas entre semana.

Me hace bien tener compañía, aunque sea de borrachines. La iluminación urbana, los letreros de neón y la luz que sale de las ventanas de los cafés me transportan a un mundo en el que la noche es el momento de la diversión.

Espero que Jeanine comparta esta idea.

Desafortunadamente, ni siquiera percibe mi llegada. Llamo al timbre infinitas veces, pero no oigo pasos acercándose a la puerta. Por último, cojo el móvil y marco su número. Sé que siempre tiene el teléfono encima de la mesita de noche, para casos de emergencia.

Justo antes de que el contestador automático se deshaga de mí, oigo su adormilada voz.

—¿Mmmm?

—Jeanine, soy yo, Sabine. Estoy en tu puerta. ¡Ábreme!

—¿Sabine?

—Sí. Abre, por favor.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Ahora te lo explico. ¿Me abres?

—Mmmm.

Mientras espero que abra me escondo en la penumbra del portal. Mis ojos vigilan la calle, pero todo está en silencio.

Se abre la puerta y la pálida cara de Jeanine, rodeada de mechones sueltos, me mira somnolienta.

—¿Qué pasa? ¿Habíamos quedado?

Entro.

—¿Puedo quedarme esta noche en tu casa?

—¿Qué ha sucedido? ¿No puedes entrar en tu piso?

—No. Olaf está haciendo trabajos de demolición.

Jeanine pone unos ojos como platos y rompe a reír a carcajadas.

—¿Tan mal os iba en la cama?

—No es una broma, Jeanine. Olaf no es lo que parece.

—Cuéntame —dice mientras entra en su apartamento.

Resumo los acontecimientos en pocas frases, pero la descripción que le hago es tan vivida que Jeanine mueve la cabeza anonadada.

—¡Quién lo hubiera pensado de Olaf! Oye, ¿te importa que nos acostemos ya? Me muero de sueño. —Jeanine bosteza escandalosamente—. No me apetece nada subir al desván a coger las cosas, así que tendremos que dormir las dos en mi cama.

No me importa. Me desnudo y me meto al lado de Jeanine en la cama de matrimonio. Ella sigue durmiendo como si en vez de haberse despertado hubiera ido al baño dando tumbos como un autómata. Yo me quedo tendida de costado, con la mirada fija en el contorno de los muebles y objetos que la oscuridad me revela poco a poco.

Espero oír el teléfono en cualquier momento, pero no sucede. Olaf todavía no ha notado mi ausencia. ¿O está de camino? ¿Se presentará aquí? ¿O me lo encontraré mañana por la mañana delante de la puerta?

No. Él no sabe dónde vive Jeanine. Lo averiguará, pero no a medianoche. Además, ni siquiera sabe que estoy aquí, y mañana tiene que trabajar.

A pesar de estas reflexiones, una sensación de inquietud me desvela. Me levanto y voy al salón sin encender la luz. En el mirador hay una mecedora. Me siento en ella, abro un poco las cortinas y la ventana y enciendo un cigarrillo. ¿Cómo habrá reaccionado Olaf al darse cuenta de que me he ido? A lo peor se toma el día libre y se queda todo el lunes en mi casa. No podré regresar. No hay escapatoria: sea como sea, en el trabajo volveremos a encontrarnos, pero eso no es problema, con tal de no quedarme a solas con él. Debería haber puesto una denuncia inmediatamente. ¡Qué tonta! La policía lo hubiera echado del piso y ahora yo estaría en mi casa.

Inhalo hondo y echo el humo por la rendija de la ventana. Por la abertura de las cortinas vigilo la calle, y con cada minuto que pasa, crece mi incertidumbre. Me fumo un cigarrillo detrás de otro, pero el iracundo Olaf que espero no aparece.

Entonces suena el teléfono. Me levanto disparada golpeándome el codo con el alféizar; reprimo el dolor mientras alargo el brazo para coger el bolso. En la pantallita aparece el número de mi teléfono fijo. Lo cojo.

—¿Sí?

—Sabino, soy Olaf —suena tranquilo. Yo no le contesto—. Vuelve —continúa Olaf en el mismo tono imperturbable—. No me moveré de aquí hasta que regreses.

—¿Te has vuelto loco? Si mañana por la mañana no te has largado, llamaré a la policía —estallo.

—Entonces te voy a buscar ahora mismo. ¿Dónde estás? Déjalo, ya te encontraré.

Corto encolerizada, pero necesito fumarme dos cigarrillos más para calmarme un poco. ¿Lo ves? ¡Está loco!

Regreso a la cama a trompicones, me deslizo bajo el edredón y reprimo la tentación de acurrucarme contra Jeanine.

—Y ahora quiero saber exactamente qué pasó.

Jeanine coloca encima de la cama una bandeja de la que emanan los más exquisitos aromas. Café, un huevo duro y tostadas con mermelada. Ya está vestida y maquillada. Tiene un aspecto impecable.

—¡Qué bien me cuidas!

Me incorporo, coloco la almohada contra el cabezal y me apoyo en ella.

—¿Sabías que hablas en sueños? Sobre Olaf y «no lo hagas», e Isabel. —Jeanine se sienta en el borde de la cama—. Te he dejado dormir hasta tarde.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las ocho. Luego me tengo que ir al trabajo.

—Yo también —contesto—. Pero no creo que vaya.

Cojo el bolso y miro el móvil. No tengo mensajes nuevos.

—¿Qué ha pasado? ¿No os iba tan bien? —pregunta Jeanine, preocupada.

Se lo explico todo mientras desayuno. Sobre mis dudas acerca de

mi relación con Olaf, su insistencia, los correos, el flujo de llamadas, las rosas en mi piso, Bart y la irrupción de Olaf en mi casa ayer con la llave de reserva. Le explico mis visitas a Den Helder, la cita que Olaf tenía con Isabel el día de su desaparición, la experiencia de Eline con él, su llamada de esta noche.

—Nunca lo hubiera pensado de Olaf —dice Jeanine, impresionada—. ¿De verdad te pegó? Cómo es posible...

—Así, a primera vista, parece agradable y encantador, pero puede ponerse muy agresivo —explico.

—Pero concluir que asesinó a Isabel...

Jeanine hace una mueca de duda y se come mi huevo duro, a mí no me apetece.

—Isabel había quedado con él en las Dunas Oscuras —continúo con la boca llena de tostada—. Imaginemos que se encontraron donde el bar. A continuación se adentran por el bosque e Isabel le dice que quiere cortar. Olaf estalla, le pega y ella huye bosque adentro, pero él la alcanza.

—También pudo ser atacada por un desconocido. Por esa zona del bosque y de las dunas ronda mucha gentuza.

—También es posible, claro. Pero, entonces, ¿por qué me mintió acerca de su relación con Isabel? ¿Por qué no admitió sencillamente ante la policía que ese día tenían una cita?

—¿No se lo preguntaste?

—No me atreví. Si realmente es una persona agresiva y es responsable de la desaparición de Isabel...

—Sí —dice Jeanine pensativa—. Pero no me lo puedo imaginar.

—Jeanine, Olaf es muy raro. ¿A quién se le ocurre dejar montones de mensajes cuando no encuentras en casa a la persona que buscas?

—Alguien que está muy enamorado.

—También estaba muy enamorado de Isabel —digo dejando la bandeja en el suelo—. Pero tengo otro candidato: el señor Groesbeek.

Jeanine se muere de risa al oír la historia de los pelos de gato en el té y los deliciosos bombones que me ofreció Groesbeek. Sigue riéndose cuando llego al episodio de los nombres de los gatos, pero se queda callada al oír que estuve en la comisaría de policía. No le digo nada acerca de otros posibles sospechosos que no puedo

quitarme de la cabeza.

—Estás verdaderamente obsesionada —dice.

—¡Ojalá pudiera recordar lo que vi en aquel claro del bosque! —respondo devanándome los sesos—. ¿Por qué no di la señal de alarma? Eso es lo raro: según parece lo quería olvidar todo. La única explicación que se me ocurre es que yo conocía al autor.

Jeanine sigue con el dedo el estampado de flores de la funda del edredón.

—¿Estás muy segura de que se trata de recuerdos, Sabine? Quiero decir… es todo tan vago… Quizá lo has soñado todo. ¿Por qué se corta el recuerdo cuando llegas a ese lugar? No es lógico, igual que los sueños no son lógicos. Muchas veces queremos contar un sueño y resulta imposible, porque consisten mayoritariamente en impresiones y sensaciones. Las imágenes no cuadran, todo es impreciso y nebuloso. A menudo los sueños se repiten, les añadimos fragmentos o unimos episodios hasta que acabamos creyendo que lo soñado sucedió de verdad.

—No lo soñé. Por lo general, los sueños cambian de rumbo de repente, y sucede algo que no tiene nada que ver con el principio. Mientras sueñas, estos cambios parecen lógicos, pero al despertar te ríes de ellos. O ya te has olvidado de la mitad. Esto es muy diferente, Jeanine.

—¿Crees que te vendrán más recuerdos?

—No tengo ni idea. Espero que sí, aunque dudo que me sirvan de algo. La policía no se cree nada de lo que les cuento. Ni tú me crees.

—Yo sí te creo, sólo sugiero la posibilidad de que te equivoques. Pero lo que acabas de decir es cierto: los sueños son muy confusos e ilógicos. Tus recuerdos son cronológicos y dan una imagen real. ¿Sabes qué tendríamos que hacer?

—¿Qué?

—Podríamos ir juntas a ese sitio en el bosque. Para ver si coincide con el sitio de tus recuerdos.

—Ya lo hice. Era exacto. El trozo de bosque, el claro, las moreras… Todo coincidía.

—Vale. Entonces sólo existe una manera de averiguar si lo has soñado o son recuerdos reales.

—¿Cuál?

—Cavando.

Sólo de pensarlo me dan escalofríos. Me imagino encontrar allí los huesos de Isabel enterrados en la arena, y de repente dudo. ¿Tendrá razón Jeanine? ¿Acaso la mente me está jugando una mala pasada? ¿Estoy convirtiendo temores, sospechas o hasta anhelos del pasado en imágenes que no tienen nada que ver con la realidad? El corazón me grita: ¡no!, pero la razón me dice que debo considerar esa posibilidad.

Y de repente, una nueva imagen sube a mi memoria como una burbuja de aire y ahuyenta cualquier duda sobre la autenticidad de mis recuerdos.

Tiene que ser poco después de la desaparición de Isabel, pues mi padre está todavía en el hospital. Es por la noche, y yo bajo las escaleras balanceándome medio dormida.

Mi madre mira la tele con una copa de vino en la mano. Sin decir nada, salgo al pasillo y me pongo el chaquetón.

—¿Qué vas a hacer, cariño? —pregunta mi madre extrañada.

—Tengo que ir a ayudar a Isabel —mascullo.

Mi madre me mira.

—Vuelve a la cama —me dice tiernamente.

Yo me echo a llorar, con un brazo metido en la manga del chaquetón.

—¡Pero ella me necesita!

Mi madre me empuja con suavidad a la cama y yo me quedo dormida instantáneamente. Pero después de estos interludios nocturnos, siempre me despierto con un rastro de lágrimas en la cara y una insoportable sensación de culpabilidad.

Llaman a la puerta; con fuerza e insistentemente. Me doy tal susto que salgo de la cama de un salto. Jeanine vuelve de la cocina. Nos miramos temerosas.

Me acerco a ella y las dos miramos al pasillo. A través del vidrio esmerilado de la puerta vemos una figura alta y fornida. Olaf.

—Vístete, deprisa —dice Jeanine nerviosa.

Vuelo al dormitorio y me pongo la ropa en unos segundos.

El timbre vuelve a sonar. Esta vez, Olaf deja el dedo encima, y el agudo sonido resuena como una advertencia por toda la casa.

—¡Ya voy, ya voy! —grita Jeanine— ¡Me estoy vistiendo! —Me empuja hacia las puertas abatibles del jardín—. ¡Vete de aquí! Si te

subes al contenedor de basura podrás saltar la valla fácilmente. ¡Deprisa!

Salgo. Jeanine lanza mi bolso afuera y cierra las puertas detrás de mí. Desde el pequeño jardín trasero oigo a Olaf golpear la puerta. Recojo el bolso, corro hacia la valla, pongo el pie sobre el contenedor de cinc, me agarro a una tabla y trepo. Paso la pierna por encima de la tabla superior como si lo hiciera cada día.

La vecina turca de Jeanine está tendiendo la colada en el jardín. Deja caer la sábana en la cesta y me mira boquiabierta.

Le sonrío fugazmente, corro al portón, abro el cerrojo y salgo a un callejón húmedo por el que me voy corriendo.

39

¿Adónde ir cuando huyes de una persona con la que compartes el círculo de amistades? A ningún sitio. Ni siquiera puedo ir al trabajo. Sólo puedo hacer una cosa: rodearme de gente.

Dejo el coche en la calle de Jeanine, convencida de que Olaf montará guardia allí, tomo el tranvía que va al centro y llamo al trabajo para decir que me tomo el día libre.

Me bajo en la Leidseplein, me dirijo a una de las terrazas y me siento a una mesa que queda escondida detrás de una jardinera. Mientras espero a que me atiendan saco el móvil del bolso y miro mis mensajes. Nada de Bart. Con la mirada perdida, doy golpecitos en la mesa. ¿Por qué no me ha vuelto a llamar? Si no me hubiera dejado el mensaje en el contestador, no sé qué pensaría. ¿Lo llamo yo? No. Nunca llames a un hombre, dice mi madre siempre. Un sabio consejo, pero irrealizable. Jugando a la chica de hierro me quedaré para vestir santos.

Con un rápido tecleo de la uña busco el número de Bart y lo llamo. El teléfono suena un par de veces y entonces salta el contestador: «Éste es el contestador de Bart de Ruijter. En estos momentos no puedo atender su llamada. Inténtelo más tarde o deje su mensaje.» No dejo nada. Una joven con el cabello oscuro recogido y un delantal blanco se acerca a mi mesa y saca del bolsillo un cuaderno de notas mientras me mira con expresión inquisidora.

—Un café con leche, por favor —pido.

Asiente y se va. Yo me pongo las gafas de sol, observo a la gente que pasa y, de vez en cuando, echo una mirada al móvil como para

obligarlo a sonar. Me traen el café con leche, un drogata pide limosna de mesa en mesa y el tranvía de la línea 5 se detiene tintineando. Mis ojos pasan volando por las ventanillas y vigilan rigurosamente la parada.

Un poco más tarde llega el tranvía de la línea 2. Un hombre alto y rubio se baja y avanza en mi dirección. Yo me meto a la carrera en el café, para descubrir desde allí que es un desconocido. Miro con cara un poco borreguil a la camarera. Ella me examina, sonríe ligeramente y sigue su camino pasando a mi lado.

Voy a los aseos y cierro la puerta con cerrojo. Después me lavo las manos, pago en la barra, me monto en el primer tranvía que pasa y me siento cerca del conductor, pero fuera de su radio de escucha. Mientras avanzamos por el centro de Amsterdam, busco el número de la policía de Den Helder en mi móvil y pregunto por el detective Hartog.

—No vendrá hasta esta tarde —dice el agente de guardia.

—¿Podría pasarle un recado? Es urgente —digo—. Por favor, dígale que ha llamado Sabine Kroese. Él ya me conoce. Dígale que un tal Olaf van Oirschot me amenaza.

Aunque intento que mi voz suene tranquila, oigo que me sale unas octavas más alta de lo normal. El agente promete pasar el recado.

Corto la comunicación y me quedo mirando fijamente al frente. Probablemente, Hartog está en su casa, leyendo el periódico con una taza de café, y no hará absolutamente nada con esta información, pero por lo menos lo he intentado. Desde este momento lo mantendré al corriente de todo lo que me pase, hasta que no le quede más remedio que prestarme atención. Esta tarde me buscaré un hotel y lo volveré a llamar. Mañana tengo que ir a trabajar, pero con un poco de suerte, Olaf ya se habrá calmado. Además, entre mis colegas estoy segura.

No quiero adelantarme mucho más a los acontecimientos. Jeanine tenía razón. Lo mejor que puedo hacer es ir a Den Helder y cavar en el sitio en que vi a Isabel. No quiero ni pensar en la posibilidad de que no esté enterrada allí. En ese caso lo mejor será que me encierren en un hospital psiquiátrico.

Al bajarme del tranvía suena la alegre musiquilla de mi móvil. Del susto hago un movimiento brusco. Miro la pantallita: número

oculto. Lo cojo desconfiada.

—¿Sí?

—¿Sabine Kroese? —dice una voz desconocida de mujer.

—Sí —confirmo.

—La llamo desde el hospital Gemini, en Den Helder. Quería informarla de que el señor De Ruijter fue ingresado ayer por la tarde.

—¿Qué? —exclamo sin entender—. ¿Bart ingresado en el hospital?

—Bart de Ruijter, efectivamente. Tuvo un grave accidente de coche.

—Pero... ¿cómo está? ¿Qué tiene? ¿Se pondrá bien? Y ¿por qué han tardado tanto tiempo en llamarme? —disparo completamente desquiciada.

—Bueno, informamos inmediatamente a su familia, que vino ayer, pero esta mañana él preguntó por usted. Será mejor que venga lo antes posible —dice la enfermera, o el médico, o lo que quiera que sea.

—Gracias —contesto atontada—. Iré inmediatamente. ¿Está muy grave? Todavía no me ha dicho cómo está.

—Tiene varias fracturas y una conmoción cerebral muy fuerte, señora Kroese. En estos momentos, su situación es estable, pero hay algo que nos preocupa. —Espera unos instantes y entonces me da la estocada—. Después de preguntar por usted perdió el conocimiento y todavía no lo ha recuperado.

Corro a la estación central, consigo por los pelos meterme en el tren a Den Helder. Entonces reparo en que he olvidado comprar un billete. Durante toda la hora que dura el trayecto, me muerdo las uñas entre zumbidos de *discmans* y crujidos de periódico, y me desespero cuando el tren se para en medio de un campo, poco antes de llegar a Anna Paulowna. Tras diez exasperantes minutos continuamos sin que los altavoces den explicación ninguna por el retraso. Por fin, el tren se detiene entre chirridos en Den Helder. Me coloco en primera posición ante la puerta, salto al andén y corro a la parada del autobús que hay junto a la estación.

—¿Va usted al hospital Gemini? —pregunto al chófer.

—No —dice el hombre señalando un autobús que se aleja—. Ése era.

¡Es para morirse! Presa de la impaciencia, busco un taxi.

En el mostrador de información del hospital pregunto por Bart de Ruijter, y me informo sobre cómo llegar al servicio en que está ingresado. No hay mucha gente, todavía no es hora de visita. Me dirijo deprisa a los ascensores y, después, recorro unos interminables pasillos blancos. Hace años seguí el mismo trayecto, cuando ingresaron a mi padre. ¿Quién me hubiera dicho que volvería aquí por un asunto de igual magnitud?

Habitación 205, habitación 205. Paso los ojos por los letreros que hay al lado de las puertas y me detengo repentinamente al ver el nombre de Bart.

Empujo la puerta con cuidado y me preparo para ver tubos, vías y goteros, pero no estoy preparada para esa cama vacía en una habitación individual. Miro confusa el letrero de la puerta. ¿Me he equivocado? No. Es su nombre. Pero, entonces, ¿dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

Salgo deprisa al pasillo y me aferró a una enfermera.

—Vengo a ver a Bart de Ruijter, pero su habitación está vacía. ¿Dónde está?

—¿Quién es usted? —pregunta la enfermera.

—Sabine Kroese. Me han llamado esta tarde desde aquí.

La enfermera consulta su carpeta.

—El señor De Ruijter fue atropellado ayer por la tarde al cruzar la calle. Todo iba relativamente bien, estaba incluso consciente, pero esta tarde ha perdido de repente el conocimiento. Ahora le están haciendo una resonancia magnética. En cuanto sepamos algo más, se lo diremos.

Me saluda amablemente con la cabeza y continúa su camino. Yo me siento abatida. En algún sitio cerca de mí, oigo unos sollozos reprimidos. Miro al lado y veo en la sala de espera a una mujer rubia que me da la espalda. Está encorvada y sus hombros dan sacudidas sin cesar. A su lado hay una niña en un portabebés.

Me quedo dubitativa en el pasillo, ¿Serán Dagmar y Kim? Pero Dagmar estaba con gripe, ¿no? Y eso qué importa, me digo a mí misma. Con gripe o sin ella, yo también me hubiera levantado de un salto de la cama. Lo único es... ¿te permiten entrar en un servicio de estos si llevas bacilos de gripe en el cuerpo?

En un impulso entro en la sala.

—¿Dagmar?

Ella vuelve la cabeza deprisa, esperando ver a un médico. Tiene la cara llena de lágrimas y los ojos hinchados.

—¿Sí? —dice sin comprender.

—Mi nombre es Sabine Kroese. Conozco a Bart del instituto, nos volvimos a ver el sábado en el encuentro de ex alumnos. ¿Qué ha pasado? —pregunto en tono suave y compasivo.

Dagmar no muestra el menor interés por mí. Empieza a hablar inmediatamente.

—Lo atropellaron, en mi calle. Casi delante de mi puerta —dice con amargura—. ¡Y el automovilista ni siquiera se detuvo! ¡Se dio a la fuga, el muy cabrón! ¿Tú te crees que hay derecho?

—¿Viste lo que sucedió? —pregunto asustada.

—Oí un golpe y vi un coche que salía disparado. Me quedé con Bart hasta que llegó la ambulancia. Ahora le están haciendo una resonancia magnética. —Dagmar me mira con más atención—. ¿Quién decías que eras?

—Sabine. Sabine Kroese. Conozco a Bart del instituto —repito.

Ella asiente levemente, sumida de nuevo en sus sombrías cavilaciones.

¿Qué hacer? ¿Sentarme también en la sala de espera? Me imagino que un médico se asoma con expresión interrogante a la sala de espera y nos llama. «¿La ex esposa del señor De Ruijter? ¡Ah! ¿Y usted es su nueva compañera? Pues... desafortunadamente, sólo podemos permitir que entre una persona en la UCI.» Entonces nos mirará una a una esperando que nosotras decidamos quién entra primero. ¿Qué derecho me da haber pasado una noche con él?

Miro a la niña del portabebés. Es preciosa. Se parece a Bart. De repente siento unos terribles celos de Dagmar. Están divorciados, pero gracias a esa preciosa criatura, tendrá un vínculo de por vida con él, no importa lo que haga Bart en el futuro. Es evidente que ella quiere recuperarlo, lo veo claramente. Tenemos en común eso. Y yo también estoy dispuesta a luchar por él, pero no aquí, en el hospital.

Farfullo un saludo de despedida, pero Dagmar se vuelve hacia el bebé, que hace unos sonidos quejumbrosos.

Abandono el hospital y salgo al sofocante calor de la calle. Camino despacio hacia la parada del autobús. No tengo tanta prisa

como para coger un taxi. Dagmar me ha dado algo en que pensar, y ese tiempo de espera en la parada me irá muy bien para hacerlo. ¿Es posible que Olaf tenga algo que ver con el atropello de Bart? Nos vio juntos y estoy segura de que era él quien nos siguió a la casa de Bart. ¿Cabe concluir que él lo atropelló? No, pero tampoco es inverosímil.

Cojo el móvil y lo enciendo. Lo había apagado al llegar al hospital. Cuatro llamadas perdidas. Escucho el contestador.

«Sabine, tengo que hablar contigo. Llámame.» «¿Dónde estás? Tengo que decirte algo. Es urgente.» «Seguro que estás en Den Helder, con el gilipollas ese. No está allí, Sabine. No estará nunca para ti.» «¡Llámame, joder!»

En el momento en que quiero borrar los mensajes de Olaf, cambio de idea. De repente sé lo que debo hacer. Llega el autobús. Me subo. El trayecto es caluroso y largo, pero por fin llegamos a la comisaría de policía. Pido parada y me coloco junto a la puerta de salida. El autobús se para a la vuelta de la esquina de la comisaría, y yo me bajo.

40

No sé por qué, pero la comunicación entre el detective Hartog y yo no funciona como debiera. Me escucha con amabilidad, pero nada indica que me tome en serio. Sentada frente a él en el mismo despacho que la otra vez, le explico de nuevo mi pérdida de memoria y cómo los recuerdos están volviendo poco a poco. Hartog me mira como si fuera el producto de un horripilante experimento. Le hablo de mi relación con Olaf van Oirschot, que, en su día, salía con Isabel Hartman; le cuento lo que me dijo Eline y describo mi propia relación con Olaf.

—No soporta el rechazo, ¿entiende? —digo—. Maltrató a Eline Haverkamp cuando ella quiso romper; a mí me acosa por la misma razón y también conmigo se le escapa la mano. Creo que mató a Isabel en un arrebato de cólera cuando ella lo dejó.

Hartog me escucha con paciencia y da unos golpearos con su bolígrafo en el escritorio.

—En su última visita dijo usted que sospechaba del señor Groesbeek —me recuerda.

—Ahora, al señor Groesbeek se añade Olaf van Oirschot —respondo—. Pudo ser cualquiera de los dos. También es posible que un desconocido empujara a Isabel de su bicicleta. No pretendo saber quién es el autor, señor Hartog, yo sólo le informo de lo que he averiguado. Y la verdad es que no me sorprendería que hubiera sido Olaf. Pienso que, además, él atropello a mi nuevo compañero. Ya sabe, el accidente que se produjo ayer.

Hartog me mira con algo más de interés.

—No hubo testigos —dice.

—No. Pero Olaf tiene motivos para querer atropellar a Bart —le explico inclinándome un poco hacia delante para asegurarme de que Hartog sigue prestándome toda su atención ahora que se ha vuelto a apoyar en el respaldo como si esta información no le sirviera de nada.

Un tanto desesperada saco mi móvil y busco los mensajes de Olaf. Él los escucha atentamente, pero no detecto cambios en su expresión.

—Siento mucho que tenga usted problemas con su ex novio —dice con amabilidad—. Pero nada indica que fuera él el responsable del accidente del señor De Ruijter.

—¡Pero Olaf sabe que Bart no está en casa! —exclamo—. ¿Cómo lo sabe? ¡Porque él mismo lo ha enviado al hospital!

—Quizá hablaba sin pensar —sugiere Hartog cordialmente—. Escuche, señorita Kroese, entiendo perfectamente su preocupación, y le confieso que el comportamiento del señor Van Oirschot también me parece algo extraño. Pero, como comprenderá, no es suficiente para detenerlo. Usted se presenta con unas cuantas sospechas difusas y espera que yo entre en acción. Porque es así, ¿no? Pero en base a estas acusaciones yo no puedo hacer absolutamente nada. Creo que lo mejor será que haga las paces con su ex novio y resuelvan sus problemas con palabras, como la gente civilizada.

—Aún no he terminado —le corto en seco.

Hartog apoya los brazos en la mesa en actitud resignada y me mira.

—¿Qué más quería decirme?

Le cuento mi visita a la madre de Isabel, menciono la agenda que ella me mostró, y saboreo con placer el interés que refleja el rostro del detective.

—Isabel tenía una cita el día que desapareció —digo—. ¿Lo sabía?

Hartog saca del expediente una copia de esa página de la agenda de Isabel.

—Con DO —dice.

—No. Con Olaf van Oirschot. DO significa Dunas Oscuras, y el diez no es un diez, sino IO: Isabel Olaf. Salían juntos y ese día Isabel quería hablar con Olaf para romper con él. No sé si llegó a hacerlo,

pero lo cierto es que, poco después, desapareció.

Hartog examina la copia de la página del 8 de mayo y consulta el expediente de Isabel.

—IO —dice.

Me apoyo en el respaldo de la silla no sin satisfacción.

—Olaf tenía un motivo y la ocasión de hacerle algo a Isabel. Terminó el examen de matemáticas sobre las dos y media. A las dos y diez Isabel y yo salimos de clase y ella partió hacia el bosque en su bici.

Hartog hojea el expediente.

—Según el testimonio de Olaf van Oirschot, al terminar el examen se fue directamente a casa. Su madre lo confirmó.

Yo me encojo de hombros y hago una mueca despectiva.

—Isabel Hartman fue asesinada ese día y según Eline Haverkamp, Olaf podía ponerse violento cuando las cosas no marchaban como él quería.

—¿Asesinada? ¿Cómo está tan segura de que Isabel fue asesinada? —Hartog me mira con ojos penetrantes.

—Porque he visto su cuerpo. Durante años no recordaba nada, pero hace poco recuperé su imagen. Fue asesinada, señor Hartog.

Para mi disgusto, Hartog no parece muy impresionado.

—Y todo este tiempo lo había olvidado —consigue hacer que la palabra «olvidado» suene un tanto ridícula—. Y de repente lo ha recordado de nuevo. ¿Tiene usted una idea de la razón?

Aguanto su mirada sin pestañear.

—No. No sé cuál es la razón. Quizá me sienta ahora más fuerte para enfrentarme a la verdad.

—La verdad —dice Hartog—. Y según usted, la verdad es que Isabel Hartman fue asesinada.

—Sí. Vi su cuerpo. Lo recordé de repente hace poco tiempo; la vi delante de mí como si acabara de suceder. Vi su cara, sus ojos como platos, la arena en su cabello... —Me estremezco—. No entiendo cómo pude olvidarlo.

—Yo tampoco, señorita Kroese. —Hartog me mira fijamente.

—Mi psicóloga dice que se llama represión —explico—. Ella tuvo desde el principio la impresión de que yo reprimía cosas del pasado.

Hartog guarda la copia de la agenda de Isabel en la carpeta y me

mira atentamente.

—¿Está usted en tratamiento psicológico?

Lo miro desconcertada. Esto no va por buen camino.

—Lo estuve, sí. Pero por poco tiempo, y ya estoy mucho mejor. —Cruzo las piernas intentando dar la impresión de tranquilidad y equilibrio mental. Hartog me examina—. No le veo la importancia —añado—. No estoy loca. El mecanismo de represión es muy conocido en psicología. No entiendo por qué usted no se alegra de que esté recuperando la memoria y pueda ayudarlo con la investigación.

—Sí que me alegro, señorita Kroese. —Hartog cierra el expediente de un golpe, se reclina en su silla y junta las yemas de los dedos como un médico que estudia un caso complicado—. Vamos a hacer un resumen: usted fue testigo del asesinato de Isabel Hartman; durante nueve años no se acordaba de nada y ahora los recuerdos regresan poco a poco. ¿Lo he entendido bien?

—Sí. —Mis ojos no esquivan su mirada.

—¿Vio también quién asesinó a Isabel Hartman?

—No. Todo lo que recuerdo es que la vi tendida en el claro del bosque. Estaba muerta.

Mientras lo digo me imagino el efecto que pueden tener mis palabras. Y más para un detective. Hartog me mira con el entrecejo fruncido y de repente noto que el ambiente en la oficina está muy cargado.

—¿No vio al asesino?

—No.

—¿Recuerda si había alguien más en ese lugar, además de usted?

Dudo qué decir. En mis sueños vi a un hombre acercarse a Isabel, pero ¿puede uno fiarse de los sueños? No era un recuerdo de verdad, pero creo que puede ser importante. Quizá Hartog deje de mirarme con desconfianza si le hablo de ese hombre.

—Vi una figura entre los árboles. Un hombre —le digo.

—¿Qué hacía? ¿Se alejaba, estaba allí de pie, se acercaba a Isabel…? —pregunta Hartog rutinariamente.

Yo esperaba que mi testimonio, que sin duda significará un gran avance en la investigación, le estremeciera, pero su voz no revela convencimiento.

—Primero estaba allí, sin más, pero cuando ella lo vio, él se le acercó —explico.

—¿Le dio la impresión de que Isabel tenía miedo? —pregunta Hartog.

—No —respondo—. Le sonreía.

Hartog mira el expediente y juega con su bolígrafo.

—Mmm —dice antes de quedarse callado un rato—. La pregunta es cuan fiables son sus recuerdos, señorita Kroese. Los años pueden teñir las imágenes del pasado.

—Podrían empezar a cavar —sugiero.

—¿Cavar? ¿Dónde?

—En las Dunas Oscuras, naturalmente. Es un poco complicado de explicar, pero puedo dibujar un mapa.

Al oír que puedo señalar el lugar específico, Hartog me mira con renovado interés.

—Adelante —asiente deslizándome una hoja de papel.

Mientras él se toma el café, yo dibujo los senderos del bosque. Los conozco al dedillo. También dibujo los caminos más alejados que no hubiera podido indicar si no hubiera estado allí hace poco. Le paso el papel satisfecha. De hecho, estoy convencida de que Hartog se levantará de un salto para pasarle el mapa a un equipo de investigación. En vez de eso, echa sin convencimiento un rápido vistazo a mi croquis. Yo me exaspero. ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Acaso piensa que soy una adolescente fantasiosa necesitada de atención?

Creo que mis pensamientos se reflejan en mi expresión, porque Hartog me observa muy serio.

—¿Sabe, señorita Koese? He buscado información sobre usted —me confiesa.

—¿Sobre mí?

—Sí. Su nombre no aparece en el expediente —dice dando golpecitos con el dedo en la carpeta que tiene delante—. Y yo me pregunto por qué. Usted iba a la misma clase que Isabel Hartman.

—Sí —digo reacia.

—Y fueron juntas a la escuela primaria.

—Sí.

—Pero después de la desaparición, a usted no la interrogaron.

—No.

—Un gran error de nuestra parte. Me alegro de que haya tenido la valentía de ir a la policía.

Lo miro desconfiada.

—Gracias a la información recabada he averiguado que usted e Isabel Hartman no tenían una relación lo que se dice amigable, por no decir más —dice Hartog en tono confidencial, el tono del detective que quiere hacer el papel de amigo para sonsacarle al sospechoso declaraciones comprometedoras.

Yo no muerdo ese anzuelo.

—En primaria éramos muy amigas —le respondo.

—Pero después no. Isabel le amargó a usted la vida.

No digo nada.

—El grupito que ella lideraba la acosaba a usted frecuentemente, incluso le pegaban. Debió de ser una época difícil para usted.

—Bueno... —empiezo a decir, pero Hartog me interrumpe antes de que pueda continuar.

—El acoso era tal que por la noche tenía pesadillas y no se atrevía a ir al colegio, ¿no es así? —dice con amabilidad.

Me incorporo en mi silla.

—¿No tienen los psicólogos secreto profesional? —pregunto molesta.

—Si se trata de un crimen, no, señorita Kroese —responde Hartog tranquilo—. También me contó que su hermano la esperaba con frecuencia en el patio del colegio para llevarla sana y salva a casa. Tampoco él apreciaba mucho a Isabel Hartman, ¿verdad? —El tono de Hartog sigue siendo cordial, pero yo tengo cada vez más calor.

—¿Podríamos abrir la ventana? —pregunto.

Hartog hace lo que le pido y abre un poco la ventana. Siento la suave brisa y miro con ansia la abertura que me conecta con el exterior. Me muevo inquieta en la silla, levanto la barbilla y digo con voz chillona:

—Sí, Robin me esperaba a veces después de las clases. ¿Y qué? No veo...

—Debió de ser un alivio cuando ese suplicio acabó. ¿No es cierto, señorita Kroese?

El tono de insinuación con el que lo dice me enfurece. Me

reprimo con todas mis fuerzas y lo miro fríamente.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que fui yo quien mató a Isabel?

—Yo no quiero decir nada. Sólo constato los hechos. Para usted, la desaparición de esa chica supuso un alivio. —La expresión de Hartog subraya la lógica de sus palabras, pero yo no estoy dispuesta a darle la razón.

Me encojo de hombros.

Hartog saca una hoja de papel del expediente.

—Tengo aquí su declaración de su visita anterior. Entonces dijo que recordaba haber ido en bicicleta detrás de Isabel Hartman al salir de clase. A ella la acompañaba una amiga y cuando ésta se metió en una calle lateral, Isabel siguió recto. Usted la siguió a una prudente distancia. En el cruce de las calles Jan Verfailleweg y Seringenstraat, usted cambió de dirección para que ella no se percatara de su presencia. ¿Por qué no quería que Isabel Hartman la viera?

—Me parece evidente —respondo malhumorada.

—¿Tanto miedo le tenía? ¿También cuando estaba sola, sin el apoyo de las otras chicas?

—¿Usted qué hubiera hecho? ¿Ponerse al lado como si nada?

—Lo que me pregunto es por qué la siguió si no quería nada con ella.

—No la seguía, simplemente llevábamos el mismo camino.

—¿Iba usted con frecuencia a casa por el camino de las dunas, señorita Kroese?

Me encojo de hombros.

—No muy a menudo. Sólo cuando hacía buen tiempo.

Nos quedamos los dos en silencio unos instantes.

—Así que cuando usted se metió en la Seringenlaan lo hizo para no toparse con Isabel —retoma Hartog la conversación.

—Sí —confirmo.

—No la estaba siguiendo.

—No.

—Sin embargo, usted dice conocer el lugar donde fue atacada. Es más: vio que fue asesinada, y eso no sucedió junto al bar.

—Al pasar junto al bar y mirar hacia la derecha vi a Isabel introducirse en el bosque junto a otra persona —explico con paciencia.

—Y entonces decidió seguirlos. ¿Por qué?

—Porque quería saber con quién había quedado —le contesto algo más impaciente.

—¿Por qué?

Me encojo de nuevo de hombros.

—Imagino que por curiosidad.

Hartog parece aceptar esta explicación.

—¿Y vio quién era?

—Sí, tuve que verlo. Pero no lo recuerdo.

—¿Era un conocido? —persevera Hartog.

Reflexiono unos instantes. ¿Era un conocido? Sí, no sé cómo, pero sé que era así. De otro modo, los acontecimientos no me hubieran conmocionado tanto. Mi mente registra inmediatamente que, efectivamente, lo que vi me conmocionó, algo que también había desaparecido de mi memoria.

—Señorita Kroese, le he hecho una pregunta —dice Hartog con cordialidad.

—¡Ah, perdón! —me sobresalto—. Sí. Es extraño, sé que conocía a esa persona, pero no sé si la conocía bien.

Hartog exhala un profundo suspiro y se frota la frente.

—¿Sabe? —dice—. La conversación que mantuve con su psicóloga acerca de este tema me dejó muy en claro que los recuerdos pueden vivir su propia vida. Por ejemplo, es muy posible que Isabel se encontrara con un conocido, se quedara hablando con él un rato, a continuación la viera a usted llegar y se introdujeran en el bosque juntas.

En respuesta le miro despectivamente.

—Entonces, ¿por qué recuerdo que era un hombre?

—No lo sé —dice Hartog tranquilo—. Bien mirado, no es mucho lo que recuerda. Asegura que sabe que era un hombre, que lo conocía, pero ya no recuerda quién era. Su memoria es muy selectiva, ¿no le parece?

No respondo.

—Intente imaginar que fue usted quien se adentró con Isabel Hartman en el bosque. Que fue usted con quien había quedado junto al bar, para arreglar las cosas. ¿No le suena mucho más realista, señorita Kroese?

Tengo las manos juntas, los dedos entrelazados, algo que no

debe dar una impresión demasiado buena, pero no consigo relajarme y mantener las manos en mi regazo. De una persona que venía a poner una denuncia me he convertido de repente en sospechosa, y la amistosa actitud de Hartog no casa en absoluto con la mirada escrutadora y perseverante de sus ojos.

Me quedo mirando un hilito que sale de la manga de mi jersey, pero me armo de valor y levanto los ojos.

—Escúcheme, señor Hartog —digo con la voz ligeramente temblorosa—. No sé adónde quiere llegar, pero yo no había quedado con Isabel junto al bar ni me metí con ella en el bosque. Todo sucedió como le he contado antes. ¿Por qué iba a venir aquí y contarle todo eso si fuera verdad lo que usted insinúa? ¿Por qué iba a hacerlo?

He marcado un tanto, lo veo en la cara de Hartog. Me incorporo en mi silla con algo más de confianza en mí misma.

—Le propongo que vaya a cavar en el lugar que le he indicado. Si encuentran allí a Isabel, usted me cuenta la verdad sobre la represión y el funcionamiento de la memoria. Y si de paso detiene a Olaf van Oirschot, tendrá también al presunto asesino. De todos modos creo que no estaría de más ir a charlar un rato con él e inspeccionar si tiene daños en su coche.

—Quizá tenga razón —dice Hartog.

Escribe algo con una letra menuda que yo, por más que me esmero, no consigo leer boca abajo.

—¿Me mantendrá al corriente? —pregunto al levantarme.

Hartog deja el bolígrafo.

—Créame, señorita Kroese, si necesito información, será usted la primera persona a la que llamaré.

El matiz irónico en su voz no me hace nada de gracia.

41

Me dirijo indignada a la parada del autobús. Estoy acostumbrada a recibir miradas cautelosas, escudriñadoras, cada vez que menciono que he estado bajo tratamiento psicológico, pero ahora encima me toman por una asesina a sangre fría. Estoy tan confundida que no sé qué hacer. ¿Irme a casa? ¿Al hospital? ¿Quedarme aquí? ¿Adónde puedo ir? Mientras la policía no haga nada con mi información, la verdad es que no puedo ir a ninguna parte.

Dejo que el autobús me lleve de nuevo al centro y entro en mi pizzería favorita, en la Koningsstraat. Hay mucha gente, y gran parte de las mesas están reservadas. Me contento con una mesita situada en un rincón; allí puedo sentarme medio escondida. Encargo lo primero que veo en el menú. Me traen una cestita con pan caliente y mantequilla con hierbas, y mientras unto una rebanadita reflexiono sobre lo que debería hacer. Podría quedarme aquí, en un hotel, así estaría cerca de Bart. ¿Se molestará Olaf en llamar a todos los hoteles de Den Helder? Puedo dar un nombre falso, pero él podría describirme y preguntar si hay algún cliente que responda a esa descripción.

«No exageres, Sabine —me regaño por dentro—. Por supuesto que no lo hará. Él te busca las cosquillas y tú huyes como un conejo asustado.» Pero lo del hotel es buena idea. Quiero estar cerca de Bart, eso no tiene nada que ver con mi miedo a Olaf. Y mañana me quedaré también en Den Helder. Por la tarde volveré a Amsterdam e iré a ver a Robin, y quizá pueda quedarme a dormir en su casa.

Lo llamo, pero tarda mucho en coger el teléfono. Justo antes de

que salga el contestador oigo su atropellada voz.

—Robin Kroese.

—Soy yo. ¿Puedo quedarme a dormir en tu casa mañana por la noche? —voy directamente al grano.

—¡Hombre, hermana! —exclama alegre—. Pues claro que sí. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Mañana te lo cuento —respondo.

—¿Qué pasa? —noto cierta preocupación en su voz.

—Es una larga historia. Prefiero explicártela en otro momento. Ahora estoy en una pizzería en Den Helder —le digo—. Oye, ¿ha ido Olaf a verte? ¿O te ha llamado?

—Sí, acaba de marcharse. Te estaba buscando.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado dónde estabas y me ha pedido que lo llamara si sabía algo. ¿Os habéis peleado?

—Sí. Por favor, no lo llames, y sobre todo no le digas que voy a ir a tu casa mañana.

—¿Por qué no?

—Mañana te lo explico todo, Robin.

—De acuerdo, hasta mañana.

Cuelga. Yo paso la mirada de mi móvil a las mesas que me rodean. ¿Puedo confiar en Robin o hará un bienintencionado intento de reconciliarnos? Suspiro.

Me acaban de poner la borboteante lasaña delante de las narices cuando se me ocurre que podría llamar al hospital. Cojo inmediatamente el móvil, marco el número y pido a la recepcionista que me pase con la planta en que se encuentra Bart. Se pone otra recepcionista, y, después, un médico o una enfermera, no me queda claro. Ni me importa, con tal de que me explique cómo está Bart. Para mi gran sorpresa me dice que han operado a Bart. La resonancia magnética mostraba un coágulo en el cerebro, por eso lo han tenido que operar de urgencia. La operación parece que ha ido bien. Aún está en la sala de postoperatorio, pero más tarde le permitirán recibir visitas. Me pregunta si soy familia cercana. ¿No? Entonces mejor que espere hasta mañana por la mañana. La esposa y los padres del señor De Ruijter están con él, y sería demasiado jaleo.

«¡Su ex esposa!», me gustaría gritar en el teléfono. ¡Es su ex

esposa! ¡Y por lo tanto tiene tantos o tan pocos derechos como yo!

Pero me conformo, naturalmente. Tampoco me apetece ir a verlo si está rodeado de su familia. Esperaré hasta mañana por la mañana. Quizá esté sólo y lo tenga todo para mí. Le enviaré un sms, para el improbable caso de que lea sus mensajes de móvil esta noche.

Me quemo la lengua con la lasaña, pido un helado y un café de postre y, después, llamo un taxi para ir al hotel Zeeduin, en la avenida Kijkduinlaan. Estoy cansada, y lo único que quiero es darme un baño bien caliente, mirar un rato la televisión y acostarme temprano.

Y eso es exactamente lo que hago. Sin embargo, la extraña cama de hotel no me deja dormir bien. El colchón es demasiado blando, y el edredón demasiado gordo y huele raro. No me gusta dormir en camas extrañas. De niña ya me pasaba. Disfrutaba cuando se quedaban a dormir mis primos, pero no me gustaba quedarme a dormir en sus casas.

A la mañana siguiente, el exasperante y agudo sonido del despertador del móvil me despierta a las ocho. Me incorporo somnolienta y lo apago. Llamo al trabajo y pido al cielo que sea Zinzy quien coja el teléfono, pero es Margot. Le comunico en pocas palabras que las circunstancias me obligan a coger un día libre.

—¿Otra vez? Esto no puede seguir así, Sabine —dice parsimoniosa.

—¿Por qué no? —pregunto—. Me quedan más que suficientes días de vacaciones. A lo mejor los cojo todos seguidos. No es tu problema.

Cuelgo sin esperar su respuesta y, al contrario que hace unas semanas, me olvido del trabajo casi inmediatamente. Es otro mundo que discurre vagamente como trasfondo de mis pensamientos pero no desempeña un papel de importancia.

Me meto de nuevo en la cama hasta acabar de espabilarme, pero en vez de eso me duermo otra vez. Son casi las nueve y media cuando miro la hora por entre las pestañas, avisada por la luz que se filtra por las opacas cortinas. ¡Las nueve y media! ¡Ya ha empezado la hora de visitas! Me siento al borde de la cama y cojo el móvil. Doy un salto de alegría al ver que tengo un mensaje de Bart, pero mi gozo se convierte en irritación al leerlo: «Te echo de menos.

¿Puedes venir esta tarde? Dagmar y Kim estarán por la mañana.» —¡Pues vaya plan! —digo furiosa—. ¿Y qué hago yo todo el día?

Meditabunda, miro por la ventana el cielo azul. ¿Estará Olaf en la oficina? Probablemente sí, él no tiene por qué coger un día libre. A no ser que siga esperándome en mi casa.

Llamo a mi teléfono fijo, pero nadie lo coge. Después telefoneo al banco, pregunto por el departamento de Informática y oigo la voz de Olaf. Cuelgo inmediatamente, agradecida de que no tenga identificador de llamada. Bueno, eso supongo. Por lo menos, los teléfonos en secretaría no lo tienen.

Me ducho deprisa, me visto y me percato con fastidio de que mi jersey ya no huele muy bien. ¡Bah! De todas formas, después de desayunar me voy a ir a casa. No tengo nada que hacer en Den Helder. Esta tarde volveré con el coche para ir al hospital.

Recojo mis cosas, bajo al comedor y me acomodo en una mesa que hay junto a la ventana, con vistas a las dunas y un resplandeciente cielo azul. ¿Quién lo hubiera pensado, en una sencilla mañana de martes? En otras circunstancias lo hubiera disfrutado, e incluso me hubiera acercado un rato a la playa.

Elijo mi desayuno en el bufé y, ya en la mesa, empiezo a pelar un huevo duro cuando suena mi móvil. Por suerte no hay mucha gente desayunando; la mayoría de las mesas que me rodean están vacías.

—Sabine Kroese —digo.

—Soy Rolf Hartog, detective de policía de Den Helder. Quería comunicarle que hemos comprobado su historia, señorita Kroese.

—¿Y? —pregunto conteniendo la respiración.

—Esta mañana temprano, mi equipo ha estado haciendo averiguaciones en las Dunas Oscuras —dice Hartog.

Mi corazón bombea la sangre con tal fuerza que me mareo. Apoyo la cabeza en la mano mientras con la otra intento sostener el móvil junto a mi oído.

—Me gustaría hablar con usted, señorita Kroese.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Era como usted dijo —dice Hartog con la voz profunda y seria—. Hemos cavado en el lugar que usted nos indicó.

El corazón se me desboca.

—¿Y? —pregunto tensa.

—Efectivamente, hemos encontrado allí los restos mortales de Isabel Hartman. No estaba enterrada muy profundamente. Fue estrangulada.

A la media hora estoy otra vez en la comisaría de policía. He recogido mis cosas a toda prisa mientras me comía con una mano un bocadillo que me había preparado rápidamente.

Hartog me pasa una taza de café humeante y mira cómo me echo un chorrito de leche.

Se abre la puerta y entra una mujer de uniforme.

—Soy la detective Fabiënne Luiting —se presenta estrechándome la mano y sentándose a la mesa, a mi izquierda.

Tengo la garganta tan seca que no puedo decir palabra. Me tomo el café de un trago.

—¿Ha sido un golpe fuerte? —pregunta Hartog compasivo.

Asiento.

—Siempre cabía la posibilidad de que no se acordara bien —dice Hartog.

—Sí —le contesto átona—. Pobre Isabel. Por muy bruja que fuera, eso no se lo merecía.

—¿Tan bruja era? —pregunta Fabiënne Luiting.

No me apetece hablar con ella y me dirijo a Rolf Hartog.

—¿Han hablado ya con sus padres?

—Aún no —aclara Hartog—. Primero queremos comprobar por medio de los datos odontológicos que realmente se trata de Isabel.

—Así que fue estrangulada —digo.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Tenía la laringe dañada, algo que sólo se produce por estrangulación.

—Oh.

—¿Sabía que Isabel fue estrangulada? —pregunta Hartog.

Le miro sin comprender.

—No. Claro que no. ¿Por qué iba a saberlo?

Hartog y Fabiënne Luiting me miran abiertamente. El ambiente se hace amenazador y me hace sentir incómoda.

—Porque también sabía dónde la podíamos encontrar —contesta Fabiënne—. Está claro que estuvo en el lugar del delito antes de que asesinaran a Isabel, pues la vio antes de que fuera enterrada. Eso

significa que sabe quién la mató.

—Es posible. Quiero decir, debería saberlo, pero no tengo ni idea. Creo que fue Olaf, pero no recuerdo haberlo visto allí. No tengo ni idea de quién más había. —Veo las miradas que se intercambian, la tensa mueca de Hartog, la arisca expresión de Fabiënne.

—Me pregunto por qué —dice Hartog encendiendo un cigarrillo.

También me apetecería uno, pero no me atrevo a pedirlo por miedo a que lo consideren como una señal de nerviosismo.

—Simplemente lo he olvidado —le contesto.

—¿Por qué cree que lo olvidó?

Hartog lanza el humo detrás de él para que no me moleste. Preferiría que me lo echara a la cara, para que me viera menos nítidamente. Sus duros ojos azules me ponen nerviosa, me dan la sensación de que soy yo la sospechosa. Pero, bueno, la policía siempre me da esa sensación. Si van detrás de mí, por la autopista, siempre temo que me den el alto, cuando simplemente van en la misma dirección que yo. Es el uniforme, y esa mirada escrutadora y desconfiada que tienen todos los agentes de policía. Debo rehacerme antes de que se hagan una idea equivocada de mí.

—¿Van a detener a Olaf o no? —pregunto impaciente.

—¿Puede darnos su dirección? —pregunta Fabiënne.

—Con mucho gusto. Tienen que agarrarlo lo antes posible, así podré regresar mañana a mi trabajo.

Escribo la dirección de Olaf en el cuaderno de notas que me pasa.

—¿Dónde trabaja?

Escribo también la dirección del banco.

—Olaf también trabaja allí —explico—. En el departamento de Informática. Ahora está allí, me ha cogido el teléfono hace un rato.

Hartog asiente.

—Iremos a hablar con él.

—Fue él. Estoy segura —digo.

—Quizá lo fuera —responde Hartog—. Pero será difícil probarlo. —Se saca del bolsillo una tarjeta de visita—. Éste es mi teléfono móvil. Llámeme en cuanto recuerde cualquier cosa.

Miro el número en la tarjeta y me lo aprendo de memoria en el acto.

—Si recordara algo acerca del autor, ¿serviría de prueba?

—¿Después de nueve años? Me temo que no —contesta Hartog —. Pero si sabemos con seguridad que tenemos al autor, conseguiremos las pruebas.

—O una confesión —dice Fabiënne—. Tuvo que ser una persona fuerte: Isabel era bastante alta. No se la estrangulaba sin más.

Mira mis manos y yo veo la pregunta en sus ojos. No, Fabiënne, con estas manos no conseguiría estrangular a nadie. Isabel me sacaba casi una cabeza y era muy fuerte. Demasiado forzuda para una colegiala insegura como yo.

Me dejan ir. Me estrechan la mano amablemente, pero sus sonrisas no son francas.

—Ya la llamaremos —dice Fabiënne.

El viaje en tren a Amsterdam se me hace interminable. Durante una larguísima hora miro desganada por la ventana los campos y las vacas, los andenes y los pasos a nivel. Me bajo en la estación Sloterdijk y cojo el tranvía que va a mi barrio. Llego a mi calle, abro la puerta de mi casa, subo las escaleras y entro al piso.

Es un caos. Miro boquiabierta a mi alrededor y veo cajones boca abajo, armarios vacíos y trastos tirados por todas partes. En la cocina, todos los botes de la despensa han sido vaciados encima del linóleo, los cubiertos están desparramados sobre la encimera, la estantería con las cajas en las que guardo sellos y otras tonterías, ha sido saqueada. La cocina apesta a la cerveza que encharca el suelo. Por todas partes hay trozos de vidrio y vajilla hecha añicos.

Tardaré horas en recogerlo todo, pero no me importa; estoy demasiado nerviosa para no hacer nada. Enciendo la radio y me pongo manos a la obra. Ahora que está todo revuelto aprovecharé para tirar cosas. Saco un rollo de bolsas de basura de uno de los armarios de la cocina y tiro todo lo que no necesito. Al rato tengo ya tres sacos llenos en el pasillo.

Cada vez que dan las noticias aguzo el oído, pero aún no se ha emitido el comunicado de prensa con el anuncio del hallazgo del cuerpo sin vida de Isabel. Suena el teléfono, y al ver que es Fabiënne, el corazón me empieza a latir con fuerza.

—Fabiënne Luiting. Hemos arrestado a Olaf van Oirschot para tomarle declaración —dice—. Pensé que querría saberlo.

Doy un profundo respiro.

—Sí, gracias —respondo—. Muchas gracias.

Por la noche suena el teléfono y yo corro a cogerlo.

—Sabine, ¿vas a venir? —pregunta Robin, impaciente.

—¡Robin, perdona! Me había olvidado por completo. Me surgió un imprevisto...

—¡Vaya gracia!

—¡Perdona, perdona, por favor! Han encontrado a Isabel.

El silencio es total. Dura tanto que al final lo rompo yo.

—Me ha llamado la policía. Querían hablar conmigo.

—¿Dónde la han encontrado? —la voz de Robin suena muy extraña.

—En las Dunas Oscuras.

—¿En el sitio que tú recordabas?

—Sí.

De nuevo ese silencio.

—¿Y ahora? —pregunta.

—Han detenido a Olaf.

—¡Imposible! Dime que no es verdad. ¡Es ridículo!

—No es tan ridículo. Tenía una cita con Isabel el día que ella desapareció, en las Dunas Oscuras. No sé si él acudió, pero creo que sí. Y pienso que ella le dio calabazas.

—Es verdad —dice Robin como si reflexionara—. Cuando íbamos al gimnasio para hacer el examen, me dijo que tenía una cita con ella. Y tenía intención de acudir.

—¿Lo ves? Ella puso fin a la relación y a él se le cruzaron los cables.

—Y entonces él la asesina en el bosque, le quita las llaves de su bicicleta, la entierra y se lleva la bici que estaba aparcada junto al bar.

—Exacto.

—No me lo creo. ¿Por qué iba él a asesinarla? ¿Porque quería cortar? Es un motivo muy endeble.

—Para ti quizá lo sea. Pero no para alguien que no soporta el rechazo.

Nos quedamos los dos callados unos instantes.

—Bueno, de todas formas no averiguaremos nunca lo que sucedió realmente —dice Robin por fin—. ¿Y por qué íbamos a molestarnos? Dejemos que sea la policía quien lo haga. Para decirte

la verdad no creo que Olaf sea el asesino.

—¿Por qué no?

—Lo conozco. Es mi amigo desde hace años.

—Querrás decir que fue tu amigo durante años. ¿Llegamos alguna vez a conocer verdaderamente a alguien? En casi todos los casos penales, el autor es un conocido de la víctima. Especialmente en delitos sexuales. El amable vecino del que nadie sospecha, el amigo de la familia que de repente no puede contenerse... y sigue así.

—Pero aquí no estamos ante un delito sexual.

—No lo sabemos.

—Escucha, Sabine. En el supuesto de que Olaf tuviera algo que ver con la muerte de Isabel, pero fíjate bien que digo «en el supuesto», va a ser dificilísimo probarlo. No creo que la policía pueda retenerlo por mucho tiempo.

—Pues yo creo que lo retendrán hasta que confiese —replico decidida; pero al instante siento que el corazón me palpita como un caballo desbocado: ¿Qué pasará si Olaf no confiesa?—. Tengo que colgar. Te llamo mañana, ¿vale?

—Entonces, ¿hoy ya no vienes? —pregunta Robin.

—No. ¿Te importa?

—No pasa nada. ¡Y no sigas rompiéndote los sesos! —Me envía un beso y cuelga.

Marco inmediatamente el número de Hartog. No lo coge. Impaciente, empiezo a dar golpecitos en el suelo con el pie, hasta que una voz seca me dice que no van a coger el teléfono y que puedo dejar un mensaje en el contestador.

—¿Señor Hartog? Soy Sabine Kroese —digo—. Quería preguntar cómo va el interrogatorio. Bueno... la verdad es que no sé si puedo acostarme tranquila o si han dejado ir a Olaf. ¿Podría comunicármelo?

Cuelgo y de repente me siento agotada. Hubiera querido ir al hospital, pero no tengo energías para conducir hasta Den Helder. Además, mi coche aún está en la calle de Jeanine.

Voy con el teléfono en la mano a mi soleado balcón y me siento en un silloncito de mimbre. Llamo a Bart. Él coge el teléfono al instante.

—Bart de Ruijter.

—Hola, Bart. Soy Sabine.

—¿Cuándo vienes? —pregunta sin rodeos.

Me sonrío con sensación de culpa.

—Quería ir esta tarde, pero me temo que no voy a poder. Estoy en casa, en Amsterdam, y me siento muy cansada. Esta noche me voy a acostar temprano.

—Oh —dice decepcionado; tan decepcionado que casi me hace cambiar de idea.

¿Realmente no puedo acercarme un rato a Den Helder? Me froto la frente con los dedos, siento palpitaciones y un emergente dolor de cabeza, y sé que no sería sensato.

—Lo siento muchísimo —le digo—. No puedo coger el coche en estas condiciones.

—Entonces mejor que no lo hagas —responde comprensivo.

—Lo siento, Bart —me disculpo en tono contrito—. Ha sido un día lleno de emociones.

—Cuéntame.

—En otro momento. Ahora no quiero importunarte con eso. Tú ponte bien pronto, para que podamos disfrutar de ese día que me prometiste. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dice con la voz débil y cansada—. Te echo de menos.

—¿Y Dagmar?

—¿Qué pasa con Dagmar? —pregunta Bart a su vez.

—La vi en la sala de espera del hospital. Estaba desquiciada. Para decirte la verdad me dio la impresión de que quería recuperarte.

Tengo la mirada fija en la barandilla del balcón y casi no me atrevo a escuchar la respuesta de Bart. A lo peor me dice que también él se arrepiente del divorcio. Me siento infinitamente aliviada cuando Bart me responde con decisión que él no quiere recuperar a Dagmar; y menos ahora que me ha encontrado a mí.

—¿Estás segura de que no puedes venir? —pregunta como un niño pequeño que no puede aceptar una desilusión—. ¡Bah, no! Déjalo. Tienes razón, si estás tan cansada mejor que no vengas. Te lo noto en la voz. ¿Qué has hecho todo el día?

—Es una larga historia. —No tengo la más mínima intención de inquietar a Bart contándole que Olaf me acosa.

—Tengo todo el tiempo del mundo —responde.

Su tono me dice que mi reservada actitud lo ha herido. Por eso me apresuro a responderle.

—Han encontrado a Isabel.

Mi noticia surte el efecto esperado.

—¿Qué? —exclama Bart.

—En las Dunas Oscuras, exactamente donde yo soñaba —continúo—. Yo le indiqué el lugar a la policía y esta mañana han ido a cavar y la han encontrado. He estado todo el día en la comisaría —exagero un poco, pero es una buena justificación de mi cansancio.

—Joder —Bart está impresionado—. ¿Saben ya como murió?

—Estrangulada.

Se hace un profundo silencio.

—¿Y ahora? —pregunta.

—Esperar. Están investigando —le digo de forma imprecisa.

—Llámame si te enteras de algo —me pide.

Yo se lo prometo. Después de una serie interminable de sonoros besitos y «te quieros», colgamos. Dejo caer el teléfono en mi regazo y me quedo mirando fijamente las casas de enfrente, ahora bañadas en la luz crepuscular.

En mitad de la noche suena el estridente timbre de la puerta. Me asusto tanto que me incorporo de un salto y miro a mi alrededor con los ojos extraviados. Con una mano encima del despertador, totalmente confundida, intento averiguar si estoy despierta o si el sonido procede de un sueño.

Las cifras rojas del despertador digital me indican que son las cinco de la mañana. ¡Las cinco!

Corro a la ventana del comedor y miro por la rendija de las cortinas, pero no veo ningún Peugeot negro. A pesar de eso, me acerco a la puerta con desconfianza. Quito la cadena, salgo sin hacer ruido al descansillo y bajo la escalera a oscuras. Miro por la mirilla.

Olaf.

Mi corazón empieza a palpitar violentamente. Me agazapo como si Olaf pudiera ver a través de las puertas.

Vuelve a llamar, pero ahora oigo también el sonido de una llave en una cerradura. ¡Por Dios! ¡Tiene la llave de la puerta de la calle! Entonces, ¿por qué llama? ¿Para asustarme? Subo corriendo la

escalera, me tropiezo al llegar al descansillo, y corro ciega de pánico a mi puerta. Lo extraño es que no oigo a Olaf hacer ruido. No dice nada, sus pasos no resuenan en los escalones, no lo oigo respirar, y, sin embargo, se encuentra de repente detrás de mí, me agarra del brazo, me tapa la boca con la mano antes de que pueda empezar a gritar y me empuja adentro.

Olaf cierra la puerta con cuidado y me da la vuelta. Su cara está justo encima de la mía, deformada por una mueca de ira. Yo articulo un mínimo sonido desde detrás de su mano. Él la aparta y yo quiero gritar, llamar a alguien, hacer ruido, pero toda mi energía y valor se escapan de mi cuerpo como el aceite de un bidón agujereado. Doy un paso atrás, asustada, y me meto en el salón.

—Así que crees que yo la maté —dice Olaf con voz áspera—. Has hecho que me detengan, que me vayan a buscar al trabajo como si fuera un vulgar criminal. ¿Sabes cuánto tiempo me han tenido en comisaría? Toda la noche. ¡Toda la noche! Maldita sea, Sabine, ¿tú sabes lo que se siente allí, en un cuartucho maloliente? ¿Sabes lo que significa que te miren como si no valiera la pena ni escupirte?

Retrocedo en busca del teléfono, pero dudo si tendré ocasión siquiera de rozarlo. En la oscuridad, Olaf se me acerca paso a paso.

—No, no lo sabes —continúa—. No te has parado a pensar ni un segundo lo que es salir de la oficina esposado y observado por todo el departamento. ¡Maldita sea!

La explosión de ira en su voz hace que yo me encoja. Un arma, necesito un arma. Algo para defenderme. Mi mano palpa la repisa de la chimenea y encuentra una cajita de metal con las esquinas puntiagudas.

—¿Por qué, Sabine? ¿Por qué me haces esto?

En dos pasos se planta delante de mí y me agarra de la muñeca. Yo reprimo un grito, más por oír que la caja se ha caído al suelo que por la fuerza de su mano.

—¿Por qué? —me grita en la cara.

Retrocedo, pero él aún me tiene agarrada y me empuja contra la chimenea. La ira se mezcla con el miedo. Le doy un empujón y me aparto de él unos pasos.

—¿Y por qué no? —le grito—. ¿No querías pedir perdón? ¿No habías hecho algo terrible? ¿Por qué me lo contaste? ¡Qué me

importa a mí!

Se hace un siniestro silencio. Por desgracia, en la oscuridad no puedo ver bien su rostro.

—Renée —dice con voz profunda y lóbrega—. Estaba hablando de Renée.

—¿Renée? —repito estúpidamente.

—Quería ayudarte. Había que darle una lección a esa imbécil. Y creo que no te presté un mal servicio: desde que ella no está en la oficina va todo mucho mejor, ¿no es cierto?

El tono suplicante de su voz me preocupa aún más que su cólera. Me dirijo lentamente hacia la puerta.

—¿Lo hiciste por mí? —pregunto con voz temblorosa.

Olaf me mira hosco.

—¿Y lo de Isabel? ¿Lo hiciste también por mí? —le tiro de la lengua mientras miro de reojo hacia la puerta. Si cojo carrerilla lo conseguiré.

Olaf emite el sonido de un animal herido y se pone a caminar de aquí para allá por la habitación, pasando siempre por delante de la puerta.

—¡No, imbécil, claro que no! ¿No te dije que yo no tuve nada que ver con aquello? —grita—. ¿Por qué no me crees? ¿Por qué no confías en mí?

Gira un segundo la cabeza y yo aprovecho para correr a la puerta. La abro de un tirón, pongo un pie en el descansillo y él me agarra por los pelos y me hace entrar de nuevo en casa. Pierdo el equilibrio y me caigo al suelo de espaldas. Antes de que me pueda levantar, Olaf ya ha cerrado la puerta de una patada y se me sienta encima, con las piernas a ambos lados de mi cuerpo. Sus manos se cierran alrededor de mi garganta pero no aprietan. Lo único que puedo hacer es mirarlo. No puedo creer que vaya a hacerlo. Olaf se inclina sobre mí.

—Así es como sucedió todo, según tú —dice con voz ronca—. Yo la asesiné porque me quería dejar. Es verdad que rompió conmigo. Sí, estábamos en el bosque. Y sí: me enfurecí y ella se fue corriendo. Pero yo no la seguí. No la maté.

En la oscuridad, Olaf es sólo una figura con una voz que yo no reconozco. Una figura con unas manos que empiezan a apretar mi garganta.

—Es siempre doloroso que la persona a la que quieres ya no te quiera a ti. Yo te quiero, ¿sabes? O mejor dicho, te quería. ¿Por qué me miras con esos ojos de miedo? ¿Aún sigues pensando que soy capaz de hacer una cosa así? Quizá sea verdad. Quizá tuvieras razón y estoy mintiendo. Veamos si es así, Sabine, veamos de qué soy capaz.

Sus roncos susurros ponen en funcionamiento todas las alarmas de mi cuerpo. Salgo del letargo en que me había sumido y lucho por liberarme. Mis manos están libres e intentan separar las suyas de mi garganta. Olaf se ríe por lo bajo. Aprieta mi laringe despacio, con unos suaves pero dolorosísimos movimientos. Lo miro con los ojos muy abiertos y mis manos aún sobre las suyas.

—Por favor —musito.

—Es tan sencillo —me devuelve el susurro—. Tan fácil y rápido. Un minuto como máximo. ¿Crees que Isabel se resistió? Yo no lo sé. No estaba allí, así que ¿cómo iba a saberlo? Pero tú sí estabas, querida Sabine. Dímelo: ¿cuánto duró? Tú lo viste. ¿Por qué no le cuentas a la policía qué más viste? ¿Qué aspecto tenía el verdadero asesino? ¿Por qué se niega tu memoria a revelar esa información? ¿Nunca te lo has preguntado?

Sus pulgares empujan mi laringe hacia dentro. No es la falta de oxígeno lo que convierte la estrangulación en un martirio, sino el dolor en la laringe.

En el punto álgido del dolor, algo estalla en mi cabeza y aparece una imagen que había estado escondida durante mucho tiempo. La conciencia avanza lastimosa a un segundo de los hechos. Las vibraciones de mi piel y los desbocados latidos de mi corazón me indican que lo sé. Que el rompecabezas se completa delante de mi aturdida mente.

Pero tardo unos momentos en comprender. Abro desquiciada los ojos todo lo que puedo y miro fijamente a Olaf. Él se ríe rabioso.

Saco las uñas y le araño la cara. Pataleo, golpeo con los puños en su espalda y, al ver que eso no cambia la situación, intento encontrar sus ojos con mis dedos. Él pone las rodillas encima de mis brazos y me quedo indefensa.

Pero entonces deja de apretar. Sus manos siguen rodeando mi garganta, pero dejan que pase suficiente aire para permanecer consciente. Oigo su agitada respiración y noto su olor a sudor seco y

tabaco.

—No fui yo —dice con la cara muy cerca de la mía—. Los dos sabemos que no fui yo, ¿verdad, Sabine?

Consigo articular un sonido gutural. La presión en mi garganta disminuye.

—¿No es verdad? Sé sincera contigo misma. No tiene sentido seguir jugando al escondite. ¿No lo has sabido todo este tiempo?

Asiento levemente y, de repente, soy consciente de que el aire rodea de nuevo mi cuello.

—No pueden probar nada. —El rostro de Olaf se inclina hacia abajo. Huelo primero su aliento y siento después sus húmedos labios sobre los míos—. No hay pruebas, después de nueve años. Pudo ser cualquiera. Todo lo que tenemos son tus recuerdos. ¿Lo recuerdas, Sabine? ¿Recuerdas que me viste adentrarme con Isabel en el bosque?

—Sí —susurro.

Sus labios aún rozan los míos.

—Yo también te vi, aunque tú no lo supieras. No de inmediato; fue más tarde, después de la pelea, cuando ya me iba encolerizado. Vi cómo te escondías con la bicicleta entre la maleza, o por lo menos lo intentabas. Dime, Sabine: en ese momento, ¿Isabel aún vivía?

—Sí —mascullo.

—Entonces, ¿me viste asesinar a Isabel? ¡Dilo!

—No. No fuiste tú —farfullo.

—Había alguien más, ¿verdad? —la voz de Olaf profiere un sonido silbante, como una serpiente dispuesta a atacar en cualquier momento.

—Sí —respondo en un sollozo.

Él se incorpora un poco y me mira largamente.

—Entonces sabes quién lo hizo.

—Sí.

Sonríe y se levanta. Me quita las rodillas de los brazos, me toma de la mano y me ayuda a levantarme. Me quedo apoyada en el marco de la puerta como una muñeca de trapo.

—La memoria es algo prodigioso —dice Olaf—. Sabía que podía ayudarte.

Se da la vuelta y se va. Tan segura como si lo hubiera dicho él,

sé que no volveré a verlo. Voy dando trompicones al dormitorio, me tiro encima de la cama y lloro como no he llorado nunca.

42

—Me temo que no podemos probar nada contra el señor Van Oirschot —dice Hartog—. Aquel ocho de mayo no terminó el examen de matemáticas hasta las dos y media. Su madre confirmó que él llegó a casa poco después. Eso significa que es imposible que viera a Isabel a esa hora en la zona de las Dunas Oscuras.

Estoy sentada en el sofá, en albornoz, con una humeante taza de té en una mano, y el teléfono en la otra. Son las nueve y la luz del sol se burla del miedo y la confusión que reinaban hace pocas horas entre estas cuatro paredes.

—Por eso lo llamo —digo todavía ronca del dolor de garganta—. Me equivoqué. Olaf van Oirschot no tiene nada que ver con la muerte de Isabel.

La sorpresa crea un silencio al otro lado de la línea.

—Oh —exclama Hartog—. ¿Y de dónde sale eso ahora?

—Esta madrugada regresaron de repente las últimas piezas del rompecabezas. Recordé de pronto lo que sucedió. Sé quién mató a Isabel.

Silencio.

—Era un desconocido. Estaba arrodillado junto a ella, cavando como un desesperado. Isabel estaba muerta. La vi con la cabeza echada hacia atrás, los ojos y la boca abiertos. Por unos instantes, el hombre levantó la mirada, como si sintiera que alguien lo observaba, pero no me descubrió. Entonces vi su cara a la perfección. Tenía miedo de que me viera y me fui volando.

El silencio se prolonga. Oigo un crujir de papeles y me imagino a Hartog haciendo rápidas anotaciones.

—¿Reconocería esa cara si le mostráramos unas fotos? —pregunta.

—Sí —respondo—. Creo que sí.

Acordamos una cita.

Me doy de baja en el trabajo por tiempo indefinido, explico brevemente a Zinzy lo que pasa y, a continuación, llamo a Robin. Está en la oficina, pero cuando le explico por qué le llamo se ofrece inmediatamente a venir a casa. Llega en menos de media hora.

—¡Sabine! —Mira estremecido las huellas en mi garganta—. ¿Qué desgraciado te ha hecho esto?

—Olaf.

Me acurruco de nuevo en un rincón del sofá y me tapo un poco más el cuello con el albornoz para que Robin pueda fijar su angustiosa mirada en otra cosa.

—¡Lo mataré! —exclama indignado—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Lo has denunciado, imagino!

—No, y no voy a hacerlo —le contesto—. Olaf no mató a Isabel. Estoy segura.

—¡Quizá no matara a Isabel, pero casi te mata a ti! ¿Por qué no quieres denunciarlo? ¡No te entiendo! ¿Y si vuelve, el muy imbécil?

—No volverá. —Me quedo con la mirada fija al frente—. No tenía intención de matarme. Estaba furioso, iracundo. Yo también lo estaría si alguien me acusara injustamente de asesinato y tuviera que pasar la noche en una comisaría. En cierto modo me ha ayudado con esto. —Me froto la garganta despacio.

—¿Qué quieres decir? —gruñe Robin enojado y sin comprender.

—Recuperé en el acto el trocito de memoria que me faltaba. Como si lo recobrara al experimentar lo que le pasó Isabel. —Me estremezco y me muerdo el labio para reprimir las emociones—. Es una muerte horrible —susurro—. ¡Horrible!

Robin se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros.

—Sí. Debe de serlo —dice muy serio—. Y por eso no quiero que ese canalla salga impune de esto. Él estaría furioso, pero ésa no es razón para agarrar a nadie por el cuello. ¿Quieres que vayamos juntos a la policía?

Niego fatigada con la cabeza.

—En serio, Sabine. Pienso que te lo debes a ti misma. ¡Mírate!

Robin me aparta las manos del cuello con suave insistencia y el

albornoz se abre un poco.

—Déjalo —le digo—. De verdad, Robin, déjalo. Es infinitamente más importante que ahora sé quién mató a Isabel.

Robin me mira con cierto espanto en los ojos.

—¿Lo sabes? ¿Te referías a eso con el último trocito de memoria?

—Claro.

Tiene que procesar esa información. Se queda con la mirada fija y, después, me mira a mí escrutador.

—¿Quién...?

—Un desconocido —lo interrumpo—. Una cara completamente desconocida. Aunque... no es del todo cierto. Conozco esa cara, pero no sé de qué.

Robin me mira en silencio.

—Era un hombre bastante joven —explico—. Rubio, con la cara alargada, unas líneas de la nariz a la boca... he viso esa cara antes, pero no sé dónde. Me devano los sesos pensando de qué lo conozco.

Robin sigue mirándome.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dice por fin.

—Esta tarde voy a la comisaría de Den Helder. Hartog quiere enseñarme unas fotos para ver si reconozco a alguien.

—Ya.

Nos quedamos los dos callados.

—¿Te apetece un café? —le pregunto.

—Vale.

Voy a la cocina y preparo un termo de café. Mientras la cafetera cobra vida con sus borbotones, me siento de nuevo en el sofá y miro a mi hermano. Robin se ha levantado y está delante de la ventana, con la espalda girada hacia mí.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

No se da la vuelta.

—En Isabel. En su asesino —responde.

—Sí —digo muy bajito—. Yo tampoco puedo dejar de pensar en eso. Su asesino. ¿Qué mueve a una persona a quitarle la vida a otra? ¿Cómo vive después? ¿Cómo puede guardar el secreto?

Robin calla.

—Lee los periódicos, ve los mensajes de búsqueda, oye en la televisión las súplicas de los padres de la víctima... ¿Cómo puede

mantener la sangre fría? ¿No tendrá remordimientos? ¿O sólo lo preocupa que puedan cogerlo?

—Ya —dice Robin dándose la vuelta y lanzándome una mirada larga y escudriñadora—. Decías que recuperaste los últimos retazos de memoria.

—Sí... —Estudio mis uñas para no tener que mirarlo a los ojos.

—Y hoy vas a denunciar al autor.

—Sí. —Sigo sin mirarlo.

—¿Estás segura de que debes hacerlo?

En su voz oigo un matiz que me empuja a lanzarme sobre él y abrazarlo. No lo hago. Me quedo sentada en el sofá con las piernas encogidas y sin poder mirarlo y no digamos tocarlo.

—No tengo más remedio —digo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Tan segura estás? Quiero decir: la memoria te ha fallado durante todo este tiempo. Tú misma dices que sueñas frecuentemente sobre lo que le pudo suceder a Isabel, así que quizá lo que recuerdas es tu sueño.

Robin deambula por el comedor de aquí para allá, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra haciendo gestos, como los abogados en los tribunales.

—No creo que sea un sueño —le digo—. Pero la policía dice lo mismo que tú. Tengo la impresión de que no valoran demasiado mis palabras. Es su problema, yo sólo les cuento lo que creo recordar. Lo que hagan con esa información es cosa suya.

Miro con cuidado en dirección a Robin y veo en su rostro una profunda preocupación.

—¿Quieres que te acompañe? —ofrece.

Yo niego decidida con la cabeza.

—No, no es necesario.

—¿De verdad?

—Me las arreglaré.

—Sí —dice Robin—. De una manera u otra siempre te las arreglas sorprendentemente bien.

Se me acerca inesperadamente y me abraza. Ese gesto me sorprende, tenemos una relación muy buena, pero no somos lo que se dice muy carantoñeros.

—Te quiero, hermanita —me da un beso en la mejilla.

—Ya lo sé, bobo —le contesto sonriendo aunque no me siento

nada alegre.

Estamos a finales de junio, pero parece que se haya terminado el verano. Una hora más tarde, me dirijo al coche con las llaves en la mano. La calle está sembrada de charcos y un repentino viento huracanado ha traído el frío antes de tiempo. Me da la oportunidad de ponerme una chaqueta con pañuelo a juego que me tapa las marcas del cuello.

De nuevo conduzco hacia Den Helder, y esta vez Rolf Hartog ya me está esperando. Me recibe con amabilidad, me ofrece café y galletas de melaza, me pregunta cómo estoy y va al grano. En el mismo despacho de las otras veces, me pone delante montones de archivadores llenos de fotos.

—Mírelas despacio —dice—. Tómese todo el tiempo que necesite.

Abro un archivador y me enfrento a montones de caras desconocidas. Tienen todas la misma expresión carcelaria.

—¿Son todos convictos? —pregunto mientras paso las hojas.

—Sí —contesta Hartog.

—Entonces no necesariamente tiene que estar aquí —digo.

—No, pero si Isabel no conocía a su asesino, es muy posible que éste cometiera antes más delitos de este tipo.

Hartog me trae otra taza de café. Me da la espalda y se queda de pie ante la ventana mientras se fuma un cigarrillo.

Yo lo ignoro y observo tranquilamente cada una de las páginas. Hombres morenos, hombres rubios, guapos y feos, mujeres, jóvenes, viejos; por delante de mis ojos pasa de todo. Cuando empiezo a perder las esperanzas, contengo la respiración y emito un sonido agudo.

Hartog se gira de golpe y me mira fijamente.

—Este hombre —digo indicando con el dedo la foto de la esquina derecha—. Fue este hombre. Rubio, con la cara delgada...

Hartog apaga el cigarrillo en el cenicero y se queda de pie junto a mí. Mira la foto que yo señalo. No hay anotaciones escritas al lado.

—¿Está muy segura? —pregunta.

Asiento.

—Es la cara que vi. Las profundas líneas de la nariz a las comisuras de la boca... Sí, estoy segura. Es él.

Hartog mira la foto largamente mientras reflexiona.

—Sjaak van Vliet —masculla.

Yo asiento.

—Debía de merodear por allí. Probablemente fue también testigo de la pelea entre Olaf e Isabel y la siguió cuando ella huyó bosque adentro.

—¿No la siguió Olaf? —pregunta Hartog.

Yo niego con la cabeza.

—Hizo amago de seguirla, le gritó algo, pero entonces se dio la vuelta y se marchó. Recuerdo que escondí mi bicicleta mejor entre los arbustos porque pasó casi rozándome.

—Y entonces usted decidió seguir a Isabel.

—Sí. Tiré la bici al suelo y la seguí.

—¿Por qué?

—Estaba preocupada por ella. Lógico, ¿no? —respondo irritada.

La expresión de Hartog indica que se reserva la opinión al respecto.

—No lo sé —dice—. ¿Era lógico? Tan buenas amigas ya no eran...

—Pero lo habíamos sido —respondo.

Hartog calla y mira la foto de Sjaak van Vliet.

—Es un conocido de la policía, ¿no? —pregunto.

Hartog asiente.

—No sólo de la policía —explica—. También del público. Se dio mucha publicidad a su foto. Seguro que la vio en algún sitio.

No puedo negarlo. Asiento.

—Delitos sexuales, agresiones... Sí, tenemos una larga lista de crímenes a su nombre. Fue arrestado hace unos años por el asesinato de Rosalie Moosdijk, dos años después de la desaparición de Isabel Hartman, pero siempre negó cualquier implicación con el caso Hartman.

Asiento de nuevo.

—Lo que no comprendo es que no lo reconociera cuando vio su foto en la televisión —dice Hartog con el entrecejo fruncido.

—Me resultaba conocido —respondo—. Pero pensé que era por toda la atención que le prestaban los medios de comunicación. No tenía la más remota idea de que lo había visto realmente.

Hartog deja la foto sobre la mesa y me mira detenidamente. Yo

le devuelvo la mirada y me prohíbo romper el silencio. Éste es un combate que se lucha sin palabras y sé que puedo ganarlo, que puedo reprimir el nerviosismo que emerge en mí, y que puedo resistir su inquisidora mirada.

Hartog se rinde. Se recuesta en la silla con un suspiro y se frota la frente, cansado.

—Lo investigaremos —dice—. Pero es una pena que Van Vliet ya no viva. Falleció hace dos años en la cárcel; probablemente ya lo sabía. Van Vliet no es el único sospechoso que tenemos en el punto de mira. Olaf van Oirschot tiene una coartada, pero hay más candidatos. Gente que también conocía muy bien a Isabel. El problema con este tipo de casos es que uno puede tener cientos de sospechas, incluso estar seguro de algo, pero, al final, lo que cuenta son las pruebas. —Se inclina inesperadamente hacia delante y yo reprimo el deseo de apoyarme en el respaldo de mi silla—. En lo que a mí se refiere, el caso todavía no está cerrado del todo, ni siquiera si todas las pesquisas señalan a Van Vliet, señorita Kroese. Seguiré investigándolo.

Lo miro sin pestañear.

—Como usted bien dice, señor Hartog —le contesto—, al final, lo que cuenta son las pruebas.

Los periódicos no dejan de publicar artículos sobre el caso durante días. Todos los diarios de importancia llevan los mismos titulares:

POSIBLE RESOLUCIÓN DEL ASESINATO DE ISABEL HARTMAN.

VAN VLIET: PROBABLE AUTOR

DESPUÉS DE NUEVE AÑOS, SE DESCUBRE AL ASESINO

No mencionan la forma en que se ha resuelto. Algunos periódicos publican que se reabrió el caso tras aparecer repentinamente un testigo que aportó importantes datos. El resultado fue que Sjaak van Vliet, que frecuentaba las dunas y el bosque de Den Helder, fue visto por un testigo cuando cavaba una fosa para enterrar el cuerpo de la joven de quince años Isabel Hartman. Por razones que la policía no quiere revelar, el testigo no había podido prestar declaración antes. Sjaak van Vliet se suicidó en la cárcel hace dos años, cuando cumplía cadena perpetua por el asesinato de Rosalie Moosdijk.

Leo todos los periódicos, recorto los artículos y cuando los he

leído tantas veces que me los sé de memoria, los pongo en la barbacoa que tengo en el balcón y les prendo fuego con una cerilla. En un minuto, lo único que queda son unos pedacitos de papel rizados y chamuscados que se deshacen al tocarlos.

Todo ha terminado.

43

No han colgado guirnaldas, pero todo el mundo da la bienvenida a Renée y la besa. Yo los observo desde detrás de mi escritorio, tranquila, con las manos en el regazo. El alboroto en torno a Renée se apacigua, se hacen silencios cuando la gente empieza a regresar a su puesto de trabajo. Entonces nuestras miradas se cruzan. No me levanto.

—Hola, Renée —digo—. Me alegro de que ya estés mejor.

—Gracias. —Su mirada se desliza de mi rostro al escritorio frente al que estoy sentada.

—Como ves, he retomado mi viejo lugar de trabajo —le explico —. Como mano derecha de Wouter, no era muy práctico estar en el rincón.

—¿La mano derecha de Wouter? —repite.

Yo asiento con amabilidad.

—En la práctica y sobre el papel. Necesitaba un ayudante, ahora que tú estabas con la baja. Pero, por supuesto, tú sigues siendo responsable de secretaría.

Pero por debajo de mí. No necesito decirlo con palabras para que entienda el mensaje. Renée tarda unos momentos en recuperar el habla.

—Yo creía que te irías a Recursos Humanos —dice.

—Wouter me hizo una propuesta mejor —le respondo.

—Oh.

Asiento de nuevo con amabilidad y me pongo a trabajar. Ella se queda de pie en el centro de la oficina, abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Entonces se da la vuelta y se sienta al escritorio

del fondo. Muy lejos del mío.

Zinzy, sentada enfrente de mí, me mira con los ojos centelleantes.

—Debes de estar disfrutando, ¿verdad? —susurra.

—No creas —le contesto—. Sé muy bien cómo se siente.

Zinzy levanta las cejas y sigue mirándome.

—Bueno, lo reconozco, quizá lo esté disfrutando un poquito —digo muy sonriente.

—Todavía no comprendo por qué te vas —dice Zinzy moviendo la cabeza en señal de reprobación—. Cuando por fin consigues lo que quieres, te despides. ¡Y ni siquiera tienes aún otro trabajo!

—No necesito otro trabajo —contesto—. Me apetece muchísimo estar una temporada sin trabajar. Viajar y vivir de lo poco que tengo ahorrado, vivir al día.

—¿Ya has vendido tu casa?

—Sí. La semana que viene me voy.

—¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Creo que primero iré al sur de España, a ver a mis padres. ¿Sabes el calor que hace allí aún? ¡Más de treinta grados!

—¡Qué gusto! —suspira Zinzy.

—Y después quizá vaya una temporada a Londres, a estar con Robin. Y luego ya veremos. Siempre quise hacer un viaje alrededor del mundo.

—¿Quién no? —masculla Zinzy—. Si yo tuviera el dinero...

Me río.

—Yo tampoco lo tengo, pero me lo ganaré. Si es necesario, me pondré a lavar platos en algún restaurante; lo que haga falta.

Zinzy me mira llena de admiración, una mirada en la que me deleito como si se tratara de un baño caliente.

—Estás decidida, ¿verdad? Todo el mundo sueña con dejarlo todo y marcharse, pero tú lo vas a hacer de verdad. Eres admirable, Sabine. Voy a organizar una fiesta de despedida en tu honor.

—No. Mejor que no. Aún no le he dicho a nadie que me voy.

—¿A nadie?

—Excepto a Wouter, claro. Y no quiero que se entere nadie más. —Echo una rápida mirada a Renée—. Quiero que ciertas personas piensen hasta el último momento que no voy a renunciar nunca a

este escritorio.

EPÍLOGO

Le he escrito a Bart una carta explicándole que estoy confusa, y que no podremos vernos hasta pasado un tiempo. O quizá nunca más, aún no lo sé. Ahora sé por qué rompí con él, por qué no me permitía hacer amigos o ser feliz.

Si pudiera cambiar el pasado, lo haría. Definitivamente. Isabel murió por mi culpa. Le di la espalda cuando me necesitaba. ¿Cómo puedo permitirme a mí misma ser feliz, continuar viviendo sabiendo que ella dejó la vida por mi culpa? Tengo que despedirme de ella, decirle cómo lo siento. Pero no puedo hacerlo en el cementerio en que la enterraron, tengo que ir al lugar en que ocurrió todo.

Una semana antes de partir hacia España, conduzco a Den Helder, a las Dunas Oscuras. Aparco el coche junto al bar y recorro todo el camino hasta el lugar de los hechos pasando por debajo de la alambrada y adentrándome en la espesura del bosque.

La joven me sigue como una sombra. Está llorando.

—¿Por qué haces esto? ¿Para qué? Ya se ha resuelto el caso. ¿Qué más quieres recordar?

—Nada —le contesto mientras aparto las ramas a mi paso—. Lo sé todo.

—¡Olvídalo de nuevo! —me ruega—. Ya lo hiciste antes. ¿Tan desacertada fue esa decisión?

—No puedo hacerlo por segunda vez —contesto.

—Pero ¿por qué regresas? ¿Qué haces aquí?

Llegamos al claro y miramos las moreras.

—Despedirme —digo despacio—. Decirle cuánto lo siento.

La chica mira hacia otro lado.

—Pues yo no lo siento.

Le doy la vuelta y la miro a los ojos.

—Yo sí —digo suavemente—. Y tú también. No era tu intención. Estabas furiosa; la rabia contenida durante años es un arma muy peligrosa.

Ella aparta la mirada.

—Ni siquiera necesitas ser fuerte.

Vuelve la cara hacia mí y veo las lágrimas en sus ojos.

—No era mi intención —dice con voz ronca—. Sucedió sin más, de verdad. No era mi intención.

La contemplo acercarse al lugar al que Isabel huyó temerosa de la cólera de Olaf. Cuando se percató de que él no la seguía, sintió que le venía un ataque de epilepsia y siguió caminando en dirección al claro del bosque que entrevió por entre los árboles, donde no se podía herir y donde estaría a salvo de miradas curiosas.

Yo la seguí, la perdí de vista unos momentos y me equivoqué de senda un par de veces. ¿Por qué la seguí? No encuentro la razón, excepto que siempre confié en que algún día todo se arreglaría entre nosotras. Que llegaría un día en que estaríamos juntas, sin la presión del grupo, y que entonces recuperaría a la Isabel de antes. Esa fue la razón por la que me metí como pude por los arbustos y la seguí buscando después de perderla de vista.

Entonces llegué al borde del claro, la vi en el suelo y entendí inmediatamente lo que pasaba: acababa de tener un ataque. No debió de durar mucho tiempo, pero tuvo que ser muy fuerte. Tenía la cara pálida y estaba apoyada contra un tronco, exhausta.

Me quedé inmóvil entre los árboles, con la vaga esperanza de que las sombras ocultaran mi presencia. Pero, como si intuyera que yo estaba cerca, Isabel miró al lado. Directamente a mis ojos. No me moví, y ella tampoco. Nos miramos en un vacío de tiempo y silencio en el que desaparecieron los años y todo lo que había pasado entre nosotras. Sólo existía el susurro del viento entre las copas de los árboles, la ardiente arena y la fuerza de nuestros pensamientos y emociones.

Una de las dos tenía que romper ese silencio. No podíamos seguir mirándonos hasta el fin de los tiempos. Estaba a punto de decir algo cuando oí la voz de Isabel, dulce y agotada.

—¿Nunca te cansas de esto?

La miré sin comprender.

—¿De qué?

—De seguirme y salvarme.

Yo no sabía qué decir.

—Vi que te metías en el bosque —dije al fin.

Isabel hizo un gesto de impotencia con la mano, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el tronco. Estaba claro que el ataque de epilepsia se había llevado todas sus fuerzas como la resina del tronco en que se apoyaba.

—¿Se te pasa? —Di unos pasos en su dirección accediendo así al reducido claro de arena que nos separaba.

Isabel abrió los ojos y meneó la cabeza.

—No cambiarás nunca, ¿verdad? —dijo, extenuada.

Yo miré indecisa a mi alrededor, no sabía a qué se refería. Me quedé allí de pie, con los brazos caídos.

—Mírate —dijo Isabel—. ¿Hasta dónde puede una llegar contigo, Sabine?

—¿Por qué no me dejas en paz? —rogué—. No necesitamos ser amigas, como antes, pero por lo menos podrías dejarme en paz.

Isabel no reaccionó. Quizá, al mencionar nuestra amistad le había recordado el pasado, las visitas mutuas en que una de las dos se quedaba a dormir en casa de la otra, las vacaciones que pasamos juntas...

—¿Cómo está tu padre? —preguntó.

La miré con desconfianza.

—Como si te importara.

Se encogió de hombros.

—Tu padre es buena gente. Por cierto, tu hermano también.

Algo en la forma en que lo dijo me hizo estremecer. La observé detenidamente.

—He roto con Olaf —dijo—. Y con Bart. Pero creo que le gusto a Robin.

El tono de irritación de su voz había dado paso al desprecio. En mis entrañas se despertó algo que ya no pude contener, como una burbuja de aire que sube a la superficie del agua.

Entrecerré los ojos, una ira ciega se abalanzó sobre mí como un ave de rapiña y me clavó sus zarpas. Dolía. Era el dolor de saber que Isabel tenía razón. Robin era leal, y me adoraba, pero al fin y al

cabo, era un chico joven. Yo le había visto mirar a Isabel cuando creía que no lo veía nadie. Ella se había empeñado en seducirlo.

Desde mi corazón, el odio se extendió por el resto de mi cuerpo. Isabel empezó a reírse de mí. Intentó incorporarse, pero sus debilitados músculos no se lo permitieron y se volvió a caer. No fui a ayudarla, como tenía intención de hacer sólo unos minutos antes.

—Tendrás que acostumbrarte a verlo esperándome a mí en el patio, en vez de a ti —dijo con tono malévolo.

Me adelanté de un salto. Llegué a ella tan rápido que ni siquiera tuvo ocasión de rechazar mi ataque.

Ciega de ira, la cogí con las manos por la garganta y empecé a apretar. En sus ojos no había miedo, sólo sorpresa, pero eso cambió deprisa.

No se podía defender, y yo seguí apretando. No necesité esforzarme mucho. Isabel se resistía, pero yo era más fuerte. Abrió mucho los ojos y me miró con expresión suplicante, como yo la había mirado a ella durante años.

Si el ataque de epilepsia hubiera sido más leve, quizá no se hubiera quedado tan debilitada y hubiera ofrecido más resistencia. Todo acabó antes de darme cuenta de lo que pasaba, mientras yo seguía apretando.

Al rato, su cuerpo cesó de dar sacudidas. Sus ojos me miraban fijamente con una extraña expresión.

Recuperé el sentido de la realidad. Solté horrorizada la garganta de Isabel y miré su rostro sin vida y mis manos, capaces de hacer una cosa así. No sé cuánto tiempo estuve sentada en esa posición, con las manos levantadas. En un momento determinado entendí lo que había hecho y empecé a tiritar. No podía ser verdad. No podía haberlo hecho. Otra Sabine, alguien a quien yo no conocía, me había sustituido y había estrangulado a Isabel. Yo no. Yo no era así.

Esa otra personalidad todavía no me había abandonado y empuñó las riendas. La vi buscar por los alrededores y regresar con un trozo de plástico duro, una señalización destrozada que había encontrado tirada entre los arbustos. Lo utilizó como pala para cavar un agujero lo más profundo posible en la espesura de la maleza. Miré perpleja cómo sacaba del bolsillo del pantalón de Isabel la llavecita de su bicicleta, arrastraba el cuerpo al agujero y lo dejaba deslizarse en él. Echó también su mochila y chaqueta, que

aún estaban junto al árbol, y lo tapó todo con arena.

Yo regresé dando trompicones al lugar donde había dejado mi bici, aturdida por lo que había ocurrido allí detrás, pero Sabine Dos reflexionaba con la mente clara. Una vez junto al bar, abrió el candado de la bici de Isabel y la llevó de la mano, mientras pedaleaba sobre la suya, a la estación. Con la llave puesta no tardaría en desaparecer.

Después me abandonó y tuve que regresar sola a casa. El camino por la Lange Vliet se me hizo interminable. Por muy deprisa que pedaleara, el rostro de Isabel me perseguía. Los pensamientos pasaban por mi mente como un huracán, todo mi cuerpo temblaba presa de la incredulidad. Eso fue, quizá, el núcleo del asunto: me negué a creer que era capaz de hacer algo tan horrible.

Funcionó durante mucho tiempo. No sé cómo es posible, pero a los pocos días creía realmente que yo nunca jamás sería capaz de hacer una cosa así.

Me doy la vuelta despacio y regreso al sendero del bosque caminando entre los árboles. Sola.

La joven ha desaparecido, para siempre. Ya no la necesito. Hemos afrontado juntas algo que estaba a simple vista y, al mismo tiempo, muy bien escondido. No creo que pueda esconderlo por segunda vez, ni en España, ni en Londres, ni al otro lado del mundo. Pero voy a intentarlo.

Fin